

A black and white portrait of Karl Marx, showing his characteristic wild, white hair and a very full, white beard. He is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. The background is a plain, light color.

Claude Bitot

**El Comunismo  
no ha empezado  
todavía**

Espartaco Internacional

**el comunismo  
no ha empezado todavía**



**claude bitot**

**EL COMUNISMO  
NO HA EMPEZADO  
TODAVÍA**

**EDICIONES  
ESPARTACO INTERNACIONAL**

Título original:

**Le communisme n'a pas encore commencé**

Traductor:

Emilio Madrid Expósito

Portada:

**Carlos Marx**

Primera edición en español:

Abril de 2002.

**Ediciones Espartaco Internacional**

I.S.B.N.: 84-607-4373-X

Depósito legal: B-20.408-2002

**IMPRESO EN ROMANYÀ VALLS, S.A.**

La publicación de este texto en español se hace con autorización de la asociación

**Les Amis de Spartacus**

8, impasse Crozatier

75012 PARIS

# ÍNDICE

Prefacio a la edición española	9
Introducción	15

## **Primera parte BALANCE HISTÓRICO**

Capítulo I.- HISTORIA Y SOCIALISMO	27
Un acta de fracaso, 32 - Las causas reales del fracaso, 34 - Balance del socialismo antiguo y cambio de perspectiva, 38	
Capítulo II.- MARX, ENGELS Y LA PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO (1848-1895)	43
Lectura del <i>Manifiesto comunista</i> , 43 - La perspectiva de la revolución de 1848: acelerar el curso de la historia haciendo la revolución permanente, 45 - Fracaso, puesta en tela de juicio y autocrítica, 46 - Consideración sobre la historia a través de la Revolución francesa, 51 - La nueva perspectiva, 57 - Constitución del proletariado en partido de clase autónomo, 60 - Los plazos de tal perspectiva, 62	
Capítulo III.- EL FRACASO DEL MOVIMIENTO OBRERO (1890-1914)	67
Fracaso del movimiento político y sindical socialista, 67 - Las clases dominantes no han permanecido inactivas, 74 - Primer balance, 76	
Capítulo IV.- LA GRAN ILUSIÓN:	

I.- LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917 83  
Un destello entre la bruma, 83 - Primer aspecto de la utopía: querer instaurar una dictadura del proletariado en Rusia, 86 - Segundo aspecto de la utopía: imprimir un carácter socialista a la revolución, 92 - Tercer aspecto de la utopía: de la guerra surgirá la revolución en Europa, 97 - Sobre la naturaleza de la revolución rusa, 101

Capítulo V.- LA GRAN ILUSIÓN:

II.- LA REVOLUCIÓN EUROPEA 107  
La “oleada revolucionaria” de posguerra: mito y realidad, 107 - Voluntad de reforma y no de revolución, 110 - Espontaneísmo, 113 - Voluntarismo, 115 - A contracorriente de la historia, 119

Capítulo VI.- EL SURGIMIENTO HISTÓRICO DEL FALSO  
COMUNISMO 123

La sanción final: el ascenso y el triunfo del estalinismo, 123 - “El socialismo en Rusia”: una acumulación primitiva capitalista, 128 - La naturaleza del sistema económico y social estalinista, 132 - Balance del falso comunismo, 136

Capítulo VII.- LA REVOLUCIÓN Y EL CURSO DEL  
CAPITALISMO 139

La guerra de 1914 y sus interpretaciones, 139 - Dominación formal y dominación real del capital, 147 - La guerra de 1914 como apertura de una gran crisis de crecimiento de la civilización burguesa, 154 - El triunfo del “partido de la guerra”, 156 - La guerra no ha resuelto nada: surgimiento del fascismo, 159 - El fascismo, ¿un “movimiento revolucionario”?, 163 - El fascismo, ¿“expresión del gran capital”?, 170 - Triunfo de la dominación real del capital después de 1945, 177 - El capitalismo no había caducado históricamente, 184 - En resumidas cuentas, 193

## **Segunda parte** **PERSPECTIVAS**

Capítulo VIII.- UN CAPITALISMO EN FINAL DE CICLO HISTÓRICO	199
Teoría general: del capitalismo al socialismo, 199 – La economía capitalista cava su propia tumba, 204 - Fracaso del keynesianismo, 209 - El efecto agravante de las nuevas tecnologías, 215 - Final de ciclo histórico, 217 - El fracaso del capitalismo de Estado en el Este, 221 - El capitalismo en el resto del mundo, 226 - Hacia una regresión social generalizada, 230 - Hacia crisis de superproducción cada vez más graves, 234	
Capítulo IX.- LA PERSPECTIVA DE SUPERACIÓN DEL CAPITALISMO	237
¿Por dónde va el proletariado?, 237 - El estado actual de la situación, 242 - El declive de la democracia burguesa, 244 - La descomposición del reformismo, 251 - La perspectiva del comunismo, 259	
Capítulo X.- MAÑANA, LA REVOLUCIÓN	265
Teoría general: la revolución socialista como acto político, 265 - ¿El fin del partido?, 271 - ¿No más toma del poder?, 283 - Sobre la toma del poder, 290 - La dictadura del proletariado en el pasado y en el futuro, 295	
Capítulo XI.- MAÑANA, EL SOCIALISMO	307
Teoría general: del socialismo inferior al socialismo superior (o comunismo), 307 - ¿El comunismo enseguida?, 317	
Breves indicaciones bibliográficas	331



## Prefacio a la edición española

El prefacio para la edición española de este libro, aparecido en 1995 en su edición original francesa, es una ocasión para exponer con claridad la concepción resueltamente **determinista** a la que se ha recurrido para rendir cuentas tanto del pasado del comunismo como de su perspectiva y que, sin esta concepción, serían ininteligibles.

La gran aportación de Marx fue el haber desvelado las leyes y las tendencias que engendra, con “una necesidad férrea”, el modo de producción capitalista. Marx añadía, evocando en su época a Inglaterra, que “el país más desarrollado industrialmente no hace más que mostrar a los que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro”. Esta previsión se ha visto confirmada ampliamente. Después de Marx, el capitalismo no ha hecho más que extenderse y desarrollarse, pasando de una dominación todavía ampliamente “formal” a una dominación cada vez más “real” (paso que exponemos en este libro).

Este determinismo capitalista explica por qué el movimiento comunista del pasado, cuyo balance hemos hecho en este libro, no podía tener éxito en su empresa revolucionaria de abatir al capitalismo. Este último, programado de alguna

manera para llegar hasta el final de su trayectoria histórica, tenía suficientes recursos y solvencia para hacer frente a un tal movimiento y, así, provocar su fracaso. De ahí las derrotas sucesivas, los callejones sin salida, las capitulaciones, las deformaciones que ha conocido el movimiento comunista revolucionario, hasta el punto de que hoy se puede decir que no queda nada de él, al tiempo que su perspectiva se ve totalmente oscurecida. Si no ha desaparecido completamente, ya no queda de ella más que una débil llama vacilante y trémula. De esta manera, se dirá que el comunismo podría ser “una posibilidad”, entre otras, de la historia, una “opción” de la humanidad tomada a condición de que ésta haga “la elección correcta”. ¿Por qué esa “posibilidad” mejor que otra? No se sabe nada. ¿Por qué “la elección correcta” y no “la equivocada”? No se sabe más. En pocas palabras, se nada en pleno indeterminismo y se deja todo a un vago “libre albedrío”. De hecho, está lejos el tiempo en que triunfando el fervor revolucionario, el comunismo era afirmado por los militantes de una manera resuelta, sin equívocos, como si ya fuese un hecho ocurrido.

La causa de un tal “desencanto” no es fortuita. Proviene de la dominación capitalista moderna, que ha “racionalizado” el mundo de tal forma, que ha hecho de él un mundo a su imagen: un mundo movido por determinismos económicos y sociales que se cree son eternos y de los que nadie puede escapar, incluidos los capitalistas. ¡No hay futuro!, como decían los punks ingleses.

Desde ese momento, encontrándonos en un mundo cerrado y con el candado echado, ¿hay que llegar a la conclusión, junto con los aduladores del capitalismo, de que éste es “el horizonte infranqueable y sin límites de la humanidad”, invitando a los pueblos que todavía no han accedido totalmente a él a que acaben con su retraso?

Una vez más recae en Marx el mérito de haber sacado a la luz que las leyes y tendencias que rigen el modo de

producción capitalista acabarán por entrar en contradicción cada vez más acusada con las fuerzas productivas que el capitalismo ha hecho surgir, lo que le empujará a su ruina, al hacerse insoportable finalmente una tal contradicción. Marx llegaba a la conclusión, entonces, de que el capitalismo, en cuanto modo de producción, no era más que una forma **transitoria** correspondiente a una “fase de desarrollo histórico determinado de la producción”.

En otras palabras, si hay un determinismo económico que ha jugado a favor del desarrollo capitalista, igualmente hay un determinismo que tiende a interrumpir un tal desarrollo y notificar así al capitalismo que ahí encuentra sus límites.

Esta zona límite, que nosotros llamamos “final de ciclo histórico” del capitalismo, se la puede ya señalar por medio de diversos índices. Las fuerzas productivas han llegado a un grado de desarrollo tal que la parte fija del capital (máquinas e instalaciones) ha tomado ampliamente la delantera al capital vivo (la fuerza de trabajo obrera), único creador de valor, lo que hace que el capitalismo esté cortando la rama a la que está agarrado: hace de la explotación del trabajo vivo la fuente de su ganancia y al mismo tiempo la suprime. De ello resulta una tasa de ganancia – aguijón de la producción capitalista – cada vez más baja, acentuada por el aumento extraordinario de los empleos improductivos (no creadores de plusvalía), para evitar un paro no menos gigantesco, lo que se convierte en un verdadero disparate para la producción capitalista, que concibe la utilización de la fuerza de trabajo sólo con vistas a una plusvalía. Ciertamente, el capital intenta contrarrestar esta caída de la tasa de ganancia, pero sólo puede hacerlo cada vez con más dificultad: atacando los salarios, las “conquistas” sociales, “el Estado-providencia” que había montado para operar una regulación social, lo que no se hace sin riesgo para la buena estabilidad del sistema capitalista, que vería por ahí a “la paz social” cediendo el lugar a explosiones sociales, finalmente incontrolables. Por lo que, por el momento, los gobiernos

contemporizan más o menos en espera de días mejores (un “fuerte crecimiento”, el “pleno empleo”), lo que por su parte es una manera de reconocer que el problema sigue planteado en su totalidad. En cuanto a los capitalistas, a falta de poder invertir de un modo fructífero en la economía real, esperan resarcirse en la economía ficticia, bursátil, donde parece que el dinero podría fabricar mágicamente dinero, sin pasar por la producción. Pero esta financiarización creciente del capital a la que se asiste desde hace una veintena de años encuentra también sus límites, “las burbujas financieras” que estallan periódicamente, convirtiéndose entonces en humo masas de capitales, indicando el lado artificial de una tal operación.

De este final de ciclo histórico del capitalismo, que podrá extenderse a lo largo de todo un período (si se mide a esta escala, 30 o 50 años no son nada) y que será, a medida que avance, teatro de crisis económicas cada vez más fuertes, acompañadas por crisis sociales también acentuadas a su vez, no deducimos “la posibilidad” del comunismo, sino su **necesidad** imperiosa. Dicho de otra manera, nosotros decimos que el comunismo (al que todos los comentaristas burgueses dan por muerto y enterrado) resurgirá de sus cenizas cual ave Fénix, no porque sea una “bella utopía” ( ¡ya no hay utopía!), sino porque se inscribirá en una línea determinista que no deja más elección que esta puerta de salida, única viable económica y socialmente en razón del desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas que ha tenido lugar, haciéndose entonces impracticable toda marcha atrás hacia formas de explotación y de dominación, como lo testimonian ya los fracasos – dígame lo que se diga – de los diversos movimientos retrógrados a los que se asiste (integrismos religiosos, micro-nacionalismos, etnicismos), los cuales pueden causar daños pero que siguen siendo incapaces de transformar sus sombríos sueños en realidad.

¿Cómo se ejercerá un tal determinismo, que empuja en dirección del comunismo? Antes de nada, cortemos con esa

imbécil ideología según la cual, confundiéndose el determinismo con un banal fatalismo, los hombres ya no tendrían que poner manos a la obra, sino simplemente esperar pasiva y tranquilamente a que, cual potencia misteriosa y mágica, actúe en su lugar y así les proporcione un “final feliz”. Son los dioses, los profetas, los hombres providenciales y otros charlatanes los que se presentan así. El determinismo, en su sentido eminentemente marxista, es todo lo contrario: empuja los hombres a la acción, los constriñe a la lucha, los incita a motivarse y a ejercer su voluntad y, de este modo, salir de su inercia habitual. Y, lo que es más, no tiene nada de misterioso al ser sus determinaciones económicas y sociales.

Este determinismo económico y social que empuja a actuar tiene un nombre: la lucha de clase, motor de la historia como decía Marx. Efectivamente, es a través de tal lucha, hoy todavía contenida y rechazada, como las masas proletarias conseguirán abrirse camino hacia el comunismo; lucha que, como decía Marx a Weydemeyer hace 150 años (carta del 5 de marzo de 1852), “**conduce necesariamente** a la dictadura del proletariado”, no constituyendo ésta “más que la transición a la abolición de todas las clases y a una **sociedad sin clases**”.

El movimiento comunista del pasado no nació de un pensador inspirado especialmente, sino de la despiadada explotación del hombre por el hombre que caracterizaba al capitalismo en sus comienzos. El proletariado de aquella época le añadía una dimensión más o menos utópica. El proletariado actual (es decir, en sentido amplio, la mayoría de la población activa) entrará en la lucha sin ilusión lírica e ideología muy preconcebida. Fríamente, de modo realista, ponderará la situación juzgándola tanto más intolerable cuanto que el capitalismo ha hecho surgir, mientras tanto, cuantiosas fuerzas productivas (de hecho, para lo que el comunismo quiere hacer con ellas ya hay demasiadas en los países desarrollados) que harán todavía más insoportables la miseria, la indigencia, la

incertidumbre de la existencia. ¡El comunismo, en efecto, no ha empezado todavía!

## Introducción

Cuando se acaba toda una época, llega la hora del balance. Con los acontecimientos del Este, borrón y cuenta nueva: la exURSS ha dejado de reclamarse del comunismo y del marxismo. ¿Qué enseñanza sacar?

Para la ideología dominante esta ruptura significa “el fin del comunismo”; éste habría “muerto” en 1991. Sin embargo, una cuestión se plantea: ¿Había demostrado la exURSS que era comunista, es decir – si tal palabra tiene un sentido – sin clases, sin Estado, sin salariado, realizando sobre el lugar una comunidad humana en que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos? El hecho de que en su seno reinaban la explotación, la opresión, la corrupción, los privilegios y una multitud de otras alienaciones muestra que no había nada de aquélla. Esta muerte anunciada del comunismo no reposa, pues, sobre nada: lo que no existe no puede perecer.

De hecho, desde su nacimiento, la exURSS no era comunista y no podía serlo al no estar reunidas de ninguna manera las condiciones materiales en este país económicamente atrasado y semifeudal, como lo demuestra el más elemental análisis marxista. Los bolcheviques de 1917 lo sabían, pero contaban con una revolución en los países más desarrollados de Occidente, especialmente en Alemania, que habría permitido a

la Rusia de los soviets quemar la etapa capitalista y así acceder con relativa rapidez al socialismo. Pero una tal revolución en Occidente, que tomase el relevo de la revolución rusa de 1917, ¿era posible? El error de los bolcheviques fue creerlo. En efecto, dejando aparte algunas sacudidas revolucionarias en Alemania, rápidamente reprimidas, nada de ello se produjo, el capitalismo mundial dominaba sólidamente la situación y de ninguna manera estaba en la agonía, como se le había diagnosticado superficialmente. En estas condiciones, aislada, en un país atrasado y arruinado por la guerra civil que los países de la Entente habían provocado, la revolución rusa no podía ir muy lejos. Lo mejor para ella habría sido que fuese liquidada por una contrarrevolución franca, abierta: al menos, las cosas habrían quedado claras. Pero fue lo peor lo que ocurrió: iba a degenerar, a pudrirse sobre el lugar y, en su podredumbre, desembocar en la impostura estalinista del “socialismo” en Rusia. Enorme mistificación, en efecto, pues visto el estado de atraso del país la única posibilidad que se ofrecía era, de hecho, el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, habiendo sido eliminado por la revolución de 1917 todo lo que había de burguesía privada, ¿de qué tipo de capitalismo podía tratarse? No quedaba otra vía practicable más que el capitalismo de Estado: la explotación de los trabajadores a partir de una economía dirigida y planificada por una burguesía de Estado (reclutada en el seno del aparato del partido dirigente) que, bajo cubierta de “socialismo a construir” (sirviendo la estatización de la economía para dar el pego), se daba por tarea el alcanzar (a marchas forzadas y utilizando todos los medios coercitivos posibles) e incluso sobrepasar al capitalismo de Occidente. Tras algunos éxitos en la industrialización del país, lo que permitía crear ilusiones (se hablaba entonces de Rusia como de la “segunda potencia industrial del mundo”), semejante proyecto iba a acabar por fracasar en toda la línea. El capitalismo de Estado se revelaba de hecho, en competencia con el capitalismo privado de Occidente, mucho menos efectivo de lo que se había creído. Su crisis comienza al final de los años 50, traduciéndose en el desbarajuste, la irresponsabilidad, una débil productividad

del trabajo y, finalmente, en el estancamiento económico. A partir de entonces, a sus dirigentes no les quedaba más que una cosa que hacer: renunciar a un tal capitalismo intentando transformarlo en “economía de mercado” según el modelo occidental. Lo que les llevó al mismo tiempo a desembarazarse de la etiqueta de “comunismo” que les había servido de biombo. El fracaso que se ha producido no tiene nada que ver, pues, con el movimiento de emancipación que significaba originalmente el comunismo, ha sido simplemente la quiebra de un cierto capitalismo – de tipo estatal – que ha mostrado de este modo todos sus límites.

A este nivel, por tanto, el balance es fácil de hacer. Ha sido algo excelente que tal comunismo desapareciese, incluso si se continúa martilleándonos el oído con que se trata del fin de “setenta años de comunismo”: el interés que hay para el orden capitalista en mantener tal ficción es demasiado evidente para asombrarse de ello.

Sin embargo, el balance no puede detenerse ahí. Si el comunismo cuyo fin se nos anuncia no ha comenzado en realidad, queda por saber por qué: ¿estaba madura la historia para hacer triunfar el verdadero comunismo?

Al lograr mantenerse hasta ahora, el capitalismo ha demostrado que no. “Una formación social nunca desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella”, escribía Marx en el prólogo de *la Crítica de la economía política*. Si nos atenemos a este postulado del materialismo histórico está claro que si el capitalismo no ha sido reemplazado por el comunismo es porque el capitalismo tenía todavía su razón de ser, es porque históricamente no había caducado. De nada sirve, en efecto, decretar que el capitalismo, a partir de determinada fecha, está “agonizante” o “senil”, mientras que al proseguir su marcha adelante prueba lo contrario y muestra, a pesar de todas las críticas que se le puedan hacer, que es un sistema que es todo lo que se quiera,

menos “decadente”. Para que fuese de otro modo, se hubiese necesitado que chocase con obstáculos infranqueables, que se hubiese enredado en contradicciones insuperables, indicando sus límites históricos y la necesidad del comunismo para resolverlos. En lugar de esto, ha seguido siendo globalmente un sistema en expansión, no siendo todas sus crisis, en último término, más que crisis de crecimiento.

Pero vayamos más lejos en el balance. Las cosas habrían podido ser de otro modo con una sola condición: que el proletariado lograra *abreviar* el curso histórico del capitalismo. Era la perspectiva de Marx, de Engels y de las vanguardias revolucionarias que les sucedieron. Ellos pensaban que si el proletariado llegaba a ser *consciente* y a organizarse en consecuencia, había manera de acabar con el capitalismo sin que fuese necesario que éste llegase hasta el final de sus posibilidades históricas de expansión. Pero para ello se necesitaba de modo imperativo que el proletariado se elevase ideológicamente a la altura de tal proyecto. De ahí las palabras de Engels: “Ha pasado la época de los golpes de mano, de las revoluciones ejecutadas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de masas inconscientes. Allí donde se trata de una transformación completa de la organización de la sociedad, es necesario que las masas mismas cooperen, que hayan comprendido ya de qué se trata, por qué intervienen (con su cuerpo y su vida). Eso es lo que nos ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años (Introducción a las *Luchas de clases en Francia*, 1895).

De hecho, estas condiciones, que debían permitir acelerar la muerte del capitalismo, no iban a reunirse nunca. Dan testimonio de ello, desde 1872, el fracaso del intento de organización del proletariado en una vasta organización internacional de los trabajadores y la evolución cada vez más reformista de la II Internacional, fundada en 1889, adaptándose al capitalismo en lugar de combatirlo y convirtiéndose en un componente de izquierda de la democracia burguesa. El tañido

fúnebre de tal intento sonará completamente con el hundimiento en 1914 de casi todo el movimiento obrero europeo organizado adhiriéndose a la Unión sagrada en la guerra. La revolución rusa de 1917 mantendrá ciertamente durante algún tiempo una ilusión: que de la guerra surgiría la revolución en Europa. De hecho, octubre de 1917 no había sido más que un “golpe de suerte”, logrado en un país atrasado en circunstancias particulares, pero totalmente incapaz de reproducirse en los países avanzados, como iba a comprobarse con el aplastamiento de los minoritarios espartaquistas en Alemania (1918-1919), al alinearse el grueso del proletariado con la socialdemocracia reformista. En cuanto a la III Internacional, fundada en 1919, también sería un fracaso, transformándose rápidamente en instrumento dócil del capitalismo de Estado ruso estalinista. En pocas palabras, lejos de ser un trampolín revolucionario, la guerra no había sido más que una tabla podrida.

A partir de ahí, ¿cuál era el significado verdadero de esta guerra? Ésta había sido interpretada como la señal de un capitalismo sin aliento que abría el camino objetivo a la revolución mundial. Eso era un error. Con ella, la historia se inclinaba en otro sentido muy distinto: correspondía, no a un avance del sistema hacia su crisis final, sino a una crisis de crecimiento de éste que tendía, si no a hacerlo recular, al menos a impedirle que prosiguiese su marcha adelante. En efecto, por miedo a ser engullidas por este capitalismo cada vez más moderno, numerosas fuerzas sociales, reaccionarias, utilizando diversos pretextos, habían estado en el origen de esta guerra; se trataba de las inmensas clases medias tradicionales, de las gentes del campo, de las clases aristocráticas del Antiguo Régimen que, en numerosos países de Europa, estaban en primera fila, e incluso, de ciertas fracciones de la burguesía; con esta guerra esperaban crear un clima completamente reaccionario que les fuese favorable, y así, bajo pretexto de “defender la patria amenazada”, operar un retorno hacia el pasado que les fuese provechoso. En un contexto semejante, en que la historia parecía retroceder, la revolución socialista se

inscribía, por consiguiente, completamente a contracorriente y no tenía ninguna posibilidad de imponerse. Y de hecho, a guisa de “oleada revolucionaria” que debía acabar con el capitalismo después de la guerra, se presentó el fascismo desde el principio de los años 20, el cual no era otra cosa más que otra manifestación de esa especie de anticapitalismo de derecha que había aparecido antes, fascismo que iba a conquistar bien pronto casi toda Europa y arrastrarla, bajo las banderas ideológicas del militarismo, del nacionalismo, del antisemitismo, del anticomunismo, a una nueva guerra todavía más devastadora y mortífera que la primera, realizándose en un clima de fanatismo y de confusión mental extrema. Pero finalmente los que salieron vencedores de lo que había sido, de hecho, una nueva guerra de “treinta años”, fueron, en 1945, el capitalismo moderno y la democracia burguesa. En definitiva, esta gran crisis, que algunos interpretaron como una fase de decadencia irreversible del capitalismo, había sido para este último un medio para desembarazarse de los arcaísmos que le estorbaban y así efectuar el paso completo de su dominación, todavía *formal* en muchos aspectos, a la *real* en todos los planos: en adelante, podía acceder a su completa modernidad y, consolidado y estabilizado, lanzarse a una expansión económica vigorosa, de lo que será testigo su fase de los “treinta gloriosos” de posguerra.

¿Qué perspectivas se desprenden de tal balance? Es un hecho histórico que no ha sido posible abreviar el curso del capitalismo. Sería sin embargo erróneo concluir de ello que éste es eterno, “insuperable e insoslayable”, como se nos repite hoy.

En la segunda parte de este ensayo nos hemos esforzado en primer lugar en comprender lo que actualmente se llama “la crisis”: ¿Se trata de un simple fenómeno cíclico del capitalismo, preludio de un nuevo avance de éste, o bien de algo diferente? Para nosotros, el hecho de que “la crisis” dura desde hace más de quince años, traducándose en un crecimiento muy aminorado, un paro que va en crecimiento, una “nueva pobreza” que alcanza a capas enteras de la población y una tendencia a la

puesta en tela de juicio de los niveles de vida de los trabajadores, indica que el capitalismo ha entrado en un nuevo período que nosotros identificamos como el de *su final de ciclo histórico*; la crisis en cuestión es, de hecho, el resultado del desarrollo mismo del capitalismo o, si se prefiere, una consecuencia de su *éxito*, de su marcha triunfal. En efecto, este último ha llegado al punto en que el capital muerto (las máquinas y las infraestructuras) ha tomado tal importancia en relación con el capital vivo (la fuerza de trabajo), que la valorización del capital es cada vez más problemática (con la baja de la tasa de ganancia que resulta de ello), ya que ésta tiene su fuente en la explotación del trabajo vivo y no en la utilización de las máquinas. De ahí la tendencia de los capitales a invertirse cada vez menos en la producción, para refugiarse en la especulación bursátil; de ahí igualmente el crecimiento extremadamente contenido que caracteriza en lo sucesivo al capitalismo desde 1975; de ahí también la disminución absoluta (y ya no simplemente relativa) de la clase obrera de fábrica, que produce en lo esencial la plusvalía y, paralelamente, el aumento sin precedentes de los empleos improductivos, representado éstos del 50 al 60% de la población activa asalariada, lo que indica que el capitalismo llega al final de carrera y confirma este análisis de Marx: “El verdadero límite de la producción capitalista es el capital mismo, o dicho de otro modo, el hecho de que el capital y la realización del valor aparezcan como el punto de salida y el término” (*el Capital*, libro III). Este término está alcanzado históricamente. Lo que sucede actualmente no tiene, pues, nada que ver con una crisis cíclica sino que corresponde al principio de una crisis final del capitalismo. Ciertamente, éste puede todavía sobrevivir algún tiempo. Le queda la posibilidad de revalorizarse (de restaurar su tasa de ganancia) depreciando los salarios y poniendo en tela de juicio las “conquistas sociales” de los trabajadores productivos e improductivos, siendo estos últimos grandes comilones de ganancia. Es lo que ha empezado a hacer pero, al verse reducidas al mismo tiempo las capacidades de consumo, esto tendrá como único resultado producir una contracción de los

mercados y, por tanto, crisis de superproducción que se volverán tanto más explosivas cuanto que todas las economías están ya endeudadas hasta el cuello, lo que significa que el maná del crédito está agotado y la saturación de los mercados alcanza su punto límite.

A partir de ese momento la perspectiva del comunismo acabará por imponerse, no porque sea un bello ideal a realizar, sino porque será la única respuesta económica y social válida a la bancarrota del capitalismo. Sin duda, tal perspectiva no aparece hoy en las conciencias, siendo todavía el capitalismo capaz de amortiguar socialmente su crisis, a falta de poder remontarla. Esto no quita que, ante la realidad de los hechos, las antiguas representaciones comienzan ya a desmoronarse. Así, la creencia en un capitalismo reformado que transmitían las organizaciones de izquierda, está en caída libre. La prueba es su descomposición, tanto política como ideológica y sindical. Se asiste igualmente a un declive de la democracia burguesa, como testimonio el ascenso del abstencionismo, que indica que el consenso social se está pulverizando. La ecología llamada política no es más que un pálido reformismo que intenta en vano reemplazar al antiguo.

El nacional-capitalismo de extrema derecha apenas es más creíble: su programa “proteccionista” no haría más que precipitar el capitalismo en su caída final, al estar ya las economías burguesas mucho más imbricadas las unas en las otras como para hacer viable semejante solución “nacional”. En pocas palabras, el capitalismo está sin solución frente a su crisis histórica, siendo su única perspectiva el prolongarla en el tiempo a fin de retrasar al máximo el momento en que se hará explosiva.

Con la perspectiva del comunismo volviendo al orden del día, surgirá la de la revolución, cuya tarea será arrancar el poder a la burguesía, tarea sin la cual la substitución del capitalismo por el socialismo sería imposible. ¿Qué forma

tomará esta revolución? Aunque sólo un movimiento práctico sea capaz de aportar respuestas exactas, nosotros nos hemos esforzado en pensar ésta en las condiciones que en adelante serán las suyas, las del capitalismo en final de ciclo histórico, lo que nos ha llevado a considerar como caducas algunas concepciones que en otros tiempos tenían curso en el movimiento revolucionario y que correspondían a condiciones históricas aún inmaduras. Lo mismo ha ocurrido con el programa socialista que se podría enfocar y del que hemos trazado algunas grandes líneas al final de este ensayo.



# I

## BALANCE HISTÓRICO

“Los hombres hacen su propia historia,  
pero no la hacen arbitrariamente, en las  
condiciones elegidas por ellos.”

Carlos Marx, *el 18 Brumario de Luis Bonaparte*



## Historia y socialismo

Engels, en su exposición del socialismo<sup>1</sup>, hace derivar éste de las oposiciones que existen en el mundo moderno entre burgueses y proletarios así como de la anarquía que reina en la producción capitalista. Pero, bajo su “forma teórica”, reconoce que el “socialismo moderno” se relaciona con un “fondo de ideas preexistente” establecido por los “grandes filósofos de las Luces en Francia en el siglo XVIII”, no siendo un tal socialismo más que una “continuación más desarrollada y que se pretende más consecuente que éstos”. Del socialismo que precede al socialismo moderno Engels reconoce también la huella en la tendencia de Münzer en la Guerra de los campesinos en Alemania (1525) y en los Niveladores en el marco de la revolución inglesa de 1648. De hecho, si se va aún más lejos en el pasado, se apercibe uno de que el socialismo está presente desde el siglo XII al XIV en los movimientos llamados “milenaristas<sup>2</sup>”. Y si continúa uno remontándose en el tiempo,

---

<sup>1</sup> Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, Éditions sociales, 1950, p. 49.

<sup>2</sup> Es evidente que la palabra socialismo aplicada a movimientos muy alejados en el tiempo es arbitrario por nuestra parte, dado que tal palabra aparece solamente en noviembre de 1831 (en el periódico *le*

se descubre entonces que el cristianismo primitivo no era otra cosa, bajo su disfraz religioso, que una especie de socialismo. A este propósito, Engels no puede dejar de señalar esta observación de Renan, tan excelente la encuentra: “Si queréis tener una idea de lo que fueron las primeras comunidades cristianas, no las comparéis con las comunidades religiosas de nuestros días, se parecen más bien a las secciones locales de la Asociación internacional de los trabajadores<sup>3</sup>”.

Bajo formas de visiones fantásticas y místicas del mundo, de ideas teóricas todavía toscas, de movimientos sociales de contornos más o menos precisos, en épocas muy diferentes de la historia, se encuentran, pues, las primicias del socialismo. ¿Cómo explicar un fenómeno así?

“Como el fundamento de la civilización es la explotación de una clase por otra, escribe Engels, todo su desarrollo se mueve en una contradicción permanente. Cada progreso de la producción marca al mismo tiempo un retroceso de la situación de la clase oprimida, es decir, de la gran mayoría. Lo que para unos son ventajas, para los otros es necesariamente un mal, cada nueva liberación de una de las clases es una nueva opresión para otra clase. La introducción del maquinismo, cuyos efectos son universalmente conocidos hoy, suministra la prueba más palpable de ello<sup>4</sup>”. A partir de entonces se puede decir esto: el socialismo surge, en diversas épocas, a causa del carácter *antagónico* del progreso; cada avance de la civilización, es decir, de desarrollo caracterizado de las fuerzas productivas, trae consigo una agravación de la suerte de las clases laboriosas, entregadas a la explotación

---

*Semeur*). Tiene, no obstante, la ventaja de hacer comprender la naturaleza de los movimientos en cuestión.

<sup>3</sup> Citado por Engels en *Contribución a la historia del cristianismo primitivo*, ver Marx-Engels, *Sobre la religión*, Éditions sociales, 1960, p. 312.

<sup>4</sup> F. Engels, *el Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Éditions sociales, 1954, p. 162.

desvergonzada de los ricos y de los poderosos, promotores del progreso económico, pero que no dudan en sacrificar en el altar de éste a una multitud de individuos. Recíprocamente, entre las clases víctimas de este progreso y que soportan todas sus cargas sin gozar de sus ventajas, se desgaja entonces una tendencia radical que se dedica a proyectar una recreación del mundo que va siempre en la misma dirección: la abolición de las clases, la puesta en común de las riquezas, en una palabra, el socialismo. Fenómeno que podemos ilustrar históricamente.

Después de las guerras púnicas contra Cartago (siglo II a. de J. C.) es cuando el mundo romano accede a la cima de su potencia exterior, al tiempo que en el interior se desarrolla un imponente sistema de explotación esclavista. Pero este éxito tiene también su reverso. Los pequeños productores libres han sido arruinados en provecho de vastos latifundios en los que una numerosa mano de obra servil se doblega bajo el yugo. A pesar de un intento de reforma agraria (*ager publicus*), la plebe romana es reducida a verse entretenida miserablemente con “pan y juegos de circo” por los oligarcas que ya se han hecho dueños del poder. Es en este contexto en el que el cristianismo hace su aparición. Éste se deriva del judaísmo, pero está claro que si ha podido encontrar eco en tierra romana es porque ha hallado en ella un terreno social especialmente favorable a su propagación. Hablando de los primeros cristianos, Engels explica que éstos se reclutaban entre los “laboriosos” y los “agobiados”; que pertenecían “a las capas más bajas del pueblo, como conviene a un elemento revolucionario”. ¿Qué propone esta nueva religión? Un desenlace apocalíptico a esta crisis social y moral que sacude al mundo romano: pronto será el castigo de los tiranos, de los malos, de los impíos (claramente, de todos los opresores y explotadores) y el retorno del Cristo, que instaurará su reino de justicia y de igualdad para mil años, él mismo simple prelude del Juicio final en el que los fieles entrarán en la Nueva Jerusalén para la vida eterna... Esta previsión se la encuentra en el libro del Apocalipsis de Juan (67-68 d. de J. C.). Con él, subraya Engels, nada de “religión de

amor”, de “amad a aquellos que os humillan” y de “benedicid a aquellos que os maldicen”; en su lugar, se predica la venganza contra los que persiguen a los cristianos y es con una vara de hierro con lo que Cristo castigará a los impíos cuando regrese. Tal es la característica de esta especie de socialismo. Socialismo evidentemente místico, ligado a un salvador supremo, que encuentra su conclusión en un más allá fantástico y después de luchas ardientes contra las potencias infernales de la tierra: los poderosos, los ricos, los tiranos.

Si ahora se transporta uno a la Edad Media, allí también, a partir del siglo XI, se asiste a un avance de la civilización que resulta del progreso técnico (por ejemplo, la construcción de navíos de mayor tonelaje), del restablecimiento parcial de la seguridad, lo cual tiene como consecuencia el permitir el crecimiento de los intercambios. De ahí un cierto esplendor de las ciudades, que se convierten en focos de civilización importantes con sus palacios, ayuntamientos, mercados, talleres, escuelas, universidades, catedrales, conventos. Pero las mismas causas producen los mismos efectos. Por un lado, la aparición de una burguesía ávida y de un clero corrompido que ostentan su lujo y sus riquezas y, en el otro extremo de la cadena, la aparición de una masa liberada de la servidumbre y de la gleba, pero compuesta de desarraigados, de excluidos, de vagabundos, o sea, como dirá Marx, de un “proletariado sin hogar ni lugar, despedidos por los grandes señores feudales, y cultivadores víctimas de expropiaciones violentas<sup>5</sup>”. Durante esta fase es cuando va a surgir una oleada de socialismo acompañada de movimientos radicales que atacan violentamente a los poderes laicos y eclesiásticos. Aquellos, con ayuda de algunos profetas e inspirados, predicán el advenimiento de un nuevo milenio de Cristo que coincidirá con la instauración del reino de Dios sobre la tierra. Es así como Joachim de Flore hace una nueva exposición del Apocalipsis, llamada “milenio de la tercera edad”, destinada a sobrevenir

---

<sup>5</sup> C. Marx, *el Capital*, libro I, tomo 3, Éditions sociales, 1959, p. 175.

próximamente (en 1260) y que acarreará la desaparición de la Iglesia de Roma, esa nueva “prostituta de Babilonia”. A pesar de la represión despiadada, la agitación continúa. Los Apostólicos de Gérard Segarelli (quemado en Parma en 1300), el movimiento de Fra Dolcino (quemado en Verceil en 1307) preconizan la abolición de la propiedad privada por medio de la agitación urbana y del maquis campesino. En Bohemia (1420), los Taboritas de Ziska intentan hacer de Pilsen la Nueva Jerusalén en donde será realizado “el reino de Dios sobre la tierra”. Todavía en el siglo XVI, el socialismo continúa avanzando bajo la máscara de la religión: con la corriente de Münzer durante la Guerra de los campesinos de 1525 en Alemania; con los anabaptistas de Münster en Westfalia (1534); finalmente, punta extrema del milenarismo en Europa, los Niveladores y los Cavadores que, durante la revolución de 1648 en Inglaterra, continúan identificando el socialismo con el advenimiento de un milenio.

Pero es ya la época de los viajes, de los descubrimientos, de la eclosión de las ciencias y, al mismo tiempo, el principio de la crisis del sistema de representación salido de la cristiandad: de sus dogmas, relatos, interpretaciones. Este proceso de civilización se convierte en emergencia de la modernidad. Desde entonces, el socialismo tiende a desembarazarse de su afabulación religiosa, pero para hacerse “lugar de ninguna parte”, como con Thomas More y su *Utopía*, Rabelais con su abadía de Thélème, Campanella con su Ciudad del Sol. En el siglo XVIII, reconstruye el mundo en el sentido de un retorno al “estado de naturaleza”, viéndose acusado el estado de civilización de haber corrompido al hombre. Es el socialismo de Rousseau, Mably, Morelly, Restif de La Bretonne, cuyas ideas inspirarán el comunismo de los Iguales de Babeuf y Buonarroti en la Revolución francesa, ella misma formidable explosión social.

## Un acta de fracaso

Existe, pues, ciertamente una especie de socialismo endémico que, bajo diversas denominaciones, reaparece a cada gran salto adelante de la civilización y se opone al desorden al que da lugar. Sin embargo, una constatación se impone: semejante socialismo jamás ha triunfado en su empresa ni ha hecho triunfar su causa y cambiado efectivamente el curso del mundo.

Nunca ha llegado, en efecto, a imponer sus soluciones. En cada ocasión, es el mundo tal cual es el que ha impuesto las suyas remontando a su manera sus crisis sucesivas. Después del siglo III, no es el cristianismo de los orígenes el que se impone sino el que se ha convertido en religión de Estado. A partir de entonces, se acabaron las imprecaciones contra los poderosos y los ricos. En su lugar, una dulzarrona “religión de amor” para la que el oprimido debe tender su mejilla al opresor a fin de amarse el uno al otro; se acabó igualmente la esperanza ardiente del cambio radical, en lo sucesivo se predica la resignación, el consuelo de la vida eterna después de la muerte: es la religión “opio del pueblo”. En cuanto al Apocalipsis de Juan, borrón y cuenta nueva. En su lugar, los Evangelios (donde se encuentra de todo y su contrario) harán el negocio. En una palabra, el cristianismo como tendencia revolucionaria es batido en brecha. Después, los diversos intentos de socialismo han sido igualmente vanos y estériles: una borrosa “Nueva Jerusalén” por aquí, una no menos vaga “República igualitaria” por allá, todas estas experiencias se terminan en la confusión, o bien ahogadas en la sangre, sus inspiradores entregados a los verdugos después de haber sido condenados como herejes por el tribunal de la Santa Inquisición.

¿Quizá sonará la hora del socialismo con los comienzos del mundo moderno? Aprovechando los cambios que empiezan

a operarse, ¿no hay ahí el medio de hacer triunfar su loca esperanza? ¡Ay!, una vez consumada la Revolución francesa, bebida hasta las heces, es el desencanto; y llegan, al comienzo del siglo XIX, los Saint-Simon, Fourier, Owen, para constatar que la revolución en cuestión ha pasado completamente al lado de su sujeto. Al menos así es como interpreta Engels la reacción de decepción de los “grandes socialistas utópicos”<sup>6</sup>. Éstos, una vez pasada la tempestad revolucionaria, no han podido sino constatar la insignificancia de los resultados obtenidos en comparación con la emancipación humana que había sido más o menos proyectada. En materia de “Luces”, es un mundo *burgués* el que ha comenzado a instalarse. Éste no hace más que continuar segregando una multitud de taras, unas antiguas, que agrava, otras más modernas, que crea completamente nuevas. Y Engels pasa revista a la constatación amarga que hacen los grandes utopistas. El fin del Antiguo Régimen debía inaugurar el reino del “Estado racional”. Pero este último había encontrado su realización primeramente en el Terror, después en la corrupción del Directorio, para finalmente encarnarse en el despotismo napoleónico. Se había acariciado la esperanza de una paz perpetua. Con las guerras de la Revolución y del Imperio se había desencadenado una conflagración permanente entre naciones de una amplitud desconocida hasta entonces. La miseria social, esa vieja tara, lejos de ser absorbida no había hecho más que empeorar: la liquidación de las últimas trabas feudales había tenido por efecto desembocar en la formación de un proletariado moderno, entregado atado de pies y manos a la ley todopoderosa del mercado y a nuevos dueños aún más crueles y rapaces, los manufactureros capitalistas. En cuanto a la fraternidad de la divisa revolucionaria, se había resuelto por el frío interés al contado, convirtiéndose el dinero, según la expresión de Carlyle, en el único lazo entre los hombres. La prostitución se extendía en un grado desconocido hasta entonces, pasando el derecho de pernada de los señores feudales

---

<sup>6</sup> Engels, *Anti-Dühring*, Éditions sociales, Paris, 1950, p. 295.

a los fabricantes capitalistas; he ahí, si se completa el cuadro, el tipo de emancipación que había sido realizado.

El balance es, pues, abrumador. Hasta ahora, la historia humana no ha alumbrado verdaderamente un “mundo mejor”; nunca ha dado, partiendo de un acontecimiento notable, la señal de una revolución que fuese decisiva; todos los movimientos radicales han fracasado, y la historia es un cementerio de sueños rotos. ¿Por qué todos sus fracasos?

Cuestión capital ésa que se plantea al socialismo y a la cual se debe responder so pena de falta de credibilidad, de pasar, en el mejor de los casos, por una simple fiebre episódica, un incendio siempre reavivado pero que jamás llega a convertirse en llama y acabar de una vez por todas con una marcha del mundo juzgada maligna, pero siempre renaciente.

## Las causas reales del fracaso

A propósito de Münzer y de su tendencia comunista en Alemania (190,25), Engels escribía: “Lo peor que le puede llegar a suceder a un jefe de un partido extremo es verse obligado a tomar el poder en una época en que el movimiento no está maduro para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige la dominación de esta clase (...). Se encuentra colocado necesariamente ante un dilema insoluble: lo que *puede* hacer contradice toda su acción pasada, sus principios y los intereses inmediatos de su partido, lo que *debe* hacer es irrealizable<sup>7</sup>.”

De hecho, el error del socialismo era llegar *demasiado pronto*: es la falta de madurez de las condiciones objetivas la que explica su fracaso. Más o menos vislumbrado teóricamente,

---

<sup>7</sup> Engels, *la Guerra de los campesinos*, citado por Kostas Papaioannou, *in los Marxistas*, ediciones J'ai lu, Paris, 1965, p. 231.

no tiene los medios para imponerse. A partir de ese momento, sólo puede ser vencido por un adversario que le es superior, o bien, como lo destaca Engels, y que equivale a lo mismo, es llevado a traicionar su propia causa en razón misma de la situación que le es impuesta.

La primera causa real de su fracaso proviene del hecho de que no dispone sino de un proletariado embrionario. De este modo, en las revueltas milenaristas no puede tratarse más que de un “proletariado sin hogar ni lugar”, surgido de la expropiación violenta de una parte de la población campesina que el capitalismo todavía balbuciente no es capaz de emplear. Al constituir una masa excluida de las relaciones feudales, es el elemento verdaderamente activo y radical, dispuesto a seguir a los profetas del milenarismo revolucionario y disponible para todas las aventuras, las revueltas más locas. Pero también todas condenadas al fracaso: al continuar el grueso de la población estando integrada en el sistema feudal, que liga el campesino a la gleba y el artesano a su corporación, no puede reconocerse en estos movimientos de desarraigados y éstos se encuentran pronto aislados y fácilmente neutralizados. Esta situación se la vuelve a encontrar todavía a finales del siglo XVIII cuando importantes movimientos sociales tienen lugar en Francia. Algunos de ellos tienden muy confusamente al socialismo (movimiento de los Rabiosos y de los hebertistas en 1793-1794 y sobre todo la Conspiración por la Igualdad de Babeuf en 1796). Pero una vez más, expresión de un proletariado demasiado embrionario, ahogado en una masa de pequeños propietarios que, en la ciudad y en el campo, constituyen la gran mayoría de la población, estos movimientos no tienen ninguna posibilidad objetiva de alcanzar su fin.

El estado de atraso económico de la sociedad juega igualmente en contra del socialismo. En efecto, uno no puede dejar de preguntarse: suponiendo que el socialismo consiguiese instaurarse, ¿habría aportado lo que los afligidos y los desarraigados de la Edad Media llamaban en su imaginaria “el

reino de Dios sobre la tierra”? Comprendido de una manera más realista, ¿habría modificado realmente la situación material y social de la inmensa mayoría?

Su objetivo, como él decía, era la “comunidad de bienes”; había que ponerlo todo en común, hacer todo de todos. De hecho, visto el estado de atraso económico que caracterizaba entonces a la sociedad, un tal proyecto no habría podido querer decir otra cosa: *la socialización de la miseria*. Por esta razón, estando en la imposibilidad de resolver realmente la cuestión social, preconizaba un socialismo ascético, que sublimaba de un modo totalmente cristiano en “culto de la pobreza” o bien disfrazaba al modo de Rousseau y naturalista en “simplicidad de las necesidades”, todo ello coronado por un moralismo austero y virtuoso.

Su dependencia respecto de las condiciones exteriores era tan grande que, si se le ocurría querer salir del círculo estrecho, hecho de penuria y rareza en el que evolucionaba, para intentar vivir de una manera más liberada, era llevado a caer en la incoherencia. A este respecto es instructiva la experiencia comunista de los taboritas en Bohemia en 1420. Después de haber fundado su “Nueva Jerusalén” (llamada por el nombre bíblico de Tabor) llegan a la situación siguiente, según nos cuentan los autores del *Incendio milenarista*, Yves Delhoysie y Georges Lapiere<sup>8</sup>:

“Las gentes de Tabor rehusaban completamente todo trabajo, aunque la existencia más elemental de su comunidad llegó a plantearles un problema. Habían creído resolverlo saqueando los castillos, los monasterios y las ciudades. Y cuando lo hubieron saqueado todo por aquella parte, no tuvieron otros recursos más que despojar a los campesinos que no habían abandonado su tierra para unirse a ellos, aunque habían estado a su favor. ‘Numerosas comunidades no sueñan

---

<sup>8</sup> Y. Delhoysie, G. Lapiere, *el Incendio milenarista*, ediciones Os Cangaceiros, 1987.

ni un instante en ganarse la vida trabajando con sus manos, sino que no tienen más deseos que vivir de la propiedad de los otros y emprender campañas injustas cuyo único fin es el robo”, se quejaban algunos taboritas. Para acabar, en octubre de 1420, los habitantes de Tabor empezaron a arrancar censos a los campesinos, que con el tiempo se hicieron cada vez más pesados.”

Comentario de nuestros dos autores: “Dado que el comunismo taborita era puramente interno de su grupo, degeneró en simples razzias que se formalizaron finalmente en detracciones fiscales”. Esta explicación no tiene gran sentido. Admitiendo que el comunismo se hubiese extendido, no se ve qué habría cambiado: con esa misma voluntad de no trabajar que le caracterizaba, no habría hecho mas que caer en una degeneración aún más grande. Nuestros dos autores, totalmente impregnados por la idea de no-trabajo que sugiere la actual sociedad capitalista hiper-mecanizada, hacen abstracción propiamente de las condiciones históricas en las que evolucionaba una tal experiencia, lo que les permite eludir la crítica de ese rechazo del trabajo por parte de los taboritas, causa directa de su degeneración.

Así pues, segunda causa real del fracaso del socialismo, la ausencia de base material sólida que permita su instauración. No es quitándole a los ricos (entonces una ínfima minoría de la población) para dar a los pobres como se produce socialismo, es apropiándose de las fuerzas productivas ya existentes, numerosas y desarrolladas, a las que se hace funcionar por cuenta de la colectividad. A falta de cumplir con esta condición, este socialismo no podía, por consiguiente, más que fallar ante su objetivo más elemental: hacer salir a la inmensa mayoría de los hombres del reino de la miseria. Dicho de otro modo, admitiendo que hubiese podido llegar a tomar la dirección de la sociedad, este socialismo no habría cambiado nada.

## **Balance del socialismo antiguo y cambio de perspectiva**

De hecho, el socialismo ha fracasado porque no era él, sino el *capitalismo*, el que estaba a la orden del día de la historia: “Agente fanático de la acumulación, fuerza a los hombres, sin piedad ni tregua, a producir por producir y los empuja instintivamente a desarrollar las potencias productivas y las condiciones materiales que, sólo ellas, pueden formar *la base de una sociedad nueva y superior*”.<sup>9</sup> A partir de ahí, ¿a qué correspondía un tal socialismo?

Delhoysie y Lapierre, evocando el anarquismo andaluz de final del siglo XIX, que, a su vez, se desarrolló en las condiciones aún ampliamente atrasadas de la España meridional de esa época, nos dan una idea bastante reveladora de ello: “Las aspiraciones del anarquismo estaban dirigidas hacia una edad de oro inminente, pero llevaban idénticamente la marca de un pasado caducado cuya nostalgia estaba omnipresente: quería volver a crear las comunas rurales existentes en España en los siglos XVI y XVII.” Ahí se señala con el dedo la naturaleza de este socialismo: de hecho, era *reaccionario*; el capitalismo emergente agravaba las condiciones de existencia de los pobres, de las víctimas de expropiaciones violentas, o bien condenados a soportar el nuevo tipo de explotación que se estaba instalando; desde ese momento, no viendo en esta marcha adelante del mundo más que maldición, injusticia, inhumanidad, extravío, un tal socialismo llegaba a echar de menos las antiguas condiciones de existencia, que se ponía a idealizar o a reinventar de una manera totalmente “reaccionaria-revolucionaria” bajo la forma de un pasado completamente renovado.

“Los anarquistas, escriben Delhoysie y Lapierre, rechazaban la instauración del sistema capitalista moderno.

---

<sup>9</sup> Marx, *op. cit.* p. 32.

Rechazaban la lógica del trabajo en fábrica, con lo cual expresaban bien la aversión secular de los españoles por el trabajo militarizado en las empresas modernas y su perfecto desdén por la noción de “productividad”. El anarquismo manifestaba mejor que nadie la resistencia profunda de los pobres al espíritu laborioso y competitivo del capitalismo. La mentalidad de los hombres de negocios y el afán de lucro eran considerados como estados de alma absolutamente perversos; el argumento técnico no les importaba lo más mínimo.”

Todo lo que se describe ahí como mentalidad y comportamiento de los hombres de esa época es bastante exacto. La tendencia del socialismo antiguo era, en efecto, la de expresar una alergia al capitalismo naciente. Pero, ¿qué conclusión sacar de ello? Sería vano e irrisorio cultivar, como parecen hacer nuestros dos autores, una especie de nostalgia hacia un tal socialismo y sus tipos de hombres, que él encarnaba con su voluntad feroz de rechazar el capitalismo, en oposición a los hombres actuales que, a su vez, parecen colarse tan perfectamente en su molde... De todos modos, estos hombres, por muy notables que hayan sido, han fracasado históricamente en sus intentos de impedir la introducción del capitalismo. Los luditas ingleses en 1810 rompían las máquinas a fin de hacer imposible el capitalismo industrial. Los anarquistas andaluces rechazaban el trabajo de fábrica planteando reivindicaciones extravagantes, como en Córdoba en 1905, donde reclamaban siete horas y media de descanso en una jornada de trabajo de ocho horas... En ambos casos, los vencedores han sido las máquinas y el trabajo en fábrica, dicho de otra manera, el capitalismo. Y aun en España, país donde el pasado fue exaltado durante mucho tiempo, es la mentalidad modernista capitalista la que ha triunfado hoy, hasta el punto de que el “infatigable anarquismo español” está bien muerto.

Lo que se ha llamado el marxismo corresponde a un cambio radical de perspectiva en la historia del socialismo. Llega en una época que le permite constatar la realidad cada vez

más dominante del capitalismo industrial en los países más avanzados de Europa. Esto indica claramente que el socialismo antiguo ha fracasado en todas sus tentativas de contener su desarrollo.

“La era histórica burguesa debe crear la base material de un mundo nuevo” (Marx). Tal es la nueva visión del socialismo; socialismo que sería, precisa Marx, “quijotismo”, si no encontrase, “ocultas en las entrañas de la sociedad tal como existe, las condiciones materiales de producción y las relaciones de distribución de la sociedad sin clases<sup>10</sup>.”

A partir de entonces, hay que ser consecuentes. Si el capitalismo es la condición previa del socialismo, hay que aplaudir, y no maldecir como hacía el socialismo antiguo, su desarrollo. De ahí, por ejemplo, esa especie de apología del capitalismo que se encuentra en el *Manifiesto comunista* en donde toda la obra industrial realizada por la burguesía es celebrada, pero sólo con esta perspectiva: si se quiere que el socialismo sea algo distinto a una “idea generosa”, entonces hay que inclinarse ante “la gran misión civilizadora del capital” (Marx).

Evidentemente, esta “misión” será ruda y dolorosa. No se trata de pintarla bajo una luz agradable y liberadora como hace el humanismo burgués. Pero “nosotros decimos a los obreros y a los pequeños burgueses: antes que regresar a una forma social caducada que, bajo pretexto de salvar a vuestras clases, volverá a hundir a la nación entera en la barbarie medieval, es mejor sufrir en la sociedad burguesa moderna cuya industria crea los medios materiales necesarios para la fundación de una sociedad nueva que os liberará a todos<sup>11</sup>”.

---

<sup>10</sup> Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política*, ediciones Anthropos, Paris, 1967, tomo I, p. 97.

<sup>11</sup> Marx, *la Nueva Gaceta del Rin*, Éditions sociales, tomo II, p. 334.

¿Invitación a sacrificarse en nombre de un “mañana radiante” y que evidentemente jamás verá la luz? El marxismo no promete el paraíso (como se le ha hecho decir). Pero, es un hecho, no hay otras vías de acceso al socialismo que el capitalismo. El socialismo ha fracasado por falta de medios materiales que sólo el capitalismo podía suministrarle. Si este análisis es falso, entonces no queda más remedio que renunciar al socialismo: no habiendo tenido hasta ahora para oponer al orden del mundo más que su revuelta y su “bella alma”, ha fracasado regularmente en todos sus intentos y no se ve por qué milagro podría un día ser de otra manera; asimismo, si no puede esperar más que un vago reformismo, más le vale renunciar a su pretensión grandilocuente de “cambiar el mundo”.

Solo hay de cierto que en nuestro fin de siglo la historia no ha alumbrado todavía el comunismo, esto es un hecho (si se nos quiere dispensar de la tesis del “hundimiento” de ése que, al parecer, se había instaurado en el Este). Es a partir de ahora cuando comienza verdaderamente nuestro balance.



## Marx, Engels y la perspectiva del socialismo (1848-1895)

### Lectura del *Manifiesto comunista*

La teoría del socialismo moderno nació en los años de 1840 bajo el impulso de dos pensadores alemanes, Marx y Engels, que no eran genios providenciales, sino los intérpretes del socialismo ya confrontado a la era industrial capitalista. No se trata aquí de hacer una exposición de esta teoría, que culmina en una primera síntesis con la aparición en 1848 del *Manifiesto del partido comunista*. Nos interesaremos únicamente por la perspectiva que se desprende de este texto.

“Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”, se puede leer desde las primeras líneas. “Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una Santa Alianza para acosar a ese fantasma (...). ¿Qué oposición no ha sido acusada de comunismo por sus adversarios en el poder?” Todo este barullo a propósito del comunismo, todo ese odio y ese espanto que desencadena entre las clases dirigentes proporciona, según el *Manifiesto*, “la enseñanza” de que “es reconocido como una *potencia*”. ¿Es que su hora sonaría

pronto, pues? Al leer el *Manifiesto*, parece que esa actualidad del comunismo no ofrece duda alguna. Por lo demás, ¿habrían escrito Marx y Engels un tal libelo si hubiesen pensado que no era aplicable sino a una época lejana?

Después de haber recordado que si la vieja sociedad feudal se ha hundido es porque su régimen de producción y de propiedad había dejado de corresponder al nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, los autores del *Manifiesto* escriben: “Hoy asistimos a un proceso análogo (...). Desde hace decenas de años, la historia de la industria y del comercio no es otra cosa sino la historia de la revuelta de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción.” Lo que había arrastrado la caída del feudalismo, el desarrollo de las fuerzas productivas, está sacudiendo, pues, a su vez al régimen burgués “llegado a ser demasiado estrecho para contener las riquezas creadas en su seno”.

Pero “la burguesía no ha forjado solamente las armas que le darán muerte: “ha producido también a los hombres que manejarán estas armas, los obreros modernos, los proletarios”. Se explica entonces que a medida que ha crecido la industria capitalista se ha desarrollado el proletariado y al mismo tiempo se ha fortalecido la lucha de clase entre burgueses y proletarios. Esta lucha desemboca ya en la unión creciente de los obreros, es decir, “la organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político”, organización “destruida sin cesar (...) pero siempre renaciente”. Por lo demás, otro indicio de la actualidad del comunismo, ese papel creciente del proletariado tiene por efecto arrastrar una “descomposición de la clase dominante” hasta el punto de que “una pequeña fracción de la clase dominante se desliga de ella y se une a la clase revolucionaria, la clase que se lleva en sí el futuro”. La historia está, pues, basculando.

Finalmente, tercer postigo de esta actualidad del comunismo, su programa. Puesto que la burguesía y su régimen

tienen cada vez más dificultad para desarrollar las fuerzas productivas, una vez el proletariado en el poder “se servirá de su supremacía política” para “aumentar lo más rápidamente posible la cantidad de fuerzas productivas”. Sigue después una enumeración, “para los países más avanzados”, de toda una serie de medidas, entre las cuales, “la multiplicación de las manufacturas nacionales”, “la roturación de tierras sin cultivar”, “el trabajo obligatorio para todos”, “la organización de ejércitos industriales”. A partir de entonces, “en el transcurso de este desarrollo”, los antagonismos de clases desaparecerán y el poder público perderá su carácter político para dejar lugar a “una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos”.

### **La perspectiva de 1848: acelerar el curso de la historia haciendo la revolución permanente**

En marzo de 1850, Marx y Engels escriben todavía: “En tanto que los pequeños burgueses demócratas quieren terminar la revolución lo más rápidamente posible (...), es nuestro interés y nuestro deber hacer la revolución permanente hasta que todas las clases más o menos poseedoras hayan sido expulsadas del poder, que el proletariado haya conquistado el poder público y que, no sólo en un país, sino en todos los países principales del mundo, la asociación de los proletarios haya hecho bastantes progresos para (...) concentrar en las manos de los proletarios al menos las fuerzas productivas decisivas. Para nosotros, no se trata de la transformación de la propiedad privada, sino únicamente de su aniquilamiento; no se trata de enmascarar los antagonismos de clases, sino de suprimir las clases; no de mejorar la sociedad existente, sino de fundar una nueva<sup>1</sup>”. No es

---

<sup>1</sup> Marx-Engels, *Mensaje del comité central a la Liga de los comunistas* (marzo de 1850), ver *Textos sobre la organización*, ediciones Spartacus, Paris, 1972, pp. 39-40.

cuestión, pues, de revolución burguesa. Ésta sólo puede servir como máximo de trampolín a una revolución total, comunista. Queda por saber qué lleva a Marx y Engels a enfocar una tal perspectiva.

El punto de partida de su análisis es la Revolución francesa. Ésta es el gran acontecimiento que se levanta ante ellos y que se trata de descifrar a fin de sacar una enseñanza para la historia presente.

Así Marx, desde 1847, en *la Crítica moralizante y la Moral crítica*, llega a la afirmación de que en esta revolución es “el proletariado” (es su expresión) y no la burguesía el elemento verdaderamente activo, hasta el punto de tomar el poder en 1794. Ciertamente, esta victoria no ha sido más que pasajera pues todavía no se habían creado las condiciones materiales para hacer caduco el modo de producción burgués, lo que significa que, a fin de cuentas, no ha sido “más que un elemento al servicio de la revolución burguesa” que permite acelerar y radicalizar su proceso. No importa, es en este ejemplo de la revolución de 1793-1794 en el que hay que seguir inspirándose: dado que, entre tanto, la sociedad burguesa y, con ella, el proletariado se han desarrollado considerablemente, esta vez hay medios para llegar hasta el final del proceso revolucionario; de ahí la consigna de “revolución permanente”. A partir de entonces, todo el curso histórico se verá acelerado. El proletariado, una vez en el poder, dará un impulso aún más vigoroso a las fuerzas productivas, con las medidas que el *Manifiesto*, como se ha visto, preconiza, y se *precipitará* la llegada del comunismo. Tal es la perspectiva de Marx y de Engels en lo que hay que llamar su período del cuarenta y ocho.

## **Fracaso, puesta en tela de juicio y autocrítica**

El *Manifiesto* había sido escrito justo en la víspera de los acontecimientos que, de 1848 a 1849, iban a agitar Europa,

en París, Berlín, Frankfurt, Viena, Milán. Pero, según la primera frase de las *Luchas de clases en Francia*, resumiendo todo este período: “A excepción de algunos capítulos, cada sección importante de los anales de la revolución de 1848 a 1849 lleva el título: ‘¡derrota de la revolución!’”

Entre estos capítulos que evoca Marx hay que destacar sobre todo la formidable insurrección armada de los obreros de París. Pero incluso este levantamiento fue un engaño: de hecho, fue la burguesía quien empujó al proletariado parisino a la insurrección, siendo ésta una excelente ocasión para ella de acabar con los elementos más activos y peligrosos, lo que hizo decir a Engels que el levantamiento de junio había sido para este último “la revolución de la desesperación<sup>2</sup>”. En otras palabras, el proletariado no estaba, de ninguna manera, en medida de tomar el poder y la dirección de la sociedad. En todos los demás sitios, las revoluciones de 1848 a 1849 fueron sobre todo pretextos falsos. Presentándose al principio como “burguesas”, en lugar de combatir resueltamente a la reacción, pactaron rápidamente con ella, yendo de compromiso en compromiso. En estas condiciones, esta última no tuvo dificultad en recobrar el control de la situación. En cuanto al proletariado, fue ciertamente incapaz de tomar el relevo de estas revoluciones “burguesas” desfallecientes y llevarlas al nivel de una “revolución permanente”, como había previsto el *Manifiesto*.

Este fracaso no podía dejar de llevar a Marx y Engels a preguntarse sobre la validez de la perspectiva que habían trazado inicialmente.

En la reunión del consejo central de la Liga de los comunistas alemanes, el 15 de septiembre de 1850, Marx, a guisa de explicación del fracaso de la revolución en Alemania

---

<sup>2</sup> F. Engels, *la Nueva Gaceta del Rin*, 28 de junio de 1848, en K. Marx, *las Luchas de clases en Francia*, Éditions sociales, Paris, 1948, p. 133.

hace valer “el débil desarrollo del proletariado alemán” y reprocha a la minoría de la Liga (Schapper, Willich), que quiere proseguir la lucha a toda costa, que no lo tengan en cuenta. De hecho, eso era reprocharles lo que el *Manifiesto* había defendido anteriormente cuando presentaba, lo hemos visto, al proletariado alemán como una clase suficientemente desarrollada para hacer de la revolución burguesa “el prelude inmediato de una revolución proletaria”. Como lo subraya Kostas Papaioannu, lo que después se convertirá en la célebre empresa Krupp, daba empleo a 4 obreros en 1826, 67 en 1835 y apenas el doble en 1846...<sup>3</sup>. La Liga de los comunistas alemanes, de la que formaban parte Marx y Engels, estaba compuesta principalmente por obreros artesanos que ejercían oficios tradicionales, algunos de los cuales cultivaban una visión utópica, incluso mística, como Weitling, del socialismo. Se trataba, por tanto, de una organización en la que reinaba un ambiente ampliamente precapitalista todavía, con sus artesanos en vía de proletarización, no haciendo la minoría de la Liga, según Marx, más que halagar sus “prejuicios corporativos”. En la sesión del 17 de septiembre de la Liga, lo que Marx opera es resueltamente una puesta en tela de juicio de la perspectiva indicada en el *Manifiesto* y en el *Mensaje* de marzo de 1850: “Nosotros nos debemos a un partido que, precisamente por el mayor bien para él, no puede llegar todavía al poder. Si el proletariado llegase al poder, no tomaría medidas directamente proletarias, sino pequeñoburguesas. Nuestro partido no podrá llegar al poder más que cuando las condiciones le permitan aplicar sus ideas. Louis Blanc suministra el mejor ejemplo de lo que se llega a hacer cuando se llega *demasiado pronto* al poder”

El sueño del cuarenta y ocho de la “revolución permanente” ha pasado, pues. De hecho, adolecía del voluntarismo político puro y simple: considerar como ya acabado el papel histórico de la burguesía, cuando no hacía sino

---

<sup>3</sup> K. Papaioannu, *los Marxistas*, ediciones J'ai lu, Paris, 1965, p. 220.

comenzar<sup>4</sup>. Si tal escamoteo hubiese tenido lugar, habría desembocado en lo que, por su parte, Engels había descrito ya en *la Guerra de los campesinos* (que data del verano de 1850 y que no concierne solamente a Münzer y su tendencia milenarista de 1525, sino que hay que relacionar también con el debate que agita entonces a la Liga de los comunistas alemanes), cuando evoca a “un jefe de partido extremo” que llega al poder cuando todavía no está madura la época para que pueda aplicar su programa: “Se ve obligado, en interés de todo el movimiento, a defender el interés de una clase que le es extraña y contentar a su propia clase con frases, promesas y la certeza de que los intereses de esta clase son sus propios intereses. Cualquiera que caiga en esta situación está *perdido irremediamente*. Recientemente hemos tenido ejemplos de ello. Recordemos solamente la propuesta que adoptaron los representantes del proletariado en el último gobierno provisional francés.” Engels hace alusión ahí al “socialismo” de Louis Blanc que, con sus “talleres nacionales” en 1848, suministró un aperitivo de tal mistificación: dado el débil desarrollo de las fuerzas productivas, si hubiese sido necesario sustituir a la burguesía en esa tarea de desarrollarlas, se habría estado obligado a hacer como ella, por tanto, sacrificar los trabajadores a esta obra, pero en nombre del “socialismo”, quedando éste sobre el papel, justo lo suficiente para hacer tragar la píldora amarga de una acumulación capitalista de

---

<sup>4</sup> Kostas Papaioannu recuerda con razón que “en la época en que Marx y Engels escribían en el *Manifiesto* la necrología, por así decir, en forma de ditirambo de la burguesía, el capitalismo y el movimiento obrero no estaban todavía más que en sus comienzos. Las nueve décimas partes de la población mundial permanecían fuera del “modo de producción capitalista” y de la revolución industrial; Inglaterra era la “manufactura del mundo”, el único país en que el capitalismo englobaba efectivamente la totalidad de la economía y de la población. Por el contrario, los campesinos y los pequeños burgueses precapitalistas formaban la gran mayoría de la población de Francia y de Alemania. América estaba todavía en el estadio de la roturación”. K. Papaioannu, *op. cit.*, p. 253.

Estado que reemplazaría a la de los capitalistas empresarios privados.

Entre 1848 y 1850 Marx y Engels han estado tentados de *forzar la historia*. Los acontecimientos, la agitación, las ideas utópicas de aquellos años les llevaron a pensar esto. Pero el fracaso final de las revoluciones de 1848 les obliga a volver a la realidad y reconocer, si no abiertamente, al menos implícitamente, su error: “Nosotros nos debemos a un partido que, por su mayor bien precisamente, no puede aún llegar al poder”, declara Marx. La lección no será entendida. Más tarde, en Rusia, país económicamente atrasado, los revolucionarios volverán a tomar por su cuenta el viejo sueño del cuarenta y ocho de la “revolución permanente” y éste desembocará en la impostura estalinista del “socialismo” confundido alegremente con las nacionalizaciones a la Louis Blanc, la estatización de la economía, todo en nombre de la emulación productiva, de la exaltación de la producción por la producción. Pero esto es otra historia que abordaremos después.

Volviendo un poco más tarde sobre todo este período, Marx se hará aún más explícito: “Las presuntas revoluciones de 1848 no han sido más que simples incidentes, pequeñas fracturas y grietas en la dura corteza de la sociedad europea (...). El vapor, la electricidad y las hilaturas eran revolucionarios infinitamente más peligrosos que ciudadanos de la estatura de un Barbès, un Raspail o un Blanqui<sup>5</sup>.” El único “revolucionario” era, por tanto, el capitalismo y su “revolución industrial”, no parando ésta de trastornarlo todo - hombres, cosas, naturaleza - verdadero monstruo de los tiempos modernos que liquida por secciones completas a masas de pequeños productores que se enganchan a sus tenderetes o sus campos, para arrojarlos a su hocico industrial. ¿La revolución social? ¡Se verá después!

---

<sup>5</sup> K. Marx, *Llamamiento al proletariado inglés*, 1856, en *De la utilización de Marx en período de crisis*, ediciones Spartacus, Paris, 1984, p.13.

Finalmente, Engels, en su prefacio de 1895 a las *Luchas de clases en Francia*, pasará a confesiones completas al reconocer que la historia les había “quitado la razón” (a Marx y a él mismo) y que su punto de vista de 1848 era una “ilusión”: “La historia nos ha quitado la razón a nosotros y a todos aquellos que pensaban de forma análoga. Ha mostrado claramente que el estado de desarrollo económico en el continente estaba aún lejos de estar maduro para la supresión de la producción capitalista; lo ha mostrado a través de la revolución económica que, desde 1848, ha conquistado todo el continente.”

### **Consideración sobre la historia a través del ejemplo de la Revolución francesa**

Se ha visto que Marx y Engels habían llegado a ver en la Revolución francesa algo más que una simple “revolución burguesa”. En todo caso, insistían en el hecho de que la burguesía, durante todo el episodio revolucionario, no había dejado de ser timorata; Engels llegaba incluso a acusarla de ser “demasiado cobarde” para defender sus propios intereses y constataba que había estado ausente durante las grandes jornadas de la Revolución, haciendo la “plebe” todo el trabajo en su lugar<sup>6</sup>. Lo que nos remite a la *naturaleza exacta* de un tal movimiento.

En realidad correspondió a una gran explosión social de las masas proletarias, semiproletarias, indigentes, campesinos, provocada por la crisis de subproducción precapitalista que afecta a Europa y, más particularmente, a Francia a partir de los

---

<sup>6</sup> Carta de Engels a Victor Adler el 4 de diciembre de 1889, en Marx y Engels, *el Movimiento obrero francés*, ediciones Maspero, Paris, 1974, p. 64.

años de 1770<sup>7</sup>. Este movimiento dirigió primeramente sus tiros contra los aristócratas, los explotadores más visibles a los que prometía colgar “de la linterna”; después, por el impulso adquirido, contra los burgueses mismos, esos explotadores más ocultos, más astutos, pero que el pueblo de los “sans-culottes”, que reivindicaba la igualdad real, no tardó en reconocer a pesar de sus bellas frases sobre “la igualdad de derechos”. A partir de 1793, dio nacimiento a dos utopías que escaparon completamente a la burguesía: por un lado, la utopía robespierrista, por el otro, la utopía socialista o socializante de los Enragés y de los hebertistas, prolongada a última hora por el movimiento de los Iguales de Graco Babeuf en 1796. Estas dos utopías se enfrentaron rápidamente y el conflicto se acabó con la victoria de los robespierristas. ¿Cuál era la naturaleza de esta utopía? Muchos marxistas han visto en el robespierrismo la expresión acabada de la “burguesía revolucionaria”, su fracción radical y consecuente. Esta apreciación es inexacta. Ni siquiera Marx llegaba hasta ahí. Para él, como explica en *la Sagrada Familia* (1844), era ante todo una ilusión: la de querer imponer a la sociedad burguesa en formación, sociedad, por consiguiente, de la competencia general, del interés privado y del individualismo, una “moral política” a la antigua - la *virtus* - que trasciende esta sociedad. En realidad, el robespierrismo no soñaba tanto en moralizar la sociedad burguesa como en impedirle nacer. A semejanza del socialismo antiguo, era una especie de movimiento “revolucionario-reaccionario” que quería volver a una edad de oro que habría sido la República romana (“El mundo está vacío después de los Romanos”, decía Saint-Just) o bien a la del legislador espartano Licurgo. Para darse cuenta de ello, basta echar un vistazo a los *Fragmentos de instituciones republicanas* de Saint-Just: de ningún modo era un proyecto de comerciantes lo que proponía al pueblo francés; más bien invitaba a un ideal a la espartana en que la frugalidad, las costumbres sencillas, rivalizarían con el valor guerrero y el

---

<sup>7</sup> Jacques Godechot, *la Toma de la Bastilla*, Paris, ediciones Gallimard, 1989.

heroísmo, cosas todas ellas en las que se inspirará después en gran medida Buonarroti al escribir *la Conspiración para la igualdad llamada de Babeuf*. A causa de esta utopía completamente a contracorriente de la historia, los robespierristas fueron derrocados en Termidor de 1794 y directamente en oposición a ella, la sociedad burguesa, renaciente después de esta fecha, se puso a celebrar, en sus bacanales del Directorio, la caída de estos extravagantes. El sueño del robespierrismo era el sueño de una pequeña burguesía de Antiguo Régimen, compuesta de artesanos, de campesinos y de abogados de provincia, que prefería seguir siendo pobre, virtuosa, “incorruptible”, como su modelo Robespierre, antes que jugar a los arribistas y carreristas, sintiendo confusamente que el mundo burgués que comenzaba a instalarse la haría bascular hacia el proletariado, proletariado que, aunque todavía embrionario, constituía para ella una degradación social, una humillación humana, lo que explica su encarnizamiento contra él cuando se manifestó de una manera un poco autónoma, no dudando en sacrificarlo como aliado, lo que precipitó su caída. De ahí su proyecto de “revolución-regeneración”, esa especie de absoluto al que tendía (“Los que hacen revoluciones a medias no hacen sino cavar una tumba”, decía Saint-Just) a través de su fracción jacobino-robespierrista; de ahí igualmente su voluntad terrorista, que sobrepasó la necesidad de combatir la contrarrevolución monárquica: por el impulso adquirido con este terror, todos los que no querían virtud a la Robespierre se sintieron finalmente amenazados (“la virtud o la muerte”, decía Saint-Just), lo que explica el cobarde alivio de la sociedad burguesa arribista y corrompida tras el Termidor. Se entra ahí en el concierto malsano de la revolución utópica y neurótica, la reacción a la cual, ya sea monárquica o burguesa, ha sacado tajada, sirviéndose de ella como pretexto para denunciar todo proyecto revolucionario, que no podía conducir más que a la guillotina o al más moderno “gulag”... Engels, como para desmarcarse de un tal delirio terrorista con el que fue marcada la cultura revolucionaria salida de la Revolución francesa, ha escrito, no obstante, evocando el Terror: “Nosotros entendemos

por este término el reino de gentes que inspiran el terror; para los otros, por el contrario, es el reino de gentes que están aterrorizadas. Se trata entonces de crueldades en grandes proporciones inútiles, cometidas por gentes que tienen miedo y necesitan asegurarse. Estoy convencido de que las faltas del régimen del Terror del año 1793 recaen casi exclusivamente sobre el burgués locamente atemorizado y que juega al patriota, sobre el pequeño burgués filisteo que se caga de miedo en los pantalones y sobre la chusma del subproletariado, que hacía sus pequeños chanchullos gracias al terror<sup>8</sup>.” La explicación vale lo que vale, pero no se presenta como fiador de tales excesos. Así pues, si la Revolución francesa se benefició de un prestigio tan grande o se atrajo tantos odios, tal renombre proviene del hecho de que, en verdad, no era burguesa, por la buena razón de que una revolución burguesa, *no existe*.

En efecto, en 1789 el objetivo de la burguesía no era de ningún modo operar una ruptura clara (una revolución) con el régimen político monárquico, sino llevar a éste a un compromiso. Lo que la burguesía francesa tenía entonces en la cabeza era el modelo reformista inglés de la Gloriosa Revolución de 1688, es decir, el de la monarquía constitucional y no el de la república democrática. Este objetivo intentaba alcanzarlo a través de una práctica de Antiguo Régimen: la convocatoria de los estados generales que le permitiría poner todo su peso en la balanza y forzar así a la nobleza y al clero a hacer concesiones. Pero, desde el 14 de julio, la plebe de los arrabales, aguijoneada por la crisis de subsistencias, entra en escena y llega a alterar este sabio cálculo y mercadeo, y comienza entonces el “resbalón” revolucionario que no se detendrá hasta temidor de 1794, con algunos sobresaltos en germinal y pradiel de 1795.

---

<sup>8</sup> Carta de Engels a Marx el 4 de septiembre de 1871, *en la Comuna de 1871*, ediciones 10/18, Paris, 1971, p. 71.

Pero este “resbalón” no se reproducirá más. En 1848, todo pasará según había previsto desde el principio la burguesía francesa de 1789; ningún movimiento popular de la amplitud del de 1789-1794 llegará a trastornar la táctica de las burguesías europeas, la cual se resumirá en hacer compromisos con las viejas monarquías. Lo cual permite constatar que las burguesías han procedido siempre, frente al poder feudal y aristocrático, por medio de *la evolución* y no de la revolución. Y se puede pasar revista a la historia de los países más importantes de Europa, se llega siempre a esta misma constatación.

¿La revolución inglesa de 1648? Fue obra, sobre todo, de los elementos plebeyos como los Niveladores, esforzándose la burguesía, con Cromwell, especialmente en canalizar el movimiento. Finalmente, será la Gloriosa Revolución de 1688 la que se convertirá en su modelo: “revolución” como “es debido”, en la que el pueblo es apartado, obra exclusiva de los grandes burgueses y de los lores, que llegan a un compromiso. ¿La “revolución” americana de 1776? ¿Contra qué feudalidad o antiguo régimen tuvo que luchar en ese Nuevo Mundo? Toda su obra política se reducirá a enunciar los grandes principios de la democracia burguesa moderna. ¿La “revolución” alemana de 1848? De hecho, habrá que esperar a 1918 para ver proclamada la república burguesa (y aún, no por la burguesía, sino... por el partido obrero reformista socialdemócrata de Ebert). República totalmente frágil, que se hundirá en 1933, lo que hace que sea sólo después de 1945 cuando la muy burguesa y conservadora República federal alemana vea la luz. En lo que concierne a la “revolución” italiana, todo el mundo sabe que el Risorgimento fue una comedia, la expedición de los Mil de Garibaldi una distracción, mientras que el episodio del fascismo a partir de los años 20 tendrá por efecto retrasar a 1945 la proclamación de la República, y aún por muy escasa mayoría. España bate todos los récords. Su larga marcha comienza en 1812 con la Constitución liberal de Cádiz, para acabar tras la muerte de Franco en 1975, cuando finalmente la democracia burguesa triunfa tras haber conocido muchos sinsabores. Por lo demás,

incluso Francia, con todo lo revolucionaria que fue entre 1793 y 1794, deberá esperar un siglo para ver imponerse verdaderamente la república (con los inicios de la III República).

Esta rápida hojeada nos muestra que se asiste a un proceso evolutivo con algunas discontinuidades que dan lugar a retrocesos parciales. En sus comienzos, en la Edad Media, la burguesía empieza por arrancar algunos privilegios políticos a los feudales y se instala en sus comunas libres; después, cuando se siente más fuerte económicamente, busca conseguir un compromiso a nivel del Estado que desemboca, en un primer momento, en una monarquía absoluta (ejerciendo ésta un equilibrio entre la burguesía y la nobleza, lo que tiene por efecto colocarla por encima de estas dos clases) y, en un segundo momento, en una monarquía constitucional a la inglesa, modelo de la burguesía francesa en 1789; finalmente, una vez que se han disuelto todos los elementos económicos, sociales e ideológicos del mundo preburgués, lo que requiere bastante tiempo, instaura una república democrática o algo que se le parece. Tal es la marcha del proceso político burgués. Éste se casa con el desarrollo económico del capital - no mecánicamente, sino frecuentemente con retraso - para llegar completamente a madurez una vez que este último ha instaurado su dominación completa sobre la sociedad.

Es la *lentitud* de esta marcha histórica la que inquieta a Marx y Engels en 1848 y les lleva a preconizar “la revolución permanente”, a fin de precipitar tal curso. Pero esta vía es de hecho impracticable y si jamás viese la luz, conduciría a un callejón sin salida: llevaría al proletariado, al adueñarse del poder, a realizar tareas que no son suyas (no abolir el salariado, sino generalizarlo, promoviendo desde todos los ángulos el desarrollo de las fuerzas productivas) y, por tanto, condenándolo a traicionarse. Aun cuando sea lento, vacilante, basado en dilaciones, el papel histórico de la burguesía no puede ser escamoteado así.

## La nueva perspectiva

El fracaso de 1848 no podía sino remitir a Marx al análisis de las causas objetivas que habían hecho imposible la revolución. Se conoce lo que siguió: Marx en el British Museum pasando sus noches en la escritura del *Capital*. “El objetivo final de esta obra, precisará Marx en su prefacio de 1867, es desvelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna.” “Inglaterra es el lugar clásico de esta producción”, prosigue, y, como “el país más desarrollado industrialmente no hace sino mostrar a aquellos que le siguen a escala industrial la imagen de su propio futuro”, hay que esperar, por tanto, ver los países del continente europeo pisarle los talones a Inglaterra. A partir de ahí, está claro que no es la hora de la revolución sino la del desarrollo de la producción capitalista.

Sin embargo, una cuestión se plantea: ¿hasta cuándo será posible al capitalismo desarrollarse y extenderse? En una carta a Engels el 10 de octubre de 1858, Marx considera como “inminente” la revolución en el continente pero, añade, “¿no será ahogada en este pequeño rincón del mundo? En efecto, en un terreno mucho más vasto, el movimiento de la sociedad burguesa es todavía ascendente”. Ya en 1853 había asignado a Inglaterra una “misión”: la extensión del capitalismo al mundo entero, particularmente en Asia (artículo del *New York Tribune* del 8 de agosto de 1853). Finalmente, en su prefacio de 1859 a *la Crítica de la economía política*, escribe que “un tipo de sociedad no desaparece jamás antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que esta sociedad es capaz de contener”. Dicho de otro modo, habrá que esperar a que el capitalismo vaya *hasta el final* de sus posibilidades de expansión para que suene la hora de su supresión por la revolución. Desde ese momento, antes de que sobrevenga tal vencimiento hay riesgo de que corra mucha agua bajo los puentes. De hecho, en 1870 Marx considera que sólo Inglaterra está madura económica-

mente para el socialismo: “Aunque es probable que la iniciativa revolucionaria parta de Francia, sólo Inglaterra puede servir de palanca para una revolución seriamente económica<sup>9</sup>.” El capitalismo tiene, pues, días felices ante sí. Sin embargo, ¿no habría manera de, a pesar de todo, abreviar algo su curso histórico? Ciertamente, “el desarrollo de la formación económica de la sociedad es asimilable a la marcha de la naturaleza y a su historia” (prefacio de 1867 al *Capital*), pero si a este proceso objetivo viene a añadirse un elemento *subjetivo*, es decir, un factor de conciencia y de voluntad, ¿no hay posibilidad de acelerar la desaparición del capitalismo y, consecuentemente, el advenimiento del socialismo?

Es lo que parece sugerir Marx cuando, en su prefacio de 1867 al *Capital*, escribe: “En el momento en que una sociedad ha llegado a descubrir la pista de la ley natural que preside su movimiento - y el objetivo final de esta obra es desvelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna - no puede ni superar con un salto ni abolir por decreto las fases de su desarrollo natural; pero puede abreviar el período de gestación y aliviar los dolores de su parto.”

En efecto, hasta ahora los hombres han hecho su historia aun sin saber muy bien la historia que hacían. Han visto en sus ambiciones, sus pasiones, sus planes subjetivos, las fuerzas motrices de su acción, mientras que todas estas representaciones ideológicas que los animaban tenían muy poco que ver con la realidad objetiva, y muy raramente se realizaban los objetivos que se habían fijado<sup>10</sup>. A pesar de todo, esto no les ha impedido, aun a costa de la confusión de espíritu más increíble, realizar las tareas que debían realizar en las condiciones materiales determinadas de su época. Sin embargo, si se llega a acceder a una verdadera ciencia de la historia - y el

---

<sup>9</sup> Marx, *Circular de la Asociación internacional de los trabajadores del 1° de enero de 1870*, en K. Papaioannu, *op. cit.* p. 236.

<sup>10</sup> Engels, *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en Marx-Engels, Estudios filosóficos, Éditions sociales, Paris, 1961, p.49

marxismo pretende ser tal ciencia - por tanto, a conocer sus leyes y sus tendencias objetivas, entonces se podrá intervenir conscientemente sobre ellas y hacerlas jugar a nuestro favor. De este modo, si el proletariado se imbuje teóricamente de los mecanismos de la economía burguesa, ve sus contradicciones y también las tendencias favorables a su liberación, le será posible efectivamente “aliviar” los dolores que provoca el capitalismo “abreviando” su duración de vida por medio de una revolución. Pero para esto, es necesario que el proletariado proceda de otra manera de cómo lo hace el proletariado inglés que, constata Marx, tiene “toda la materia necesaria para la revolución social”, pero al que le falta *el espíritu generalizador y la pasión revolucionaria*<sup>11</sup>. En efecto, por más que Inglaterra sea el país en el que están reunidas las condiciones para acceder al socialismo, los obreros ingleses son incapaces de aprovechar una situación así, limitándose a realizar acciones al día con vistas a mejorar su suerte en el seno del capitalismo, pero sin preocuparse mucho del socialismo. Por consiguiente, es vital que el proletariado de los otros países no siga este ejemplo consistente en aceptar la dominación capitalista, sino que por el contrario tome conciencia, se organice consecuentemente y actúe en el momento deseado con pleno conocimiento de causa con vistas a derrocar esta dominación.

Desde ese momento, con una tal óptica, las condiciones de la revolución no son solamente objetivas, son también subjetivas: “Es necesario que” el proletariado se imbuya de su “misión”. Es lo que Marx expresa muy claramente en su segundo mensaje del 9 de septiembre de 1870 en nombre del consejo general de la A.I.T. La tarea del proletariado francés no es lanzarse a una insurrección, sino *organizarse primero* como clase. Tras el fracaso de la Comuna, es esta misma recomendación la que Marx continúa haciendo: “La clase obrera no esperaba milagros de la Comuna. *No tiene utopías*

---

<sup>11</sup> Marx, *Circular de la A.I.T, del 1º de enero de 1870*, en K. Papaioannu, *op. cit.*, p. 236.

*completamente preparadas* para introducir por decreto del pueblo. Sabe que para realizar su propia emancipación y, con ella, esa forma de vida más elevada a la cual tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrá que pasar por prolongadas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. *No tiene ningún ideal que realizar*, sólo liberar los elementos de la sociedad nueva que lleva en sus entrañas la sociedad burguesa que se hunde. Con plena conciencia de su misión histórica...<sup>12</sup>” Evidentemente, en 1871 la clase obrera *no sabía* todo esto, pero es de lo que se tiene que imbuir, quiere decir Marx. Si no, está condenada a soportar todo el largo ciclo histórico capitalista, no apareciendo entonces la perspectiva de la revolución más que con la llegada de este ciclo a su fin, según un determinismo que hará que no haya más solución que el socialismo. Un tal giro histórico sería el peor, el más favorable sería que la revolución llegue antes de este plazo final. Tal es la perspectiva de Marx y Engels a partir de los años de 1860. Lo que se puede verificar.

## **Constitución del proletariado en partido de clase autónomo**

La participación de Marx en la I Internacional y el papel central que jugó en ella lo atestiguan: para él, la condición previa a la revolución es la constitución del proletariado en partido autónomo, es decir, en clase organizada y consciente. Es lo que afirma claramente en una carta a Bolte el 29 de noviembre de 1871, en caso contrario, precisa, seguirá siendo “un juguete” en manos de las clases dominantes. Por “partido” Marx no entiende una pequeña minoría consciente, sino la clase obrera misma que, tanto en sus sindicatos como en sus cooperativas y otras formas de organización, se afirma en

---

<sup>12</sup> K. Marx, *la Guerra civil en Francia*, Éditions sociales, Paris, 1952, p. 53.

oposición a la clase burguesa de un modo cada vez más claro. Así, en una declaración a Hamann, ve en los sindicatos “las escuelas del socialismo”: “Es en los sindicatos donde los obreros se educan y se hacen socialistas, porque todos los días se lleva a cabo ante sus ojos la lucha contra el capital (...). La gran masa de los obreros, cualquiera que sea el partido al que pertenezcan, ha llegado a comprender que es necesario que su situación material mejore. Ahora bien, una vez la situación material del obrero mejorada, éste puede consagrarse a la educación de sus hijos, su mujer y sus hijos ya no tienen necesidad de ir a la fábrica, él mismo puede cultivar más su espíritu, cuidar mejor su cuerpo, entonces se hace socialista sin sospecharlo<sup>13</sup>.” Siempre en la misma óptica, Marx entrevé la posibilidad para la clase obrera de constituirse en contrapoder en el seno de la sociedad burguesa. Y esto, no sólo con los sindicatos “como focos de organización de la clase obrera”, sino también con las cooperativas obreras de producción, a través de las cuales Marx se regocija de ver al proletariado inaugurar “su propia economía política” y así “haber mostrado que, como el trabajo del esclavo y el trabajo del siervo, el trabajo asalariado no era más que una forma transitoria e inferior destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que realiza su tarea con mano consentidora, espíritu lúcido y un corazón gozoso<sup>14</sup>”. Por su parte, Engels no le va a la zaga. Viendo en “la indiferencia respecto de toda teoría una de las causas principales del poco progreso del movimiento obrero inglés”, exhorta al proletariado alemán, especialmente a sus jefes, “a ilustrarse cada vez más sobre todas las cuestiones teóricas (...) y a no olvidar nunca que el socialismo, después que se ha convertido en una ciencia, requiere ser practicado, es decir, estudiado, como una ciencia. Será importante, pues, divulgar con un celo acrecentado, entre las masas obreras, las concepciones cada vez más claras así adquiridas, y consolidar cada vez más poderosamente la

---

<sup>13</sup> Declaración de Marx en Hamann (1869), in Kostas Papaioannu, *op. cit.*, p. 223.

<sup>14</sup> K. Marx, *Manifiesto inaugural de la A.I.T.* (1864), in K. Papaioannu, *op. cit.*, pp. 224-225.

organización del partido y de los sindicatos”<sup>15</sup>. Todavía en 1895, después de haber subrayado que “la época de los golpes de mano, de las revoluciones ejecutadas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes ha pasado”, vuelve sobre la necesidad de instruir a las masas con vistas a la transformación completa de la sociedad: “Es necesario que las masas mismas cooperen en ello, que hayan comprendido ya de qué se trata, por qué intervienen (con su cuerpo y su vida)”<sup>16</sup>. No es, pues, una revolución de inconscientes la que se proyecta pues, de hecho, ya que se trata de abreviar el curso del capitalismo por medio de una intervención voluntaria del proletariado, éste no puede atenerse sólo a la espontaneidad, como otras veces cuando se lanzaba a insurrecciones sin apenas preparación (1831, 1834, 1839, 1848).

En Engels, lo acabamos de ver, esto toma un tono netamente voluntarista (“Es necesario que” los obreros comprendan, se instruyan, etc.); en Marx igualmente (“Es necesario que los sindicatos aprendan a actuar en adelante de una manera consciente como focos de organización de la clase obrera en interés de su emancipación completa”<sup>17</sup>), este voluntarismo está duplicado por un bello optimismo puesto que Marx piensa que la simple mejora de la situación material de los trabajadores les permitirá instruirse, reflexionar, y así hacerse “socialistas sin imaginárselo”.

## Los plazos de tal perspectiva

Así, Engels piensa que es posible que todo el proletariado acceda a la conciencia; Marx, que los sindicatos se

---

<sup>15</sup> F. Engels, prefacio de 1874 a *la Guerra de los campesinos*, citado por Lenin en *¿Qué hacer?*, éditions du Seuil, Paris, 1966, pp. 81-81.

<sup>16</sup> Engels, introducción a las *Luchas de clases en Francia* (1895), Éditions sociales, 1948, p. 34.

<sup>17</sup> K. Marx, *Resolución sobre los sindicatos, adoptada por el Ier congreso de la A.I.T.* (1866), in K. Papaioannu, *op. cit.*, p. 223.

conviertan en “escuelas del socialismo” y las cooperativas obreras en lugares que anticipan la economía comunista. Sin embargo, una cuestión se plantea: tal agitación, ¿llegará a madurez en el momento preciso de encarar la revolución?

En 1870, Marx juzga manifiestamente que lanzarse a una acción revolucionaria sería prematuro. Es lo que declara a los obreros parisinos en septiembre de 1870 aconsejándoles, en lugar de la insurrección, que sería una “locura desesperada”, “que se aprovechen de la libertad republicana para proceder metódicamente a su propia organización de clase”<sup>18</sup>. Una iniciativa revolucionaria, cuando los prusianos llaman ya a las puertas de París, sería demasiado arriesgado, demasiado aleatorio, y no podría acabarse más que con una derrota sangrienta, conllevando una desorganización y una desmoralización del proletariado para muchos años. Se conoce la continuación. La proclamación de la Comuna en marzo de 1871, pero también, semanas más tarde, la Semana sangrienta, la horrible masacre, la noche de San Bartolomé de los proletarios. Marx, en *la Guerra civil en Francia* (30 de mayo de 1871), hará una apología de la Comuna, celebrando su valor y reprobando a sus vencedores. Se esforzará igualmente en sacar un cierto número de enseñanzas concernientes a la dictadura del proletariado y al ejercicio de un futuro “gobierno de la clase obrera”, para recoger su expresión. Sin embargo, diez años más tarde, en una carta a Domela Nieuwenhuis fechada el 22 de febrero de 1881, reconocerá que “la Comuna no era de ningún modo socialista y no podía serlo” y que con un mínimo de buen sentido “habría podido conseguir un compromiso con Versalles”. Todo está dicho. Llevando las cosas al límite, ¡los comuneros habrían hecho mejor yéndose a dormir! Al menos, esto les habría ahorrado ser masacrados. En circunstancias excepcionales, se puede estar tentado de hacer una salida y así querer precipitar el curso de la historia. ¡Pero atención! Este ejercicio puede ser extremadamente peligroso si

---

<sup>18</sup> K. Marx, “Segundo Mensaje del consejo general sobre la guerra franco-alemana” (9 de septiembre de 1870), in K. Marx, *la Guerra civil en Francia*, op. cit., pp. 29-30.

no se ha tomado un mínimo de garantías antes de salir. Sin esto, la sanción de la Historia es siempre terrible: ésta vuelve a atrapar en el recodo a los audaces y les hace pagar un castigo cruel. En pocas palabras, era demasiado pronto para la Comuna. Aislada en una sola ciudad, al no ser capaz el proletariado internacional, insuficientemente preparado, de venir en su ayuda, no tenía ninguna posibilidad de victoria.

Los plazos necesarios para que el proletariado tenga “plena conciencia de su misión histórica” (Marx) y sea apto, por consiguiente, para lanzarse a una acción revolucionaria contra el capitalismo, corren el riesgo de ser todavía largos. Todo dependerá de su grado de maduración teórica y política; una vez éste sea suficientemente elevado, ya no habrá que esperar más; todo será únicamente cuestión de oportunidad para pasar a la acción decisiva, a la lucha final - a favor, por ejemplo, de una crisis económica periódica del capitalismo - según modalidades apropiadas y que podrán ser variables. En la espera, estamos todavía muy lejos de la realidad. Después de la Comuna, se puede decir que la Internacional ha dejado de existir. Por tanto, no habrá sido sino efímera, y en materia de organización del proletariado hay que volver a empezar completamente de cero. Sin embargo, Engels, declarando al proletariado alemán como “el teórico de Europa”<sup>19</sup> y “el heredero de la filosofía clásica alemana”<sup>20</sup> no duda en hacer de este último una clase que se hará irresistible para los burgueses. De este modo, ve en las papeletas de voto que se amontonan en beneficio del partido socialista alemán otras tantas pruebas de esa elevada conciencia política que se supone detentan los obreros de este país. No hay duda ninguna para Engels: éstos serán llamados bien pronto a jugar un gran papel. Según sus cálculos, a medida que aumenten los votos, supuestamente rojos, revolucionarios y socialistas - cosa que parece no dudar - se puede, es “casi

---

<sup>19</sup> F. Engels, prefacio de 1874 a *la Guerra de los campesinos*, *op. cit.*, p. 80.

<sup>20</sup> F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, *op. cit.*, p. 60.

matemático (...) fijar la época de su advenimiento al poder”<sup>21</sup>. Según Engels, hacia 1900 aproximadamente, el asunto es cosa hecha, pues un “partido sólido que cuenta con 2 millones de votos bastará para hacer capitular a cualquier gobierno”; tanto más cuanto que este último no podrá contar ni siquiera con el ejército para defenderse, al estar éste cada vez más contaminado por el socialismo: “Hacia 1900, el ejército, en otros tiempos el elemento prusiano por excelencia en Alemania, será socialista en su mayor parte. Esto se impone como una fatalidad. El gobierno lo ve venir tan bien como nosotros, pero es impotente, el ejército se le escapa.” El único elemento que viene, no obstante, a temperar un poco el entusiasmo de Engels, es el peligro de estallido de una guerra europea. Pero que no quede por eso, concluye en su optimismo, “la revolución social, retrasada diez o quince años, sólo será más radical y más radicalmente recorrida”<sup>22</sup>.

Evidentemente, esto no es más que una previsión de Engels, con lo que comporta de aleatorio, como toda previsión. Sin embargo, queda por verificar si la perspectiva que él y Marx han proyectado a más o menos largo plazo: acelerar el advenimiento histórico del socialismo haciendo jugar los factores de conciencia y de voluntad en el seno del proletariado, es válido. El movimiento obrero real, ¿está en medida de alzarse a la altura de tal perspectiva? Además, la burguesía, por su parte, ¿no amenaza con hacerla impracticable?

---

<sup>21</sup> F. Engels, *el Socialismo en Alemania*, in Marx-Engels, *el Partido de clase*, ediciones Maspero, Paris, 1973, tomo IV, P. 84.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 90.



## **El fracaso del movimiento obrero (1890-1914)**

### **Fracaso del movimiento político y sindical socialista**

“En 1912, la Internacional obrera (reconstituida en 1889) tenía inscritos 3.372.000 adherentes en el mundo entero; además su influencia se ejercía sobre 7.315.000 cooperativistas, 10.830.000 afiliados a sindicatos, de 11 a 12 millones de electores y los lectores de 200 grandes diarios<sup>1</sup>.” Estas pocas cifras indican los progresos realizados por el movimiento obrero en la víspera de 1914. Presente en los parlamentos, las municipalidades, las empresas, las cooperativas, se convirtió en una fuerza política y social en el seno de la sociedad burguesa. Pero, ¿qué valen estos millones de adherentes, de sindicatos, de electores? ¿Representan una fuerza revolucionaria verdadera? ¿Forman un ejército preparándose para librar próximamente una gran batalla contra el capitalismo?

---

<sup>1</sup> Kostas Papaioannu, *los Marxistas*, ediciones J'ai lu, Paris, 1965, p. 253.

Para medir el valor de tal movimiento, pasemos revista a sus dos formas esenciales de acción: la forma política, en el ámbito del Estado, y la forma sindical, en el ámbito económico.

El fin político del movimiento obrero socialista era la conquista de los poderes públicos, sin la cual el socialismo era irrealizable. Engels, en su prefacio de 1895 a las *Luchas de clases en Francia*, se había planteado la cuestión de saber de qué manera podría tomarse el poder. Teniendo en cuenta el armamento extremadamente eficaz y mortífero de que disponían ya todos los Estados modernos, sin excluir la insurrección armada y los combates de calle constataba, no obstante, que había que tomar conciencia de que estos últimos se habían hecho, desde 1848, “mucho menos favorables para los combatientes y mucho más favorables para las tropas”. De hecho, su visión reposaba en la conquista relativamente pacífica del poder apoyándose en la idea de que, una vez el proletariado “convertido” al socialismo y, como se ha visto anteriormente, el ejército contaminado por el socialismo, había manera de adueñarse del poder. A partir de entonces, la utilización del sufragio universal por los partidos socialistas se inscribía, para Engels, en una óptica bien precisa: “En la medida en que él (el proletariado, N. d. A.) se hace cada vez más capaz de emanciparse a sí mismo, se constituye en partido distinto, elige a sus propios representantes y no a los de los capitalistas. El sufragio universal es, pues, el indicador que permite medir la madurez de la clase obrera. No puede ser nada más, jamás será nada más en el Estado actual; pero esto basta. El día que el termómetro del sufragio universal indique para los trabajadores el punto de ebullición, éstos sabrán también como los capitalistas lo que les queda por hacer<sup>2</sup>.”

La utilización del sufragio universal debía servir, “nada más que para eso”, subrayaba Engels, para medir el grado de

---

<sup>2</sup> Engels, *el Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, Éditions sociales, Paris, 1950, pp.158-159.

madurez del proletariado. Esto habría podido ser cierto si, efectivamente, los trabajadores se hacían socialistas de espíritu y de corazón. En este caso, sus votos habrían suministrado una información bastante exacta sobre su toma de conciencia y su voluntad de cambio revolucionario.

Los partidos socialistas de la II Internacional se presentaban como los defensores de los intereses, a la vez inmediatos y más lejanos, (conquista del poder y abolición del salariado) de los trabajadores. Por eso, ¿cómo interpretar en su justo valor los votos que se dirigían a su favor? ¿Se trataba de sufragios que expresaban una voluntad de cambio revolucionario, o bien el deseo de simples reformas? El hecho de que, en su propaganda de todos los días, los partidos socialistas ponían el acento sobre todo en un “programa mínimo”, tangible, que podía ser realizado rápidamente, mientras que reducían a algunos discursos del domingo el “programa máximo”, aplazado a las calendas griegas, indica cuál era el alcance exacto de los éxitos electorales: significaban ante todo un deseo de mejora en el seno de la sociedad burguesa y no, como pensaba Engels, un grado de madurez revolucionaria de la clase obrera que, una vez llegada al punto de ebullición, “sabría bien lo que le queda por hacer”. Según Engels, cuantos más votos obreros hubiese a favor de los partidos socialistas, más en peligro estaría el Estado. Para él, lo hemos visto anteriormente, dos millones de votos bastarían para hacer doblegarse al gobierno alemán. De hecho, en 1912, no son 2 sino más de 4 millones de votos los que obtiene el partido socialdemócrata, pero el Estado, lejos de debilitarse y ser conmocionado, se ve reforzado: ya ha comprendido que de ninguna manera le amenazan y que ya no tiene necesidad de prohibir el partido socialista como otras veces cuando lo creía revolucionario; por el contrario, estos votos le sirven, convirtiéndose en su garantía “de izquierda”.

Constituir el ala izquierda extrema de la democracia burguesa ascendente en todas partes en Europa en esa época, tal

era la verdadera naturaleza del “voto socialista”. Éste era un nuevo engaño, no un medio de oposición a la sociedad burguesa, sino un instrumento *de integración*. De hecho, el electoralismo desnaturaliza cada vez más a los partidos socialistas. Éstos, a fin de ganar el máximo de votos en las elecciones, pasan el rastrillo cada vez más holgado, dirigiéndose a todas las capas de descontentos. Traducción perfecta de este electoralismo de principios elásticos, “el socialismo de Jaurès” en Francia, conjunción del reformismo obrero y de la democracia pequeñoburguesa. Por su parte, la socialdemocracia alemana no puede sino dar el pego con su pretendido marxismo ortodoxo. Ella también es cada vez más la representante del “pueblo de izquierda” y cada vez menos la del “partido de clase”.

La otra práctica era sindical, es decir, la acción de los obreros luchando paso a paso para resistir a la explotación capitalista. Marx, cuando la fundación de la I Internacional en 1864, había felicitado a los obreros ingleses por haber logrado “conquistar la ley de las diez horas”, con “los inmensos beneficios físicos, morales e intelectuales que de ello se derivan<sup>3</sup>”. De hecho, desde sus primeras manifestaciones, especialmente en Inglaterra, la clase obrera se había lanzado a la acción reivindicativa: lucha por la disminución de la jornada de trabajo (que a veces alcanzaba las dieciséis horas y más...), por la abolición del trabajo de los niños en las minas, las hilaturas (esa ignominia perpetrada por los empresarios capitalistas), contra los salarios de hambre, en una palabra, *lucha por el pan*. Para Marx, esta lucha correspondía a una operación de extrema urgencia. Tendía a frenar la despiadada explotación del hombre por el hombre que caracterizaba al capitalismo. Basado en una extorsión de plusvalía absoluta, es decir, en una prolongación máxima de la jornada de trabajo, un tal capitalismo (que todavía no realizaba sino una “dominación

---

<sup>3</sup> Marx, *Mensaje inaugural de la A.I.T.*, in K. Papaioannu, *op. cit.*, p. 224.

formal”, como dirá Marx) hacía soportar a la fuerza de trabajo obrera un tormento tal que la amenazaba directamente en su integridad física, hasta el punto de poner en peligro “la raza” de los obreros. Con la consecución de la ley de las diez horas, no se trata de “reformismo”, sino de un salvamento de la clase obrera. Sin embargo, esta ley ha mostrado que si el proletariado está unido y organizado, puede resistir victoriosamente las usurpaciones del capital y, por qué no, que es posible arrancarle otras mejoras. Por tanto, hay peligro de que el movimiento obrero se quede ahí, sin otra ambición que mejorar cada vez más la suerte de los obreros en el seno de la sociedad burguesa, y por tanto, sin preocuparse de acabar con ella. A partir de ese momento, una cuestión queda planteada: ¿cuál va a ser la tendencia del movimiento obrero? ¿Hacia la reforma, o hacia la revolución?

La posición de Marx se va a precisar entonces. En un texto de 1865, *Salario, precio y ganancia*, después de haber recordado que la clase obrera no debe renunciar a resistir a las usurpaciones del capital (“si lo hiciese, se degradaría al nivel de una masa informe, pauperizada, de seres famélicos para los que no hay salvación”), llega a lo esencial: los obreros no deben, sin embargo, “exagerar el resultado final de estas luchas cotidianas” que no son más que paliativos pero que “no curan el mal”, las causas de su miseria; consecuentemente, en lugar de “dejarse absorber completamente” por estas luchas y contentarse “con la consigna conservadora : ‘un salario justo diario para una jornada justa de trabajo’, deben inscribir en *su bandera la consigna revolucionaria : abolición del salariado*”; si no, concluye Marx, los sindicatos “faltan en parte a su fin”.

Marx, se le ve, “eleva el listón”. No es a una liviana tarea a la que invita a los sindicatos obreros: no atenerse a la defensa del salario, sino abolir el salariado, es decir, realizar lo esencial del programa socialista. Los sindicatos pueden asumir perfectamente este papel, pero a condición de “que comprendan”, que den pruebas de audacia revolucionaria.

Pero, de igual manera que la práctica política socialista fracasa degenerando en puro electoralismo burgués, fuerza es constatar que la práctica sindical va a fracasar también, agotándose en un “reivindicacionismo” estéril. Si al comienzo de su existencia los sindicatos han obrado útilmente presionando sobre el capitalismo, dada la espantosa miseria que agobiaba a la clase obrera, al atenerse después exclusivamente a una tal práctica, sólo podían extraviarse: sin otra perspectiva que la de vender al mejor precio la fuerza de trabajo, han acabado por transformarse en simples corredores de la clase obrera, que veía cotizado en la “Bolsa del trabajo” su valor mercantil. A partir de entonces, renunciando a plantear la cuestión social en toda su amplitud, se condenaban a un trabajo de Sísifo: perderse en conflictos parciales con el capital, mil veces vueltos a empezar pero que no son portadores de ningún proyecto de cambio radical. De la misma manera que los partidos socialistas han acabado por convertirse en engranajes de la democracia burguesa, los sindicatos obreros, al menos en los países capitalistas más desarrollados (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos) tienden a no ser sino reguladores, en el mercado del trabajo, de la economía capitalista. Dicho con otras palabras, la visión de Marx de un sindicalismo audaz, que escapa a la rutina, a sus reivindicaciones de cada semana, que representa un peligro para el orden social existente, es batido en brecha.

Ciertamente hay, especialmente en Francia, a comienzos de siglo, el episodio del sindicalismo revolucionario de inspiración más o menos anarquista. Algunos anarquistas, en efecto, cansados de los atentados terroristas ineficaces y que conducen a actos desesperados y nihilistas, se convierten al sindicalismo, esperando así hacer triunfar sus concepciones. Su idea es hacer de los sindicatos los órganos de la gestión obrera de la producción por medio de una huelga general - “no política”. No discutiremos la credibilidad de tal proyecto que tiende, a su manera, a inyectar al sindicalismo un contenido

nuevo que rompa con su conformismo. Pero a partir de 1910 todo está consumado, y casi todos los anarcosindicalistas han acabado por enrolarse, en los hechos, en un sindicalismo puramente reivindicativo, a semejanza de Jouhaux, convertido en el gran patrón de una C.G.T. vuelta al redil. En pocas palabras, los anarquistas, que han escapado a la trampa electoral refugiándose en un abstencionismo político cómodo, han caído en la trampa sindical y no han actuado mejor que los marxistas con los partidos políticos, desliziéndose en otro reformismo.

Resulta, pues, que el movimiento obrero en este final del siglo XIX no es, en su conjunto, revolucionario. Después de un período de gestación comenzado hacia 1830, cuando parecía tomar una dirección bastante radical con sus diversas insurrecciones, lo que permitía a Marx y Engels esperar que, una vez organizado y más consciente, estaría en medida de atacar con éxito al capitalismo, se constata que toma una orientación cada vez más reformista. Lo que significa que, aquejado de incapacidad para poner en tela de juicio la dominación capitalista y burguesa, está condenado a soportar a esta última aun cuando, por medio de sus reivindicaciones, espera suavizarla. Al actuar así, revela la profunda esclavitud, no sólo material sino también intelectual y moral, de que es víctima, hasta el punto de considerar a la sociedad existente como la única posible. Incontestablemente, el movimiento obrero naciente, a pesar de su aspecto desorganizado y el carácter confuso de su toma de conciencia, era más abierto, dinámico, imaginativo. Llegado a madurez, ya no tiene este ímpetu, esta lozanía. Se ha organizado, sin duda, y ha perdido ese estado informe que le caracterizaba al principio, pero en lugar de volverse así más eficaz y más peligroso en la lucha de clase, es, finalmente, para calmarla y hacerla mucho más aceptable para la burguesía que, en este final del siglo XIX, legalizará los partidos obreros, las huelgas y las organizaciones sindicales.

## **Las clases dominantes no han permanecido inactivas**

Las masas obreras, en sus comienzos, se lanzaban a las barricadas. Pero este fenómeno no debe engañar: con mucha frecuencia, tales movimientos de masas eran de desesperación, como subraya Engels a propósito de junio de 1848; no conducían a nada, salvo a masacres de proletarios. De hecho, todo el movimiento insurreccional, sea el de los obreros de Lyon en 1831, el de los obreros del país de Gales en 1839, el de los obreros de París en 1848 y 1871, ha sido un fracaso. Cuando en 1864, con la creación de la I Internacional, el movimiento obrero comienza a organizarse, se pone a sacar lecciones de todo este período e intenta orientarse por otro camino que desemboca igualmente en un callejón sin salida, el reformismo. Por eso, ¿cómo explicar este nuevo fracaso? ¿Porque la clase obrera ve ya mejorar su suerte en la sociedad existente? Hacia el 1900, no era, para ella, “la sociedad de consumo”. Si tienen lugar algunas mejoras, conciernen sobre todo a algunas categorías privilegiadas, a algunas “aristocracias obreras”. Aun cuando el capitalismo ha echado un poco de agua al vino al aceptar leyes que suprimen los efectos más devastadores de su sistema de explotación, no por eso sigue estando menos ávido de plusvalía; las jornadas de trabajo, aunque hayan disminuido, son todavía largas y penosas para la clase obrera; los salarios son esencialmente salarios para subsistir. En pocas palabras, si la pauperización, de absoluta ha pasado a ser relativa, no por eso sigue siendo menos ruda: salvo excepciones, nada de seguros sociales, de jubilaciones, de vacaciones pagadas... Por tanto, no faltan motivos para rebelarse contra el capitalismo y, sin embargo, se asiste a una domesticación de la lucha, a un ascenso de la ideología reformista, a un oportunismo cada vez más abierto de las organizaciones socialistas. ¿Por qué?

De hecho, este fracaso del movimiento obrero socialista resulta esencialmente de *la integración ideológica y cultural* de las masas obreras en la sociedad burguesa.

A este respecto, trasladémonos algunas decenas de años atrás, cuando aparecía el *Manifiesto comunista*. Éste nos describe a un proletariado sin patria (“los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen”); sin familia (“la familia en su plenitud no existe más que para la burguesía, pero tiene por corolario la supresión de toda familia para el proletario”); sin cultura (“la cultura cuya pérdida deplora el burgués, no es para la inmensa mayoría más que un adiestramiento que hace de ella máquinas”); sin ideas propias (“las ideas dominantes de una época jamás han sido sino las ideas de la clase dominante”); sin libertad (“por libertad en las condiciones actuales de la producción burguesa se entiende la libertad del comercio, la libertad de comprar y de vender”). De este modo se podría creer que el proletariado es como un “bárbaro” que, acampando en la linde de la sociedad burguesa de la que es excluido, se prepara a destruirla provocando un inmenso incendio. Al menos es así como aparece en la imaginería burguesa la figura amenazante del proletariado, calificado de “clase peligrosa”. Pero aunque sólo sea para disipar este miedo, la sociedad burguesa va a encargarse enseguida de domesticar al “bárbaro” en cuestión. Lo va a instruir por medio de su escuela, hecha por ella laica y obligatoria; lo va a preparar con ayuda de su servicio militar, no menos obligatorio, inculcándole la idea de que “tiene una patria”, a defender si llega el caso; lo va a regularizar gracias al matrimonio consagrado por la Iglesia, o bien legalizado por el Estado; le añadirá la papeleta de voto, a fin de hacerle comprender bien que “tiene un Estado propio” del que es ciudadano a parte entera; en una palabra, lo va a *civilizar* a su manera.

Todo este dispositivo se pone en marcha después de 1870 en todas las sociedades modernas europeas, bajo formas que varían según los países pero que tienden todas a la integración de las clases obreras en los valores burgueses de la nación, de la democracia, de la familia, del trabajo, de la

propiedad. Se trata de un proceso de aburguesamiento de las masas, evidentemente de tipo esencialmente ideológico y no por el hecho de que los obreros se pusiesen a vivir materialmente como burgueses. Para el movimiento obrero, esta integración significa la preponderancia en su seno de la óptica reformista: aunque su discurso esté todavía salpicado, aquí y allá, de propósitos más o menos revolucionarios, de referencias a una sociedad futura sin clases, presentada como un ideal lejano, en la práctica cotidiana no se trata ya sino de instalarse lo más confortablemente posible en la sociedad existente, constituyendo este objetivo su verdadera aspiración; de hecho, fagocitado ideológicamente por la sociedad burguesa, ya no es capaz, excepto algunas izquierdas minoritarias, de apuntar hacia otra sociedad que la que conoce, susceptible de ser mejorada para que los obreros tengan en ella un lugar según una jerarquía bien estudiada, pero, en ningún caso, ser reemplazada.

“¡El socialismo en peligro!”, exclamará Domela Nieuwenhuis, comprendiendo que con el ascenso del reformismo, la ideología burguesa está sometiendo al movimiento obrero y que éste va a encontrarse en una situación de fracaso. Pero nada permitirá que cambie radicalmente. Frente a lo que Engels llamaba en los años de 1880 “el ascenso del socialismo”, las clases dominantes no han permanecido inactivas: por el sesgo de la integración ideológica y cultural de las masas, han conseguido subvertir el socialismo, arreglárselas de manera que se convierta en un movimiento perfectamente asimilable para la sociedad en vigor.

## **Primer balance**

Marx y Engels habían basado su perspectiva revolucionaria en un cierto grado de conciencia y de organización del proletariado que habría podido entonces caer con todo su peso sobre el curso histórico y así hacerlo bascular hacia el socialismo. ¿Cuándo habría tenido lugar este salto? No

se trataba de dar por adelantado una fecha (aun cuando Engels se había arriesgado a encarar el socialismo en Alemania para 1900) sino de estar listo y disponible a fin de coger todas las oportunidades favorables que se pudiesen presentar. De esta manera, habría medio de abreviar el curso histórico del capitalismo, al ser *posible* el socialismo en los países más avanzados, sin que fuese necesario por ello que el capitalismo llegase hasta el final de sus posibilidades de expansión.

Sobre este punto, es obligado constatar que Marx y Engels, y con ellos todos sus sucesores, se han equivocado. Lo que, un siglo después de ellos, es fácil comprobar, con los fracasos sucesivos de la I, II y III Internacionales, que indican claramente que todos los intentos de organización del proletariado en clase “para sí”, por tanto, en partido, han chocado con una imposibilidad: la sociedad burguesa ha tenido tal capacidad para integrar a las masas de proletarios, que la única forma posible de existencia duradera del movimiento obrero ha sido su versión reformista o, si se prefiere, la forma degenerada que ha tomado a través de sus partidos socialdemócratas, y después estalinistas, simples partidos obreros burgueses, aburguesados, colaboradores del sistema capitalista.

De hecho, Marx y los marxistas han subestimado incontestablemente esa capacidad que tenía la sociedad burguesa de integrar a los proletarios. Así Marx pensaba, como se ha visto, que si el obrero llegaba a mejorar un poco su situación material, entre otras cosas, aliviar la terrible carga de sus jornadas de trabajo interminables y extremadamente penosas que acaparaban todo su tiempo, podría “cultivar más su espíritu” y se haría entonces “socialista sin imaginárselo”, como decía en su declaración a Hamann. Eso era una visión demasiado optimista. En realidad, si el obrero ha comenzado ciertamente, a partir de los comienzos del siglo XX, a beneficiarse de un cierto tiempo libre, no ha tenido la posibilidad de aprovecharse de él por su propia cuenta, ya que

la sociedad burguesa acapara este tiempo poniendo en marcha toda una red de “diversiones “ y “entretenimientos” destinados a desviarlo de toda preocupación superior. De igual modo, Marx consideraba que “una ‘educación del pueblo por el Estado’ es algo absolutamente condenable (...). Hay que proscribir de la escuela de igual manera toda influencia del gobierno y de la Iglesia<sup>4</sup>”. Pero ¿cómo habría podido ser de otra manera? La clase que detenta el poder económico y político, ¿no es también la que posee el poder ideológico, el que se ejerce sobre los espíritus, especialmente en la escuela?

El proletariado no tenía la posibilidad de emerger de la sociedad burguesa como clase autónoma para constituirse en contrapoder, como habían previsto Marx y Engels. Por el contrario, se veía cada vez menos libre en sus movimientos y en sus pensamientos, por lo que la perspectiva de abreviar la duración de la vida del capitalismo era, de hecho, impracticable, y por tanto, en último análisis, equivocada. Ya antes de 1914 tal perspectiva mostró sus límites: el factor subjetivo no puede desarrollarse suficientemente para modificar el curso de la historia. Y todos aquellos que, a continuación, se enzarzaron en querer afirmar tal factor (no dejando de evocar “la conciencia de clase del proletariado”, recurriendo a las “fuerzas espirituales y morales de los proletarios”) perderán el tiempo. El capitalismo está programado económicamente para llegar hasta el final de su fase histórica, como había previsto Marx - teórico y no agitador político: “Un tipo de sociedad no desaparece jamás antes de haber desarrollado todas las fuerzas productivas que esta sociedad es capaz de contener.”

Esa perspectiva, que es la verdadera perspectiva científica de Marx, se basa en un determinismo económico según el cual el capitalismo conocerá contradicciones que no podrá remontar y que empujarán a los trabajadores a instaurar

---

<sup>4</sup> Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Editions sociales, Paris, 1950, p. 37.

una nueva sociedad. Ahora bien, es este determinismo el que el revisionista Bernstein pone en tela de juicio a finales del siglo XIX: “Yo no subordino la victoria del socialismo, escribe, a su inmanente necesidad económica y no creo ni posible ni necesario darle una justificación puramente materialista<sup>5</sup>.” Evidentemente, al escribir esto, Bernstein lleva las de ganar. Comenzando por Marx y Engels, éstos habían creído posible la revolución comunista desde 1848, dada la despiadada explotación del hombre por el hombre que reinaba en esa época. Pero esta evaluación era falsa pues las contradicciones que encerraba entonces el capitalismo correspondían solamente a su primera fase de industrialización, basada en una prolongación máxima de la jornada de trabajo. Esta “sumisión formal del trabajo al capital” (Marx) comienza efectivamente a encontrar sus límites con la crisis económica de 1847-1848, que provoca una rebelión de los trabajadores (especialmente en París), pero que no desemboca en la revolución comunista calculada por el *Manifiesto*, como tampoco las otras crisis que seguirán, a pesar de los pronósticos de Marx sobre “la revolución inminente en el continente”, como tiene en cuenta justo antes de la crisis económica de 1858. Las contradicciones de este primer período serán superadas gracias a la extracción de plusvalía relativa basada en una intensidad mayor del trabajo y, paralelamente, en una reducción de la jornada de trabajo. Este nuevo modo de acumulación del capital, que implica una división del trabajo más acentuada y requiere el empleo en gran escala del maquinismo, de las ciencias naturales, mecánicas y químicas, aplicadas a fines tecnológicos e industriales, Marx lo llama “la sumisión real del trabajo al capital”. Ésta tiene por efecto desembocar en una expansión vigorosa de la producción capitalista (incluso si se encuentra entrecortada por crisis cíclicas, pero rápidamente superadas) y tiende, progresivamente, a hacer la pauperización relativa: Con la productividad acrecentada del trabajo, es decir, la producción del máximo de

---

<sup>5</sup> Eduard Bernstein, *Socialismo teórico y socialdemocracia práctica*, citado por K. Papaioannu, *op. cit.*, p. 282.

bienes con el mínimo de trabajo, el nivel de vida de los trabajadores se ve sensiblemente elevado; éstos pueden, con sus salarios reales, acceder a un consumo mayor, aun cuando esto no concierne, sobre todo, más que a algunas categorías privilegiadas. En relación con todos estos cambios, los años 90 son cruciales. La fase de dominación real del capital comienza verdaderamente durante esos años con la segunda revolución industrial (la del petróleo y de la electricidad). Esto es lo que lleva a Engels en 1895 a reconocer abiertamente que Marx y él se habían equivocado sobre las posibilidades revolucionarias de 1848, no habiendo dejado de proseguir su marcha adelante el capitalismo desde aquella fecha. Esto es igualmente lo que hace que Bernstein quiera que los dirigentes de la socialdemocracia alemana admitan que su partido ya no es en los hechos más que un partido de reformas democráticas y sociales. Esta apreciación no es falsa, pues esa expansión del capitalismo tiene como consecuencia hacer objetivamente imposible la existencia de un partido revolucionario. Pero, a continuación, Bernstein se equivoca. De ello saca la conclusión de la estabilidad definitiva del capitalismo. Ya no se trata más que de orientarlo progresivamente en un sentido supuestamente socialista gracias a “un modo de retribución más justo” de la riqueza que engendra. A partir de entonces, ¿qué fuerzas serán capaces de llevar al capitalismo a transformarse poco a poco en un modo de distribución socialista? Las “fuerzas morales”, responde Bernstein: “Yo no puedo suscribir la sentencia: ‘La clase obrera no tiene ideales a realizar’<sup>6</sup>... La socialdemocracia tiene necesidad de un Kant que acabe de una vez con las teorías marchitadas.” Para llegar al socialismo, el imperativo categórico moral de Kant es, por tanto, el que deberá reemplazar al determinismo económico de Marx. De hecho, pura charlatanería, pues si ninguna “inmanente necesidad económica” (traducimos: contradicciones objetivas del capitalismo) fuerza a la burguesía a cavar su propia tumba, ella

---

<sup>6</sup> Alusión a la frase de Marx a propósito de la Comuna de París: “Ella (la clase obrera) no tiene que realizar ningún ideal.”

y su sistema pueden dormir a pierna suelta, pues ¡están programados para la eternidad! En cuanto al “ideal a realizar” que sería capaz de arrastrar progresivamente a la sociedad hacia el socialismo, ¡la burguesía, lo hemos visto, se encarga de ello! De hecho, Bernstein no ha comprendido en absoluto, como, por lo demás, todos los revisionistas que vendrán tras de él, que si el capitalismo es económicamente catastrófico, no es porque cada vez empobrece más, sino porque, en un momento determinado de su ciclo, será incapaz de mantenerse como modo de producción que basa la producción de valores de uso en el valor de cambio. La conclusión de Bernstein es, por tanto, inaceptable pues esa expansión del capitalismo que él constata no lo autoriza de ninguna manera a renunciar a la revolución en beneficio de un supuesto “gradualismo socialista” basado en un imperativo moral a lo Kant, sino únicamente a aplazar la fecha de la revolución. Es, por lo demás, lo que le hace notar Rosa Luxemburgo: “Si todo el revisionismo de Bernstein se redujese a afirmar que el desarrollo capitalista es más lento de lo que se piensa de ordinario, no tendría de hecho más consecuencia que aplazar la conquista del poder por el proletariado, conquista que se admitía hasta ahora; como máximo, se podría deducir de ello una desaceleración de la lucha<sup>7</sup>.”

Este “aplazamiento” que evoca R. Luxemburgo será bastante mal percibido después por los revolucionarios, que intentarán probar que el capitalismo ha entrado en su fase final y ya no hace más que agonizar (así, la teoría de la “decadencia” del capitalismo). De hecho, el desarrollo del capitalismo será efectivamente “más lento” de lo previsto. En un capítulo posterior diremos por qué ha sido así. En cuanto a la “ralentización de la lucha” de la que habla igualmente R. Luxemburgo, será asimismo mal comprendida por los revolucionarios, que verán en la revolución rusa de 1917 y la efervescencia de la posguerra no sólo una reanudación de esta

---

<sup>7</sup> Rosa Luxemburgo, *Reforma social o revolución*, en R. Luxemburgo, *Textos*, Éditions sociales, Paris, 1969, p. 75.

lucha, sino una “gran oleada revolucionaria” que va a llevarse el capitalismo. Es esta gran ilusión la que vamos a abordar ahora.

## **La gran ilusión: I.- la revolución rusa de 1917**

### **Un destello entre la bruma**

Cuando estalla la guerra de 1914 se puede considerar como muerto el socialismo de la II Internacional, arrastrado por la ola belicista que se apodera de toda Europa. A pesar de sus resoluciones contra la guerra votadas en sus congresos precedentes, capitula sin condiciones votando los créditos de guerra, al tiempo que muchos de sus responsables entran en los gobiernos de Unión sagrada.

“Bancarrotas de la II Internacional”, exclamará Lenin completamente atónito ante tal capitulación. ¡Singular reacción! Como si las acciones políticas e ideológicas del socialismo internacional hubiesen estado en alza para verse bascular repentinamente en agosto de 1914 hacia el foso de una quiebra estrepitosa e inesperada. En realidad, desde hacía mucho tiempo habían estado en baja, y la bancarrota de 1914 no hacía más que poner un punto final a la delicuescencia de un tal socialismo, que ya no ofrecía de sí mismo más que la imagen de un movimiento agotado, roído por la duda, presa del revisionismo.

Incluso lo que quedaba en él de revolucionario no había escapado completamente a esta carencia mórbida, a esta impotencia que le caracterizaba. El revisionismo de Bernstein había pasado por allí y había revelado la amplitud de la enfermedad. No se ponía fin a su refutación, pero arrojado por la puerta, volvía invariablemente por la ventana. En 1899, R. Luxemburgo había creído responderle definitivamente a propósito de la teoría del hundimiento final del capitalismo, que aquel ponía abiertamente en duda. Hay que pensar que ella no estaba ya tan segura de su respuesta, puesto que sería llevada después (1915) a escribir: “Estamos colocados hoy ante esta elección: o bien triunfo del imperialismo y decadencia de toda civilización, con la consecuencia, como en la Roma antigua, de la despoblación, la desolación, la degeneración, un gran cementerio; o bien la victoria del socialismo, es decir, de la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo y contra su método de acción. He ahí un dilema de la historia del mundo, un o bien-o bien todavía indeciso cuyos platillos balancean ante la decisión del proletariado consciente. El proletariado debe arrojar resueltamente en la balanza la espada de su combate revolucionario: el futuro de la civilización y de la humanidad depende de ello<sup>1</sup>.” Eso era adelantar la idea de un capitalismo que podía conducir, a causa de sus contradicciones internas, a otra cosa que una revolución socialista, pues si el proletariado, elevado aquí al rango de salvador supremo, no estaba a la altura, habría recaído de la civilización en “la barbarie decadente”. De golpe, el socialismo perdía su “base de granito”, su carácter de “necesidad objetiva” que R. Luxemburgo defendía en otros tiempos contra Bernstein<sup>2</sup>. La historia no era, por tanto, tan límpida como eso, puesto que planteaba “un dilema” que no había sido previsto por Marx y su determinismo histórico, viéndose éste revisado en problemática de la historia.

---

<sup>1</sup> R. Luxemburgo, *la Crisis de la socialdemocracia*, ediciones Spartacus, Paris, 1994, p. 39.

<sup>2</sup> R. Luxemburgo, *Reforma social o revolución*, in R. Luxemburgo, *Textos*, Éditions sociales, Paris, 1969, p. 76.

Una Europa sumergida hasta el cuello en una guerra horrible que parecía efectivamente rechazar la civilización hacia atrás, un movimiento socialista que se había hundido completamente, algunos pocos militantes internacionalistas que intentaban sobrevivir política e ideológicamente pero en los que no estaban ausentes múltiples interrogantes, en eso se estaba cuando, de golpe, una noticia: allá abajo, en los confines de Europa del Este, en un país todavía ampliamente atrasado, semiasiático, esencialmente agrario, pero que sin embargo tenía algunos centros industriales, como el de Petrogrado, unos socialistas, llamados “bolcheviques”, habían tomado el poder en octubre de 1917. Además, no contentos con haber hecho una revolución en su país, lanzaban un llamamiento al proletariado internacional a fin de que les imitasen y así “transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria”.

En 1916, en su folleto la *Crisis de la social-democracia* R. Luxemburgo excluía que la revolución socialista pudiese surgir a partir de una zona atrasada: “No es más que de Europa, no es más que de los países capitalistas más antiguos de donde podrá partir, cuando suene la hora, la señal de la revolución social que liberará a la humanidad.” Que Rusia no forme parte de los países capitalistas “más antiguos”, no lo mira tan de cerca cuando desde su prisión, en 1918, escribe sus reflexiones sobre la revolución rusa; a pesar de sus reservas, ella saluda la proeza: “Lenin y Trotsky y sus amigos han sido los primeros que han dado ejemplo al proletariado mundial; hasta ahora son todavía los únicos que puedan exclamar con Hutten: ‘Yo me he atrevido’<sup>3</sup>.”

¡Ellos se han atrevido! Eso es ciertamente lo esencial. En un período semejante, qué importan las imperfecciones y las ambigüedades que pudiesen existir, lo importante es ese

---

<sup>3</sup> R. Luxemburgo, *la Revolución rusa*, ediciones Spartacus, Paris, 1977, pp. 31-32.

destello entre la bruma que constituye la revolución rusa. He ahí con qué consolarse un poco. Todo no está perdido, pues. Renace la esperanza. Bajo su nuevo nombre de bolchevismo, el socialismo parece recobrar vida, haciendo brillar una luz ardiente en ese extremo de Europa.

Queda por verificar, no obstante, si ese vivo resplandor no será más bien un espejismo. De hecho, vamos a mostrar que, con una revolución así, no se trataba más que de una utopía en acción.

### **Primer aspecto de la utopía: querer instaurar una dictadura del proletariado en Rusia**

Cuando Lenin llega a Petrogrado a comienzos de 1917, empieza por señalarse por sus célebres *Tesis de abril*. Éstas afirman, en sustancia, que la “revolución burguesa”, con el derrocamiento del zarismo en febrero, ha terminado y que hay que pasar sin dilación “a la segunda etapa” de la revolución, la que “debe dar el poder al proletariado y a las capas pobres del campesinado”. ¿Qué quiere decir Lenin? Quiere hablar de la organización de un Estado del tipo Comuna de París, es decir, no de un Estado en el sentido propio, sino de un semi-Estado, “en vías de extinción” y que se caracterizará por “la supresión de la policía, del ejército y del cuerpo de funcionarios”. Se trata, pues, de la instauración en Rusia de la dictadura del proletariado, tal como Marx la había definido, en 1871, en *la Guerra civil en Francia*.

Algún tiempo después, Lenin emprende la redacción de un folleto que le interesa especialmente, *el Estado y la Revolución*. Es una exposición de “la doctrina del marxismo sobre el Estado” que, entre otras cosas, trata de lo que será este último durante el período transitorio que va del capitalismo al comunismo. Pero esta obra no pretende ser simplemente teórica, tiende a un fin bien preciso: hacer comprender lo que

será dentro de poco el poder revolucionario en Rusia, o dicho con otras palabras, la dictadura del proletariado. En una nota final muy breve de noviembre de 1917, indica que se verá obligado a posponer para más adelante un capítulo titulado “La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917” y emplea estas palabras: “Es más agradable y útil vivir ‘la experiencia de una revolución’ que escribir sobre ella.” Frase característica. Es el famoso adagio de Napoleón que Lenin gustaba repetir: primero se compromete uno, y después se verá. Pues bien, se iba a ver. De hecho, es muy lamentable que Lenin no haya escrito este último capítulo antes de comprometerse. Esto quizá le habría permitido explicarnos de qué manera pensaba aplicar en Rusia una tal dictadura del proletariado...

En realidad, ésta era propiamente irrealizable en un país en el que la población obrera estaba estimada en unos 3 millones, mientras que la población campesina se componía de 114 millones. Una dictadura del proletariado casi sin proletariado, ¡he ahí lo que proponía Lenin! Ciertamente, él precisaba que esta dictadura se apoyaría en “el campesinado”. Pero, ¿qué valía un tal “apoyo”? El campesinado estaba animado por un solo objetivo: adueñarse de los grandes dominios señoriales y convertirse en propietario de una parcela de tierra. Esta aspiración pequeño burguesa mal podía hacer de él un aliado. Lo que iba a comprobarse muy pronto: poniendo mala cara los campos para alimentar a las ciudades, fue necesario enviar destacamentos de obreros para llevar a cabo requisas y apoderarse de las cosechas de los campesinos. En estas condiciones, una tal “dictadura del proletariado” estaba condenada a no ser, en el mejor de los casos, más que la expresión de una minoría (la de los tres millones de obreros) expuesta a la hostilidad más o menos grande de la inmensa mayoría. Obligada a hacerse cada vez más represiva frente a esta última, por tanto, a reforzarse, mal podía realizar el proyecto socialista de la extinción progresiva del Estado, tal como lo había teorizado Lenin.

Se podrá objetar que la Comuna de París, aunque no haya sido más que la emanación de una sola ciudad, en un país esencialmente agrario como era Francia en 1871, había sido calificada, no obstante, por Marx y Engels como dictadura del proletariado. Pero ellos no habían hecho de la Comuna un mito revolucionario que había que intentar reproducir a toda costa, cualesquiera que fuesen las condiciones existentes, como iban a empeñarse en hacer Lenin y los bolcheviques en la Rusia atrasada. Marx había visto en la Comuna un campo de experimentación útil concerniente al ejercicio de la dictadura del proletariado (aunque el proletariado parisino haya tenido que pagar un precio elevado, con su sangre, una tal enseñanza), pero había afirmado en una carta a Domela Nieuwenhuis: “De lo que usted puede estar seguro es de que un gobierno socialista no llegará al poder en un país en el que las condiciones *no están todavía suficientemente maduras* para poder, con medidas apropiadas, dar mate a la burguesía y realizar así el primero de los deseos: ganar tiempo para la acción futura<sup>4</sup>.”

Desde 1918, R. Luxemburgo denuncia esta dictadura del proletariado que se ha instaurado en Rusia por ser, en realidad, el acto terrorista de una pequeña minoría revolucionaria. Se trata, precisa ella, de una falsa dictadura del proletariado, la de un “puñado de politicastos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación jacobina<sup>5</sup>”. Por supuesto, se necesita la dictadura, prosigue R. Luxemburgo, pero debe ser la de la clase y no la de un partido (comprendido como una pequeña minoría) que se reduce finalmente a la de su comité central, por más revolucionario y dedicado que sea. Es a esta situación a la que se ha llegado en Rusia, no sirviendo ya los soviets más que de decoración. La dictadura del proletariado, la verdadera, precisa todavía R. Luxemburgo, no excluye la democracia, de hecho es su eclosión

---

<sup>4</sup> Carta de Marx a D. Nieuwenhuis el 22 de febrero de 1881, in Domela Nieuwenhuis, *el Socialismo en peligro*, ediciones Payot, Paris, 1975, p. 247.

<sup>5</sup> R. Luxemburgo, *op. cit.*, p. 29.

verdadera en la medida que, por primera vez, las clases laboriosas toman directamente en sus manos los asuntos públicos.

R. Luxemburgo explica esta desviación “jacobina” de la dictadura en razón de “la espantosa presión de la guerra mundial, de la ocupación alemana y de las dificultades enormes que se ligan a ello y que deben desfigurar toda política socialista animada de las mejores intenciones e inspirándose en los principios más nobles”. Dicho con otras palabras, para ella, es la coacción exterior la responsable de un estado de hecho así. Esto no es cierto más que parcialmente, existe otro factor, interno: para que la dictadura del proletariado sea una dictadura de clase y no de un puñado de individuos, como exige R. Luxemburgo, haría falta aún que la clase en cuestión no se redujese a una pequeña minoría de la población, como ocurre en Rusia. Que las condiciones de un verdadero Estado proletario no estén reunidas en Rusia, Lenin mismo lo reconocerá en 1919 al evocar lo que llamará “la incultura rusa”: “Sabemos perfectamente lo que significa la incultura rusa, lo que hace en el poder soviético que ha creado, en principio, una democracia proletaria infinitamente superior a las democracias hasta ahora conocidas (...). Sabemos que esta incultura envilece el poder de los soviets y vuelve a crear la burocracia. De palabra, el Estado soviético está al alcance de todos los trabajadores; en realidad, ninguno de nosotros lo ignora, no está al alcance de todos, lejos de eso<sup>6</sup>.” Por “incultura rusa” Lenin entiende sobre todo la enorme masa campesina analfabeta que, mentalmente, no ha salido de la Edad Media y cae con todo su peso sobre el Estado “proletario”, haciendo posible su invasión por una burocracia, tal como ya ocurría durante el antiguo régimen zarista.

En 1917, los dirigentes bolcheviques habían lanzado la consigna: “¡Todo el poder a los soviets!”; tres años más tarde, a

---

<sup>6</sup> Citado por Pierre Broué *in el Partido bolchevique*, Éditions de Minuit, Paris, 1972, p. 171.

fin de medir el camino recorrido, escuchemos a estos mismos dirigentes. Zinoviev: “El poder soviético no habría durado tres años, ni siquiera tres semanas, sin la dictadura del partido comunista<sup>7</sup>.” Trotsky: “La dictadura de los soviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido: gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los soviets la posibilidad de transformarse de informes parlamentos obreros que eran, en un aparato de dominación del trabajo<sup>8</sup>.” Lenin: “La dictadura del proletariado es una lucha obstinada, sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad (...). Sin un partido de hierro templado en la lucha, sin un partido que goza de la confianza de todo lo que hay de honesto en la clase en cuestión, sin un partido que sabe observar el estado de espíritu de la masa e influir sobre ella, es imposible sostener esta lucha<sup>9</sup>.”

¡El partido! ¡El partido! En 1917, estos mismos dirigentes no juraban sino por los soviets; los soviets que debían ser “todo el poder”; los soviets que una vez en el poder realizarían un Estado “en vías de extinción” y una democracia como jamás se había visto. Ahora, la cantinela es: papel dirigente del partido, dominación de éste sobre los soviets, partido de hierro, disciplinado, como un comando de choque, único que es capaz de ejercer y conservar el poder. Todo esto es, en lo sucesivo, martilleado, asestado de un modo apremiante y sin réplica, siendo denunciada inmediatamente toda vacilación sobre esta cuestión como el germen de una desviación pequeño burguesa, anarquizante, que hay que apartar, abatir... ¿Por qué no lo decían en 1917?

---

<sup>7</sup> Citado por Pierre Broué, *ibid.*, p. 128.

<sup>8</sup> Trotsky, *Terrorismo y Comunismo*, in K. Papaioannu, *los Marxistas*, J'ai lu, Paris, 1965, p. 381.

<sup>9</sup> Lenin, *la Enfermedad infantil del comunismo, “el izquierdismo”*, in *Obras escogidas*, Ediciones de Moscú, 1954, tomo 2, segunda parte, pp. 372-373.

Pero explicar por “la sed de poder” de los bolcheviques una tal apología del papel del partido no tendría mucho sentido. Este género de explicaciones, servidas en serie tanto en las versiones más vulgares como en las más sabias, ni siquiera vale la pena detenerse en ellas. La verdad es muy otra: si el partido bolchevique le ha ganado por la mano a los soviets, es porque estos últimos, en Rusia, eran verdaderamente incapaces de asumir la tarea que se les suponía debían cumplir: tomar y ejercer el poder. Si hubiesen estado a la altura de tal tarea, jamás habrían permitido a una minoría revolucionaria que les substituyese y ésta habría sido ciertamente incapaz, si le hubiesen entrado ganas de ello, de conseguir sus fines. En lugar de esto, desde febrero de 1917 los soviets no han dejado de ser presa de diversos partidos que se disputaban el poder, buscando un apoyo para apoderarse de él, lo que prueba la poca autonomía de los soviets. Surgidos espontáneamente por la ausencia de toda organización obrera legal de masas en Rusia, la verdadera vocación de los soviets no iba más allá de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores (en este caso, “el control obrero de la producción” y “la paz inmediata”). Son los partidos políticos, especialmente el partido bolchevique, los que van a politizar los soviets, intentando transformarlos en órganos de apoyo ya sea al nuevo poder existente después de febrero, ya sea al salido de octubre. En pocas palabras, el “sovietismo”, designado como forma original del poder en Rusia, fue ante todo un mito, mantenido tanto por los bolcheviques con su consigna de “¡todo el poder a los soviets!”, como por los anti-bolcheviques del tipo “comunistas de consejos” haciendo creer que, frente al partido bolchevique, había otra posibilidad: la de los “consejos”, verdadera expresión de la autonomía obrera. ¡Lástima que no lo han demostrado haciéndola triunfar!

## **Segundo aspecto de la utopía: imprimir un carácter socialista a la revolución**

En sus *Tesis de abril*, Lenin precisa: “no ‘la introducción’ del socialismo como tarea inmediata, sino simplemente el paso inmediato al control de la producción social y de la repartición de los productos por los soviets de los diputados obreros.” De hecho, la toma del poder en octubre de 1917 se hará a partir de consignas que no tienen nada de socialista propiamente: la tierra a los campesinos, la paz inmediata y el control obrero de la producción.

Si es cierto - y esto, en cualquier situación que nos encontremos - que no es posible introducir sobre la marcha el socialismo por decreto y como por efecto de un golpe de varita mágica, éste, a partir el momento en que nos hemos comprometido en una revolución proletaria, no puede seguir siendo una perspectiva que se inscribe en un futuro demasiado alejado: ¿para qué haber hecho una tal revolución? Si ese es el caso, ¿no correrán las masas el riesgo de encontrarle un gusto amargo? Lenin, después de octubre de 1917, tiene conciencia de esta situación. Por lo cual se ve obligado rápidamente a precisar su pensamiento: “*La revolución socialista que hemos comenzado en Rusia* el 25 de octubre de 1917 es un trabajo positivo o creador que consiste en poner a punto un sistema extremadamente complejo y delicado de nuevas relaciones de organización que abarcan la producción y la repartición regular de los productos necesarios a la existencia de decenas de millones de hombres. Una tal revolución puede ser realizada con éxito sólo a condición de que la mayoría de la población misma y, ante todo, la mayoría de los trabajadores den prueba de una actividad creadora, histórica. Si el proletariado y los campesinos pobres encuentran en sí mismos suficiente conciencia, adhesión a su ideal, abnegación, tenacidad, sólo

entonces *estará asegurada la victoria de la revolución socialista*<sup>10</sup>.”

Finalmente, octubre de 1917 inaugura, pues, para Lenin un proceso socialista que será llevado hasta el final gracias a la tenacidad de las masas rusas (incluidos los campesinos pobres).

¿Están reunidas las condiciones materiales en Rusia para ir en una dirección socialista? Se conoce la sentencia de Gramsci: “La revolución de los bolcheviques está hecha de ideología más que de hechos (...). Es la revolución *contra* el Capital *de Karl Marx*”<sup>11</sup>.” Para Gramsci, tal revolución ha hecho estallar “los cánones del materialismo histórico”, que no eran más que simples “incrustaciones positivistas y naturalistas” en el seno del “pensamiento marxista, el que no muere nunca, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán”. No vamos a polemizar aquí con Gramsci, que hace del marxismo un idealismo salido de Hegel y Croce, limitémonos a constatar que Gramsci ha visto claro; ha captado perfectamente lo que ha motivado a los bolcheviques, aprobándolos como buen idealista que es, filosóficamente hablando, a lanzarse a la revolución: el idealismo revolucionario, que puede, en determinadas circunstancias históricas, transformarse en fuerza activa - saber si puede *vencer*, eso es harina de otro costal. Pues, de hecho, los bolcheviques, a falta de poder apoyarse en una base material sólida para comprometerse en la vía del socialismo, son llevados a poner en su lugar, como indica la cita de Lenin, la voluntad desnuda: Si los trabajadores dan pruebas de “tenacidad”, “de abnegación”, etc., entonces “la victoria de la revolución socialista está asegurada”...

Si no se está convencido de este voluntarismo, citemos aún este pasaje escrito poco después por Lenin: “El capitalismo

---

<sup>10</sup> Lenin, *las Tareas inmediatas del poder de los soviets*, *op. cit.*, tomo 2, primera parte, p. 435.

<sup>11</sup> A. Gramsci, *l'Avanti*, 24 de noviembre de 1917, *in Programme communiste*, nº 74, pp. 52-53.

de Estado sería un paso adelante en relación con la situación actual de nuestra República soviética. Si, por ejemplo, dentro de seis meses, el capitalismo de Estado estuviese instaurado entre nosotros, esto sería un logro inmenso y la garantía más segura de que, en un año, el socialismo estaría definitivamente consolidado entre nosotros y de que sería invencible<sup>12</sup>.”

Así pues, en un año esto será “la tierra prometida”, el socialismo; en lo inmediato, esto significa el... capitalismo de Estado que hay que edificar, dicho de otro modo, otra forma de la explotación, del salariado, de la industrialización, de la acumulación, cosas todas necesarias para crear las bases materiales del socialismo, aún inexistentes en Rusia; por ello, precisa Lenin, “tenemos como tarea ir a la escuela del capitalismo de Estado alemán, hacer todos los esfuerzos para asimilarlo, prodigar los métodos dictatoriales para acelerar esta asimilación del occidentalismo por la Rusia bárbara sin recular ante los medios bárbaros de lucha contra la barbarie<sup>13</sup>”; embalado ya, Lenin subraya que no sólo el capitalismo de Estado a la alemana puede convenir, sino también el capitalismo a la americana, por lo que respecta a los métodos de productividad del trabajo que ha puesto a punto: “hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y su adaptación sistemática<sup>14</sup>.”

Al proponer como tarea inmediata la construcción del capitalismo de Estado, Lenin va a chocar contra los “comunistas de izquierda” del partido bolchevique, con Bujarin a su cabeza, los cuales no quieren ni oír hablar de capitalismo sino que exigen la introducción inmediata del comunismo, no haciendo con esto más que pujar con el voluntarismo de Lenin, con su capitalismo de Estado en seis meses. Éste les replica entonces: “Los mejores de entre ellos no han comprendido que

---

<sup>12</sup> Lenin, *Sobre el infantilismo de izquierda y la mentalidad pequeño burguesa*, op. cit., p. 435.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 457.

<sup>14</sup> Lenin, *las Tareas...*, op. Cit., p. 457.

no sin razón los maestros del socialismo han hablado de todo un período de transición del capitalismo al socialismo<sup>15</sup>.” De hecho, si es cierto que los “maestros del socialismo”, es decir, Marx y Engels, han hablado de fase transitoria, para ellos ésta se inscribía entre el capitalismo llegado a madurez y el socialismo, no entre un país semifeudal y semiasiático como la Rusia de 1918 y el socialismo. La “transición” que evoca Lenin no es, por tanto, la misma y en esto introduce la confusión.

Si en seis meses el capitalismo de Estado es instaurado, en un año el socialismo estará “definitivamente consolidado”, había dicho Lenin en 1918. En 1921, en *el Impuesto en especie* (donde recuerda su previsión de 1918), se ve forzado a rectificar el tiro: “Los razonamientos antes mencionados, de 1918, encierran una serie de errores en cuanto a los plazos. Los plazos se han revelado más largos de lo que se suponía entonces.” Sigue una explicación sobre las causas que han traído tal retraso: el predominio del elemento pequeño burgués en el campo, la guerra civil, la mala cosecha de 1920. Entonces, ¿qué hacer? Lenin responde: “No intentar prohibir o bloquear el desarrollo del capitalismo, sino aplicarse en orientarlo por la vía del capitalismo de Estado.” En adelante, pues, el objetivo es sólo tender hacia el capitalismo de Estado. Lenin, esta vez, tiene cuidado de no precisar los plazos necesarios. Sin embargo, una cuestión se plantea: semejante objetivo, ¿es compatible con el mantenimiento de los bolcheviques en el poder? Evidentemente sí, responde con aplomo Lenin, “se puede efectivamente combinar, aliar, asociar el Estado soviético, la dictadura del proletariado con el capitalismo de Estado.” La continuación de los acontecimientos, con el triunfo de los estalinistas, iba a mostrar todo lo contrario.

Recuerda uno que Engels, en *la Guerra de los campesinos*, evocaba la tragedia de un jefe de partido extremo que toma el poder mientras que las condiciones reales no le permiten

---

<sup>15</sup> Lenin, *las Tareas...*, op. cit., p. 458.

aplicar su programa. No podemos dejar de citar una vez más este texto de Engels que tan bien le cuadra a Lenin: “Está obligado, en interés de todo el movimiento, a defender el interés de una clase que le es extraña... (De hecho, desde 1918, Lenin reconoce que hay que hacer un llamamiento a los “especialistas” que “en su gran mayoría son forzosamente burgueses”, a fin de dirigir la producción “mediando una retribución elevada”)... y pagar a su propia clase con frases, promesas... (lo hemos visto, Lenin promete en 1918 que el socialismo será “invencible”<sup>16</sup> si, en seis meses, el capitalismo de Estado es instaurado)... y con la certeza de que los intereses de esta clase extraña son sus propios intereses... (Efectivamente, Lenin no deja de repetir que la utilización de los “especialistas” y de los métodos de gestión y de producción capitalistas modernos, alemán y americano, van en el sentido del interés del proletariado pues, al hacerlo, se construyen las bases materiales del socialismo pero, añadimos nosotros, ¡como lo hacen también la burguesía y el capitalismo privado de Occidente!)... Cualquiera que caiga en esta situación falsa, concluye Engels, está irremediablemente perdido.” Se conoce la continuación: desde los años veinte, degeneración del partido bolchevique y victoria del estalinismo.

Sin embargo, hay que ser justos con Lenin: aunque haya pretendido en 1918 que el socialismo sería pronto invencible si el capitalismo de Estado era instaurado rápidamente, jamás

---

<sup>16</sup> “En Rusia, en abril de 1918, Lenin no dice: ‘Hagamos el socialismo’ y ni siquiera: ‘ahora yo me remango y lo hago’”, escribe A. Bordiga en *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, Éditions de l’Oubli, 1975, p. 31. Acabamos de verlo, Lenin, quizá no en abril sino en mayo de 1918 habla de ello, precisando incluso los plazos. Es bastante relevante constatar de qué manera cierto post-leninismo, salido de las izquierdas comunistas, ha podido llegar, al querer oponerse al estalinismo y su teoría del “socialismo en un solo país”, a mistificar el pensamiento de Lenin, dispuesto a hacerle decir otra cosa.

confundió éste con el socialismo, como harán a continuación, sin miramientos, los estalinistas<sup>17</sup>.

### **Tercer aspecto de la utopía: de la guerra surgirá la revolución en Europa**

Cuando se lanzan al asalto del poder en octubre de 1917, los bolcheviques tienen esta idea: la revolución rusa no es más que el primer acto de una revolución internacional que surgirá de la guerra, permitiendo así paliar las debilidades de la revolución rusa. Pero una tal eventualidad, ¿tenía posibilidades de acaecer? En caso afirmativo, todo lo que se ha podido objetar hasta ahora a propósito de la revolución rusa no tiene objeto. A fin de cuentas, el cálculo de los bolcheviques no habría sido falso en 1917 si esta eventualidad se hubiese realizado: su revolución habría sido relevada por la de los proletarios alemanes, franceses, belgas, italianos y, por qué no, ingleses, americanos... En estas condiciones, como exploradores e intrépidos, provocan una revolución en un país atrasado, arriesgándose calculadamente puesto que serán secundados rápidamente por fuerzas exteriores que, éstas sí, disponen de medios mucho más poderosos que ellos. Para Rosa Luxemburgo no hay ninguna duda: “*Apostando* por la revolución mundial del proletariado, los bolcheviques han dado precisamente el testimonio más clamoroso de su inteligencia política, de su fidelidad a los principios y de la audacia de su

---

<sup>17</sup> Si los estalinistas, a diferencia de Lenin, borran de su vocabulario el concepto de capitalismo de Estado no es por casualidad: es porque les hace falta maquillar a éste como “socialismo”. Los trotskistas, con su concepto “de Estado obrero degenerado”, evacuan igualmente la noción de capitalismo de Estado y esto tampoco es por casualidad: evita así pronunciarse sobre la estructura económica de Rusia, que ellos tienen por “socialista”, no teniendo ésta más que “deformaciones burocráticas”; la prueba de que no son más que estalinistas de izquierda es que hoy, a semejanza de los estalinistas a secas, hablan de ¡“retorno del capitalismo en Rusia!”

política<sup>18</sup>.” Queda por verificar, no obstante, si, *en esa apuesta*, habían visto claro.

Muy en primer lugar, volvamos rápidamente atrás. Cuando estalla la guerra de 1914, la evolución netamente reformista del socialismo internacional desde hace años le hace incapaz de impedir la guerra oponiéndole la revolución. Sin embargo, para los bolcheviques (su partido es el único que no ha capitulado frente al belicismo), nada está perdido. Consideran que la guerra misma puede constituir un poderoso factor de radicalización: en el frente, con las pruebas de toda índole que van a soportar los combatientes y en la retaguardia, con las privaciones que la guerra conllevará para los civiles.

Esta evaluación de la situación no está desprovista de toda realidad, pues va a confirmarse parcialmente. En efecto, con la guerra, millones de hombres han sido arrancados de sus hogares, de sus trabajos, para ser precipitados en una guerra que, en agosto de 1914, se imaginaban “lozana y gozosa” pero que rápidamente va a mostrar su verdadero rostro: una espantosa carnicería, matándose los pueblos entre sí, con todas las clases mezcladas, en una despiadada guerra de trincheras que no se acaba. Por eso es casi seguro, piensan los bolcheviques, que de esta espantosa conflagración surjan movimientos de sedición en el frente y de revuelta en la retaguardia. A este respecto, 1917 es un giro. En febrero, no sólo se asiste a una ruptura del frente en Rusia, sino también, en los frentes francés e italiano, a movimientos de motines que afectan a decenas de regimientos; en Alemania, a causa del bloqueo económico por parte de los países de la Entente, se dibujan movimientos de huelgas en las ciudades, cada vez más hambrientas. ¿Será la guerra la madre de la revolución? La revolución rusa parece confirmarlo. El “eslabón débil de la cadena de los países imperialistas”, para hablar como Lenin, ha sido el primero en romperse. Los soldados, mal equipados, mal

---

<sup>18</sup> R. Luxemburgo, *la Revolución rusa*, *op. cit.*, p. 8.

avituallados, soportando cruelmente el frío y el hambre, están cansados. Cuando en Petrogrado estallan los primeros motines, obreros y soldados no tardarán en fraternizar, y al desbandarse el ejército cada vez más, afluyendo los desertores de todas partes, el régimen zarista se hunde como un castillo de naipes. Los bolcheviques consideran que, por el rechazo de la guerra, aparecen los primeros estremecimientos de la revolución europea: la consigna de transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria comienza a encontrar ahí una confirmación.

Si es cierto que los soldados quieren cada vez menos hacer la guerra, esto no significa automáticamente que quieran hacer otra guerra, la guerra “civil revolucionaria”, como les invita a hacer la consigna de los bolcheviques. Lo que quieren, sobre todo, es la paz: regresar a casa indemnes y volver a comenzar su vida civil anterior a la guerra. Pero arriesgarse en otro conflicto, esta vez con sus gobiernos, eso no es del todo evidente. “Si quieres la paz, prepara la revolución”, no han dejado de machacar los bolcheviques, parafraseando el adagio romano. ¿La revolución? A condición de que traiga una paz inmediata y no desemboque en la más terrible de las guerras, la guerra civil. En pocas palabras, lo que expresa el rechazo a la guerra es más un deseo de paz que de revolución, y querer combinar estas dos aspiraciones es muy aleatorio.

Esta voluntad de paz sacará adelante al partido bolchevique después de febrero de 1917: el gobierno provisional, al tomar la decisión de proseguir la guerra, apremiado como está por Francia e Inglaterra para mantener en el Este un segundo frente, va a desacreditarse, sobre todo ante los ojos de los soldados, campesinos que no sueñan más que en volver a casa y apoderarse de las tierras de los grandes propietarios. Los bolcheviques tocarán entonces esta cuerda pacifista. Al preconizar la paz inmediata, ganarán mucho prestigio e influencia entre los soviets de soldados.

Pero, desde un punto de vista revolucionario, ¿qué vale tal consigna? Es esta cuestión la que plantean Zinoviev y Kamenev en la víspera de Octubre. Ellos consideran que no vale nada y que, consecuentemente, hay que renunciar a la insurrección: “Las masas de soldados nos apoyan (...) por nuestra consigna de paz (...). Si tuviésemos que hacer una guerra revolucionaria (...) nos abandonarían a marchas forzadas<sup>19</sup>.” La historia les dará la razón. Cuando en agosto de 1920, los bolcheviques, después de haber expulsado a Pilsudsky de Ucrania, intenten proseguir su ventaja a fin de conseguir una conjunción revolucionaria con Alemania, cosa que les obligaba a pasar a través de Polonia (“La revolución mundial pasará por encima del cadáver de Polonia”, decía Tujachevsky, uno de los jefes del Ejército rojo), no pasarán del Vístula: militarmente están batidos, pues una vez liberada la tierra rusa, los campesinos que componen el Ejército rojo quieren ya la paz y no la guerra revolucionaria llevada al exterior a punta de bayoneta.

Más que un producto de la guerra, la revolución de Octubre es un producto de la paz. Independientemente de la voluntad subjetiva de los responsables bolcheviques de lanzarse a la insurrección, Octubre de 1917 es la primera tentativa para mermar el bloque de la guerra que, desde hace tres años, hace estragos en Europa. Esta tendencia se confirma enseguida en el Oeste. Cuando el 8 de agosto de 1918 los Franco-Británicos lanzan una gran ofensiva, fenómeno nuevo, miles de Alemanes se rinden sin combatir. De igual modo, en Kiel, el 4 de noviembre de 1918 es toda la flota alemana la que rehúsa zarpar con vistas a un último “combate de honor”. Por parte de los aliados, lo que les va a llevar finalmente a no querer proseguir su ventaja penetrando en Alemania, y los va a impulsar a firmar el armisticio el 11 de noviembre, es el agotamiento moral de sus tropas, su cansancio de la guerra. Quizá también el temor a que la prosecución de la guerra traiga la revolución. Pero, si tal es el

---

<sup>19</sup> Citado por Pierre Broué, *in el Partido bolchevique, op. cit.*, p. 95.

caso, al firmar el armisticio y, por tanto, al utilizar el arma de la paz, los Aliados cortan la hierba bajo los pies a la revolución y siguen siendo los dueños de la situación.

La guerra llevaba a una lógica de paz y no de revolución. Si la revolución socialista hubiese estado de actualidad de alguna manera en Europa, la guerra no hubiese tenido lugar. A partir de ahí, la revolución de los bolcheviques estaba condenada a permanecer aislada y finalmente a pudrirse sobre el lugar, como iba a demostrarlo la continuación de los acontecimientos.

### **Sobre la naturaleza de la revolución rusa**

País débilmente proletarizado, que no permitía la instauración de un verdadero “gobierno de la clase obrera”, por recoger la formulación de Marx a propósito de la Comuna; país económicamente atrasado, que no ofrecía la posibilidad de una transición hacia el comunismo; contexto de guerra europea, cuya lógica condenaba la insurrección de Octubre a quedar como un fenómeno aislado: tales son los tres factores objetivos desfavorables que condenaban la empresa bolchevique al fracaso y hacían de ella un intento utópico.

Utópico, pues cuando estalla una revolución, ésta no puede presentar más que dos casos de figuras: o bien llega *demasiado pronto* y entonces sólo puede fracasar, al ser de tipo utópico como era la revolución proletaria rusa, o bien llega *a punto* y entonces es auténticamente socialista, siendo capaz de mantener todas sus promesas.

Esta aprehensión de la revolución rusa corta por lo sano tanto con la concepción socialdemócrata, para la que la revolución rusa *no habría debido* ser más que “burguesa”, como con la de ultra-izquierda, para la que *no habría sido* más que “burguesa”.

En lo concerniente a la primera, se sabe que en Rusia los mencheviques preconizaban una “revolución burguesa”: la revolución rusa debía atenerse a la liquidación del antiguo régimen, permitiendo la emergencia de una república democrática burguesa, al no estar reunidas las condiciones materiales para una revolución proletaria. Pero esta posición “marxista ortodoxa” (que hemos criticado ya anteriormente al evaluar la Revolución francesa) era equivocada: a partir del momento en que se desencadenase en Rusia una revolución, ésta sería todo lo que se quiera, menos “burguesa”. Una revolución es la cosa menos burguesa que sea posible; es un acto radical que tiende de golpe a cortar el presente del pasado a fin de fundar un nuevo estado de cosas sobre bases totalmente nuevas, aboliendo toda explotación y dominación del hombre. En febrero de 1917, la revolución no se presenta como “burguesa” más que en la medida en que ha sido confiscada por la burguesía liberal y su gobierno “provisional”, que lleva perfectamente su nombre pues Lenin, en sus *Tesis de abril*, no tardará en reconducirla al recto camino utópico que es el suyo: la revolución irá hasta el final de su destino, aun cuando está condenada a estrellarse con el duro contacto de la realidad.

La segunda concepción, la de ultra-izquierda, no tiene más consistencia: la revolución de los bolcheviques habría sido de tipo burgués porque las tareas que realizaron los bolcheviques no tenían nada de socialistas. Ciertamente, pero si los bolcheviques llegaron a realizar tales tareas es porque una vez en el poder, se encontraron en una situación en que no tenían los medios para empezar una transformación socialista de la sociedad; dicho de otro modo, ocurrió lo que ocurre a toda utopía en acción, estar obligada por la fuerza de los hechos, como decía Engels, a defender una causa que no es la suya y contentar a su propia causa con promesas. De hecho, la posición de ultra-izquierda es, a su vez, utópica: al hacer de los bolcheviques revolucionarios “burgueses”, quiere decir que en Rusia era posible una revolución socialista y que ésta fue

traicionada consciente y voluntariamente por los malvados bolcheviques, simples substitutos de la burguesía. En realidad, ahí tenemos la posición anarquista, aquella para la que la revolución no ha dejado de estar de actualidad en todo tiempo y lugar, a pesar de las condiciones objetivas, y se reduce, pues, a un acto de “voluntad”. Según esta concepción, Rusia, en 1917, incluso atrasada y aislada, podía muy bien realizar una revolución socialista...

Pero, ¿de dónde provenía la utopía que desembocó en la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917?

“Exteriormente, el pensamiento de Lenin es un monolito. Es un marxista ortodoxo; no utiliza más que las fórmulas marxistas y no conoce más que el lenguaje marxista. Crítica severamente las teorías populistas pasadas, a las que trata de quimeras y de utopías. Y sin embargo, es la *fe de las generaciones revolucionarias pasadas* la que vive en él, sin que pueda desarraigarla. La que, a través de Chernichevsky, de jacobinos-blanquistas, de Zaichnesky y de Tachev, de los terroristas de la “Narodnia Volia”, llama, no a la revolución democrática y burguesa, sino a la revolución socialista”, escribe Nicolas Valentinov<sup>20</sup>. Por su parte, Nicolas Berdayev, en su ensayo<sup>21</sup> hace el siguiente juicio sobre lo que llama “los marxistas rusos” de la tendencia de Lenin: “En su ala, la voluntad revolucionaria vencía a las teorías intelectuales, a la aplicación libresca del marxismo. Y una fusión inesperada iba a realizarse entre ellos y la *tradición de los viejos revolucionarios, partidarios, ellos también, de ahorrar a Rusia el estadio capitalista* – los Chernichevsky, los Bakunin, los Nechayev, los Tachev (...). Los marxistas bolcheviques se revelaban mucho más anclados en la tradición rusa que los marxistas mencheviques. En el puro terreno de la evolución y

---

<sup>20</sup> Nicolas Valentinov, *Mis encuentros con Lenin*, ediciones Gérard Lebovici, Paris, 1987, p. 134.

<sup>21</sup> Nicolas Berdayev, *las Fuentes y el Sentido del comunismo ruso*, Ediciones Gallimard, Paris, 1964, p. 203.

del determinismo, el marxismo no puede justificarse en un país agrario, con una industria atrasada, con un débil desarrollo de la clase obrera.”

Cualquiera que sea la opinión que se pueda tener de estos dos autores, su apreciación del leninismo como último avatar de la tradición revolucionaria rusa salida del siglo XIX, es mil veces más pertinente que los millares de páginas escritas con pretensiones marxistas, intentando laboriosamente hacer coincidir el leninismo con la teoría de Marx. Como buenos conocedores de las tendencias ideológicas y políticas que precedieron a la revolución de 1917, apuntan bien: el leninismo, incluso si se viste de marxismo, hunde sus raíces en el suelo ruso, es decir, en un mundo todavía ampliamente precapitalista en el que el marxismo, teoría salida de los países avanzados, no puede tener derecho de ciudadanía. “Lenin prolongaba de hecho las ideas revolucionarias de las generaciones precedentes, que él colocaba bajo el estandarte del marxismo”, escribe justamente Valentinov. Para la tradición revolucionaria rusa, Rusia no tenía que imitar a Occidente, es decir, una vez abatido el zarismo, acceder al nivel de civilización burguesa; el “destino” de Rusia era saltar esa etapa y pasar directamente al socialismo, un socialismo agrario que se apoyaría en la antigua comuna rusa, que se trataba de revivificar. Ciertamente, ésta, en los años 80 está, por así decir, disuelta (en los años 90 Engels la consideró como muerta). El joven Lenin polemiza vivamente contra este socialismo “populista”. Pero hay que creer que no estaba totalmente libre de él cuando preconiza la idea, si no de saltar, de al menos acelerar grandemente la etapa capitalista: lo hemos visto, poco después de Octubre de 1917, Lenin anuncia que, después de un período de capitalismo de Estado muy corto pero intenso, el socialismo – “en un año” – será un proceso tan irreversible que este último será “invencible”; tres años más tarde reconoce que este plazo era erróneo, pero qué importa, nada está perdido, sostiene Lenin en un texto de 1923 (“Más vale menos, pero mejor”), al tiempo que la esperanza de la revolución del proletariado en los países avanzados se ha

esfumado: “El desenlace de la lucha depende finalmente de que Rusia, India, China, etc., forman la inmensa mayoría de la población del globo. Y es precisamente esta mayoría de la población la que, desde hace algunos años, es arrastrada con una rapidez increíble a la lucha por su liberación (...). A este respecto, la victoria definitiva del socialismo está absolutamente asegurada de pleno.” En pocas palabras, es de los países económicamente atrasados de donde vendrá la solución... Se podría igualmente establecer otra identidad entre la tradición revolucionaria rusa y el leninismo, con la misma concepción idealista y voluntarista de la revolución que comparten. “Dadnos una organización de revolucionarios y sublevaremos a Rusia”, escribía Lenin en *¿Qué hacer?* inspirándose fuertemente en el *¿Qué hacer?* de Chernichevsky escrito en 1862, glorificando a los “revolucionarios profesionales”, es decir, una minoría de individuos infatigables (“los hombres nuevos” en Chernichevsky) dedicados enteramente a la causa revolucionaria y que, sólo con sus fuerzas, serán capaces de “sublevar a Rusia”... Marx no puede reconocer ahí su marxismo, pero la tradición revolucionaria rusa puede reconocer en ello su voluntarismo y su culto a las minorías activas. Se podría asimismo evocar el papel que es reservado a la intelligentsia como demiurgo de las conciencias y del pensamiento revolucionario: la teoría socialista en Rusia, escribe Lenin en *¿Qué hacer?*, “surge de un modo totalmente independiente del desarrollo espontáneo del movimiento obrero”, como “resultado del pensamiento natural, ineluctable del desarrollo del pensamiento en los intelectuales revolucionarios socialistas”.

Como vemos, estamos todavía en lo que hemos llamado el socialismo antiguo. Dicho esto, la tradición revolucionaria rusa, con su último avatar, el leninismo, va a acabar, en el contexto de la guerra europea, por entrar en acción. En 1917, consigue ligarse a una parte importante de la clase obrera e incluso a los campesinos - la primera aspira al pan, los segundos a la tierra - y así tomar el poder. Sin la voluntad de los bolcheviques de tomar el poder (y quizá sin la voluntad de

uno solo, Lenin), nada de insurrección, sólo movimientos desordenados, sublevaciones esporádicas, como sucedía desde febrero de 1917 y, al final, el aplastamiento de las masas rusas, con algunas reformas constitucionales y agrarias de por medio. En todo caso, hay que llevar a su justa proporción Octubre de 1917, convertido para cierta mitología en una “hazaña proletaria”, mientras que, si no fue un golpe de Estado (es la apreciación de R. Luxemburgo) al menos sí la acción de una minoría decidida. A partir de ahí, se nos dirá, ¿sería la voluntad de una minoría, incluso la de una personalidad (en este caso, Lenin) la que hace la historia? Se ha especulado mucho sobre eso, llegando a la conclusión de que no hay determinismo, siendo el libre albedrío el único capaz de decidir. Por nuestra parte, pensamos que en determinadas circunstancias bastante excepcionales, puede uno siempre lanzarse a una aventura revolucionaria. ¿Tiene posibilidades reales de triunfar? La historia ha mostrado que no.

## **La gran ilusión: II.- la revolución europea**

### **La “oleada revolucionaria” de posguerra: mito y realidad**

La inmediata posguerra de 1914-1918 pasa por haber sido el teatro de una “gran oleada revolucionaria internacional”. Si creemos a algunos, se trataría del mayor asalto proletario que el capitalismo haya tenido que soportar, y habría faltado poco para que sucumba. ¿Qué ocurrió exactamente?

Es un hecho que un cierto número de acontecimientos más o menos revolucionarios, a partir de la firma del armisticio, tendrán lugar en Alemania y en Hungría. En estos países hacen su aparición los consejos, según el modelo ruso. En Budapest, en marzo de 1919, se proclama la República de los consejos obreros, en cuyo seno colaboran comunistas y socialdemócratas. En Munich, en abril de 1919, surge una Comuna roja de Baviera formada por un conjunto bastante heteróclito que va desde los anarquistas a los socialdemócratas de todos los matices, pasando por los comunistas de la Liga espartaquista.

En Berlín se funda a finales de 1918 el partido comunista (Liga espartaquista), con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En enero de 1919, en la misma ciudad, los revolucionarios ocupan algunos barrios y edificios públicos, lo que da lugar a una respuesta de las autoridades, es decir, de los socialdemócratas “mayoritarios”, ayudados por los ‘cuerpos-francos’, que aplastan el movimiento: desalojando sin mucha dificultad los ocupantes de los establecimientos, fusilan sumariamente a muchos de ellos, hacen reinar el terror blanco. Detenidos poco tiempo después los dos jefes del espartaquismo, Liebknecht y Luxemburgo, son asesinados por la soldadesca que sirve de brazo armado a los socialdemócratas de buen cuño. Esta operación de orden se repite en diversas ciudades de Alemania. En marzo de 1919, nueva purga en Berlín: a fin de romper la huelga general, los ‘cuerpos-francos’, con carros de asalto y lanza-llamas, causan entre dos mil y tres mil víctimas civiles, siendo fusilados sobre el lugar varios cientos. Lo mismo sucede en Munich algún tiempo después, donde los ‘cuerpos-francos’, entre los que figuran los futuros nazis Heinrich Himmler y Rudolf Hess, liquidan a principios de mayo de 1919 la Comuna roja de Baviera. En Hungría, la República de los consejos se desbanda y ha dejado de existir el 1º de agosto de 1919. A partir de este momento, el grueso de la “ola” ha pasado. En Italia, durante el año 1919, se asiste ciertamente a una fuerte agitación social que culminará en septiembre de 1920 con la ocupación de las fábricas en toda la Italia del norte, pero sin que se trate seriamente de una insurrección. En otras partes, no surgirá ninguna situación revolucionaria; la “ola” no alcanzará de ningún modo a Francia, no llegará a batir las costas de Inglaterra, sin hablar de las de los Estados Unidos...

Es necesario, pues, llevar a su justa proporción lo que ha ocurrido. De hecho, es fácil constatar que si ha habido una cierta efervescencia revolucionaria, ésta se ha limitado a los ex - imperios centrales, es decir, allí donde existían viejas monarquías, como Alemania y Austria (se puede añadir Rusia), que la guerra ha tenido por efecto hacer que se hundan. A favor de este hundimiento, se asiste a disturbios revolucionarios, a

diferencia de los países que tienen democracias burguesas ya establecidas sólidamente, como Francia e Inglaterra, donde nada pasa. Para Alemania y Austria, se trata de acceder a repúblicas o democracias burguesas comparables. Es así como el socialdemócrata Scheidemann, después de la abdicación de Guillermo II, se apresura a proclamar desde lo alto de su balcón, en Berlín, el 9 de noviembre de 1918, la República alemana ante la muchedumbre de los obreros, de los soldados y de los pequeño burgueses reunidos. A partir de ese momento, la “revolución” ha terminado; no hay otra revolución a realizar, y todos aquellos que pretendan lo contrario no son más que “provocadores” e “irresponsables”. Desde el 21 de octubre de 1918, el *Vorwärts* (órgano central de los socialdemócratas) ha anunciado la tendencia: “La revolución rusa ha descartado la democracia y establecido en su lugar la dictadura de los consejos obreros y de los soldados. El partido socialdemócrata rechaza sin equívocos la teoría y el método bolcheviques para Alemania y se pronuncia por la democracia<sup>1</sup>”, es decir, claramente, por la democracia burguesa. Con una orientación semejante, un tal partido – que revela con ello su estado de espíritu contrarrevolucionario y anti-socialista - quiere poner en guardia a todos los que sueñan con ver en Alemania lo que ha pasado en Rusia: el hundimiento de la monarquía de los Romanov desembocando en la toma del poder por los “maximalistas” bolcheviques. Intentos en este sentido tendrán lugar, por supuesto, pero serán rápidamente cortados de raíz. La razón de ello es que la situación en Alemania es diferente: si bien el proletariado constituye una fuerza social imponente, los revolucionarios no logran influir más que a una pequeña minoría (como lo demuestran las elecciones a los consejos), alineándose la mayoría con los socialdemócratas; en estas condiciones, la revolución que ha tenido lugar en Rusia en octubre de 1917 no puede reproducirse en Alemania.

---

<sup>1</sup> Citado por P. Broué in *Revolución en Alemania*, Éditions de Minuit, 1971, p. 137.

La revolución alemana, que los bolcheviques esperaban como al Mesías, y que habría podido hacer bascular todo en Europa si hubiese sido capaz de triunfar, era, por tanto, otra ilusión y, con ella, la revolución europea, sin hablar de la III Internacional que, de salida, se presentaba como su gran organizadora.

## **Voluntad de reforma y no de revolución**

La revolución alemana chocó inmediatamente contra fuerzas muy superiores a ella, que iban desde la izquierda socialdemócrata hasta la extrema derecha alemana (surgida del campo aristocrático que, incluso después de la caída de Guillermo II, seguía siendo poderosa, especialmente en el ejército), con, entre ambas, la masa de burgueses y pequeño burgueses inclinándose por uno u otro de estos dos extremos. Evidentemente, la defección de la gran mayoría del proletariado, ligada a la socialdemocracia, fue decisiva. Rosa Luxemburgo se daba cuenta de ello cuando, durante el congreso de fundación del partido comunista, precisaba que “la Liga espartaquista no tomará jamás el poder sino por la voluntad clara y sin equívoco de la gran mayoría del proletariado<sup>2</sup>”. Eso era prevenir a los revolucionarios de que no tenían con ellos a la masa de los proletarios y que embarcarse en una acción insurreccional, como preconizaban algunos, sería suicida. Se daba cuenta igualmente cuando se celebró el congreso de los consejos obreros y de soldados (donde, de 489 delegados, se contaban solamente 10 de tendencia espartaquista, llevándose la parte del león los “mayoritarios”, con 288 delegados), que rehusó asumir un poder obrero cualquiera para pronunciarse, por el contrario, a favor de una república burguesa y la celebración de una asamblea constituyente, ¡lo que equivalía por su parte a votar por su propio hundimiento!

---

<sup>2</sup> Rosa Luxemburgo, *¿Qué quiere la Liga espartaquista?*, in Rosa Luxemburgo, *Textos*, Éditions sociales, 1969, p. 238.

“El último mono de la camarilla gubernamental cripto-capitalista”, he ahí lo que representa un tal congreso, exclamaba Rosa Luxemburgo. Tras la elección de la Constituyente, que tuvo lugar el 19 de enero y que vio al partido socialdemócrata obtener 11 millones y medio de votos, la cosa estaba clara: así, aunque este partido había estado pocos días antes a la cabeza de la represión sangrienta en el curso de la cual perdieron la vida, entre otros revolucionarios, Liebknecht y Luxemburgo, ¡esto no impidió de ninguna manera que millones de votos obreros fuesen a parar a sus candidatos! ¡Este voto masivo significaba, de hecho, un voto contra los revolucionarios y a favor de sus verdugos! Estaba claro, pues, la gran masa del proletariado no quería la revolución. Para ella, los revolucionarios no eran más que promotores de disturbios, “divisores”; para ella, el “socialismo” quería decir reformas, la “democracia” – burguesa -, la paz - ¡no la guerra civil!

Las fracciones del proletariado que querían pelearse con el capitalismo eran minoritarias. Habiendo surgido como reacción contra la guerra que las había marcado profundamente, galvanizadas por el ejemplo de la revolución rusa que toma entonces valor de mito movilizador, pero sin gran experiencia política, dando pruebas de un “extremismo un poco pueril”, como dice Rosa Luxemburgo, listas a arrojarse de cabeza a acciones arriesgadas, iban a la masacre.

Voluntad de reforma y no de revolución, tal es, para resumir la situación, lo que caracteriza el estado de espíritu de la mayoría del proletariado. Para él, después del período de guerra, lo que cuenta ante todo - y esto vale para el proletariado de los otros países de Europa - es hacer triunfar reivindicaciones que se han hecho apremiantes, por medio de huelgas, duras si es necesario, incluso con ocupación de fábricas (como se hará en Italia). Pero lanzarse a una acción revolucionaria tendente a tomar el poder y a acabar con el capitalismo, no se trata de eso. De hecho, en Berlín, durante las jornadas de enero, como escribe Broué, “hay en total, a pesar de los cientos de miles de

huelguistas, menos de diez mil hombres decididos a batirse (...). La masa obrera está lista para la huelga e incluso para la manifestación, pero no para la lucha armada<sup>3</sup>”.

Encontramos ahí todo el reformismo de antes de la guerra del que ya hemos dado cuenta. Después de cuatro años de guerra durante los cuales las masas obreras han soportado grandes privaciones (especialmente en Alemania, a causa del bloqueo económico, mientras que con la desmovilización, el paro se extiende), esta situación no da origen más que a acciones confusas, movimientos minoritarios rápidamente aplastados. Pero la conciencia obrera no es socialista, es reformista. Continúa anegándose en la idea según la cual su suerte puede mejorar progresivamente en el marco del capitalismo, al mismo tiempo que sus dirigentes socialdemócratas dicen que esto es el “socialismo”, no siendo cualquier otra vía más que “aventurerismo”. He ahí una prueba más del fracaso del factor subjetivo, incapaz, como ya hemos constatado, de intervenir para abreviar el curso histórico del capitalismo. De esta inmadurez ideológica de las masas, A. Pannekoek es uno de los que se dan cuenta mejor cuando constata que “las masas siguen estando totalmente sometidas al modo de pensar burgués<sup>4</sup>”, lo que explica que en Alemania, después del hundimiento en noviembre de 1918 del antiguo poder, las masas, a través de los consejos obreros, no han hecho más que transferir su poder a la Asamblea constituyente, sirviendo así los consejos de transición entre el viejo régimen imperial y la república burguesa de Weimar. Pannekoek subraya que, en Occidente, los proletarios están atiborrados de prejuicios pequeño burgueses; impregnados desde hace mucho tiempo en los valores individualistas de la cultura burguesa, han pasado bajo las Horcas Caudinas de su “poder espiritual”; por eso el espíritu comunista está en ellos, por así decir, ausente. Como se ha visto anteriormente, esta integración ideológica de

---

<sup>3</sup> Pierre Broué, *op. cit.*, p. 245.

<sup>4</sup> Anton Pannekoek, *Revolución mundial y táctica comunista*, in Serge Bricianer, *Pannekoek y los consejos obreros*, E.D.I, Paris, 1969, p.171

las masas obreras por medio de la escuela, del ejército, de la prensa, de la papeleta de voto, constituye un obstáculo infranqueable para la revolución.

En estas condiciones, ¿qué solución enfocan los revolucionarios para que el movimiento obrero salga del callejón sin salida en Occidente, único lugar en donde el comunismo podría comenzar válidamente a instalarse, pero donde la conciencia de clase adecuada falta?

## Esponaneísmo

“Carencia del proletariado alemán”, exclamaba Rosa Luxemburgo en su folleto de 1918, *la Revolución rusa*. Y para ella, esta carencia venía de lejos: “Lo que se discute actualmente es toda la evolución del movimiento obrero moderno en el curso del último cuarto de siglo<sup>5</sup>.” Se refería al fracaso de toda la obra, realizada antes de la guerra, de organización, de educación, de concienciación, inoperante en la hora fatídica de agosto de 1914 cuando “la joya de la organización del proletariado consciente”, el partido socialdemócrata, había caído en el abismo de la guerra.

Hecha esta constatación, Rosa Luxemburgo no veía más que una solución: la acción espontánea de las masas. “Afortunadamente hemos pasado el momento, escribía, en que se hablaba de dar al proletariado una “formación socialista” (...), lo que significaba hacerle exposiciones y difundir octavillas y folletos (...). Los proletarios se educan actuando<sup>6</sup>.” Por su parte, Pannekoek apuntaba la misma solución: lo que él llamaba “la inmadurez espiritual” de las masas no podría “ser

---

<sup>5</sup> Rosa Luxemburgo, *la Crisis de la socialdemocracia*, in R. Luxemburgo, *Textos*, Éditions sociales, Paris, 1969, p. 195.

<sup>6</sup> R. Luxemburgo, *Discurso sobre el programa*, citado por G. Badia, in R. Luxemburgo, *Textos*, Éditions sociales, Paris, 1969, p.37.

resuelto más que por el proceso de desarrollo revolucionario, no se modificaría sino a favor de levantamientos y de tomas de poder espontáneos, y con muchos reveses<sup>7</sup>.” Por la acción, las huelgas de masas, las luchas espontáneas, los obreros aprenderían el socialismo, incluso a través de sus propios errores y también de sus derrotas, como subrayaba Rosa Luxemburgo.

Para ella no había ninguna duda de que, con el final de la guerra, había comenzado el proceso histórico de liquidación del capitalismo. Pero ella imaginaba este proceso como si fuese para el proletariado un “Gólgota amargo”, un camino cubierto de derrotas cuyas etapas debía franquear una a una hasta que llegase, por fin, después de haberse instruido con sus propios errores, a la última, la de la revolución proletaria triunfante. Por ello, decía, “la victoria de la Liga espartaquista no se sitúa al principio, sino al final de la revolución<sup>8</sup>”.

De hecho, por acciones espontáneas Rosa Luxemburgo entendía sobre todo las huelgas de masas, cuyas potencialidades revolucionarias supervaloraba pensando que éstas se revelarían claramente a medida que se fueran desarrollando. Eso era ignorar el estado de aburguesamiento de las masas, hacer abstracción de sus aspiraciones reformistas, impidiéndole ambas cosas llevar su acción lo suficientemente lejos. En realidad, sólo estaban dispuestas a la lucha radical las minorías proletarias. Pero éstas, aisladas del resto del proletariado, no podían impedir que sus acciones apareciesen como golpistas y aventureras. A partir de ahí, la teoría de la acción espontánea no podía sino desviarse en espontaneísmo puro, con sus facetas anarquizantes e “izquierdistas”: con “la acción”, se iba a reglar todo; bastaría que venga de algunas minorías decididas y se haga “ejemplar” para sublevar a las masas todavía inertes; lo esencial era que esta acción no se cargase con formalismos

---

<sup>7</sup> Anton Pannekoek, *Revolución mundial y táctica comunista*, op. cit., p. 174.

<sup>8</sup> R. Luxemburgo, *¿Qué quiere la Liga espartaquista?*, op. cit., p. 238.

organizativos superados, como los partidos, los sindicatos y otros aparatos tradicionales, pues “es ciertamente la forma de organización misma la que reduce a las masas a la impotencia”, afirmaba Pannekoek<sup>9</sup>. De ahí, a partir de 1919, la escisión del partido comunista alemán, al formar una fracción el Partido comunista obrero alemán que, muy minoritario con sus uniones obreras, va a intentar hasta 1921 “forzar el destino” con sus acciones insurreccionales (como en la cuenca del Ruhr en 1920, en Alemania central, en las fábricas de la Leuna, con “la acción de marzo” de 1921 llevada, es cierto, conjuntamente con el otro partido comunista) y expropiadoras (las bandas armadas de Max Hoelz), transformándose ahí el espontaneísmo en puro voluntarismo.

En pocas palabras, la teoría de la acción espontánea, en el contexto de la época, era inaplicable. Conducía al izquierdismo espontaneísta y activista que, a su vez, iba a convertirse en el blanco de los bolcheviques.

## **Voluntarismo**

Desde 1914, Lenin consideraba que, al hundirse la II Internacional en la “catástrofe” de agosto de 1914, había que aplicarse lo más rápidamente posible a la creación de una nueva internacional. Para Lenin y los bolcheviques, esta última era la condición *sine qua non* para el triunfo de la revolución europea: el proletariado debía organizarse internacionalmente en partido político revolucionario a fin de poder dirigir consciente y eficazmente su lucha. Esta óptica era justa en el plano de los principios marxistas, pero la verdadera cuestión era ésta: ¿se prestaba la situación histórica para la formación de un tal partido mundial? Rosa Luxemburgo y los espartaquistas, de acuerdo con el principio de una nueva internacional,

---

<sup>9</sup> Anton Pannekoek, *Revolución mundial y táctica comunista*, op. cit., p. 180.

consideraban que era demasiado pronto para lanzarse a una empresa semejante. Cuando su delegado, Hugo Eberlein, acudió a Moscú en marzo de 1919, dará cuenta de esta reticencia en el congreso de fundación de la III Internacional. Los espartaquistas se daban cuenta de que las fuerzas que, de momento, eran capaces de agruparse alrededor de una nueva internacional, eran débiles; en estas condiciones, ¿no se arriesgaba a ser una creación completamente artificial? ¿No era mejor esperar a que se perfilase en Occidente una clara tendencia a la revolución para encarar entonces una nueva organización internacional? En caso contrario, a falta de reunir fuerzas revolucionarias reales, ¿no corría el riesgo de degenerar rápidamente intentando atraer a los elementos oportunistas y neoreformistas que pululaban por todas partes?

Al decidir fundar, en marzo de 1919, la III Internacional, los bolcheviques van a barrer de un manotazo todas estas objeciones. Para ellos, la conferencia de los partidos socialistas que se celebró en Berna en febrero de 1919 no fue sino “un intento de galvanizar el cadáver de la II Internacional<sup>10</sup>”, pues “la guerra de 1914 ha matado la II Internacioanl<sup>11</sup>”. Ésta es tenida, pues, por muerta. En cuanto a saber si la situación objetiva se presta a la fundación de una nueva internacional, no hay ninguna duda al respecto, dado que “ha nacido una nueva época. Época de descomposición del capitalismo, de su hundimiento interior. Época de la revolución comunista del proletariado (...). Ya no hay el antiguo “orden” capitalista. Ya no puede existir<sup>12</sup>.”

---

<sup>10</sup> 1er Congreso de la Internacional comunista, “Resolución sobre la posición hacia las corrientes socialistas y la conferencia de Berna”, *in Tesis, manifiestos y resoluciones adoptadas en los cuatro primeros congresos de la Internacional comunista*, ediciones Maspero, reimpresión en facsímil, París, 1969, p. 15.

<sup>11</sup> 1er Congreso de la Internacional comunista, “Manifiesto de la I.C. a los proletarios del mundo entero”, *op. cit.*, p. 34.

<sup>12</sup> 1er Congreso de la Internacional comunista, “Plataforma de la Internacional comunista”, *op. cit.*, p. 19.

De hecho, el verdadero congreso de fundación de la III Internacional tendrá lugar en julio de 1920 en Moscú. En este congreso, al que habían acudido todos los revolucionarios del mundo entero, se van a poner apunto las famosas “21 condiciones” para la admisión en la nueva internacional. Sus objetivos reales eran servir de criterio discriminante para provocar escisiones en el seno de los partidos socialistas: es lo que ocurrió en Tours en diciembre de 1920 y en Liorna en enero de 1921 en los congresos de los partidos socialistas francés e italiano. Empleándose así en separar el buen grano que quedaba en el seno de los partidos socialistas de la cizaña oportunista y reformista, se reconocía que continuaban existiendo fuerzas vivas en el interior de la vieja internacional que, por tanto, no era del todo el “cadáver” que se había diagnosticado en 1919. Pero, ¿este “buen grano” existía en calidad y cantidad suficientes como para formar partidos sólidos capaces de arrastrar a las masas a la revolución?

Rápidamente, los bolcheviques se van a dar cuenta de que al proceder así, los partidos comunistas no agrupan más que débiles minorías. Lo que les llevará a querer darles consistencia de una manera voluntarista y artificial, lanzando la consigna de “partidos comunistas de masas”, aunque para ello haya que efectuar operaciones inversas a las practicadas poco tiempo antes: en lugar de escisiones, provocar “fusiones” entre los partidos comunistas y las corrientes consideradas de “izquierda”, pertenecientes al ambiente socialista, como en Alemania, donde, desde diciembre de 1920, se creó un partido comunista “unificado” con una parte de los “socialistas independientes”, mientras que la escisión que ha dado nacimiento en Italia al partido comunista es señalada “demasiado a izquierda”, pues ha resultado un partido “demasiado pequeño”.

Pero eso no es todo. Dándose cuenta los bolcheviques igualmente de que los partidos de la II Internacional

continuaban influyendo a la mayoría de la clase obrera, van a lanzar entonces, a partir de 1921, la consigna de “frente único”, cuyo fin es realizar la “conquista” de la clase obrera, “arrancar” a los obreros a la influencia socialdemócrata. ¿Cómo? Proponiéndoles marchar codo con codo con los obreros comunistas con el fin de hacer triunfar reivindicaciones inmediatas que interesan a toda la clase obrera. Al actuar así, sabiendo de antemano que las direcciones de los partidos socialistas rechazarían tal “frente único”, que se pretendía “por la base”, se esperaba “hacer comprender” a la masa de los obreros que estos partidos no sólo la traicionaban en el combate por el socialismo, sino que también la engañaban en sus reivindicaciones más urgentes; desde ese momento, el proletariado, constatando que sus dirigentes se oponían a una tal unidad de acción, incluso con miras a objetivos limitados, descubrirían que estos últimos eran “social-traidores”, que serían “desenmascarados” de este modo...

Tal era la táctica maniobrera con la que se contaba para arruinar la influencia preponderante de los partidos socialistas. Un tal subterfugio táctico, además de que indicaba que esos partidos, a los que se había considerado poco antes “muertos”, estaban bien vivos, no podía engañar a nadie (anticipándose los partidos socialdemócratas a esta maniobra de desbordamiento) ni influir a cualquiera que fuese (siendo los obreros reformistas, ¿por qué habrían de dar su confianza a los comunistas que, bajo cobertura de hacer triunfar reivindicaciones inmediatas, en realidad querían llevarlos a la revolución?). No podía más que fracasar, pues era perfectamente ilusorio, y falso en el plano de la teoría, pensar que la radicalización de las masas y el fortalecimiento de los partidos comunistas dependían de una táctica semejante y no de una situación histórica revolucionaria que, de hecho, no existía. Al fracasar, esta táctica sólo podía degenerar: de frente único concebido inicialmente por la base, iba a transformarse en propuesta de alianza con lo “alto”, es decir, con los dirigentes socialdemócratas (a los que no se había parado de calificar hasta ahora, justamente, de “traidores” y de

“asesinos” de la revolución alemana), y esto con una perspectiva que había perdido toda finalidad revolucionaria. A partir de entonces, todo lo que se había dicho contra los partidos socialdemócratas se vería anulado. Ya no aparecería ninguna divergencia fundamental a los ojos de los obreros, que considerarían que se trataba solamente de “hermanos enemigos” que debían reconciliarse con vistas al mismo *reformismo*: todo esto se realizará en 1936 con los “frentes populares” francés y español, donde ya no se tratará en absoluto de revolución proletaria sino donde, por el contrario, ¡los partidos de la difunta III Internacional volverán a sacar la bandera nacional... vistas a reformas!

El balance de la III Internacional es fácil de hacer. No fue más que una creación *artificial y voluntarista*. Incluso durante la “edad de oro” de los cuatro primeros congresos (1919-1922), no llegó más que a reunir a oportunistas taimados (siendo Cachin y Frossard sus símbolos en Francia), idealistas que creían - ¡ya! - en el mito del “socialismo” en Rusia y una fracción llamada “izquierdista”, punta de lanza en los inicios de la Internacional, pero que iba a ser excluida bien pronto o a excluirse ella misma, dejando la puerta abierta, a partir de 1924, a un nuevo oportunismo, ilustrado con la consigna del “socialismo en un solo país”, el cual, con la pretendida “bolchevización” de los partidos comunistas, la meterá en cintura. No teniendo ya de internacional más que el nombre, se transformará en instrumento dócil de un Estado que, a su vez, no tendrá de obrero sino el nombre. Lo que equivale a constatar que no habrá durado más que cuatro años, ¡pasando como un meteoro en un cielo vacío de toda revolución proletaria europea!

## **A contracorriente de la historia**

Al intentar provocar una revolución europea, los bolcheviques no pensaban abreviar el curso histórico del

capitalismo, pues consideraban que éste había llegado a su término y que, por consiguiente, estaba abierta la época de la revolución comunista proletaria. Así, Lenin había tenido tal revolución por inminente en 1918-1919. En esta época, contaba con que estallase en cuestión de días, de meses, como máximo en un o dos años. Ciertamente, a partir de 1920, tras el aplastamiento de los revolucionarios espartaquistas y el fracaso de la República de los consejos en Hungría, se ve obligado a reconocer que el golpe será más difícilmente realizable de lo que creía al principio. Si la revolución ha sido fácil de comenzar en Rusia, “será más difícil en Europa occidental (...) comenzar la revolución<sup>13</sup>”, concedía. Sin embargo, no dejaba de continuar pensando que “el capitalismo está históricamente caducado”, que “la época de la dictadura del proletariado ha comenzado” y que, incluso si la revolución apareciese por un instante menos inminente, sólo era aplazada momentáneamente: “Diez o veinte años más pronto o más tarde no cuentan desde el punto de vista de la historia universal”, recordaba Lenin. En razón de este aplazamiento, simplemente había que modificar algo la táctica comunista. En lugar de una táctica directa, frontal e insurreccional, había que adoptar una táctica “más flexible”, evolucionando todavía “en el terreno del capitalismo”, tanto en los sindicatos reformistas, que había que intentar penetrar, como en los parlamentos burgueses, enviando a ellos a algunos diputados comunistas que tenían por tarea “sabotearlos”, “desacreditarlos” ante los ojos de las masas. Cosas todas ellas que no comprendían los “izquierdistas”, especialmente los alemanes, que seguían en la vieja táctica frontal, y que tomaban así “sus deseos, su manera de ver en ideología y en política, por una realidad objetiva”. Pero, una vez más, este “realismo” de Lenin no debe llevar a pensar que él había renunciado a la revolución. Ésta seguía siendo para él una perspectiva inscrita en el orden del día de la historia. Pero, ¿iba la historia en ese sentido?

---

<sup>13</sup> Lenin, *la Enfermedad infantil del comunismo, el “izquierdismo”*, in *Obras escogidas*, Ediciones de Moscú, 1954, tomo 2, segunda parte, p. 386.

El análisis de los bolcheviques era que el capitalismo, desde 1914, había entrado en una fase “en que se podría”, de “descomposición”, acompañada de sobresaltos violentos, como la guerra que había devastado Europa durante cuatro años. Por consiguiente, la teoría de Bernstein y de todos los reformistas, según la cual el capitalismo se estabilizaba y sólo había que adaptarse a él para que lo que ellos llamaban “socialismo” se instaurase gradualmente, era batida en brecha. Por el contrario, la teoría marxista y revolucionaria sobre el hundimiento del capitalismo se veía restablecida. La perspectiva de la revolución aparecía fundada, y querer prepararla y organizarla era no menos legítimo: no se atacaba a un sistema en pleno desarrollo, sino a un sistema en crisis abierta que, aun si se beneficiaba de un corto respiro, no podía sino recaer en una crisis todavía más violenta.

Si es cierto que el sistema capitalista había entrado en crisis abierta desde 1914, esto no significaba, sin embargo, que la historia iba en el sentido de la revolución comunista. El aplastamiento rápido de las pocas tentativas revolucionarias de la posguerra da testimonio de ello. En verdad, 1914 abrió un período no revolucionario, sino reaccionario, una fase no de avance del capitalismo hacia su crisis histórica final, sino de retroceso, lo que veremos en el capítulo “La revolución y el curso del capitalismo”. A partir de ahí, la revolución no podía inscribirse sino a contracorriente de la historia: después de tímidas apariciones en Europa, fue rápidamente rechazada y barrida.

Los bolcheviques fueron el alma y la voluntad tensa de esta revolución europea imposible. A pesar de su error relativo a la naturaleza del período histórico, y también sus métodos tácticos discutibles, hay que rendir homenaje al esfuerzo inmenso que desplegaron entre 1917-1923 para cambiar el curso de la historia. Se atrajeron el odio anticomunista de todos los poderosos de la época, los Poincaré, los Clemenceau, los Lloyd

George, los Wilson, de los burgueses atemorizados, de los pequeño burgueses desclasados como Mussolini y Hitler, de la casta de los oficiales aristocráticos del antiguo régimen, sin olvidar la masa de los social-reformistas de todos los matices, así como de numerosos libertarios que añadieron sus voces<sup>14</sup> a esta cohorte vociferante.

Pero, al fracasar en su empresa, la única revolución que habían conseguido hacer triunfar, en un país atrasado, en Rusia, no podía sino encontrarse trágicamente aislada, y al mismo tiempo estaba destinada a hundirse, y esto, de la peor manera: degenerando, pudriéndose en pie. Y, en último análisis, si se remonta uno a la causa primera, un fin semejante tan poco glorioso, un envilecimiento tal, encontró su fuente en la acción voluntarista y utópica de octubre de 1917, forzando con ella Lenin y los bolcheviques el curso de la historia.

---

<sup>14</sup> Así P. Kropotkin declarando en *The Observer*, Londres, el 30 de enero de 1921: “Si pudiese volver a vivir mi vida entera, me ocuparía en combatir al bolchevismo hasta el final.”

## **El surgimiento histórico del falso comunismo**

### **La sanción final: el ascenso y el triunfo del estalinismo**

Desde el 27 de septiembre de 1917, Clemenceau había anunciado la intención, proponiendo un “plan de acción” en Rusia que tendía a “llevar a cabo el cerco económico del bolchevismo y provocar su caída”. Y desde el 19 de diciembre del mismo año, las tropas francesas desembarcan en Odesa. Seguirán los Ingleses, los Americanos, y también los Japoneses en Siberia. La Rusia de los bolcheviques logrará contener a todas estas fuerzas contrarrevolucionarias, así como a las del interior, armadas por la Entente, pero a alto precio. A falta de haber aplastado militarmente a Rusia, se logró desorganizarla y someterla al hambre provocando la escasez en las ciudades y en el campo el hambre, que hará estragos a partir del verano de 1921. Creando esta situación, se espera provocar en el interior movimientos anti-bolcheviques para derrocar el régimen establecido. Es lo que va a suceder a principios de 1921: huelgas en Petrogrado y rebelión abierta en Cronstadt. Estos movimientos serán estrangulados, pero al precio de una escisión

entre lo que queda de la clase obrera que, a causa de las privaciones ha sido lumpenproletarizada a medias, y el partido bolchevique. A partir de entonces, la “dictadura del proletariado” ya no es más que la dictadura del partido, de un partido que también está alicaído y que hay que depurar, a causa, nos dice Broué<sup>1</sup>, de indisciplina, de pasividad, de embriaguez, de arribismo, de chantaje, de corrupción, de prevaricación...

Repitiendo las palabras de Saint-Just, la revolución se queda “congelada”. En 1922 se toman medidas para hacer más difícil la admisión en el partido, pero ¿serán suficientemente eficaces para parar la burocratización del partido y del Estado? La palabra es lanzada, y Lenin reconoce gustosamente su existencia: nuestro Estado, declara, es un “Estado proletario”, pero “que adolece de graves deformaciones burocráticas”. Para Lenin, esta plaga de la burocracia viene de lejos. Es una herencia del antiguo régimen zarista y, como dijimos anteriormente (ver capítulo IV) de lo que él llama “la incultura rusa”. De hecho, Lenin reconoce que en Rusia no están reunidas las condiciones de un Estado proletario. ¿Qué hacer? Contra la burocratización, se nombra una Inspección obrera y campesina, a fin de limitar su poder creciente. Pero no se sale del atolladero: esta “inspección” es tan... ¡burocrática como la burocracia que se supone debe controlar! Y Lenin que suelta: “No hay peor institución que la Inspección<sup>2</sup>.” En pocas palabras, Lenin no sabe dónde darse con la cabeza. Todo se le escapa. Se ve reducido a utilizar expedientes para intentar salvar lo que aún puede serlo y hacer llamamientos a “hay que”: hay que destruir “la burocracia, no sólo en las instituciones soviéticas, sino también en las instituciones del partido<sup>3</sup>”. Hay que..., hay que..., pero esto no se hace, ¡pues esto no se puede

---

<sup>1</sup> Pierre Broué, *el Partido bolchevique*, Éditions de Minuit, Paris, 1972, p. 164.

<sup>2</sup> Citado por Pierre Broué, *ibid.*, p. 175.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 175.

hacer! ¡Tal es la problemática! Lenin morirá a tiempo, en enero de 1924, para no ver el resto: *la sanción final*, el estalinismo.

En lo concerniente al ascenso y triunfo del estalinismo, no se trata de hacer sociología pretendiendo que sería el producto de un “sistema burocrático” inherente a la forma del partido: si el fenómeno burocrático no se puede negar, ante todo hay que ponerlo en la cuenta del atraso ruso, pues en condiciones normales, es decir, en un país avanzado, habría habido medios para limitar su influencia; el estalinismo no se debe tampoco a no se sabe qué burguesía (que había sido eliminada en 1917) o neoburguesía (los kulaks, que se enriquecieron durante la N.E.P., pero que serán duramente castigados al principio de los años 30 por los estalinistas mismos), sino a *un hundimiento del utopismo revolucionario en el seno del partido bolchevique*.

En efecto, a partir de 1923, el sueño se desvanece. En esta fecha se continúa agitando la perspectiva de un hipotético “Octubre alemán” que, en caso de llegar, podría invertir completamente la situación. Pero no se trata más que de una última ilusión que, una vez que ha volado, conduce a algunos militantes bolcheviques al suicidio. Pero la mayoría se vuelven realistas, es decir, cínicos, taimados, oportunistas... Trotsky y los pocos oponentes de izquierda no sabrán ver en este fenómeno más que su aspecto “burocrático”, sin ver lo que yace bajo él: la pérdida de la fe revolucionaria, la toma de conciencia de que todo ha sido en vano, la desaparición de la ilusión lírica. A este propósito, es inútil fabricarnos, como se ha hecho abundantemente, el retrato de un Stalin que, desde el principio al fin, habría sido un personaje pérfido, artero, que no esperaba más que la primera ocasión para construir su poder personal. Es falso. Cuando comienza su carrera, Stalin es un militante revolucionario que, como muchos bolcheviques, paga con su persona, en la clandestinidad, el presidio; es inútil, como hizo Trotsky, hacer de él “el hombre más tonto del Comité central”. No es más que a partir de 1923 cuando, como muchos otros, se

desilusiona. Es significativo, como indica P. Broué en su libro *el Partido bolchevique*, pero sin extraer ninguna lección de ello, que “de los 121 miembros del Comité central elegidos en el XV congreso del partido (que se celebra a finales de 1927 y que marca la victoria completa y definitiva de los estalinistas), 111 eran bolcheviques de antes de 1917<sup>4</sup>”. Es la prueba de que el partido se ha vaciado de toda convicción revolucionaria, no siendo ya los “viejos bolcheviques” más que héroes fatigados que ya no comprenden nada de una Historia que se les escapa, listos a someterse a todas las líneas, aparte del indomable e irreductible Trotsky, que cree aún conservar algunos hilos. A partir de 1927, Zinoviev y Kamenev capitulan completamente, no tanto frente a los estalinistas, como frente a estos acontecimientos que los superan. Bujarin apenas anda mejor, habiéndole llevado sus dotes de teórico a convertirse en el ideólogo de servicio del “socialismo en un solo país”. Lenin muerto, Trotsky exiliado, la oposición de izquierda dislocada, el partido bolchevique de Octubre de 1917 ya no existe. Queda el partido, que continúa llevando su nombre, aprovechándose de sus glorias pasadas; comienza entonces la siniestra farsa estalinista.

Decir que el estalinismo no tiene “nada que ver” con el bolchevismo sería taparse los ojos. Efectivamente, se establece un lazo en la medida en que, al degenerar, el bolchevismo desemboca en el estalinismo. Decimos bien “al degenerar”, pues evidentemente sus contenidos no son los mismos. El bolchevismo estaba animado de un idealismo revolucionario que no se le puede negar: “Todo lo que un partido puede aportar, en un momento histórico, en cuestión de valor, energía, comprensión revolucionaria y consecuencia, los Lenin, Trotsky y sus camaradas lo han realizado plenamente. El honor y la capacidad de acción revolucionaria, que hasta tal punto le han faltado a la socialdemocracia alemana, se los ha encontrado en ellos”, escribía Rosa Luxemburgo en *la Revolución rusa*. El

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 302.

estalinismo, desde el punto de vista revolucionario, no es ya sino un cascarón vacío, un bolchevismo agotado, que substituye la fe y el impulso revolucionario de los bolcheviques de octubre de 1917 por el cinismo, el arribismo, el jesuitismo, la mentira, la mascarada, la charlatanería.

Resumamos. Entre 1917 y 1923, la tensión ha sido extrema. Pero la revolución rusa, la utopía rusa, como todas las utopías, no podía durar mucho tiempo. Se desmorona después de haber atravesado tres fases sucesivas. Una primera fase *lírica* que va desde febrero de 1917 al tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918: en este momento, piensa que todo es posible o lo será pronto. Una segunda fase *crispada* que continúa hasta la represión de la revuelta de Cronstadt, en marzo de 1921, pasando por la guerra civil y el terrorismo revolucionario: es el momento en que, aun sabiendo que traiciona sus principios, se imagina que podrá restablecerlos integralmente. Una tercera fase, en fin, *desorientada* que va hasta la muerte de Lenin, en enero de 1924: es el período en que todo se le escapa, preludio de su ruina total.

Sin embargo, la originalidad de la utopía rusa es que, en lugar de ser abatida brutalmente, degenera, desembocando en el estalinismo. Este es su lado catastrófico. Comparemos, efectivamente. La Comuna de 1871, que “no podía ser socialista” (Marx), consigue salir del apuro: su utopía no habrá durado más que dos meses y medio, ahogada en sangre, fulminada por los versalleses; pero su prestigio es grande, es la víctima heroica y un ejemplo sin tacha para el movimiento obrero, que la reacción no podrá ensuciar verdaderamente aunque se haya empleado en ello, pero sin gran éxito. Su ventaja habrá sido ser *efímera*: es imposible, pues, demostrar adónde podía *llevar*. Nada semejante con la utopía rusa. Lejos de ser triturada por el ejército alemán a principios de 1918, o bien ser batida en la guerra civil por los ejércitos contrarrevolucionarios de los Denikin, Kolchak, Yudenich, apoyados por la Entente, o bien aún – última posibilidad que le quedaba – ser derrocada en 1921

a partir de la ciudadela de Cronstadt, sirviendo los motines de estribo a la reacción blanca, esta utopía salió más o menos del atolladero, permaneciendo en el poder. Pero mal le han ido las cosas: ha degenerado entonces, deslizándose en el estalinismo. Más le habría valido mil veces ser abatida desde el exterior en lugar de pudrirse desde dentro, pues las cosas habrían quedado claras. En lugar de esto, el partido bolchevique, al permanecer en el poder cegado todavía por las posibilidades revolucionarias internacionales que creía que existían, iba a permitir que se introdujese una enorme confusión: la creación ideológica de un falso comunismo, el comunismo estalinista, que se reclama del comunismo, del marxismo, de palabra pero que hace algo muy distinto.

### **“El socialismo en Rusia”: una acumulación capitalista primitiva**

Para Lenin, lo que estaba a la orden del día en 1921 no era ni siquiera el capitalismo de Estado, sino algo que debía tender hacia él: la N.E.P. (Nueva Política Económica), es decir, tras el “comunismo de guerra”, el retorno a los intercambios mercantiles entre la ciudad y el campo. A partir de 1925 la izquierda, con Trotsky, quiere introducir elementos de planificación en la economía y propone para ello un industrialismo de Estado bautizado como “acumulación primitiva socialista” por su teórico Preobrayensky, ¡lo que es una manera sofisticada de maquillar el capitalismo de Estado como “socialismo”! La derecha, con Bujarin, continúa optando por la N.E.P., es decir, el mercado, mientras lanzaba en dirección de los campesinos: “¡Enriqueceos!” De esta manera, habrá acumulación de capital en la agricultura y, con los campesinos enriquecidos (kulaks), se creará una demanda nueva que estimulará la industria. Y Bujarin llamando a esta acumulación capitalista “la construcción del socialismo incluso sobre una base tecnológica mediocre”, realizada “a paso de tortuga”. De hecho, izquierda y derecha, ¡mismo combate!

Ambas, hablando claro, ¡están metidas en un lío... capitalista! Lo que les enfrenta es únicamente saber cómo construir el capitalismo, base material previa del socialismo, que no existe en Rusia; además, observemos la confusión que se ha instaurado: si “construir el socialismo” equivale a desarrollar la economía, en este caso el capitalismo de Occidente, que no deja de desarrollarla, ¡“construye” también el socialismo puesto que así crea sus bases materiales! En la espera, extraño espectáculo el que nos ofrecen estos “comunistas” de izquierda o de derecha que se agitan en todos los sentidos a fin de reemplazar en esta tarea a la clase capitalista y que ya no hablan más que de “acumulación primitiva” supuestamente “socialista”, o bien, ¡que lanzan los “¡Enriqueceos!” a la Guizot!

En 1929 es el “gran giro”: la dirección estalinista decide el fin de la N.E.P. y, en su lugar, la “colectivización” forzada en el campo y un plan de industrialización para cinco años. El desarrollo económico era demasiado lento, se trata ahora de acelerar el movimiento de manera que la industria “no sólo (...) no quede a la zaga de los países capitalistas, sino que los alcance y los supere”, poniendo en obra “todos los medios”, en especial a través de una “disciplina de hierro en las filas proletarias<sup>5</sup>”, lo que significa claramente: superexplotación de los obreros...

A marchas forzadas, la llamada República socialista soviética va a esforzarse en realizar en diez o veinte años lo que las sociedades de Occidente habían tardado varios siglos en hacer: una acumulación primitiva capitalista que desemboca en una sociedad industrial moderna pero que, en lugar de ser dejada a la anarquía del mercado, será emprendida a partir de un plan sistemático de explotación de la fuerza de trabajo.

En primer lugar, bajo cobertura de “colectivización”, se expropia violentamente a los campesinos, a fin de que una parte

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 290.

de ellos vayan a engrosar las filas de la clase obrera. Así ésta, que tenía 3 millones de personas en 1928, pasa a 8 millones en 1932. Marx había dicho de la expropiación violenta de los campesinos en Inglaterra que había sido escrita “con letras de sangre y fuego”. T. Cliff tiene razón al remarcar que “corrió mucha más sangre durante la acumulación primitiva de la U.R.S.S. que durante la de la Gran Bretaña. Stalin realizó en algunos centenares de días lo que Inglaterra hizo en cientos de años<sup>6</sup>.”

“El hombre es el capital más precioso”, decía Stalin... La fórmula, por muy cínica que sea, contiene una verdad: de hecho, en este caso se trata de exprimir al máximo, tanto en duración como en intensidad, la fuerza de trabajo, a fin de que cree la plusvalía necesaria para la acumulación del capital. Con este fin, se inventa el “stajanovismo” (del nombre del minero Stajanov), es decir, un movimiento que, a través de la noción de “emulación”, tiende a realizar rendimientos excepcionales en el trabajo. Lo más comúnmente es el salario a tanto la pieza el que se aplica, con normas que son cambiadas regularmente. La disciplina de trabajo es draconiana: establecimiento de una cartilla de trabajo en 1931, al tiempo que la huelga es considerada como un “sabotaje contrarrevolucionario” castigado con la muerte o veinte años de trabajos forzados. El trabajo de las mujeres en las minas, la construcción, el tendido de ferrocarriles, en los puertos, es moneda corriente. En cuanto al salario medio, medido sobre la base del precio de los productos alimenticios, pasa del índice 151’4 en 1928 a 65’5 en 1937<sup>7</sup>. Para coronar el conjunto, ¡los campos de trabajo! Según T. Cliff, en 1928 había 30.000 detenidos en los campos y el trabajo no era obligatorio. En 1942 habrá de 8 a 15 millones; el canal del Mar Blanco y una parte del Transiberiano serán construidos por equipos de deportados. Como dice Cliff, “los esclavos de los campos de Stalin son una versión grosera del

---

<sup>6</sup> Tony Cliff, *el Capitalismo de Estado en la U.R.S.S. de Stalin a Gorbachov*, E.D.I., Paris, 1990, p. 52.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 39.

‘ejército de reserva’ del capitalismo tradicional, dicho de otro modo, sirven para mantener al resto de los trabajadores en su lugar<sup>8</sup>”. ¡He ahí el famoso “Gulag” que sombríos cretinos y falsarios han asimilado al socialismo!

¡Tal es la condición obrera en el “país de los trabajadores”! Es una despiadada explotación del hombre por el hombre la que se ha instalado. La acumulación primitiva capitalista occidental ha chapoteado también en el lodo y la sangre, el pillaje colonial, la trata de negros, etc., formando parte de esta prehistoria sangrienta del capital. Es inútil, pues, en Occidente, jugar a las vestales asustadas e indignadas, cuando en Manchester, hacia 1840, la edad media de un obrero no pasaba de los cuarenta años y los niños de ocho años bajaban a las minas. Sin embargo, corresponderá a los estalinistas añadir al horror la falsificación más grosera: presentar esta acumulación del capital como “socialismo”. “Construir el socialismo”..., con esta fórmula, los estalinistas van a hacer creer que el socialismo es una gran empresa de trabajos públicos, una vasta cantera que será un día una ciudad magnífica, por supuesto, la de los trabajadores. De este modo, cavar un canal, construir una presa equivaldrán a “socialismo”, llegando a ser esta palabra mágica y providencial. “El movimiento stajanovista es específicamente soviético, específicamente socialista”, no temía afirmar el comisario de Industria pesada, Ordjonikidse. Industria = socialismo, tal será la ecuación favorita de los estalinistas. Es la explotación ideológica del socialismo en todas las direcciones, la idea de la emancipación de los trabajadores puesta al servicio de su explotación frenética: sudad, pringad, penad, y así preparareis un “futuro radiante”... Lenin también, en 1918, con la “abnegación en el trabajo”, por ejemplo, tenía un lenguaje productivista, pero él, al menos, no pretendía que se trataba de socialismo, anunciaba abiertamente el color: ¡capitalismo de Estado!

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 32.

Sin embargo, esta marcha forzada hacia la industrialización no quedará sin resultados: el índice de la producción, que en 1928 era de 79, en 1932 pasará a 185, en 1937 a 429; habiendo quedado roto por la guerra el tercer plan quinquenal, el cuarto elevará el índice a 1088 en 1950, y el quinto a 2049 en 1955. Y las sirenas estalinistas que se ponen a cantar en todos los tonos: ¡Victoria del socialismo! ¡hip, hip, hip, hurra!

## **La naturaleza del sistema económico y social estalinista**

Bajo cobertura de socialismo, los estalinistas han acabado por realizar el capitalismo de Estado que Lenin preconizaba, pero a marchas forzadas (lo que explica en gran medida la brutalidad de los métodos empleados), mientras que Lenin, a partir de 1921, había apuntado, con la N.E.P., a una instalación y plazos más largos. Desde un punto de vista marxista, ¿qué hay que entender por capitalismo de Estado?

Se trata de una forma de capitalismo que, en el interior mismo del capitalismo occidental, ha existido más o menos siempre. Así el colbertismo, el bonapartismo, el bismarckismo, el “new-dealismo”, el keynesianismo han sido tendencias en las que el Estado toma a su cargo algunos sectores de la producción y se hace directamente explotador. Engels, en su tiempo, había reparado en este tipo de capitalismo y había denunciado los intentos de asimilarlo al socialismo: “Ni la transformación en sociedades por acciones, escribía, ni la transformación en propiedad del Estado suprimen la cualidad de capital de las fuerzas productivas (...). Cuantas más fuerzas productivas (el Estado, N.d.A.) hace pasar a su propiedad y más capitalista colectivo de hecho llega a ser, más ciudadanos explota. Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios<sup>9</sup>.” El capitalismo

---

<sup>9</sup> Engels, *Anti-Dühring*, s sociales, Paris, 1950, p. 318.

de Estado no es, por tanto, una forma ignorada por el marxismo. El sistema estalinista se inscribe en esta tradición estatal del capitalismo. La diferencia, no obstante, es que lleva el modelo del Estado patrón a un nivel extremo, haciendo de él la forma casi exclusiva del desarrollo capitalista en Rusia, a diferencia de Occidente en donde no ha sido nunca sino parcial. Lo que confiere al sistema estalinista cierta especificidad económica y social.

La originalidad principal de este capitalismo estalinista en construcción estribaba en el hecho de que, en lugar de ser un producto espontáneo, dejado a la iniciativa del mercado como había ocurrido en Occidente en gran medida, pretendía ser una obra consciente y racional que actuaba según un plan preciso: el Estado, al establecer los planes quinquenales y al asignar a las empresas objetivos a alcanzar en volúmenes de producción, reemplazaba a la iniciativa privada y se convertía en el gran ordenador del desarrollo económico. De ahí la ilusión del socialismo en Rusia. En efecto, ¿no decía la teoría socialista que había que abolir la propiedad privada? ¿Sustituir la anarquía del mercado por la regulación consciente? Así Engels: “El proletariado se adueña del poder público y, en virtud de este poder, transforma los medios de producción sociales que escapan de manos de la burguesía en propiedad pública (...). En adelante, es posible una producción social según un plan determinado<sup>10</sup>.” El sistema estalinista, al planificar la economía en su conjunto, podía así hacerse pasar por socialista. En realidad, esta planificación estalinista era capitalista y no socialista; estaba orientada, no a la satisfacción de las necesidades humanas sino a la potencia económica, la industria pesada, a la cual había que sacrificarlo todo, dicho de otro modo, a la acumulación del capital industrial, concentrado enteramente en manos del Estado. ¿Estado que pertenecía a quién? Para la teoría socialista, “el proletariado se adueña del poder de Estado y transforma primero los medios de producción

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 323-324.

en propiedad de Estado. Pero por ahí mismo, se suprime a sí mismo como proletariado, suprime todas las diferencias y oposiciones de clase, e igualmente el Estado en tanto que Estado<sup>11</sup>.” El Estado estalinista, al *desarrollar*, por el contrario, el proletariado, indicaba que era ese “capitalista colectivo” que evocaba Engels, explotador directo de los trabajadores y, al no dejar de reforzarse, significaba que estaba en las manos de una clase aparte: de una *burguesía de Estado*, llamada más comúnmente “burocracia”. En efecto, como todo pertenecía al Estado y éste estaba controlado por la susodicha “burocracia”, ésta última equivalía a una clase que disponía de los medios de producción por su propia cuenta. ¿Bajo qué forma? No, ciertamente, bajo la forma de la propiedad privada como bajo el capitalismo clásico en que, en cada caso, cada miembro de esta burguesía de Estado habría detentado una parcela de la propiedad de Estado; pero es a título colectivo como una tal burguesía disponía de tal propiedad, teniendo ella sola su control, y los trabajadores, reducidos a simples ejecutantes, siendo excluidos de hecho.

En relación con el capitalismo clásico, este capitalismo de Estado comportaba evidentemente un cierto número de anomalías. Así, como la propiedad privada de los medios de producción ha, por así decir, desaparecido, el libre mercado, con su corolario, la competencia entre empresas autónomas, ya no existe; por esto, la ley del valor no puede jugar plenamente, al estar fijados los precios por el Estado. De igual modo, en ausencia de competencia entre empresas, en caso de mala gestión, “el único medio, como escribe T. Cliff, que queda al Estado burocrático para asegurar la eficacia de la producción es el terror contra los burócratas individuales<sup>12</sup>”. En otras palabras, en lugar de una sanción económica como ocurre en el capitalismo clásico (en el que algunos capitalistas en estado de bancarrota pueden encontrarse de la noche a la mañana

---

<sup>11</sup> Engels, *op. cit.*, p. 319.

<sup>12</sup> T. Cliff, *op. cit.*, p. 206.

arruinados), es una sanción política la que se inflige a los responsables.

Estas anomalías no pueden, sin embargo, llevar a pensar que estaríamos ante un modo de producción inédito que sucede al capitalismo, como afirmaron algunos autores<sup>13</sup>. El sistema estalinista se emparentaba ciertamente con el capitalismo, pero con un capitalismo aún *en vías de formación* (que no podía, por tanto, reproducir en su integridad su modelo acabado, occidental), encontrando su razón de ser allí donde faltaba una burguesía tradicional. Era con mucho el caso de la Rusia semi-asiática que no había conocido históricamente el desarrollo gradual de una burguesía mercantil que adquiría cada vez más peso en la vida económica y que acababa por ser hegemónica, como había sucedido en Occidente. De ahí el papel del Estado como factor decisivo en el desarrollo económico, inaugurando la Rusia estalinista un modelo de capitalismo que se iba a encontrar después en toda una serie de países del tercer mundo: para el continente asiático, en China, en Corea del Norte, en Vietnam del Norte, que adoptan a su vez el modelo de capitalismo de Estado; e igualmente, en grados diversos, en África del Norte (Argelia), en África Negra (Guinea, Mozambique, Angola), en el Medio Oriente (Egipto de Nasser, Siria, Irak) e incluso en América Latina (Cuba). El modelo estalinista encontraba así una especie de consagración internacional. Bajo el cayado ideológico de un pretendido marxismo-leninismo, podía enorgullecerse a buen precio de la existencia de un “campo socialista” que se apoyaba en los éxitos de la Unión soviética, que llegó a ser la segunda potencia industrial del mundo a finales de los años 50.

---

<sup>13</sup> Bruno Rizzi, *la U.R.S.S.: colectivismo burocrático*, ediciones Champ libre, Paris, 1977.

## **Balance del falso comunismo**

La burguesía de Estado rusa, con su capitalismo estatal, acariciaba el sueño de “alcanzar y superar” a los países occidentales. Si durante un tiempo pareció, con sus tasas de crecimiento superiores a las de Occidente, plantarse como rival peligroso, hoy ha dejado de crear ilusiones, al haber mostrado su sistema económico todos sus límites, lo que veremos después. Esto no quita que hubo un tiempo en que tal falso comunismo funcionó ideológicamente a pleno rendimiento, siendo inmediatamente denunciada su puesta en duda como “reaccionaria”, “burguesa” y otros epítetos infamantes que entonces lanzaba todo un terrorismo ideológico estalinista que estaba en primera fila. Allí lejos se construía “un nuevo mundo”, el socialismo..., el comunismo..., con el “padrecito de los pueblos”, Stalin, como gran arquitecto. Y obreros, intelectuales, artistas, humanistas, progresistas occidentales que iban a ver en qué estado se encontraban los trabajos. Volvían de allí, si no encantados y embelesados, al menos confiados en el futuro: el socialismo se iba a realizar pronto plenamente, no era más que cuestión de tiempo, y entonces el mundo entero, admirado, acabaría por unirse a su modelo sin par... Hoy, el estalinismo se ha convertido en un objeto de horror, y se ha preguntado uno mucho para saber qué había provocado una tal “ceguera” de los intelectuales y otros admiradores de la época. Lo que se celebraba en Occidente, en el modelo estalinista, era la idea reformista que se hacía uno aquí del “socialismo”: un capitalismo organizado por el Estado que pone fin a la anarquía del mercado y que opera sus benévolas reformas sociales. Por esta razón, casi todo el movimiento obrero organizado europeo (y con él, sus inevitables compañeros de ruta “progresistas”) cuya tendencia profunda, como hemos visto anteriormente, no era revolucionaria, se reconoció más o menos en el estalinismo, adquiriendo éste valor de mito reformista. Mito, por consiguiente, que no se debía criticar, bajo pena de ser denunciado como “traidor”, “hiena hitlero-trotskyista”, pues era a todas las ilusiones reformistas a las que se atacaba. Evidente-

mente, si el proletariado hubiese sido revolucionario, la cosa habría ido de otra manera. El estalinismo habría sido denunciado inmediatamente como un falso comunismo, como un vil oportunismo que se reclamaba formalmente del marxismo y del comunismo pero que no hacía sino traicionarlos y ensuciarlos con sus prácticas. Pero, aparte algunas voces aisladas y rápidamente ahogadas, no hubo ninguna fuerza suficientemente poderosa en el proletariado para hacer oír tal lenguaje. En su lugar, triunfó una adulación estúpida de un régimen que no tenía de comunista más que el nombre. Y comenzó una de las peores mistificaciones de la historia. En efecto, ¿cómo olvidar que fue en los astilleros Lenin, las fábricas Comuna de París, Octubre 17 donde tuvieron lugar despiadadas empresas de explotación del hombre por el hombre? ¿Que fue en los estadios Karl Marx, las avenidas Friedrich Engels y otras plazas Rojas donde se hicieron las más increíbles mascaradas políticas “socialistas”? Ni siquiera se ahorró a Espartaco, el esclavo que se rebeló: ¿no se hablaba de “espartaquidas” para designar juegos deportivos imbéciles que remedaban a los burgueses de Occidente? De hecho, era toda la tradición revolucionaria la que se desfiguraba y se ponía en la picota: en las manos de los estalinistas, se convertía en un cómodo cincel al servicio de la burguesía mundial – el socialismo, ¡es el Gulag! ¡una utopía totalitaria!

Hoy, el telón ha caído, las estatuas de Lenin han sido abatidas, la bandera roja ha sido tirada a la basura, el “marxismo-leninismo” renegado, el partido “comunista” disuelto. ¿Quién se compadecería de esto? Todo ello no era sino comedia, impostura, engaño, caricatura. No por eso se deja de continuar hablando de “setenta años de comunismo” que, supuestamente, habrían existido. Por eso, la verdadera cuestión es: ¿qué ha permitido que una tal mistificación se opere? ¿Cómo es posible que la historia haya dejado lugar a este falso comunismo?



## **La revolución y el curso del capitalismo**

### **La guerra de 1914 y sus interpretaciones**

Lo hemos visto, para los marxistas revolucionarios de comienzos de siglo, la vía hacia la revolución estaba abierta ya. De esta manera, en el 1er congreso de la Internacional comunista el capitalismo era considerado como muerto y en el IV congreso (noviembre de 1922) se continuaba afirmando: “Lo que el capitalismo está atravesando hoy no es otra cosa sino su agonía.” Setenta años después, el capitalismo sigue estando ahí. Hay que creer que tiene una “agonía” particularmente larga... No es difícil darse cuenta de que las previsiones de los marxistas han sido desmentidas por los hechos. La historia no ha confirmado sus análisis de entonces. Ha seguido otro curso. ¿Cuál?

Se puede decir sin equivocarse que la historia moderna comienza con la guerra de 1914. Esta conflagración marca el fin de toda una época, que había visto un desarrollo relativamente pacífico del capitalismo. El movimiento socialista lo había visto llegar de lejos. Desde finales del siglo XIX, debatía sobre ello en sus congresos. Pretendía hacerle frente. Se sabe lo que

ocurrió. Pero, para él, ¿qué significaba este riesgo de conflicto que planeaba sobre las sociedades europeas?

Si nos referimos a los análisis más a la izquierda, la fase de contradicciones tan agudas en que se encontraba el capitalismo no podía ya desembocar más que en la guerra generalizada. Lenin llamaba a este fenómeno la “guerra imperialista”. Para Rosa Luxemburgo igualmente, incluso si su teoría del imperialismo difería de la de Lenin, el imperialismo era el último estadio del capitalismo, pues lo hacía derivar de las dificultades internas de la acumulación del capital: habiendo agotado el capitalismo los “mercados internos”, estaba obligado, a fin de encontrar compradores solventes, a conquistar los mercados “exóticos”, “extra-capitalistas”. De ahí la expansión colonial, la búsqueda de “zonas de influencia” conducentes al reparto del mundo y al choque obligatorio entre las grandes potencias capitalistas, buscando cada una, por medio de la violencia, apoderarse de los mercados de sus rivales, acabando todo ello en una guerra generalizada entre los bloques imperialistas. Lenin, aunque en desacuerdo con esta teoría de la acumulación del capital elaborada por Rosa Luxemburgo, llegaba a la misma conclusión. Efectivamente, la guerra sería una “guerra de bandidaje” llevada a cabo por los trusts, los monopolios, los magnates de las finanzas internacionales, cuyos intereses divergían a propósito de los mercados coloniales, de las zonas de influencia, de las reservas de materias primas. Por tanto, sería necesario un nuevo reparto del mundo, intentando cada cual apartar a su competidor más directo, e incluso eliminarlo pura y simplemente como potencia económica, invadiendo su territorio a fin de transformarlo en un país sometido, desmantelado industrialmente, reducido a una zona agraria y obligado a la esclavitud. En pocas palabras, los lobos se comían los unos a los otros. El capitalismo degeneraba y conducía a un puerto de arrebatacapas sin nombre, cuyo paroxismo era la guerra imperialista. En cuanto a los pueblos, ellos eran las víctimas de la quiebra de un tal sistema, en lo sucesivo agonizante, presa de convulsiones cada vez más

violentas. La conclusión de Rosa Luxemburgo era que en adelante se planteaba la alternativa “socialismo o barbarie”: o bien el fin de la civilización a través de las guerras de destrucción repetitivas, o bien “la lucha consciente del proletariado internacional” por el socialismo. Para Lenin, aun cuando algunas fracciones de la clase obrera, las famosas “aristocracias obreras”, se habían adherido a la guerra, esto no quitaba para que estuviese a la orden del día la substitución de un tal sistema capitalista sin aliento, que se agotaba en una locura mortífera y vana: “El imperialismo es la víspera de la revolución socialista”, escribía<sup>1</sup>.

Una teoría no es válida, con mayor razón si se reclama del marxismo científico, más que si se apoya en un cierto número de hechos sólidos. El capitalismo, se decía, desembocaba en la guerra porque sus posibilidades de expansión habían llegado a un punto límite. Dicho de otro modo, esto significaba que antes de la guerra era ya presa de convulsiones económicas graves y caracterizadas. ¿Era éste el semblante que ofrecía? De hecho, entre 1894 y 1914, la tasa de crecimiento por decenio había sido en Inglaterra del 23,8 %, en Francia del 15,7 %, en Alemania del 32,9 %, en los Estados Unidos del 44,7 %<sup>2</sup>. Además, durante todos esos años ha tenido lugar una “segunda revolución industrial”, la de la electricidad, del petróleo, de la química, con sus diversas aplicaciones en la producción. En la víspera de 1914, el capitalismo no se derrumbaba, pues. Otra señal de su expansión, la tendencia de los precios al por mayor al alza: en Inglaterra, del índice 83 en 1896, se pasa al índice 116; en Francia, de 82 a 116; en Alemania, de 82 a 115; en los Estados Unidos, de 75 a 112<sup>3</sup>. La supuesta saturación de los mercados como causa de la guerra no se verificaba puesto que los precios, en lugar de hundirse, como

---

<sup>1</sup> Lenin, *el Imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas*, Ediciones de Moscú, 1953, tomo 1, segunda parte, p. 441.

<sup>2</sup> M. Béaud, *Historia del capitalismo*, Éditions du Seuil, col. Points, Paris, 1984, p. 183.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 179.

habría debido ocurrir, estaban al alza. Otro asunto a poner en tela de juicio: el papel que habría jugado el capitalismo financiero como promotor de guerra. Ahí también, nada de evidente. En realidad, resulta que los ambientes de negocios de la City eran mucho más pacifistas que el gobierno británico. Entre Inglaterra y Alemania, se asiste a una colaboración financiera en todo el mundo; de igual modo, entre Francia y Alemania. Es un hecho reconocido que durante el asunto de Agadir (1911) los ambientes financieros jugarán un papel de apaciguamiento entre los dos países. De un modo general, se puede decir que el capitalismo financiero, por su cosmopolitismo, la interpenetración de sus capitales, tendía a crear lazos más estrechos entre los países capitalistas, siendo los intereses comunes más numerosos que los intereses divergentes. Las causas financieras de la guerra están, pues, lejos de ser probadas.

“Si los hombres de Estado y los pueblos hubiesen actuado con racionalidad económica, la guerra de 1914 no habría tenido lugar”, escribe el liberal R. Aron<sup>4</sup>. Esto no es falso. Como sistema económico en expansión, el capitalismo no necesitaba una guerra, lo que no significa, visto desde otro ángulo, que esté en balde en la guerra de 1914, lo que veremos enseguida.

Vayamos ahora al imperialismo, que sería, según Lenin, el estadio “supremo” del capitalismo y la causa directa de la guerra. “El imperialismo es esencialmente un fenómeno tradicional”, escribe R. Aron. Esto, igualmente, tampoco es falso. Bajo el modo esclavista, hay un imperialismo ateniense, romano, árabe. Durante el feudalismo occidental, bajo cobertura de “guerra santa” y de “cruzadas contra los infieles”, aparece un imperialismo cristiano. Bajo el reino pre-burgués de las monarquías absolutas española, francesa, inglesa, rusa, tiene

---

<sup>4</sup> R. Aron, *Paz y guerra entre las naciones*, citado por J. Droz, *in las Causas de la Primera Guerra mundial*, Éditions du Seuil, col. Points, p. 47.

lugar la colonización de América del Sur y del Norte, de la India y de una parte de Asia. En el siglo XIX, no se hace sino asistir a la continuación de este imperialismo con la colonización de China y de África. Este dominio va a constituir evidentemente un factor importante de la acumulación primitiva del capital, así como una fuente abundante de materias primas que permiten, por así decir, alimentar gratuitamente la producción industrial y manufacturera de las grandes metrópolis capitalistas. Pero sería falso, como parece hacerlo Lenin, reducir el capitalismo a un sistema de pillaje a causa de ello. Lo que lo caracteriza ante todo, como lo ha descrito Marx, es la creación de riquezas por medio de la explotación del trabajo asalariado y de la utilización racional de las ciencias y de las técnicas. Al mismo tiempo, presentar la guerra, como hace Lenin, a causa de este pillaje como una “guerra de bandidos” que se disputan el botín colonial como unos filibusteros llega a ser unilateral: tales fines de guerra no pueden caracterizar al capitalismo en su “estadio supremo”, estando ya presentes durante el estadio precapitalista que ve enfrentarse, del siglo XVI al XVIII, a Francia, España y los Países Bajos.

“La guerra no ha estallado por conflictos coloniales, sino por los conflictos de nacionalidades en los Balcanes”, escribe aún R. Aron. Vale para los conflictos coloniales, pero para los conflictos nacionales, ¿qué hay? Es fácil replicar que no se ha tratado ahí más que del detonador, no de la bomba misma. Trotsky, que estaba en Viena en agosto de 1914, cuenta: “En todos los centros europeos, las jornadas de agosto fueron igualmente ‘maravillosas’, todos los países europeos aparecieron ‘transfigurados’ para trabajar en su destrucción mutua. El impulso patriótico de las masas en Austria-Hungría fue, de todos, el más inesperado. ¿Qué podía empujar al obrero zapatero de Viena, Prospeszil, mitad alemán y mitad checo, o a nuestra vendedora de hortalizas, Frau Maresch, o al cochero Frankl, a manifestarse en la plaza delante del ministerio de la guerra? ¿Una idea nacional? ¿Cuál? Austria-Hungría era la negación misma de la idea de nacionalidad. No, la fuerza motriz

estaba en otra parte<sup>5</sup>.” El “nacionalismo”, en efecto, tiene anchas las espaldas. ¿No sería más bien un puro pretexto? Trotsky explica este entusiasmo de las masas a favor de la guerra por la monotonía de su existencia; por eso “el rebato de la movilización general intervino en su existencia como una promesa. Todo aquello de lo que se tiene costumbre y asco es rechazado, se entra en el reino de lo nuevo y de lo extraordinario.” Pero entonces, ¿cómo explicar que las sociedades de entonces segregaban un fastidio tal que provocaban, de rebote, un tal ardor guerrero? “Al igual que la revolución, la guerra arroja de arriba abajo toda la existencia fuera de las vías habituales”, añade Trotsky. En este caso, si se tenía tanta sed de aventura, ¿por qué no haber preferido más bien la revolución a la guerra? ¿La guerra entre las clases a la guerra entre naciones? La explicación de la guerra por Trotsky es de orden psicológico, “existencial”, se podría decir incluso, pero ya vale más que la de Lenin, de pretensión económica. Sin embargo, esta explicación pide ser ligada a un dominio mucho más vasto. ¿Cuál?

En su libro *la Persistencia del Antiguo Régimen*, el historiador Arno Mayer<sup>6</sup> aborda igualmente esta cuestión del origen de la guerra. El objeto propio de su estudio es el período que la precede. Su tesis central es la siguiente: de una manera general, los historiadores, incluidos los marxistas, han sobreestimado el desarrollo y la extensión del capitalismo industrial de esta época. En su rastro, han sobreestimado la hegemonía, tanto política como cultural, de la burguesía que, de hecho, se borra e incluso dimite ante las viejas clases dirigentes aristocráticas que continúan en primera fila en Europa. Estas últimas se habían adaptado al capitalismo (al menos, a un cierto capitalismo, como veremos después) aun conservando, excepto en Francia, sus posiciones dominantes en la sociedad, imponiendo sus puntos de vista conservadores y retrógrados: es

---

<sup>5</sup> Trotsky, *Mi vida*, Éditions Gallimard, Paris, 1970, p. 272.

<sup>6</sup> Arno Mayer, *la Persistencia del Antiguo Régimen*, Flammarion, col. Champs, Paris, 1990, p. 310.

lo que A. Mayer llama precisamente “la persistencia del Antiguo régimen”. Sin embargo, viendo avanzar el mundo capitalista moderno y, con él, el espectro del socialismo (cuya amenaza exageraban a propósito para mejor exorcizar esta modernidad amenazante), no iban a dudar en provocar una conflagración europea. Y entonces, en julio de 1914, escribe A. Mayer, “los dirigentes de las grandes potencias, todos salidos de la nobleza salvo excepciones, marcharon hacia el abismo de la guerra, con los ojos bien abiertos, la cabeza fría y libre de toda coerción política. Al hacer esto, ni uno solo de los protagonistas fue presa de pánico. Ni uno solo actuó por motivos de mezquindad personal, burocrática o sectaria. Entre los que tomaron la última decisión no se contaban ni improvisadores de un día, ni diletantes románticos, ni aventureros temerarios. Cualquiera que fuese la ganancia de los populistas que les ayudaban o les acosaban, los responsables eran hombres de condición social elevada, muy cultivados y acaudalados, decididos a preservar o volver a crear el mundo idealizado de otras veces. Bajo la égida del cetro y de la mitra, las élites tradicionales, sin la menor presión por parte de la burguesía, preparaban sistemáticamente su campaña de regresión, que entendían ejecutar con la ayuda de armas a sus ojos irresistibles. Caballeros del Apocalipsis, estaban dispuestas a tomar por asalto el pasado con la espada, las cargas de caballería y también los ferrocarriles y la artillería, productos de este mudo moderno que les asediaba.”

“Obedeciendo a sus propias razones y a sus propios intereses, la burguesía capitalista, ligada por simbiosis a estas élites, estaba lista a jugar, y sin duda ávida de asumir, el papel de intendente en esta operación peligrosa. Los magnates de la fortuna mobiliaria estimaban que las exigencias de la guerra forzarían al Antiguo Régimen a intensificar su llamada a los “servicios económicos del capitalismo”. En tanto que asociados principales, los burgueses no reulaban ante lo que encaraban ellos también como una guerra absoluta, pues estaban seguros de que esta guerra conllevaría la expansión de la industria, de

las finanzas y del comercio, así como el acrecentamiento de su prestigio y de su poder. En cuanto a los obreros, eran demasiado débiles y estaban demasiado bien integrados en la nación y en la sociedad para resistir al enrolamiento. Sin embargo, los únicos en manifestar una voluntad cualquiera de oposición fueron algunos elementos del proletariado.”

Engels había pronosticado también el riesgo de una guerra europea; una “guerra en la que quince o veinte millones de hombres armados se degollarían mutuamente y devastarían Europa como jamás ha sido devastada<sup>7</sup>”. Él pensaba igualmente que una tal guerra tendría por origen una reacción aristocrática y que el foco principal sería Rusia: “Protegida por su situación geográfica y por su situación económica contra las secuelas más funestas de una serie de derrotas, sólo la Rusia oficial puede tener interés en hacer estallar una guerra tan terrible.” Desde 1886, preveía que “llegará un momento en que la incompatibilidad de los intereses rusos y austriacos estallará abiertamente. Entonces será imposible circunscribir la guerra, se hará general<sup>8</sup>.” De hecho, no es sólo de la Rusia reaccionaria de donde vendrá la guerra, sino de todos los países europeos que se arrojarán en la hoguera con igual ardor. Mientras tanto, observemos que Engels no prevé una guerra que sería debida a las contradicciones económicas exacerbadas del capitalismo. A. Mayer, al indicar que la guerra de 1914 corresponde más a una *reacción* al capitalismo por parte de las fuerzas del Antiguo Régimen, a las que se había enterrado un poco demasiado pronto, que a una manifestación de éste (aunque también tenga interés en ella), va igualmente en este sentido. Esta explicación merece que nos detengamos en ella, listos a profundizarla.

---

<sup>7</sup> Engels, *el Socialismo en Alemania*, in Marx y Engels, *el Partido de clase*, ediciones Maspero, Paris, 1973, tomo IV, p. 90.

<sup>8</sup> Carta de Engels a Paul Lafargue, in *le Socialiste*, 16 de noviembre de 1880, *op. cit.*, p. 72.

## Dominación formal y real del capital

La tesis de A. Mayer es que se encuentra uno, en la víspera de 1914, en una fase económicamente transitoria: el capitalismo altamente industrial, monopolista y financiero, ha abierto una brecha, pero está “en sus inicios más bien que en su apogeo o en su última fase”, pues “el nuevo capitalismo no ha reemplazado, sin embargo, al antiguo a principios del siglo XX”. Este último, arraigado en la agricultura, las manufacturas y el pequeño comercio, sigue siendo dominante<sup>9</sup>.

Esta fase transitoria, que comienza en los años 1880 entre el capitalismo “nuevo” y el “antiguo”, se la puede considerar como una fase que inaugura a lo grande el paso de la

---

<sup>9</sup> Arno Mayer defiende, pues, la opinión contraria de Lenin, que pretendía que el capitalismo había llegado a “su estadio supremo”. Así, observa que si Alemania “poseía el sector más importante del gran capitalismo industrial y de empresas por acciones”, este sector valía más por la rapidez de su expansión que por su tamaño. Si es cierto que entre 1882 y 1907 el número de empresas de más de 50 asalariados ha pasado de 9.500 a 27.000, y sus efectivos de 1,6 millones a unos 5 millones, las empresas de 1 a 5 asalariados continúan representando el 90% de las unidades de producción, y las de 6 a 50 asalariados el 8,7%, totalizando estos dos tipos de empresas el 52, 3% de todos los obreros. En todos los demás lugares de Europa, la producción capitalista está todavía menos concentrada. En Francia, en 1913, se cuentan 2 patronos por 5 obreros. En Austria, en 1912, el 75% de las firmas son pequeñas empresas. En Italia, más del 90% de éstas emplean 5 obreros o menos. En Inglaterra, cuna del capitalismo, para asegurar la construcción mecánica hacen falta 3.500 empresas que reúnen a 600.000 obreros. Por otro lado, A. Mayer pone el acento en la importancia del sector agrícola que, fuera de Inglaterra, continúa ocupando en Europa del 40 al 60% de la población activa. Las tierras, salvo en Francia, están con mucha frecuencia en manos de propietarios pertenecientes a la nobleza tradicional, que acapara vastos dominios. La conclusión de A. Mayer es que “la Europa de comienzos del siglo XX, excepto Inglaterra, conservaba un carácter rural y agrícola más que urbano e industrial”.

dominación *formal* a la dominación *real* del capital. A fin de aclarar nuestro tema, creemos oportuno recordar los grandes rasgos de esta formulación, que Marx utiliza en un capítulo inédito del *Capital*<sup>10</sup>.

La dominación formal corresponde a la primera fase del capitalismo. Es el momento en que el campesino, hasta ahora independiente o siervo, se convierte en jornalero, y produce para un granjero capitalista, y en que el artesano de las antiguas corporaciones se hace asalariado de un patrón manufacturero. Pero, ¿por qué dominación “formal”? “Yo llamo sumisión formal del trabajo al capital la forma que reposa en la plusvalía absoluta, porque no se distingue más que formalmente de los modos de producción anteriores, sobre la base de los cuales surge espontáneamente ( o es introducida).” Marx quiere decir que, en relación con los tipos de explotación que eran la esclavitud y la servidumbre, “solo cambia la coerción ejercida o el método empleado para arrancar plustrabajo”: en lugar de ser obtenida por la violencia o por la subordinación patriarcal, como ocurría en otros tiempos, esta coerción se realiza de un modo “puramente económico, y voluntario en apariencia solamente”. En lo sucesivo, con la relación capitalista de explotación, el trabajador está obligado a someterse si no quiere morir de hambre, pero aparte de esto, es libre de elegir. Fuera de esta nueva relación coercitiva tendente a arrancar plustrabajo prolongando al máximo la jornada de trabajo (producción de plusvalía que Marx llama “absoluta”), nada cambia en relación con el pasado, al menos al principio: “Para empezar, no existe ninguna innovación en el modo de producción mismo: el trabajo se desarrolla exactamente de la misma manera que otras veces, excepto que ahora está subordinado al capital.” Sin embargo, de ello resulta una productividad del trabajo más grande. Su intensidad crece porque, a diferencia del esclavo que no trabaja sino bajo el imperio del miedo, “el obrero libre, por el contrario, es empujado por sus necesidades. La conciencia (o

---

<sup>10</sup> K. Marx, *Un capítulo inédito del capital*, Ediciones 10/18, 1971.

mejor, la idea) de estar determinado sólo por sí mismo, de ser libre, así como el sentimiento (sentido) de la responsabilidad que se une a ello, hacen de él un trabajador mucho mejor, porque a semejanza de todo vendedor de mercancías, es responsable de la mercancía que suministra y obligado a suministrarla en cierta cantidad, a riesgo de ser suplantado por los otros vendedores de la misma mercancía”. Esta dominación, aunque formal, se la encuentra bajo la forma que Marx llama la “cooperación simple”. A continuación toma una extensión mayor con el estadio de la manufactura, en que aparece una división del trabajo más acentuada.

Marx llama “sumisión real del trabajo al capital” al momento en que, habiendo sido prolongada al máximo la duración del trabajo, el capital, a fin de extraer aún más plusvalía, acorta el tiempo de trabajo necesario a la reproducción de la fuerza de trabajo del obrero. Así éste, de una jornada de trabajo de, pongamos doce horas, en lugar de trabajar seis horas, en adelante trabajará cinco para reproducir su fuerza de trabajo; esta diferencia de una hora es la plusvalía que Marx llama “relativa”. Pero para que tenga lugar un tal acortamiento del tiempo de trabajo necesario a la reproducción de la fuerza de trabajo se necesita la introducción a gran escala del maquinismo, el cual permite aumentar la productividad del trabajo. A partir de este momento, el proceso de producción se trastorna: “La sumisión real del trabajo al capital, escribe Marx, se acompaña de una revolución completa (que prosigue, se renueva constantemente: ver *el Manifiesto comunista*) del modo de producción, de la productividad del trabajo y de las relaciones entre capitalistas y obreros.” A partir de entonces, los medios de producción, revolucionados incesantemente, toman cada vez más amplitud y tienden a concentrarse en grandes empresas industriales. Con esta aplicación de las ciencias y de las técnicas a la producción, esto significa “el máximo de productos con el mínimo de trabajo, o dicho con otras palabras, mercancías lo más baratas posibles”; tenemos ahí el “modo de producción específicamente capitalista”.

La dominación formal y la dominación real del capital deben ser consideradas como las dos fases históricas del capitalismo. Si se intenta poner fecha al paso de la primera a la segunda, está claro que Inglaterra, con la primera revolución industrial, lo empieza antes que todos los demás países. Sin embargo, habrá que esperar a la segunda revolución industrial de los años 1880 para ver la dominación real comenzar a tomar un vuelo verdaderamente caracterizado en Europa. Y es ahí donde encontramos a A. Mayer, que observa esta transición entre lo que él llama el “antiguo capitalismo” (el de la dominación formal) y el “nuevo capitalismo” (el de la dominación real).

Marx ha examinado estas dos fases bajo su ángulo estrictamente económico. Pero no ha proseguido su análisis más allá, lo que se puede hacer fácilmente. En efecto, este paso a la dominación real del capital no es simplemente una transformación en el modo de producción, va acompañado necesariamente de una conmoción en la sociedad. Esta última, con la dominación formal del capital, seguía siendo en su conjunto tradicional. Una tal dominación, porque era justamente “formal”, no tocaba la configuración de la sociedad. Sus elementos sociales debían adaptarse a ella, pero sin tener que reconsiderarse totalmente. De este modo, los antiguos propietarios de siervos no tenían más que convertirse en propietarios terratenientes que daban empleo a una mano de obra en lo sucesivo asalariada (es lo que A. Mayer constata con la continuación de la preeminencia de la nobleza terrateniente en Europa). Por su parte, los antiguos artesanos de las corporaciones, que trabajan ahora en empresas capitalistas, continúan ejerciendo en lo esencial sus oficios, no habiendo trastornado todavía el maquinismo verdaderamente sus hábitos de trabajo ni puesto en tela de juicio su destreza. Por eso, la sociedad conservaba en su conjunto un aspecto todavía rural, si no artesanal, al menos manufacturero, y no propiamente industrial. De igual modo subsistían, en gran medida, las antiguas mentalidades, costumbres, tradiciones salidas del

Antiguo Régimen, ya sea en las clases dominantes, o en las clases dominadas.

Con la introducción de la dominación real del capital, cambio de decoración. Ahí, el capitalismo comienza su arranque propio. Éste industrializa, moderniza, trastorna el paisaje urbanizando, concentrando, masificando. En adelante, la máquina tiende a sustituir al obrero de oficio, la fábrica industrial al taller, la ciudad al campo, el industrial al propietario terrateniente, el universo mecánico, rápido, móvil, cambiante, al universo tradicional, lento y repetitivo; entonces comienza el reino exclusivo de la economía y se agrieta todo lo que todavía tenía un valor sagrado: el Trabajo, la Naturaleza, las Ideas, la Política...

En tiempos de la primera revolución industrial en Inglaterra, *el Manifiesto del partido comunista* de 1848 había subrayado ya tal cambio: “Todo lo que tenía solidez y permanencia se deshace en humo, todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres se ven forzados finalmente a encarar sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas con ojos desengañados.”

El choque de la segunda revolución industrial, que comienza en los años 1880, será más violento. Para ilustrar nuestro propósito, tomemos un autor como Charles Péguy, gran despreciador del “mundo moderno” (traducimos: de esta dominación real del capital que durante estos años toma vuelo). Él hacía remontar este mundo, para Francia, a la fecha precisa de 1881. ¿Por qué esa fecha? Porque, nos dice uno de sus biógrafos, Daniel Halevy, “al estar vencidas las grandes familias provinciales y católicas, los republicanos empezaron a imponer sus leyes<sup>11</sup>”. ¿Qué significa esto? Para Péguy, la República era una cosa muy bella y muy deseable cuando era

---

<sup>11</sup> Daniel Halevy, *Péguy*, ediciones el Libro de bolsillo, Pluriel, Paris, 1979, p. 238.

“el objeto de una mística (...), un sistema de gobierno de Antiguo Régimen basado en el honor y en un cierto honor propio de un gobierno de antigua Francia<sup>12</sup>”. La República basada en el honor, en una mística, se puede soñar todavía... Por el contrario, a partir del momento en que comienza a desmitificarse y a salirse del círculo luminoso en que se la había colocado, ¡infierno y condenación! Es el desencanto: “La República se ha convertido en sus manos (las de los republicanos, N.d.A.) en el objeto de una política moderna, y generalmente, de una baja política y un sistema de gobierno basado en la satisfacción de los apetitos más bajos, en la satisfacción de los intereses más bajos.” En otras palabras, mientras la dominación del capital no es todavía sino formal, la República es aceptable, se puede incluso honrarla, a semejanza de los treinta o cuarenta reyes que reinaron en Francia... Se inscribe en una continuidad, pues se asocia a un “sistema de Antiguo Régimen”, a “la antigua Francia”. Pero con la dominación real del capital se vuelve odiosa, mostrándose como es: una simple superestructura política del capitalismo. Igual apreciación en lo concerniente a la burguesía: “Pues nunca se repetirá demasiado. Todo el mal ha venido de la burguesía. Toda la aberración, todo el crimen. Es la burguesía la que ha infectado al pueblo. Y lo ha infectado precisamente de espíritu burgués y capitalista<sup>13</sup>.” Apreciación que corrobora nuestro propio análisis sobre la integración ideológica del proletariado a partir de finales del siglo XIX, que hemos evocado ya. Pero veamos a dónde quiere ir a parar Péguy: “Yo digo expresamente la burguesía capitalista y la gran burguesía. La burguesía trabajadora (¡ya hemos llegado!), la pequeña burguesía (¡mejor todavía!) se ha convertido en la clase más desdichada de todas las clases sociales, la única que hoy trabaja realmente (los obreros, por su parte, hacen “sabotaje”...), la única que, como consecuencia, ha conservado intactas las virtudes obreras y, como recompensa, la única que en fin vive realmente en la

---

<sup>12</sup> Charles Péguy, *el Dinero*, citado por D. Halevy, *op. cit.*, p. 240.

<sup>13</sup> Charles Péguy, *el Dinero*, Ediciones Gallimard, La Pléiade, París, 1968, p. 1110.

miseria. Es la única que ha aguantado, se pregunta uno por qué milagro; es la única que todavía aguanta, y si hay un restablecimiento es porque ella habrá conservado el estatuto.” Así pues, al igual que la República, viva la burguesía mientras evolucione en la dominación formal; hasta ahí es respetable, “laboriosa”, y si alguna vez consigue sobrevivir, es a partir de ella de donde saldrá un renacimiento – “un restablecimiento” -. Por el contrario, abajo la burguesía del “mundo moderno”, vil, baja, especuladora, que no pone manos a la obra...

Años de desencanto, pérdida de la creencia en el progreso, sentimiento de la “decadencia”, tal es la tonalidad dominante de esta época que ve al mismo tiempo a la electricidad, la petroquímica, con sus diversas aplicaciones industriales, hacer una entrada llamativa. Lo que no deja de hacer surgir entre los hombres una cierta desconfianza, una oposición sorda y, finalmente, una franca hostilidad: “El mundo moderno envilece. Es su especialidad”, exclama Péguy<sup>14</sup>. Pues “el mundo moderno no se opone solamente al Antiguo Régimen francés, se opone, se contradice con todas las antiguas culturas en su conjunto, a todos los antiguos regímenes a la vez, a todo lo que es cultura, a todo lo que es urbe. Es, en efecto, la primera vez en la historia del mundo que todo un mundo vive y prospera, parece prosperar, contra toda cultura<sup>15</sup>.”

La novedad radical de un mundo así es aparecer como en ruptura con todo lo que la humanidad había conocido hasta ahora. El capitalismo de la dominación real emerge, relegando su dominación ampliamente formal al pasado, para que se reúna con “todos los antiguos mundos” (Péguy) que se cuidaban de los espacios de libertad, obrando a veces gratuitamente por la gloria, el honor, la fe. En lo sucesivo, el capital tiende a convertirse en el único patrón a bordo y a adueñarse

---

<sup>14</sup> C. Péguy, *Ante los accidentes de la gloria temporal*, citado por D. Halevy, *op. cit.*, p. 213.

<sup>15</sup> C. Péguy, *Nuestra Juventud*, *op. cit.*, p. 509.

totalitariamente de todos los aspectos de la vida, con el rey Dinero y el emperador Ganancia.

Mundo de la enajenación máxima, pues en adelante no alcanza solamente a los obreros, que, desde principios del siglo XIX, han sido arrojados, con mujeres y niños, a las fábricas de Manchester o de Lyon, ahora la toma también con las *inmensas clases medias tradicionales*, con toda esa “burguesía laboriosa”, con todo ese campesinado que ha sobrevivido y, para dar más de la cuenta, con los descendientes de los feudales reconvertidos en la burguesía terrateniente. La dominación real del capital pone en tela de juicio no sólo sus intereses, sino que también choca frontalmente con sus costumbres, sus manías, sus ideas, sus sueños. Para ellos es todo un mundo que bascula y otro, inédito, que se prepara para reemplazarlo, que les parece extraño, incierto, inquietante. ¿Cuál será la reacción de todas estas gentes? ¿De qué revuelta serán capaces? ¿Qué forma tomará su rechazo del mundo moderno, que expresan consciente o inconscientemente, poco importa?

### **La guerra de 1914 como apertura de una gran crisis de crecimiento de la civilización burguesa**

En su introducción a *la Persistencia del Antiguo Régimen*, A. Mayer escribe: “Este libro pretende ser una contribución al debate sobre la naturaleza profunda de las calamidades que han marcado la historia reciente de Europa. Parte de la hipótesis de que la Segunda Guerra mundial está unida como por un cordón umbilical a la Primera Guerra mundial, y que los dos conflictos constituyen la guerra de los “treinta años” de la crisis general del siglo XX.

La segunda hipótesis es que la Gran Guerra, fase inicial y embrionaria de esta crisis general, es la consecuencia de la nueva movilización reciente de los antiguos regímenes de

Europa. Aunque habían cedido terreno a las fuerzas del capitalismo industrial, las fuerzas del orden antiguo eran aún lo suficientemente decididas y poderosas como para frenar el curso de la historia recurriendo, si era necesario, a la violencia. La Gran Guerra fue la expresión de la decadencia y de la caída del orden antiguo que luchaba por su supervivencia más bien que la manifestación del ascenso fulgurante del capitalismo industrial resuelto a imponer su supremacía. En toda Europa, a partir de 1917, las tensiones de una guerra que se prolongaba acabaron por conmovir los cimientos del orden antiguo, que habían sido su incubadora. Sin embargo, a excepción de Rusia, en donde se hundió el más retrógrado de los antiguos regímenes, desde 1918-1919 las fuerzas de retaguardia se han repuesto lo suficiente como para agravar la crisis general de Europa, para abonar el fascismo y contribuir a la reanudación de la guerra total en 1939.”

No se juzga a una época por la idea que ella se hace de sí misma, decía Marx. La comprensión de la historia no hay que buscarla a través de lo que sus actores piensan, se representan, se imaginan. Lo que cuenta es lo que realmente hacen o, mejor aún, aquello a lo que llegan. Entonces se percibe uno de que los fines que perseguían, las ideas que les animaban no tenían, la mayoría de las veces, sino poca relación con lo que verdaderamente se ha hecho. De este modo, en lo concerniente a la guerra de 1914, los fines anunciados – o más bien, mantenidos en secreto por los diferentes estados mayores – no nos enseñan gran cosa, pues ninguno se ha realizado jamás. En cambio, la guerra de 1914 comprendida como el inicio de una nueva guerra de los “treinta años” que se acabará en 1945, estando asegurada la continuidad entre estas dos fechas por la explosión del fascismo que conoció entonces Europa, ahí lo que parece sugestivo desde el punto de vista de la comprensión objetiva de los hechos. En efecto, 1914 es el principio de una crisis (que se encubría mucho antes) de la civilización burguesa que chocaba en su marcha hacia delante con fuerzas sociales retrógradas que empujaban en sentido contrario y que

hubo que vencer. Se trata de una fase crítica de su desarrollo que hay que ligar al choque de la modernidad, al paso de la dominación formal del capital a la dominación real que hemos evocado más arriba. Dejando esto precisado, no nos queda más que relatar la película de los acontecimientos: éstos confirman que se trata de una tal *crisis de crecimiento* de la civilización burguesa.

### **El triunfo del “partido de la guerra”**

Desde finales del siglo XIX se cristaliza un “partido de la guerra” en todas las naciones que van a entrar después en liza. Las fuerzas aristocráticas evocadas por A. Mayer van a pesar con toda su fuerza en la balanza, especialmente en Europa central y oriental, con las familias de los Hohenzollern, los Habsburgo, los Romanov, que han conservado altas prerrogativas en sus Estados respectivos. Hay igualmente una masa social importante, de más baja extracción, compuesta por pequeños burgueses de las ciudades y el campo, que también son los perdedores del mundo moderno. Hay incluso algunas fracciones de esa “burguesía laboriosa” que evoca Péguy, ligada a la dominación simplemente formal del capital y amenazada de desaparición a causa de la concentración creciente del capitalismo.

Para todas estas fuerzas sólo una guerra, una guerra como jamás se ha visto, es capaz de alcanzar su objetivo supremo: operar *una gran destrucción* de este mundo moderno que las aprieta, las elimina, libre de utilizar, para ello, sus medios técnicos de destrucción: no se hará la guerra a este mundo con sables y espadas, sino con sus propias armas, volviéndolas contra él. Con el fin de alcanzar este objetivo, se han inventado una causa sagrada: la patria... Para ellas, ésta se convierte en un ideal sublime que debe ser defendido celosa, exclusivamente, contra los otros nacionalismos concurrentes, convirtiéndose entonces la muerte por la patria en “el destino

más bello"... En realidad, considerado objetivamente, este "patriotismo" no es otra cosa sino un puro pretexto para pelearse. El militarismo es su verdadera pasión, y la guerra, concebida como "un gran remozamiento", "una higiene de la vida" (Marinetti), su verdadera filosofía. Con la guerra, se trata de poner a raya la "decadencia burguesa". Traduzcamos: impedir el ascenso del capitalismo hacia su dominación real. "Dos accidentes son los únicos capaces, al parecer, de parar este movimiento (de decadencia, NdA): una gran guerra extranjera, que podría dar un nuevo temple a las energías y que, en todo caso, llevaría sin duda al poder a hombres con voluntad de gobernar; o una gran extensión de la violencia proletaria, que haría ver a los burgueses la realidad revolucionaria y les quitaría las ganas de las simplezas humanitarias con las que Jaurès los adornece", escribía fríamente Georges Sorel<sup>16</sup>. Guerra entre los Estados o entre las clases, qué importa para Sorel, lo importante es que haya "una buena guerra", convirtiéndose la violencia en un fin en sí. "No es la buena causa la que hace la buena guerra, es la buena guerra la que hace la buena causa", había dicho ya Nietzsche de una manera premonitoria. Y, una vez más, no escatimar en los medios: poner a su servicio todos los recursos de que dispone el capitalismo moderno con miras a esta guerra generalizada. Se acabó, en efecto, el tiempo de las pequeñas guerras con sus querellas de campanario y sus fines mezquinos, en adelante, el fin, grandioso, es salir de la "crisis de civilización" que conlleva la dominación real del capital y, al mismo tiempo, parar la rueda de la historia.

Enfrente se levanta, no obstante, *el partido de la paz*. Ahí están todas las fuerzas sociales que empujan a la aceleración de la dominación real del capital: la gran burguesía empresarial, las nuevas capas medias que el capitalismo moderno comienza a hacer surgir en su estela (cuellos blancos, técnicos, funcionarios) y también la clase obrera, que tiende a

---

<sup>16</sup> Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, ediciones Marcel Rivière, Paris, 1946, p. 110.

aburguesarse<sup>17</sup>. Para todas estas clases, hay que dejar al capitalismo que se desarrolle libremente y en paz, a fin de que pueda mostrar toda su destreza económica. Su gran meta es realizar un “gran consenso democrático y liberal” que agrupe a todas las clases. Pero si este consenso triunfa ampliamente a izquierda (los partidos socialistas son cada vez más reformistas y tienden a integrarse), fracasa a derecha: las clases aferradas a la dominación formal del capital de las que ya hemos hablado no ven provecho en ello y entran en disidencia. La causa de ello es que el movimiento de modernización del capital es todavía lento, su crecimiento aún débil, lo que deja a las capas reaccionarias el tiempo para organizarse y, finalmente, para imponer sus puntos de vista.

En efecto, en 1914 triunfa *el partido de la guerra*, que va incluso a arrastrar tras de sí a aquellos que hasta ahora eran partidarios de la paz. La prueba de ello es el giro espectacular, en el último momento, de los partidos socialistas que, renegando de sí mismos, votan los créditos de guerra y están también de acuerdo en partir con “la flor en el fusil”. El partido de la guerra ha ganado, pues, en toda la línea. La única fuerza susceptible de obstaculizar la guerra, el movimiento obrero socialista, ha acabado por ceder y por participar en esa especie de histeria colectiva que se apodera de todas las capitales europeas. ¿Qué es lo que hará, por no tomar más que algunos ejemplos, que el viejo jefe marxista Jules Guesde entre en el ministerio de la Guerra, él, enemigo jurado de todos los

---

<sup>17</sup> Lo que ponía furioso a Péguy: “En cuanto a los obreros, no tienen más que una idea, la de convertirse en burgueses. Es incluso lo que ellos llaman llegar a ser socialista” (*el Dinero*). No era falso, pero a este deseo de aburguesamiento, ¿qué oponía Péguy? Los “buenos obreros del pasado”, los de los oficios tradicionales, aquellos que “decían riendo y para fastidiar a los curas que trabajar es orar, y no sabían cómo acertaban. Hasta tal punto su trabajo era una plegaria. Y el taller un oratorio... No se ganaba nada, se vivía con nada, se era feliz.” (*Ibid.*). El pasado idealizado, en forma romántica, ¡he ahí para la literatura!

ministerialismos burgueses? ¿que el ex-extremista G. Hervé, que antes de la guerra se jactaba de plantar la bandera tricolor en un estercolero, transforme su periódico *la Guerra social* en una hoja patrioter llamada la Victoria? ¿El “patriotismo”? Es, efectivamente, en este crisol ideológico donde vendrán a fundirse todas las energías. La patria será para todos la causa sagrada. Para los socialistas, que no habían dejado de leer en *el Manifiesto del partido comunista* que los proletarios no tenían patria, ¡el trago es más difícil! La “patria”, ¡qué buena coartada! “La patria a defender”, ¡qué cuento tan bonito! Pues, evidentemente, todos lo países en liza, en su paranoia generalizada, se consideran agredidos... Haciendo el resto el juego sutil de las alianzas entre naciones, la guerra está asegurada, aquella con la que se soñaba en su inconsciente. En toda esta historia, nadie ha manipulado a nadie. No ha habido una “súper-burguesía” (como se imagina un cierto marxismo vulgar) que, sabiendo perfectamente lo que hacía, habría “enrolado” las masas en la guerra. Son éstas las que hacen la historia, no una pequeña banda de manipuladores siempre propensos a creerse omniscientes y omnipotentes y a los que no se hace sino elevar sobre un pedestal al exagerar su papel. Únicamente que hay momentos en los que la historia, en vez de avanzar, retrocede. En esa hora fatídica de agosto de 1914, es toda la presión retrógrada la que se abate, incluso sobre las espaldas de los que pretendían, con el socialismo, encarnar, al menos de palabra, un nuevo despertar. Por esta razón ellos también son arrastrados como briznas de paja por este torrente tumultuoso.

### **La guerra no ha resuelto nada: surgimiento del fascismo**

A partir de 1917, la guerra pierde aliento. Se asiste a motines, mientras que los casos de desertión aumentan y un espíritu pacifista tiende a instaurarse. Este desgaste es debido a

las grandes hecatombes a que ha dado lugar la guerra<sup>18</sup>. Éstas han hecho su trabajo y han disuadido a los combatientes de que una “brecha decisiva” conduciría a la victoria. En adelante, se sienten cada vez más como la “clase de los sacrificados”, aquellos a los que se envía a la carnicería en asaltos repetidos y condenados de antemano al fracaso. En ellos nace un sordo resentimiento contra los “enchufados de la zaga”, mientras que ellos están destinados a la muerte.

Este doblegamiento, surgido del giro especialmente terrible que ha tomado la guerra, permite al partido de la paz, aplastado y aniquilado en 1914, renacer y remontar la pendiente. Sus argumentos para demostrar el lado absurdo de la guerra no faltan. Esta no puede desembocar sino en carnicerías todavía mayores. Por eso, ¿para qué continuar matándose entre sí? ¿Por qué no hacer más bien la paz? La de los “valientes”, volviendo cada cual a su casa. Es ese sentimiento el que se instala y el que inquieta a los estados mayores.

---

<sup>18</sup> “En el curso de la Primera Guerra mundial, los combates causaron por sí solos unos 10 millones de muertos, mutilados o heridos: 2 millones por año, 190.000 por mes, 6.000 por día. La guerra de trincheras en el frente Oeste fue especialmente mortífera. En 1916, la batalla de la Somme causó 500.000 muertos en cuatro meses, Verdún 700.000 en diez meses. Este gigantesco baño de sangre, que contribuyó a endurecer a Europa para las futuras carnicerías, no tuvo como causa primera la eficacia de las armas modernas, tales como las ametralladoras o la artillería de campaña. Ante todo fue el resultado del ardor con el que los oficiales y los soldados se obstinaban en lanzarse en masa sobre posiciones inconquistables. Este sacrificio, que ellos sentían como un deber, permite medir hasta qué punto, desde su desencadenamiento, la guerra de 1914-1918 fue una “guerra santa” laicizada...”, escribe A. Mayer (*la Solución final en la Historia*, ediciones La Découverte, 1990, p. 22). El encarnizamiento de los combates, efectivamente, lo atestigua: en lugar de ser sufrida, la guerra es vivida como una causa sagrada, al menos en un primer momento. Lo que significa que tiene todos los caracteres de una guerra civil burguesa, correspondiente a la crisis de civilización que atraviesa la sociedad.

Finalmente, estos últimos deberán inclinarse en 1918, imponiendo su solución el partido de la paz<sup>19</sup>. Pero en el fondo nada se ha arreglado. Todos los problemas planteados antes de 1914 quedan en suspenso. Ciertamente, a primera vista puede parecer que la guerra ha hecho avanzar algo la rueda de la historia, con el hundimiento, al final del conflicto, de las viejas monarquías de Alemania, Austria y Rusia. En su lugar se han instaurado repúblicas burguesas en los dos primeros países, e incluso un intento de república obrera ha tenido lugar en el tercero. Pero este avance es mínimo, frágil, como va a demostrar rápidamente la continuación de los acontecimientos. Las fuerzas que tiran hacia atrás no han capitulado. No han fracasado más que momentáneamente y se preparan para un nuevo asalto. De hecho, un nuevo impulso reaccionario surge en la inmediata posguerra, que, veinte años más tarde, conquistará Europa: el fascismo.

Es en Italia donde nace y se constituye este movimiento en 1919. El movimiento fascista (no sus ideas, como veremos después) es un producto de la guerra. Incluso se puede decir que nació en las trincheras. Cuando se forma en 1919 en Italia, agrupa ante todo a antiguos combatientes, a *arditi*, es decir, soldados que se han distinguido heroicamente en los combates y que, una vez regresados a la vida civil, se sienten frustrados, habiéndole cogido el gusto a la violencia. Vestidos de negro, daga de combate al costado, bandera de pirata, he ahí para el folklore. Desmovilizados, en adelante son desclasados listos a lanzarse a todas las aventuras con tal de que les traigan su cuota de exaltación. Este movimiento agrupa igualmente en su seno a algunos renegados venidos del sindicalismo revolucionario o del socialismo (como Mussolini) que, a su vez, se reclaman confusamente de Sorel, Nietzsche, Pareto. Hay también algunos

---

<sup>19</sup> Después del tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, el frente del Este ya no existe. En el Oeste, cuando los Franco-Británicos pasan a la ofensiva, en agosto de 1918, las tropas alemanas apenas resisten, y muchas se rinden sin combatir. Dicho de otro modo, la guerra se agota a falta de combatientes...

“futuristas” (como Marinetti) que celebran estéticamente la virilidad, la violencia y la acción por la acción. El programa de estos “fascistas” es un fárrago ideológico sin nombre que mezcla reivindicaciones a la vez nacionalistas, socialistas, anticlericales y republicanas. Las ideas son escasas y, por lo demás, se trata sobre todo de perturbadores de extrema derecha, provocadores, activistas, anticonformistas, que más o menos buscan arremeter contra el burgués. ¡Nada del otro jueves!

Si el fascismo no hubiese sido nada más que eso, es evidente que no habría representado sino un pequeño desecho de la posguerra muy pronto barrido. Pero siendo su punto de partida la guerra, el movimiento fascista aún muy balbuciente era promovido a una gran carrera. En efecto, la guerra había dejado un gusto amargo en la boca de numerosos antiguos combatientes. Se les aparecía como un conflicto confuso, oscuro, en una palabra, *inacabado*. Se les había escamoteado “su” guerra, se les había quitado “su” victoria, y sentían una gran amargura asociada a una sed de revancha. En una palabra, el partido de la guerra no había renunciado. Para él, la guerra tenía necesidad de ser reactivada y llevada hasta el final, a fin de que un veredicto sin apelación fuese pronunciado.

Es con este espíritu con el que se constituyen numerosas asociaciones de antiguos combatientes después de la guerra. Ya en Alemania, en 1919, los cuerpos-francos (en cuyo seno se encuentran muchos futuros nazis) se han hecho ilustres contra los revolucionarios espartaquistas y en 1920, con el golpe de Kapp, han intentado derrocar la frágil república burguesa de Weimar. El movimiento de los *fasci di combattimento*, en Italia, no es, por tanto, un fenómeno aislado. Corresponde a una tendencia que se va a ampliar. A continuación, es en el movimiento de las Cruces de fuego en Francia y de los Cascos de acero en Alemania, entre otros, en el que el fascismo reclutará, reconociéndose más o menos en él toda una corriente ferozmente nacionalista.

“El espíritu antiguo combatiente” es, pues, una pieza maestra en el nacimiento y ascenso del fascismo pues éste no es otra cosa sino una reactivación de las fuerzas anti-modernistas de la preguerra, que esperaban, con la guerra, frenar el paso del capitalismo a su dominación real, como ya hemos evocado. Esto no ha podido hacerse, pero estas fuerzas no han capitulado. Están aún vivas en toda Europa y van a encontrar en el fascismo un medio excelente de reavivar la llama y mantener el fuego sagrado que las anima. Y de hecho, el fascismo no tendrá nada que inventar ideológicamente de verdaderamente nuevo. Le bastará recoger por su cuenta todos los grandes temas reaccionarios de antes de la guerra, actualizándolos un poco, para ser reconocido como legítimo heredero.

Aquí abordamos la naturaleza y el contenido del fascismo. Éste ha dado lugar a multitud de interpretaciones. No es nuestra intención discutir las todas. Nos limitaremos a dos: una, burguesa liberal, la otra, sedicente marxista.

## **El fascismo, ¿un “movimiento revolucionario”?**

Como movimiento, el fascismo nació en 1919, pero es exacto decir que todos sus ingredientes ideológicos estaban ya presentes desde los años 1890. A este propósito, un historiador como Sternhell escribe: “La palabra no existe entonces, pero el fenómeno está ya ahí<sup>20</sup>.” Sternhell hace de Francia el “laboratorio intelectual” en que se concibió, en lo esencial, el fascismo, con los Barrès, Drumont, Le Bon, Sorel, Berth, Vacher de Lapouge, para quienes el “socialismo nacional”, el “corporativismo”, el “determinismo biológico”, el anti-semitismo, el antidemocratismo, no tenían secretos: “En el fascismo de entreguerras, en el régimen musoliniano como en

---

<sup>20</sup> Z. Sternhell, *Ni derecha ni izquierda*, Éditions du Seuil, Paris, 1983, p. 15

todos los otros movimientos fascistas de Europa occidental, no existe una sola idea importante que no haya sido largamente madurada a todo lo largo del cuarto de siglo que precede a agosto de 1914<sup>21</sup>.”

Hasta ahí se le puede seguir. Efectivamente, existe un prefascismo que comienza a hacerse ilustre, especialmente en Francia, en el momento del ascenso del boulangismo (1886-1890), del caso Dreyfus, así como en algunas corrientes como la Liga de los patriotas de Paul Déroulède, el Movimiento amarillo de P. Bietry y la Acción francesa.

Qué decir de todo este ambiente sino que es la avanzadilla de toda la tendencia reaccionaria, burguesa y pequeño-burguesa de la que ya hemos hablado, que se opone a la dominación modernista del capital y sueña con encerrar a este último en relaciones jerárquicas y jurídicas estrictas gracias a las cuales se instaurará una “honesta” colaboración capital-trabajo, eliminando tanto la lucha de clases como el capitalismo “salvaje”. Se trata aquí de un reformismo perfectamente pequeño-burgués, que quiere no abolir el capitalismo, sino “limitarlo”. A partir de ahí, a sus ideólogos no les queda más que cocinarle un programa a su medida. En razón de sus aspiraciones colaboracionistas y de sus preocupaciones sociales, este ambiente se llama “socialista”, pero “socialista nacional”, es decir, opuesto al socialismo internacionalista del movimiento obrero que, para él, no es más que un reflejo de las tendencias cosmopolitas del gran capital, al que aborrece. Igualmente la toma con el maquinismo moderno, que mata los oficios tradicionales. En consecuencia, condena el “industrialismo”, los “pretendidos progresos modernos” (Barrès). Lo que llama “socialismo” no consiste en abolir la propiedad privada, sino en dividir la propiedad industrial, como ha hecho con la propiedad agrícola. En fin, sueña con un “Estado fuerte” que garantice este

---

<sup>21</sup> Z. Sternhell, *Nacimiento de la ideología fascista*, ediciones Fayard, Paris, 1989, p. 15

ideal de pequeños propietarios, de pequeños productores, de pequeños accionistas que participan en los “frutos de la empresa”, que ya no serán proletarios, sino “colaboradores”. Por este hecho, la democracia política burguesa moderna no tiene sus favores, pues es el reino de los “plutócratas”, de los magnates de las altas finanzas y también de los partidos, que son otras tantas camarillas de “corrompidos”. Por eso será antiparlamentario en política, aun cuando intente reemplazar la democracia política por la democracia social: en las empresas, en el nuevo sistema corporativista en el que patronos y obreros estarán fraternalmente asociados...

Tenemos, pues, ahí una cristalización ideológica de las fuerzas sociales que se oponen a la dominación real del capital para limitarse a la dominación formal, que intentan reformar y renovar. El historiador Zeev Sternhell ha sabido revelar muy bien la presencia de una tal corriente fascista antes de la guerra de 1914. Examinemos ahora el análisis que propone de su emergencia.

Para él – y aquí es donde hay que empezar a agarrarse – el nacimiento de la ideología fascista “representa el resultado directo de una revisión muy específica del marxismo (...). Son los sorelianos de Francia y de Italia, teóricos del sindicalismo revolucionario, los que lanzan esta nueva y original revisión del marxismo<sup>22</sup>”.

Enseguida se ve el fin de la maniobra: el fascismo, ideológicamente, ha *salido*, pues, del marxismo – puesto que constituye una “revisión muy específica” de este último -, y de un modo más general, del movimiento obrero – puesto que esta “revisión” está asegurada por “teóricos del sindicalismo revolucionario” que Sternhell llama “los sorelianos de Francia y de Italia”.

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 14.

En primer lugar, señalemos algunas inverosimilitudes. ¿De dónde viene el “revisionista” Sorel? ¿Del marxismo, como Bernstein? ¡De ninguna manera! Incluso si a Sorel se le ocurrió llamarse “marxista” (pero si hubiese que tomar en serio a todos los que se han llamado así...), es siempre partiendo de su propio punto de vista “soreliano”, es decir, idealista, indeterminista, pragmático, irracionalista, moralista, voluntarista, que se pretendió como tal. No pudo, pues, “revisar” el marxismo y el lazo que pretende establecer Sternhell entre este último y el fascismo casi no tiene, de entrada, sentido. Por otro lado, cuando Sternhell hace de Sorel y de los “sorelianos” los “teóricos del sindicalismo revolucionario”, hay que mirar más de cerca. Su “gran libro”, *Reflexiones sobre la violencia*, jamás formó parte del breviario de los militantes sindicalistas, sino más bien del de los fascistas italianos y de los falangistas españoles. De hecho, Sternhell tiene el arte de hacer salir dos o tres ex-sindicalistas revolucionarios italianos que viraron hacia el fascismo, de manera de poder acreditar la idea de que este último ha surgido ideológicamente del movimiento obrero a partir de su fracción sindicalista revolucionaria. En una palabra, Sternhell “se arregla”, o dicho de otro modo, falsifica.

Pero ahí no está lo más importante. Adónde quiere llegar Sternhell, eso es lo que interesa. Al ser el fascismo una “revisión antimaterialista y antirracionalista del marxismo” vía los “teóricos del sindicalismo revolucionario” del tipo Sorel, ¿cuál es su contenido? “Ni reaccionario ni contra-revolucionario en el sentido de Maurras del término, el fascismo se presenta, por el contrario, como una revolución de otro tipo<sup>23</sup>”, explica Sternhell. Es patente, en efecto, sostiene él, que desde principios de siglo el marxismo como teoría revolucionaria del proletariado ha fracasado, hundiéndose en el revisionismo de derecha de Bernstein. En consecuencia, si se quiere todavía ser revolucionario, solo queda revisar el marxismo a fin de producir una teoría nueva – el fascismo – que

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 16.

continúe, pero de una manera diferente, el combate revolucionario, es decir, antiburgués, de siempre... Dicho de otra manera, el fascismo toma el relevo del marxismo desfalleciente y se lanza, a su vez, al asalto de la sociedad liberal y democrática, aun concibiendo una revolución de “otro tipo”. ¿Cuál? Sternhell responde: se trata de “una revolución que declara querer sacar lo mejor del capitalismo, del desarrollo de la tecnología moderna y del progreso industrial. La revolución fascista pretende cambiar la naturaleza de las relaciones entre el individuo y la colectividad sin por ello romper el motor de la actividad económica – la búsqueda de la ganancia –, ni abolir su fundamento – la propiedad privada – o destruir su marco necesario – la economía de mercado. He ahí un elemento de novedad del fascismo: la revolución fascista está soportada por una economía regida por las leyes del mercado<sup>24</sup>.”

He ahí, pues, lo que Sternhell llama la “revolución fascista”: en el mejor de los casos, ¡una vaga reforma del capital! En efecto, es pura charlatanería hablar de “revolución” con un tal programa, es decir, de un proyecto “antiburgués” pero que no pone en tela de juicio ni la ganancia, ni la propiedad privada, ni el mercado, dicho de otra manera, lo esencial del capitalismo.

Esto no altera a Sternhell, al contrario: afectando ver en el fascismo un “movimiento revolucionario”, una “derecha revolucionaria”, una “corriente radical” salida del marxismo, *desacredita* al mismo tiempo toda crítica verdaderamente revolucionaria del liberalismo burgués del que es, evidentemente, un ardiente partidario en su versión “ilustrada y de izquierda”. De esta manera devalúa la idea de la revolución, dispuesto para ello a hacerse cómplice de los fascistas que pretendían que su movimiento era revolucionario, dispuesto igualmente a redorar su blasón, presentándolo como una lucha

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 16.

contra “la alienación del individuo convertido en simple mercancía lanzada al mercado<sup>25</sup>”. Tal es el confusionismo interesado al que llega Sternhell. De hecho, esta interpretación del fascismo es una manifestación perversa de la contra-revolución ideológica orquestada actualmente por el liberalismo burgués, cuyo objetivo declarado es el “fin de la historia”: al hablar de “revolución fascista”, se trata de llevar los espíritus a pensar que todo lo que se llama revolucionario debe ser mirado con sospecha, que fascismo y comunismo son, finalmente, los hermanos gemelos de una *misma* oposición (al derivarse el primero del segundo) a la “democracia” (¡no decir ya “burguesa”!), ¡y que hay que meterlos, pues, en el mismo saco!

De hecho, el fascismo era un movimiento reaccionario, un residuo, en último análisis, de la Edad Media. Una Edad Media ciertamente algo modernizada, que se adapta a la dominación formal del capital, pero, no obstante, una manifestación atrasada que se opone a su dominación real no intentando sobrepasarla (comunismo) sino impidiéndole (fascismo) llegar a madurez, en cuanto ve en ella una revolución... El fascismo era, si se quiere, un anticapitalismo reaccionario, pues al admitir, como afirma Sternhell, que no le volvía totalmente la espalda al progreso industrial, era, sin embargo, reaccionario en la medida en que rechazaba sus consecuencias – ideológicas, culturales, políticas – queriendo asociarle una “comunidad solidarista”, “orgánica”, inspirada en el pasado, que se parece a lo que describe A. Mayer a propósito del nazismo, a un “batiborrillo de símbolos escogidos en la lejana historia de los Germanos<sup>26</sup>”. Este arcaísmo estaba en completa contradicción con el desarrollo moderno del capital, pues al capitalismo desarrollado corresponde una super-estructura – política, jurídica, ideológica - *determinada*<sup>27</sup>, que es

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>26</sup> A. Mayer, *la Solución final en la Historia*, ediciones La Découverte, Paris, 1990, p. 120.

<sup>27</sup> “El conjunto (de las) relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base concreta sobre la que se

la democracia burguesa. De ahí la incoherencia del fascismo, queriendo encerrar al capitalismo en formas históricas superadas y caducas. De ahí su inadecuación al mundo moderno, intentando hacer renacer en su interior una comunidad idílica de nación, de raza, incluso, de religión, destinada a perpetuar los “valores sagrados” del trabajo (mientras que la máquina tiende cada vez más a sustituir al hombre), de la familia (mientras que, con la vida moderna, es el “individuo”, atomizado, encerrado en su “yo”, el que se impone), de la patria (mientras que el capitalismo se hace cada vez más cosmopolita, mundialista). Y de ahí, en definitiva, su derrota y su *caída final* en 1945.

El fascismo no fue una revolución sino, en sus manifestaciones más puras, una revuelta que intentaba oponerse a la dominación real del capital en sus aspectos políticos e ideológicos. ¿Qué significa esto? Que uno puede muy bien rebelarse (ser revolucionario es otra cosa) y ser reaccionario. Ya en los tiempos de la primera revolución industrial, el “socialismo feudal” que evoca el *Manifiesto* había correspondido a este tipo de revuelta: “Si a veces su crítica amarga, mordaz e ingeniosa golpeaba a la burguesía en pleno corazón, su impotencia absoluta para comprender la marcha de la historia moderna estaba siempre garantizada de un efecto cómico.” Impedir que la rueda de la historia vaya hacia delante, tal había sido también el proyecto grandilocuente de la primera generación fascista – anticipadamente – que tenía como representantes literarios a los Barrès, Maurras, Péguy, Drumont (capaces ellos también, a veces, de una crítica “amarga, mordaz e ingeniosa” de la modernidad burguesa) y que anunciaba, con la ayuda de algunos filósofos o sociólogos como Sorel y Le Bon (pero éstos ya más inquietantes, con su “sicología de las masas” o su teoría de la violencia como “mito”), *la gran revuelta de las clases medias* que se reconocían en el fascismo. Revuelta

---

levanta una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas de conciencia sociales determinadas.” (Marx, *Introducción a la Crítica de la economía política*, 1859.)

emotiva, irracional, que tendía a atajar su declive irreversible. Revuelta tragicómica al principio (marcha sobre Roma en 1922), después más pérfida (incendio del Reichstag en 1933<sup>28</sup>), para hundirse finalmente, al hacerse patente su fracaso, en el nihilismo activo e hiperdestructor (Auschwitz, 1941-1945).

Esta revuelta iba a tomar el poder en toda una serie de países, y no de los menores: en Italia en 1922, en Alemania en 1933, en Francia en 1940 (aquí, es cierto, a favor de la derrota); mientras tanto, Austria, Portugal, Rumania, Hungría, Bulgaria, España, habían más o menos sucumbido. En una palabra, en 1940 toda Europa, excepto Inglaterra en el oeste y Rusia en el este, se había hecho fascista o fascistizante. ¿De qué manera ha sido posible esto?

## **El fascismo, ¿“expresión del gran capital”?**

Hemos mostrado anteriormente la incapacidad del proletariado para amenazar seriamente al capitalismo en la inmediata posguerra. Esta amenaza del proletariado era, *a fortiori*, inexistente a comienzo de los años 30, encontrándose éste en plena derrota ideológica, con el triunfo completo, en su interior, del estalinismo y de la socialdemocracia<sup>29</sup>. La tesis según la cual el fascismo habría sido una reacción extrema del

---

<sup>28</sup> Este incendio sigue siendo algo oscuro. Se le atribuyó a un comunista holandés, Marinus Van der Lubbe, pero es posible que éste fuese manipulado por los nazis.

<sup>29</sup> Sin embargo, en España había conservado una cierta energía revolucionaria. Cuando, en 1936, las fuerzas fascistas ayudadas por los militares marchen al asalto del poder, encontrarán una viva resistencia por parte de los obreros. Éstos (con la C.N.T.-F.A.I. y el P.O.U.M.) se adueñarán incluso del poder en Cataluña y en Aragón, esbozando una revolución social. Aun cuando esta revolución iba a girar pronto, convirtiéndose al simple antifascismo republicano, hay que reconocer que solamente en España es donde el fascismo encontró una oposición real.

capitalismo frente a un proletariado peligroso no tiene, pues, apenas contenido. Los fascistas agitarán, ciertamente, el espectro “rojo”, “bolchevique”, pero esto no debe inducir a error. Además de que esto correspondía a su anticomunismo visceral, ciego (siendo el comunismo para ellos la punta extrema de la “decadencia”, es decir, de la modernidad detestada), se trataba, de hecho, de una táctica de toma del poder: captar a los elementos más conservadores de la burguesía convenciéndoles de que con ellos en el poder el orden estaría asegurado de una vez por todas; es esta táctica la que aplicaron por primera vez en Italia al organizar “expediciones punitivas” contra las organizaciones obreras.

Pero, ¿es suficiente esto para que se interprete el fascismo como una expresión del capitalismo llegado a su estadio supremo de desarrollo (el de los monopolios y el imperialismo), y que, confrontado a sus contradicciones exacerbadas en lo sucesivo (las guerras imperialistas por la conquista de los mercados), intente contenerlas dentro de ciertos límites por medio de un Estado fuerte y, si es necesario, totalitario? Esta tesis aparecía tanto más creíble cuanto que en Italia y en Alemania los ambientes de la gran burguesía habían dado frecuentemente su firma en blanco a los fascistas, jugando el papel de proveedores de fondos. Con semejante análisis, el fascismo se convertía en el punto final del capitalismo, el momento histórico en que estaba obligado a quitarse la máscara liberal y democrática para aparecer abiertamente como una dictadura del gran capital. Si esta dominación tomaba un aspecto bárbaro, violento, es porque correspondía a la “agonía” o a la “decadencia” del sistema capitalista.

Es un hecho que el fascismo llegó efectivamente a comprometerse con las burguesías, al menos con amplias fracciones de éstas, y que sin su complicidad jamás habría logrado llegar al poder. Las burguesías dejaron cometer las exacciones de los fascistas en la calle con toda impunidad y, al final, cedieron a su presión, abriéndoles de par en par las

puertas del poder sin oponerles la más mínima resistencia sería. Por supuesto, los fascistas debieron, por su parte, hacer un compromiso con ellas. No pusieron en tela de juicio su papel económico, aun si les impusieron medidas sociales. También aceptaron moderar su demagogia anticapitalista, que los había inspirado más o menos al principio, dispuestos, para ello, a eliminar de su seno las franjas pequeñoburguesas más activistas y hostiles al gran capital: en 1926, Mussolini excluye del partido fascista a los *squadristi* más revoltosos y, en 1934, Hitler, durante la “noche de los cuchillos largos”, liquida a los jefes plebeyos de las Secciones de asalto.

Sin embargo, estas prendas dadas a las burguesías, ¿bastan para decir que capitalismo y fascismo son la misma cosa? De ninguna manera. De hecho, no se trataba más que de una táctica de los fascistas para llegar al poder. Ése era su primer objetivo: instalar en el Estado a sus propias criaturas, apoderarse de sus engranajes poniendo en marcha sus propios órganos. Esto fue realizado plenamente en Alemania, donde el partido nazi, con su burocracia, su policía política y pronto sus Waffen-SS, pudo convertirse así en un partido-Estado totalitario. Toda una banda de pequeñoburgueses llegó así a la cima del Estado y dispuso de poderes enormes. En cuanto a la burguesía, fue enviada a sus hogares: a sus negocios, a su comercio, es decir, allí donde todavía podía jugar un papel útil. Sin embargo, se plantea una cuestión: ¿por qué aceptó la burguesía que se le apartase así del poder? ¿Por qué dejó dirigir el Estado por advenedizos tales como Hitler y Mussolini, que tenían todas las características de los pequeñoburgueses desclasados y aventureros?

Se puede comprender esta dimisión de la burguesía dejando a los nazis dirigir el país como último recurso para salvar el capitalismo, gracias a un Estado dictatorial. En efecto, la crisis económica, comenzada en 1929, había afectado duramente al país, trayendo millones de parados. Es, efectivamente, a partir de esta crisis cuando los nazis tomaron

impulso para llegar al poder. Dicho esto, ¿no había otra solución más que el nazismo para manejar la crisis? En Inglaterra y en los Estados Unidos, esta última azotaba con igual violencia, pero jamás se había planteado seriamente el “fascismo”. En los Estados Unidos la burguesía había puesto en marcha un New Deal (un “nuevo reparto”), es decir, toda una serie de reformas que le ganaban terreno a los poderes del capitalismo, pero sin que fuese necesario para ello entregar el poder político a perturbadores que organizaban el terror. Por ello, ¿cómo explicar esta diferencia de comportamiento?

Se explica esencialmente por el hecho de que la burguesía alemana no tenía una sólida cultura política de gobierno (y esto vale también para las burguesías italiana y española, no cediendo la francesa al fascismo más que después de su derrota de 1940, aun permaneciendo dividida, pues una parte se unió al campo angloamericano). En efecto, hasta 1918, lo hemos visto, se había remitido a la burocracia de los Junkers, es decir, a un elemento aristocrático de Antiguo Régimen, para dirigir políticamente el país, contentándose por su parte con entregarse al comercio, dando pruebas de un gran dinamismo capitalista, pero dimitiendo de su papel de clase dirigente. Hasta 1929, ayudada por los socialdemócratas, consigue mantener las riendas del poder en razón del período de relativa prosperidad económica. Pero cuando estalla la gran crisis de 1929 y surgen con ella millones de parados, la ruina de las clases medias tocadas de lleno por la crisis, así como su revuelta en la calle, esta burguesía es incapaz de hacer frente y abandona el poder a los jefes nazis, contentándose a cambio con obtener de ellos ciertas garantías en lo concerniente a la propiedad, la ganancia y el mercado. A diferencia de las burguesías americana, inglesa e incluso francesa (de la que al menos una parte jugará la baza reformista del “Frente popular”), no está en condiciones de manejar la crisis. ¿Qué lección sacar de ello?

Se tiene la expresión del *atraso alemán*. Aunque en este país el capitalismo se haya desarrollado con un gran vigor, las

superestructuras políticas, ideológicas y culturales propias del capitalismo no han seguido la huella, todavía dominadas por las fuerzas de Antiguo Régimen hasta 1918, como lo ha resaltado bien A. Mayer, y continúan sin estar a la altura cuando llega la conmoción de la crisis de 1929. A partir de ahí, con una burguesía inexperimentada cuya cultura democrática es demasiado insuficiente, con una pequeña burguesía en ebullición y cuyas aspiraciones no pueden ser más que reaccionarias, mientras que el proletariado permanece pasivo, pegado a su reformismo, se tienen ahí todos los ingredientes para que en este país, que sin embargo está económicamente avanzado, que dispone de uno de los aparatos industriales más evolucionados del mundo, surja una forma explosiva y extremadamente peligrosa del fascismo: el nazismo, compendio de todo lo que la sociedad alemana continúa transmitiendo de arcaico, de semifeudal, de imperial, a nivel de mentalidades, de costumbres.

Es, pues, teniendo en cuenta el papel que pueden jugar en determinadas situaciones históricas los factores políticos e ideológicos, como se puede llegar a comprender por qué la crisis económica en Alemania se resuelve por medio del fascismo<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Sería dar prueba de un marxismo vulgar y particularmente reduccionista explicar la historia sólo por la economía, sin tener en cuenta otros factores, políticos e ideológicos, que en circunstancias dadas entran igualmente en consideración. A este propósito, ver la carta de Engels a Conrad Schmidt del 5 de agosto de 1890 en la que precisa: “Somos Marx y yo mismo, en parte, los que tenemos la responsabilidad de que, a veces, los jóvenes concedan más importancia de la debida al lado económico. Frente a nuestros adversarios, estábamos obligados a subrayar el principio esencial negado por ellos, y no siempre encontramos el tiempo, el lugar y la ocasión de ceder el lugar a los otros factores que forman parte de la acción recíproca.” En lo que concierne al retraso de las instituciones políticas alemanas, Engels tenía clara conciencia. Así, en su *Crítica del programa de Erfurt* (1891), observaba que el Reichstag en tanto que cuerpo representativo estaba “sin poder efectivo” y no servía más

Sin Alemania y su potencia económica, es probable que la oleada fascista de entreguerras no hubiese ido tan lejos en la regresión que la caracterizaba, y que hubiese acabado por ser absorbida bajo el efecto de la simple evolución económica del capitalismo. Pero en el contexto de una grave crisis mundial, el fascismo encontró un terreno especialmente favorable en Alemania, donde las fuerzas reaccionarias retrógradas no fueron liquidadas después de la guerra de 1914 y explotaron esta crisis a su favor. Instaurándose en un país considerado como la segunda o la tercera potencia industrial del mundo, el fascismo iba a poder disponer de una fuerza económica considerable, pronto convertida en fuerza militar al servicio de su ideología regresiva. Ciertamente, confrontado a la crisis, el fascismo alemán llegará a tomar las medidas económicas y sociales que se imponen: intervencionismo estatal, economía dirigida, que no dejan de recordar las del New Deal americano, y esto con el fin de “dar trabajo al obrero alemán”. Pero estas medidas no deben engañar y hacer creer que el fascismo inauguraba, a su manera, una forma original y superior de la gestión capitalista en su fase modernista: no eran tomadas para enderezar la economía capitalista desfalleciente, como hicieron las democracias burguesas, sino para preparar, por medio de una economía de armamento, una nueva guerra. Pues eso era ciertamente lo esencial del programa fascista: reavivar el conflicto de la Primera Guerra mundial y llevarlo esta vez *hasta el final*. Así, en una Europa labrada por la guerra y remodelada por ella, surgiría un “orden nuevo”...

¿Qué configuración habría tomado éste? En su libro *la Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, Pierre Souyri<sup>31</sup> nos da una idea bastante sugestiva de él: “Si las potencias del Eje hubiesen logrado vencer, habrían instalado en el hemisferio occidental y el Extremo Oriente un sistema de servidumbre que

---

que “hoja de parra al absolutismo”, es decir, al poder semifeudal que continuaba reinando.

<sup>31</sup> Pierre Souyri, *la Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, ediciones Payot, Paris, 1983, p. 130.

habría tenido por base las formas más retrógradas de la explotación. No solamente los Estados totalitarios habrían consolidado el orden colonial en su provecho en África y en Asia, y lo habrían hecho más implacable aún, sino que el imperialismo alemán lo habría implantado en el corazón de Europa dándole por fundamento, al menos parcialmente, el desarrollo del trabajo forzado en el marco de los campos de concentración. La victoria de los Estados fascistas implicaba un fortalecimiento y una extensión de las formas más brutales de la explotación del trabajo, que habría retrasado y, quizás, hecho imposible el paso del capitalismo a su estadio actual. Las innovaciones que elevan la productividad y el desarrollo del consumo de las masas se han convertido en el motor y la condición de la acumulación del capital. Es poco probable que hubiese sido igual si los señores de la guerra alemanes y japoneses hubiesen llegado a forjar imperios en los que la acumulación del capital hubiese procedido en gran parte de una explotación discrecional de una mano de obra implacablemente sojuzgada.”

Formas de explotación asimilables al trabajo forzado, a la esclavitud y a la servidumbre (sirviendo de coartada el racismo hacia los sometidos), la parte oriental de Europa reducida a una zona agraria, sujeta a impuesto y a prestación personal a voluntad, al servicio de la “raza de los señores” del Gran Reich que, a su vez, debía durar “mil años”, todo esto no tenía ya mucho que ver con el capitalismo, sino más bien con una especie de nueva Edad Media, utopía reaccionaria grandilocuente.

Europa presa de una guerra reactivada por los fascistas en 1939 y bajo su yugo desde 1940, es finalmente de los Estados Unidos de donde vendrá la respuesta decisiva, apoyándose en su cabeza de puente, Inglaterra. ¿Por qué de los Estados Unidos? Libres de toda Edad Media y habiéndose desembarazado de su pasado preburgués durante la guerra de Secesión (1860-1865), con el triunfo de los Yanquis del norte

sobre los esclavistas del sur, los Estados Unidos eran los mejor colocados para aceptar el desafío. Constituían la sociedad capitalista más poderosa del mundo, la más moderna en sus métodos de gestión y de organización de la producción. Allí, la dominación real del capital estaba más avanzada que en cualquier otra parte. Objetivamente (si se quiere ir más allá de las motivaciones subjetivas que animaban a los dirigentes americanos), es la salvaguarda del sistema capitalista, amenazado de regresión por el fascismo, lo que va a incitar a los Estados Unidos a entrar en guerra a partir de 1941. Asegurar la victoria del capitalismo moderno, esta vez sin apelación y sin contestación posible, contra las burguesías europeas demasiado pegadas a sus arcaísmos, tal será su verdadera motivación. De ahí su sentimiento de estar investidos de una “gran misión” que va a tomar la forma de una “cruzada” contra el fascismo. A partir del momento en que los Estados Unidos entraban en guerra, el fascismo había perdido ya la partida y, de hecho, a partir de 1941 no dejará de ir de derrota en derrota hasta su aplastamiento final en 1945. Por tanto, si ha habido triunfo del “gran capital”, no ha sido con el fascismo, ¡sino con la *democracia burguesa* americana!

## **Triunfo de la dominación real del capital después de 1945**

Efectivamente, es después de esta “formidable guerra de 1939-1945” cuando el capitalismo iba a *acabar* su paso a la dominación real, y esto, tanto en los planos económico y social, como cultural.

En el plano económico, hemos visto que es a partir de los años 1880-1890 (con la segunda revolución industrial) cuando esta dominación real toma su verdadera salida. Comienza entonces la organización científica del trabajo (O.C.T.), la puesta en marcha del sistema Taylor, mientras que ve el día un maquinismo más lanzado. De todas estas

innovaciones resultan unas capacidades productivas decuplicadas en condiciones de verter en el mercado masas de mercancías cada vez mayores. Sin embargo, hay un límite para esta dominación real que se instaura. Las capacidades de absorción del mercado son reducidas: el capitalismo encuentra esencialmente sus mercados en la sección I de los medios de producción (máquinas, instalaciones, infraestructuras), mientras que la sección II de los bienes de consumo se limita al consumo de lujo de los burgueses y a los bajos salarios de los obreros, lo que no permite apenas una gran salida de las mercancías. La productividad acrecentada del trabajo corre el peligro, por tanto, de desembocar en una crisis de superproducción catastrófica. De hecho, es en 1929 cuando llegará esta crisis, que todavía está en todas las memorias. La producción va a caer, en tres años, de 30 a 45%, los parados se contarán por decenas de millones, los salarios bajarán de 25 a 33%, el índice de los precios al por mayor en los Estados Unidos pasará de 95,3 en 1929 a 64,8 en 1932, y el PNB de 103,8 a 55,8 en 1933. La particularidad de esta crisis es que, contrariamente a las precedentes, no permite a la economía regularse espontáneamente: por más que se desechen, se rompan o se lancen al paro grandes cantidades de fuerzas productivas, esta “purga” no resulta, ningún nuevo arranque tiene lugar y la crisis no hace más que volverse más profunda. Se asiste, pues, a un *bloqueo* del sistema capitalista.

De hecho, lo que ponía en evidencia esta crisis era la necesidad de ir más lejos en la dominación real del capital. El antiguo modo de acumulación del capital estaba caducado. Había que encontrar otro apoyándose en el consumo de masas, o dicho de otro modo, desarrollando la sección II de los medios de consumo, permitiendo así relanzar el conjunto de la producción. Para eso bastará con aumentar los salarios, pero en contrapartida, a fin de que las ganancias no queden demasiado deprimidas, este aumento estará en función de las ganancias de productividad en el trabajo: al estar basada económicamente la dominación real del capital en la extracción de plusvalía relativa

(cuanto más aumenta la intensidad del trabajo, más crece la plusvalía), las ganancias de productividad vendrán a compensar el aumento de los salarios. Es lo que había experimentado ya Ford en 1920. Al hacer pasar de 2 a 3 dólares por día el salario de sus obreros, aun rebajando la jornada de trabajo de 9 a 8 horas, Ford no daba muestras de generosidad, pues al mismo tiempo había aumentado considerablemente la productividad de cada obrero que trabajaba en las cadenas de sus fábricas piloto, y las ganancias que extraía de ello compensaban ampliamente el aumento de los salarios que había concedido. Se necesitará, sin embargo, la crisis de 1929 para llevar al conjunto de la clase burguesa a este “nuevo reparto”. En los Estados Unidos, el Estado, apoyado por los sindicatos, se hará su promotor. Inspirándose más o menos en Keynes, se convertirá al mismo tiempo en un agente económico directo (por su programa de “grandes trabajos”, su ayuda a los parados) a fin de que la “demanda global” se eleve y permita así un nuevo arranque de la economía.

Comenzado en los años 30, este nuevo modo de acumulación del capital despegará verdaderamente después de 1945. Entonces será la epopeya del capitalismo de los “treinta gloriosos”. Mientras que el crecimiento económico se arrastraba en los años 30, entre 1945 y 1975 habrá un verdadero salto adelante que no se puede explicar sólo por la reconstrucción (terminada desde comienzos de los años 50): de media, 5 a 6% de expansión por año. Partiendo del índice 100 en 1950, el PNB de Gran Bretaña alcanzará la respetable cifra de 170 en 1972; el de los Estados Unidos, 206, es decir, se duplicará; Italia, Francia y la R.F.A. llegarán respectivamente a los índices 272, 273, 336, dicho de otro modo, grosso modo, se triplicarán; Japón, a su vez, rebasará todos los límites, alzándose hasta el índice 540<sup>32</sup>; en cuanto a las crisis, se limitarán durante todo este período a débiles recesiones que no excedían algunos trimestres.

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 42.

Si ahora observamos lo que sucede en el plano social, nos damos cuenta, ahí también, de los cambios operados con la dominación real triunfante.

En 1899, en *Reforma social o revolución*, Rosa Luxemburgo no se equivocaba al decir que el reformismo, en el marco del capitalismo, era un “cascarón vacío”. En efecto, aquello en lo que desembocaba la lucha cotidiana y sindical se reducía a la simple defensa de los salarios, pero sin que se pudiese hablar de una verdadera mejora de las condiciones de existencia de la clase obrera. Se trataba, decía Rosa Luxemburgo, de un “trabajo de Sísifo”, es decir, siempre a empezar de nuevo, pues lo que el capital concedía con una mano, lo quitaba con la otra. Por su parte, Lenin tampoco se equivocaba al reducir el fenómeno reformista a algunas aristocracias obreras. De hecho, como lo hemos subrayado anteriormente, el reformismo estaba sobre todo en las cabezas y mucho menos en los hechos. Era una aspiración puesta en perspectiva por los amos burgueses y repetida por los jefes sindicales y políticos obreros más que una realidad tangible: salvo excepciones, nada de seguridad social, de vacaciones pagadas, de jubilaciones, apenas derecho a la salud, a la vivienda, a la formación profesional, a las diversiones; en lo esencial, salarios de subsistencia aun trabajando de la mañana a la noche... Sin embargo, la ideología reformista estaba lo suficientemente incrustada como para mantener la llama: un día la clase obrera conseguiría imponer a los patronos toda una serie de reformas duraderas. Pero, ¿cuándo llegaría a concretarse esta esperanza, todavía quimérica? Los revolucionarios decían a la clase obrera que era irrealizable en el marco del capitalismo, pero ellos mismos, con su idea fija de la revolución, ¿no eran utopistas locos frente a este capitalismo todopoderoso que los reducía a predicar en el desierto, o bien los aplastaba despiadadamente si se les ocurría poner en obra su proyecto (como en París en 1871, en Berlín en 1919)?

Es a partir de 1929 cuando todo va a comenzar a bascular. En los años 30, la socialdemocracia escandinava llega al poder y emprende toda una serie de reformas. En Francia, es el Frente popular y la conquista de la semana legal de 40 horas y las primeras vacaciones pagadas. En los Estados Unidos es el New Deal, acompañado por un avance social. En una palabra, con la crisis de 1929, en lugar de un viento de revuelta soplando sobre el capitalismo, es un viento de reformas. Se conoce la razón de ello: estas últimas forman parte del nuevo modo de acumulación del capital que acabamos de analizar más arriba. Habría ido de otra manera si el capitalismo no hubiese estado en condiciones de efectuar tal avance. Pero no había llegado al punto en que ya nada le podía salvar: entonces habría saltado, y la revolución socialista habría estado a la orden del día (viniendo probablemente de los Estados Unidos, allí donde el capitalismo estaba más desarrollado). Después de 1945, todo este avance social se plasmará. El capitalismo, que antes era sinónimo de pauperismo y de paro, cambia de rostro. Se convierte en una sociedad del “bien-estar” y casi del pleno empleo. En su ardor nuevo para seducir y para complacer, ha inventado incluso una nueva fórmula que le concierne: la de “sociedad de consumo”... Pero es cierto, el nivel de vida de las masas progresa. Entre 1949 y 1973, los salarios reales aumentan, por término, un 2,5% por año en los Estados Unidos, 2,8% en RFA y en Gran Bretaña y 4% en Francia. Mientras que en 1954 sólo el 8% de las familias obreras francesas poseía un automóvil, el 0,8% una televisión, el 3,3% un frigorífico, el 8,5% una máquina de lavar, en 1975 poseen estos objetos en una proporción respectiva de 73,6% 88,8%, 91,3% y 77,1%. En 1950, la alimentación representaba el 50% del consumo de los asalariados, lo demás era dedicado al alojamiento y al vestido. A partir de los años 60, los gastos de alimentación no constituyen más que el 30%, aproximadamente, del consumo doméstico, mientras que cada vez se gasta más en la salud, las diversiones, el mobiliario<sup>33</sup>. Claramente,

---

<sup>33</sup> Ver *Historia del siglo XX*, ediciones Hatier, tomo II, p. 57.

esto significa que el salariado ya no es vivido como una implacable explotación del hombre por el hombre, sino que se convierte en una especie de esclavitud dorada que ofrece sus placeres, sus diversiones... De hecho, todo esto indica que el capitalismo ha llegado a un gran aburguesamiento material de las masas destinado a someterlas todavía más a su sistema y con un fin evidente de conservación social. En adelante, el reformismo ya no es un “cascarón vacío”, como decía Rosa Luxemburgo, se hace una realidad palpable que permite al capitalismo atar todavía más sólidamente los trabajadores a su sistema dorando algo sus cadenas, mientras que es presentado por las organizaciones obreras como una “adquisición”, como una “gran conquista”, cuando esta victoria no hace más que inscribirse en la lógica de desarrollo del capital, es decir, de su dominación real.

Otro avance: la reducción cada vez más drástica de las capas sociales intermedias tradicionales, los pequeños campesinos, los pequeños comerciantes, los artesanos. Éstas, que habían suministrado al fascismo el grueso de sus batallones, se ven literalmente laminadas económicamente. Incapaces de modernizar sus empresas, se encuentran arruinadas por la competencia de las grandes superficies comerciales, de las grandes explotaciones agrícolas, de las fábricas mecanizadas, y basculan definitivamente hacia el salariado. Es el “éxodo rural”, el fin de un mundo tradicional que había subsistido hasta ahora. La sociedad toma resueltamente un carácter urbano. En el interior de “ciudades nuevas” y de “zonas periféricas” vienen a amontonarse los nuevos recién llegados. De ello resulta un aumento de la clase obrera incluso si, paralelamente, aumenta igualmente el número de los asalariados improductivos.

Igualmente, es el fin del colonialismo, es decir, del viejo imperialismo que había caracterizado al capitalismo en su dominación formal. Y esto, bajo el efecto no solo de las luchas de liberación nacional que después de 1945 se desatan en todos los continentes extra-europeos, sino también en razón de la

evolución del capitalismo: en adelante, éste es capaz de asentar su dominación mundial únicamente sobre su fuerza económica (sus capacidades de producción) y prescindir cada vez más de sus antiguas formas hegemónicas, militares, cuando se apoderaba de los territorios por la fuerza de las armas y los entregaba al pillaje. También, los representantes más inteligentes de la burguesía han comprendido que el colonialismo no es más que un arcaísmo del que hay que desembarazarse. En lo sucesivo, el simple juego del mercado bastará para imponer la ley del más fuerte. De esta manera, los países capitalistas avanzados, al disponer de un aparato productivo superior, podrán continuar llevando los negocios, y los países más atrasados, ex-colonizados, incapaces de recoger el guante de la competencia, sólo podrán inclinarse.

De hecho, no hay dominio en que la dominación real del capital, triunfante, no tenga efectos. Así, en el de las costumbres y la moral. En otros tiempos, cuando su dominación formal, el capitalismo había adoptado una moral puritana, un conjunto de valores centrados en la ética del trabajo, el ahorro, el rechazo de los goces materiales. Todo esto formaba parte de la acumulación del capital orientada hacia la sección I de los medios de producción, y poco hacia la sección de los medios de consumo, si se exceptúa el consuno de lujo de una minoría privilegiada. Con el nuevo modo de acumulación del capital que se instala después de 1945, que desemboca en el consumo de masas, era fatal que la vieja ética de la renuncia, ya inadecuada al estado económico de la sociedad, se viese superada y volase en pedazos. Lo que se realizará con la “contestación” de los años 60 en que toda la generación que no había conocido el antiguo período de privaciones va a lanzarse a las parihuelas, rehusando dejarse regir más tiempo por códigos de conducta de otra época. Es así como tomó auge un tono libertario, y comenzó una “revolución cultural” tendente a romper todos los antiguos tabúes en materia de educación, de moral sexual, de discriminación entre los sexos. Se puso a adoptar nuevos modos de vestir “que liberasen los cuerpos”, a

apasionarse por nuevos ritmos musicales, a entregarse a drogas más o menos duras que permitiesen “manifestarse”, e incluso, ya puestos, presumir de “política”, criticando a las autoridades establecidas. De hecho, todo este “izquierdismo” no servía más que para una cosa: llevar la sociedad burguesa a reformar su vieja moral, de manera que se vuelva más hedonista, más “indiferente”, más tolerante, en una palabra, más adaptada a la fase de dominación real del capital. Lo que en buena parte se realizó. El orden establecido, dando pruebas de su modernidad, aceptó ir en el sentido deseado, y de este modo dejaron de estar puestos en el Índice la homosexualidad, el feminismo e incluso la pornografía.

## **El capitalismo no había caducado históricamente**

“Las premisas económicas de la revolución proletaria han llegado hace mucho tiempo al punto más elevado que pueda ser alcanzado bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer. Los nuevos inventos y los nuevos progresos técnicos no conducen ya a un crecimiento de la riqueza material”, escribía Trotsky en 1938 en *la Agonía del capitalismo y las Tareas de la IV Internacional*. Mirando lo que ha pasado después de 1945, se puede evaluar cuán equivocada era una tal afirmación. E igualmente, qué falso era decir, como Lenin en 1916, que el capitalismo había alcanzado su “estadio supremo”, o como Rosa Luxemburgo, considerar que en adelante este último estaba en una pendiente que le hacía declinar hacia la barbarie. Todas estas apreciaciones han sido desmentidas por la historia.

Sin duda, los marxistas de la época se veían confrontados a un capitalismo que encontraba en su camino obstáculos difíciles de superar y que parecía, por este hecho, conocer un eclipse. Por ello se inclinaron a concluir que se trataba de una fase de “agonía”. Pero la realidad era muy

distinta. Mirando hacia atrás, es posible ver claramente que lo que pasó entre 1914 y 1945 no correspondía de ninguna manera a una fase irreversible de hundimiento del capitalismo, sino a una *crisis de crecimiento* de éste que, una vez superada, iba a llevarlo a una nueva cima, la de la dominación real en todos los planos. Esta crisis dio lugar a luchas importantes, a guerras terribles, a enfrentamientos ideológicos que desgarraron la sociedad burguesa y en las que se mezclaron los pueblos, confundidas todas las clases. Se asistió, efectivamente, en esta época a muchas carnicerías, a matanzas organizadas<sup>34</sup>, no habiendo sido nunca esta industria tan próspera. Pero no es llegando a la conclusión de que se trata de la “locura de los hombres” como se puede explicar un tal fenómeno. Esta crisis, que duró treinta años, fue terrible, pues puso en juego de modo directo el destino de los hombres, sometiéndolos a pruebas terribles que debieron soportar. Sin embargo, si se hace el balance, se da uno cuenta que esta guerra de “treinta años”, que fue muy otra cosa que una simple historia de colonias que se disputa uno, de imperialismo que hace un nuevo reparto del mundo (aun si todo esto no estaba ausente, evidentemente), era necesaria para la eclosión completa del capitalismo, y es pura ilusión pensar que se habría podido prescindir de ella: el desarrollo del capitalismo no es pacífico y armonioso, pues su trayectoria forma parte plenamente de esa prehistoria de la humanidad en la que las evoluciones económicas y sociales se hacen bajo el imperio de contradicciones violentas, que toman aspectos ideológicos múltiples.

---

<sup>34</sup> No es cuestión de negar, o minimizar, el desenfreno mortífero que se abate sobre los judíos, especialmente a partir de 1941. Este genocidio se explica en gran medida por el fracaso, desde esa época, de la utopía nazi, que sufre en el frente del Este sus primeros reveses graves y se hunde en un nihilismo devastador. Muchos campos de concentración nazis son puros y simples lugares de exterminio de los judíos y, por consiguiente, no se puede explicar esto sólo por la racionalidad económica. Ahí tenemos una manifestación particularmente brutal de la regresión nazi.

Dado un tal curso histórico, resulta que la perspectiva revolucionaria socialista no tenía ninguna posibilidad de imponerse.

En efecto, al amenazar al capitalismo modernista, las tendencias retrógradas colocaban al movimiento socialista frente a un dilema insoluble: o bien defender la república burguesa atacada por las fuerzas reaccionarias, pero con riesgo de perder de vista su propia perspectiva de clase y, al final, traicionarla; o bien permanecer firmemente aferrado a ésta, contentándose con no dar la razón ni a los progresistas ni a los reaccionarios burgueses, pero esta vez a riesgo de hacer el juego a los segundos que, con su triunfo, habrían hecho recular otro tanto la perspectiva socialista.

Un tal dilema está planteado desde finales del siglo XIX y va a desestabilizar al movimiento socialista, dividiéndolo. Así, durante el ascenso del boulangismo en Francia, se tiene, por un lado, a los guesdistas que, en 1888, consideran que hay que limitarse exclusivamente a la propaganda socialista revolucionaria, “al ser el peligro ferrysta tan temible como el peligro boulangista”; por otro lado, se tiene a los “posibilistas” reformistas, pero también a los “alemanistas”, más a izquierda (Engels también está de acuerdo), que por el contrario son favorables a una alianza con los burgueses republicanos frente a la reacción boulangista. Igual escenario cuando el asunto Dreyfus. Lafargue, Guesde, Vaillant y el Partido obrero consideran que las polémicas desencadenadas a propósito de la inocencia o no de Dreyfus no hacen sino poner frente a frente a dos fracciones rivales de la burguesía: en consecuencia, el proletariado no tiene que tomar posición. Es asimismo la posición, en el seno del movimiento socialista internacional, de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht. Por el contrario, Jaurès y su tendencia, apoyados por Kautsky, toman la defensa de Dreyfus pues, declara Jaurès, “la república burguesa, en la hora en que se debate contra la conspiración militar que la rodea, proclama que ella misma necesita de la energía

socialista”. En Alemania, en 1920, cuando el golpe de Kapp, que apunta al derrocamiento de la república de Weimar, la dirección del partido comunista, al menos en las primeras horas del golpe, proclama que no levantará ni el dedo meñique para defender la república que masacró a los espartaquistas insurrectos un año antes. Paul Levi, por el contrario, con el apoyo de Zinoviev, entonces primer secretario de la Internacional comunista, denuncia esta posición como un “crimen” y un “puñetazo por la espalda a la acción más grande del proletariado alemán”. (La huelga general de los obreros, compacta, potente, tendrá por efecto hacer capitular a los golpistas.) En Italia, en 1922, el joven Partido comunista, bajo la dirección de Bordiga, rechaza todo frente único político con los socialdemócratas con el fin de combatir el fascismo, actitud que en Moscú denuncia Zinoviev como “sectaria” e “izquierdista”. Después, con el ascenso del fascismo en Europa, la cuestión de saber si el antifascismo debe ser burgués republicano o bien proletario socialista, se planteará con particular intensidad en España en 1936. Los anarquistas de la C.N.T.-F.A.I. y los marxistas del P.O.U.M. se inclinan por poco tiempo hacia la segunda solución, mientras que los estalinistas y los socialdemócratas optan por la primera. Finalmente, no sin algunos arreglos de cuentas sangrientos (jornadas de mayo de 1937 en Barcelona), es el antifascismo democrático burgués el que gana, atrayéndose incluso a los anarquistas. En la Resistencia y los movimientos de guerrilleros, se asistirá también, acá y allá, a este tipo de conflicto.

Lo vemos, la derecha del movimiento obrero es la que gana la partida, y esto al precio de una adhesión cada vez más acentuada a los valores democráticos burgueses.

De hecho, al venir a obstaculizar al capitalismo en su marcha hacia la dominación real, las fuerzas retrógradas no hacían más que rechazar la perspectiva socialista y, al mismo tiempo, daban una nueva legitimidad a la democracia burguesa. El peor producto del fascismo es el antifascismo, pudo decir

Bordiga, pues efectivamente el fascismo tuvo por efecto desviar al proletariado de su lucha contra el capitalismo y la democracia burguesa para, inversamente, emprender finalmente su defensa. Dicho esto, ¿había otra solución? No, pues si el fascismo había aparecido en la escena de la historia en tanto que movimiento retrógrado, esto significaba que la historia no planteaba el problema de la supresión del capitalismo: en este caso, es la izquierda del movimiento obrero la que se habría vencido. Evidentemente, se puede ver en el fascismo, como lo hizo Bordiga, no un retroceso, sino un avance del capitalismo en su evolución última. Pero aparte de que esta apreciación del fascismo es errónea, como ya lo hemos subrayado, se basa en una falsa visión del curso histórico: el fascismo no puede ser una regresión porque se cree que la historia describe permanentemente una progresión *lineal*. Ciertamente, si leyendo la introducción de Marx a la *Crítica de la economía política* parece que la historia vaya incesantemente hacia delante, sucediéndose los modos de producción los unos a los otros según una línea ascendente y continua, Marx no hace allí sino una descripción esquemática que suministra un hilo conductor general destinado a hacer inteligible la historia. Dicho esto, este esquema no puede dar cuenta exactamente de las fases de estancamiento, incluso de retroceso momentáneo. A este propósito, Engels, criticando al historiador alemán Maurer, observaba que éste compartía “el prejuicio de la filosofía alemana de las Luces según el cual es necesario que a partir de la obscura Edad Media tenga lugar un progreso constante: esto no sólo le impide ver el carácter antagónico del progreso real, sino también los reveses aislados<sup>35</sup>”. Así, como ejemplo de retroceso histórico, Engels señalaba la “reintroducción general de la servidumbre” en la Alemania del siglo XVI (mientras que ésta había estado en un “retroceso casi total de hecho y de derecho” en los siglos XIII y XIV), lo que había tenido por efecto retrasar el desarrollo industrial de Alemania dos siglos.

---

<sup>35</sup> Cartas de Engels a Marx del 15 y 16 de diciembre de 1882, *in el Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, Éditions sociales, Paris, 1954, pp. 299-300.

De igual modo, se puede constatar que la sociedad burguesa, después de brillantes inicios en el siglo XIX, va a conocer una especie de eclipse a partir de 1914, confrontada, como se ha visto, a fuerzas regresivas que trabajan desde el final del siglo XIX. Engels tiene, pues, razón cuando lanza pullas a la trivial filosofía burguesa de las Luces para la que la historia, después de “la oscura Edad Media”, no sería más que una sucesión ininterrumpida de progresos de la razón que ilumina cada vez más a una humanidad sedienta de conocimientos y de ciencias nuevas, hasta que alcanza, sin contradicciones, sin enfrentamientos, sin revolución, un alto grado de perfección. De hecho, la marcha hacia delante de la historia es mucho más caótica. Entre 1915 y 1945 tiene lugar una nueva guerra de “treinta años” que devasta Europa, que tiende a hacerla retroceder. Pero finalmente este declive será detenido: la sociedad burguesa, después de haber atravesado una fase crítica de su desarrollo, acaba con ella y sale más fuerte que nunca.

Esta visión del curso histórico rechaza tanto las concepciones llanamente evolucionistas como la decadentista del capitalismo, declarándolas nulas y sin valor.

La primera, incapaz de distinguir los retrocesos parciales, las fases de estancamiento, se incapacita, por ejemplo, para comprender correctamente el fascismo. En lugar de una reacción, verá en él un avance del capitalismo, incluso la forma última, la más moderna y acabada, de su dominación, porque está presa de su concepción lineal de la historia, “que debe” ir siempre adelante. Así esta concepción del curso histórico era, antes de 1914, la del marxismo oficial de la II Internacional. El socialismo, según los Kautsky y los Hilferding, maduraba lenta pero seguramente en el seno del capitalismo y todo se reducía a “la instrucción y la organización del proletariado” (Kautsky). De ahí una cierta concepción optimista y quietista de la Historia. Ésta obedecía a un progreso continuo y el socialismo iba a ser pronto su coronamiento.

Pero el estallido de la guerra y sus terribles consecuencias iban a actuar como una ducha fría sobre este bello optimismo. De golpe, a la tranquila certidumbre del socialismo iba a suceder una interrogante angustiosa a su cargo, de la que Rosa Luxemburgo será la primera en hacerse eco: ¡socialismo o barbarie! Hay peligro de “recaída en la barbarie” si el proletariado no es capaz de hacer surgir el socialismo. Después, tras el fracaso de la revolución proletaria en Europa, el triunfo del estalinismo y el ascenso del fascismo, esta problemática se verá amplificada, transformándose en una nueva visión de la historia: a partir de una fecha fatídica (por ejemplo, 1914), se decretará que en adelante existe un curso “decadente” del capitalismo, que ya no puede ser portador más que de guerras, de catástrofes terribles, de barbarie, de caída de las fuerzas productivas que, al final, desembocarán en la destrucción completa de la humanidad si el proletariado no interrumpe este descenso a los infiernos. Todo depende, pues, de él, su responsabilidad está comprometida. ¡Terrible misión la que se le confía! Helo ahí transformado en Mesías, en clase providencial, que debe salvar a la humanidad. Y mala suerte si un tal “salvador supremo” no se manifiesta, entonces será la caída final y el fin de la humanidad... De hecho, no es difícil ver que con una tal visión, el socialismo pierde toda base objetiva y todo carácter de necesidad, quedando todo supeditado a la voluntad del proletariado que, a su vez, puede muy bien actuar en el buen sentido como permanecer inerte, decidiendo únicamente su “libre albedrío”. Todo esto no tiene ya gran cosa que ver con el marxismo, es decir, con el materialismo histórico. En su lugar se pone una visión de la historia querida de los “filósofos de la libertad” para quienes, al ser puesto el hombre como sujeto libre, de ello resulta que el socialismo no está completamente asegurado. “Será el socialismo o la barbarie. He ahí la alternativa<sup>36</sup>”, afirmaba Trotsky en 1938, después de Rosa Luxemburgo. En razón de un tal

---

<sup>36</sup> Trotsky, *la Agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional*, ediciones La Brèche, Paris, 1983, p. 75.

indeterminismo de la historia, había, pues, que esforzarse a toda costa para que la “voluntad” del proletariado se pusiese en acción a fin de que hiciese que la balanza se inclinase del buen lado: “El deber de nuestro partido es coger a cada obrero americano por los hombros y sacudirlo diez veces para que comprenda en qué situación se encuentran los Estados Unidos<sup>37</sup>.” Pero, ¿habría bastado con “sacudirlo” diez veces? Quizá se hubiese necesitado hacerlo cien veces, mil veces, un millón de veces, y quién sabe si esto habría sido suficiente todavía... Un tal voluntarismo no podía conducir más que a un vano activismo y se derivaba de un análisis erróneo. Trotsky consideraba que el capitalismo había agotado sus posibilidades históricas de desarrollo y en adelante sólo podía declinar, cayendo en la “barbarie”, pero al mismo tiempo constataba que el proletariado permanecía inerte, por tanto, para él había de qué inquietarse. De hecho, no había nada de eso. El capitalismo estaba lejos de haber terminado su carrera, y como prueba, su increíble expansión después de 1945.

“Si se entiende por sociedad decadente una sociedad en que las fuerzas productivas se estancan y decaen, en que el racionalismo y el espíritu científico se marchitan, sumergidos por el remontamiento de las formas primitivas de pensamiento, en que la creatividad no se despliega más que para producir filósofos de la desesperación o de la esperanza mística, y en que la innovación no llega a engendrar más que extravagancias culturales, decir que el capitalismo ha entrado en decadencia en 1914 o en 1929 no tiene ningún sentido. Nunca ninguna sociedad, ni siquiera el capitalismo en el curso de la fase de su desarrollo que los marxistas calificaron de ascendente, había sido capaz de llevar al nivel que ha alcanzado actualmente su potencial de creatividad científica y tecnológica, y de utilizar tan rápidamente las innovaciones para decuplicar las capacidades productivas (...). Si hay una edad de oro del

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 77.

capitalismo, no se sitúa antes de 1914. Ha comenzado después de 1945. Es el parto inesperado de esta formidable guerra<sup>38</sup>.”

Sería insensato, en efecto, negar este desarrollo para inventarse, en su lugar, un capitalismo que se acaba. Éste, durante este período, no sólo fue todo lo contrario, sino que alcanzó su completo desarrollo haciendo progresar su principal fuerza productiva, la fuerza humana. Para verificar esto, basta considerar el criterio siguiente: la edad media de vida se ha elevado a ochenta años para las mujeres y setenta y cinco para los hombres, implicando un resultado semejante, jamás alcanzado, progresos significativos en los dominios variados de la salud, la alimentación, la vivienda, las diversiones. Por eso, a pesar de todas las críticas que se puedan hacer al capitalismo, es forzoso reconocer que si los trabajadores se han adherido a éste, y con ellos sus organizaciones llamadas “socialistas” o “comunistas”, no es porque estaban “engañados” (¡que es como decir que eran pobres estúpidos!), sino más bien porque sacaron provecho de él, especialmente aquellos que, formando parte de antiguas generaciones, habían conocido las pruebas y los rigores pasados y que, por este hecho, estaban mejor colocados para medir los cambios sobrevenidos que las nuevas generaciones, criadas, a su vez, con el biberón de la “sociedad del consumo”. Tal fue el secreto de este éxito del capitalismo que, sin esto, habría sido puesto en tela de juicio y, al final, hubiese sido rechazado y barrido. Que este progreso capitalista haya sido limitado, está en el orden de las cosas: un modo de producción no puede ir más allá de un cierto desarrollo de sus fuerzas productivas y, por tanto, humanas. Que haya correspondido a un aburguesamiento de los trabajadores, está también en el orden de las cosas: en toda sociedad de clases, si hay elevación de las clases inferiores, no puede operarse más que yendo en el sentido de los valores de la clase dominante. Que después de su desarrollo máximo, un tal progreso esté

---

<sup>38</sup> Pierre Souyri, *la Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, op. cit., p. 135.

destinado a declinar y después hundirse para ser reemplazado por un progreso superior correspondiente a un nuevo modo de producción, esto también está en el orden de las cosas. A aquellos que, en nombre de un anticapitalismo primario y ciego (de hecho, no marxista), pudieran pensar que nosotros formamos parte de los simples apologistas del capitalismo, nosotros respondemos: ¡éste no es el fin de la historia, y su sustitución por el socialismo es ineluctable!

## **En resumidas cuentas**

Hasta ahora, el modo de producción capitalista y, por consiguiente, su tipo de civilización burguesa, han estado, a pesar de algunos retrocesos, en expansión hasta el punto, como hoy, de invadir, aunque sea en distintos grados, el planeta entero. Esta expansión pudo ser contestada mientras el capitalismo no realizaba más que una dominación formal; así pareció, con la aparición del *Manifiesto del partido comunista*, a mitad del siglo XIX, el estallido de las revueltas obreras de junio de 1848 y de marzo de 1871, sin olvidar la creación en 1864 de una Asociación internacional de los trabajadores, que el capitalismo podía ser abatido próximamente. Pero después de 1871, iniciando en sus áreas avanzadas su dominación real, el capitalismo iba a hacer imposible su cuestionamiento revolucionario, integrando gradualmente el movimiento obrero en su sistema. A partir de entonces, las únicas contestaciones un poco serias de su dominación vendrán de zonas todavía ampliamente precapitalistas (Rusia en 1917-1921, España 1936-1937). Serán fácilmente neutralizadas, siendo inconquistable el centro del capitalismo, como lo demostrará el fracaso de la revolución europea occidental en 1918-1919. Al salir de 1945, después de haber tenido que hacer una nueva guerra de “treinta años” para asentar su dominación real, el capitalismo habrá terminado con las luchas de clase revolucionarias que más o menos habían salpicado hasta ahora su recorrido. A partir de esta fecha, efectivamente, se acabó el espectro del comunismo

del que hablaba el *Manifiesto* de 1848, pues éste del que se habla no es más que un falso comunismo, estalinista, de hecho un bloque militar que se enfrenta al bloque occidental, y que se inscribe en la lógica de rivalidad entre grandes potencias. En estas condiciones, el capitalismo se encuentra sin adversario verdadero y puede entonces desarrollar en el marco de su dominación real triunfante en los países avanzados todas sus capacidades, no sólo productivas, sino también de integración de los hombres en su modo de producción y en su tipo de civilización, simples engranajes de su sistema, incapaces de concebir un mundo distinto al del capitalismo. La última revuelta que tendrá lugar, en mayo de 1968, no vendrá de la clase obrera sino de las capas pequeñoburguesas intelectuales (estudiantes, profesores, artistas), que librarán el último combate de honor oponiéndose a la integración de la universidad, del mundo de las ideas y de las artes en general a la lógica del capital. Veinticinco años después de este acontecimiento es fácil constatar que estas capas, como las otras, han sido sometidas al capitalismo, doblegándose la universidad, la creación artística, a las exigencias de rendimiento y de eficacia del capital. Se asiste hoy a un triunfo completo de la ideología capitalista. La empresa, el mercado, el dinero, se han convertido en dogmas que nadie puede osar contestar. En el Este, los proletarios, con el fin del falso comunismo, no sueñan sino con el capitalismo de “consumo”, a la occidental, y en el Sur, los semi-proletarios son tentados por la emigración hacia el Norte, convertido para ellos en un espejuelo. En cuanto a los intelectuales, como buenos alumnos del Fondo Monetario Internacional y de la Banca mundial, no hacen más que recitar odas a la democracia mercantil al tiempo que claman su anticomunismo. Para hablar con claridad, la dominación real del capital ha llegado a ser tan real que desemboca en una dominación totalitaria, habiendo sido domesticada la inmensa mayoría.

Tal es el balance general. Pero, ¿qué conclusión hay que sacar? ¿Qué el capitalismo cierra la historia, como se nos

canta? Esto no tiene más sentido que lo que decía un cierto marxismo de bazar que había decretado la agonía permanente del capitalismo después de 1914 y reducido su expansión, después de 1945, a una fase de reconstrucción (de hecho, terminada desde 1950) o a una economía de armamento. El capitalismo ha sido hasta ahora un sistema en crecimiento y conviene recordar esa frase de Marx que hemos citado con frecuencia según la cual “una formación social no desaparece nunca antes de haber desarrollado todas las capacidades productivas que es capaz de contener”. Que así conste. Pero esta frase de Marx *también* significa que no existe un sistema en expansión que en un momento determinado no llegue a *explotar*. Hoy, el capital parece triunfante, pero este momento del mayor triunfo, ¿no sería al mismo tiempo su canto del cisne, el principio de su fin? Se nos dice que ya no hay adversarios, pero este consenso ¿no anuncia más bien un enorme disenso? Se afirma que su liquidación ya no es concebible, habiendo fracasado la lucha contra él, pero ¿no será más bien que ésta verdaderamente no ha comenzado, no habiendo sido todo hasta ahora, a fin de cuentas, más que escaramuzas y luchas preliminares, quedando por librar el grueso del combate?

Se comprenderá que este balance, una vez hecho, apenas tendría interés si desembocase en la ausencia de toda perspectiva revolucionaria. Es lo que quiere hacer creer el espectáculo organizado del sistema. Éste, en razón de su potencia, propala la idea de que es infranqueable, dispuesto a instalar a todo el mundo en el pesimismo y el desencanto. Lo consigue, pero sería estúpido pensar que va a poder proceder así indefinidamente.



## II

# PERSPECTIVAS

“Los comunistas somos todos muertos con la sentencia en suspenso.”

Eugen Léviné, combatiente espartaquista fusilado en mayo de 1919.



## **Un capitalismo en final de ciclo histórico**

### **Teoría general: del capitalismo al socialismo**

De una manera muy sintética Marx describía así este paso en el capítulo XXXII del *Capital*: “A medida que disminuye el número de potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social (el del desarrollo histórico del capitalismo, N.d.A.), se acrecientan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera, que aumenta sin cesar y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en un obstáculo para el modo de producción que ha crecido y prosperado con él bajo sus auspicios. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que ya no se pueden mantener en su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla en pedazos. Ha sonado la hora de la propiedad capitalista. Los expropiadores son expropiados a su vez.” En este texto están identificados todos los elementos fundamentales del proceso que lleva del capitalismo al socialismo: carácter caducado del capitalismo, miseria

creciente, proletariado, lucha de clase, revolución. Analicémoslos.

Para Marx, la superación del capitalismo tiene por condición previa un estadio histórico de desarrollo en que su sistema llega a ser económicamente imposible, hasta el punto de “romperse”. Pero esto no significa que va a desaparecer por sí mismo y así dejar el lugar al socialismo. Para que un tal paso se opere se necesita una intervención humana. El marxismo jamás ha dicho que es la economía la que hace la historia en lugar de los hombres, simplemente ha subrayado que éstos la hacen en condiciones económicas *determinadas*. Para el marxismo, cuando “suena la hora de la propiedad capitalista”, estos hombres son los proletarios, no porque sean dioses, una clase elegida y providencial (como se le ha hecho decir a Marx con mucha frecuencia), sino porque constituyen la clase que al sufrir de lleno “la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación” que engendra el capitalismo llegado a una fase en que sus contradicciones ya no pueden ser contenidas dentro de ciertos límites, es empujada a actuar contra él. A ésta acción del proletariado Marx la llama la *lucha de clases*. Ésta no tiene como presupuesto un ideal más o menos revolucionario, surge espontáneamente del suelo de la sociedad burguesa. Primeramente es una simple lucha de resistencia contra el capital, para después, a partir del momento en que el capitalismo entra en contradicciones económicas graves, hacerse francamente revolucionaria: como las condiciones de existencia del proletariado se hacen cada vez más dolorosas, está claro que sus reivindicaciones no podrán ser satisfechas más que si la emprende directamente con el orden social y político existente. Esta salida radical de la miseria la niegan todos los burgueses y pequeñoburgueses filántropos, humanistas, cristianos e incluso ciertos socialistas idealistas utópicos: “No ven en la miseria más que la miseria, sin ver en ella el lado revolucionario, subversivo que derrocará la sociedad antigua<sup>1</sup>”. Para ellos el proletariado no existe más que como

---

<sup>1</sup> K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Éditions sociales, 1969, p.133.

clase desdichada y pasiva a la que hay que aliviar, o bien a la que hay que iluminar con sus “luces” a fin de que sea capaz de una acción. Todo esto es vano y ridículo. Ciertamente, “es un fenómeno inevitable e inherente al curso del desarrollo que individuos que pertenecen hasta ese momento a la clase dominante vengan a unirse al proletariado en lucha y le aporten elementos de formación teórica. Es lo que ya explicamos en el *Manifiesto comunista*”, reconocían Marx y Engels<sup>2</sup>; sin embargo, sería falso llegar a la conclusión, añadían, “que los obreros son demasiado incultos para liberarse a sí mismos y que deben ser liberados primero por arriba, dicho de otro modo, por grandes y pequeños burgueses filántropos”. De hecho, cuando afirman en el mismo texto que su divisa es: “La emancipación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma”, quieren decir que ésta será llevada por sí misma a tomar conciencia de la necesidad de un cambio radical. ¿Cómo? Una tal conciencia revolucionaria no caerá del cielo, será producto de una situación histórica: la necesidad imperiosa de encontrar una salida a la crisis final del capitalismo es la que la llevará a pensar así. A partir de ahí, se verá obligada al mismo tiempo a plantearse el problema de la sustitución del capitalismo. Ahí también, sería falso imaginarse que para llegar a ello la clase obrera debería impregnarse de una ideología revolucionaria llamada “socialismo”, previamente pensada y debidamente consignada por algunos profetas especialmente inspirados. Si es cierto que el socialismo ha aparecido históricamente así, bajo una luz mística e idealista, después ha sido comprendido de una manera muy distinta: “Ella (la clase obrera, N.d.A.) no tiene que realizar ningún ideal, sino únicamente liberar los elementos de la vieja sociedad burguesa que se hunde<sup>3</sup>.” Efectivamente, el socialismo está ya contenido en el seno mismo de la producción capitalista: al concentrar y al socializar la producción (haciendo

---

<sup>2</sup> K. Marx, F. Engels, carta a Bebel, Liebknecht, Bracke, del 17-18 de septiembre de 1879, in *el Partido de clase*, Maspero, Pequeña colección, Paris, 1973, tomo III, p. 140.

<sup>3</sup> K. Marx, *la Guerra civil en Francia*, Éditions sociales, Paris, 1952, p. 52.

de ella una actividad dependiente de numerosas fuerzas de trabajo que actúan colectivamente y ya no individualmente), hace posible la apropiación social. Es esta posibilidad la que los obreros tienen que descubrir en la realidad misma que viven.

De lo que antecede resulta que el proceso que lleva del capitalismo al socialismo tiene el carácter de una necesidad histórica. Tanto la lucha de clases, la conciencia revolucionaria como la revolución dependen de condiciones objetivas. Éstas deben estar reunidas para poder manifestarse plenamente y llevar a bien un proceso histórico. Estas condiciones constituyen un *determinismo* económico y social que empuja al proletariado a actuar en la dirección del socialismo y a tomar conciencia de su necesidad: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia<sup>4</sup>.”

Este determinismo – o materialismo – de Marx ha sido contestado muchas veces, tachado de “fatalismo”. De este modo fue puesto en tela de juicio por el revisionista Bernstein, que hacía del socialismo una “aspiración moral”; por el irracionalista Sorel, que no veía en el socialismo más que un “mito movilizador”; por “el ortodoxo” Kautsky y su discípulo Lenin (*¿Qué hacer?*), para quienes la lucha de clases y el socialismo no se engendraban, siendo el socialismo una “ciencia pura” (económica, filosófica y social) elaborada por intelectuales radicales que tenían por tarea exportarla adentro del proletariado y así hacer que la lucha de clases superase el simple nivel “sindicalista”; por la socialista de izquierda Rosa Luxemburgo y el opositor de Stalin, Trotsky, quienes observando, la una, la bancarrota del movimiento obrero en 1914 hundiéndose en el abismo de la guerra, el otro, la

---

<sup>4</sup> K. Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, Éditions sociales, Paris, 1957, p. 4.

degeneración de la Tercera Internacional en el estalinismo y el ascenso del fascismo, llegaban a la alternativa “socialismo o barbarie”, dejando de ser el socialismo por eso mismo una necesidad para no ser más que una “elección” de la humanidad.

Un indeterminismo así tenía sus raíces en la inmadurez de las condiciones existentes o era fruto de los reveses que sufría la lucha de clases: como la historia no daba a luz el socialismo, se llegaba a revisar a Marx introduciendo en su materialismo histórico datos voluntaristas del tipo “espirituales” o “morales”, los cuales, desligados de sus fundamentos materiales, no podían tener más que un contenido idealista; finalmente, el socialismo sería el resultado de la “libre” voluntad de los hombres. Después, con la dominación real del capital dando la impresión de que estábamos tratando con un capitalismo indestructible en adelante, que se controlaba perfectamente, que integraba a los proletarios y vaciaba de todo contenido revolucionario la lucha de clases, un tal indeterminismo iba a reforzarse: en estas condiciones, el socialismo no podía ya ser sino un “deseo”, una “esperanza”, dicho de otro modo, una ¡súplica piadosa!

Las condiciones objetivas para el socialismo son “necesarias, pero no suficientes”, se decía. Esta teoría podía tener sentido en la medida en que se pensaba que era posible abreviar el curso histórico del capitalismo: como las condiciones objetivas no estaban reunidas más que en parte, se esperaba llenar esta laguna con una preparación subjetiva del proletariado (la educación socialista de las masas, la propagación de las ideas, etc.). Todo esto, como hemos visto anteriormente, fracasó. Una teoría así ha perdido, pues, toda validez. Queda por saber en qué punto se encuentra el capitalismo, hablando con objetividad: ¿está éste en trance de llegar a un estadio de desarrollo tal que acabará por hacer necesarias y suficientes las condiciones para que surja la voluntad de operar una revolución socialista victoriosa? Hay

que responder primero a esta cuestión para después abordar las perspectivas de superación del capitalismo que se ofrecen.

## **La economía capitalista cava su propia tumba**

Para la ideología dominante, después del hundimiento del “comunismo” en el Este, está hecha la prueba de que el capitalismo es económicamente insuperable. En adelante, todo se reduciría a saber qué “modelo” de capitalismo sería preferible. Para unos, sería el de un “ultra-liberalismo”, considerado por ellos como el más eficaz para engendrar crecimiento; para otros, sería el de un “liberalismo moderado”, único capaz de promover un mejor reparto del crecimiento.

Esta visión de un capitalismo que sería eterno, forma parte de una metafísica de la historia propia de los economistas burgueses. Para Marx, si el modo de producción capitalista es ciertamente una fase necesaria del desarrollo histórico, no por ello deja de ser una fase transitoria del mismo. Lo que se puede observar de distintas maneras.

Así, en el capítulo XXXII del *Capital*, Marx describe de la manera siguiente lo que él llama “la tendencia histórica de la acumulación capitalista”. Al principio existe la pequeña producción, la de los productores independientes que trabajan por su cuenta, ya sean campesinos o artesanos. Régimen económico, precisa Marx, que implica “la parcelación de la tierra”, “la dispersión de los otros medios de producción”, y que por tanto excluye “la concentración..., la cooperación en una gran escala”, así como “el maquinismo, la dominación científica del hombre sobre la naturaleza, el libre desarrollo de las potencias sociales del trabajo”. Este estadio corresponde a un “estado de la producción y de la sociedad estrechamente limitado”, hasta el punto que si se quisiese “eternizarlo sería, como dice pertinentemente Pecqueur, ‘decretar la mediocridad

en todo”. Por eso, por “dolorosa”, por “causante de fatigas” que sea, la expropiación de todos estos pequeños productores independientes llega a ser necesaria. A partir de ese momento, a la propiedad basada en el trabajo personal la substituye la propiedad capitalista basada, a su vez, en la explotación del trabajo de otro, en el salariado. En este estadio tenemos numerosos capitalistas que emplean en sus empresas a trabajadores que ya cooperan, que trabajan en común y no ya cada uno por su propia cuenta, como era el caso antes. Dicho de otra manera, se asiste a una socialización progresiva del trabajo. Pero el proceso evolutivo no se para ahí. Sosteniéndose el régimen económico capitalista en lo sucesivo “por la sola fuerza económica de las cosas”, se asiste entonces a una *nueva expropiación*: la “del gran número de los capitalistas por el pequeño”, y esto por “el juego de las leyes immanentes de la producción capitalista, las cuales desembocan en la concentración de los capitales”. En consecuencia, el capitalismo tiende por sí mismo a negarse, pues expropia cada vez más a los propietarios del capital, concentra cada vez más la propiedad en pocas manos, las de algunos potentados, banqueros y otros monopolistas; en esto indica que la tendencia histórica es a la expropiación de todos los detentadores privados de los medios de producción, siendo él mismo una “primera negación” de la propiedad privada, como dice Marx, mientras que el socialismo no es, a su vez, más que el resultado de este proceso.

Se puede observar igualmente otro fenómeno. El curso económico del capitalismo no es apacible, sino con choques. Va acompañado de crisis periódicas cuya característica totalmente nueva es que son de superproducción, y no ya de subproducción como ocurría en los modos de producción anteriores. Estas crisis existen porque la producción aumenta más rápidamente que las capacidades de absorción del mercado. Dicho de otro modo, estas crisis revelan la contradicción creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas: estas últimas constituyen un obstáculo para el desarrollo económico mismo. A partir de ese momento, a fin de poder

superar sus crisis, el capitalismo está obligado a destruir masas de mercancías invendibles, limitar sus capacidades de producción desguazando fábricas, despidiendo trabajadores condenados al paro. Sólo con ayuda de esta “purga” el capitalismo puede volver a encontrar el equilibrio y empezar de nuevo hacia delante. ¿Hasta cuándo se reproducirá este ciclo atormentado hecho de expansión, contracción, depresión y reactivación económica? Marx, en un pasaje muy sugestivo de los *Grundrisse*, responde: “Las contradicciones capitalistas provocarán explosiones, catástrofes y crisis en el curso de las cuales los paros momentáneos de trabajo y la destrucción de una gran parte de los capitales llevarán por la violencia al capitalismo a un nivel desde el que podrá reemprender su curso (...). Sin embargo, estas catástrofes que lo regeneran regularmente se repiten en una escala cada vez más amplia y acabarán por *provocar su derrocamiento violento,*”

“*El verdadero límite* de la producción capitalista, escribe Marx, es el capital mismo, o dicho de otro modo, el hecho de que el capital y la realización del valor aparezcan como el punto de partida y el término<sup>5</sup>.” En efecto, la producción de tipo capitalista no tiene por fin esencial el consumo, la producción de valores de uso, como se afanan en hacernos creer los paladines del capitalismo, ante todo es búsqueda de provecho, es decir, de dinero aumentado con una plusvalía, a su vez constituida por trabajo no pagado<sup>6</sup>. Ahora bien, este proceso de valorización del capital es al mismo tiempo su proceso de desvalorización: cuanto más busca el

---

<sup>5</sup> K. Marx, *el Capital*, edición popular por J. Borchardt, P.U.F., Paris, 1956, p. 376.

<sup>6</sup> “No hay que olvidar nunca que la producción de esta plusvalía (...) es el fin inmediato y el móvil determinante de la producción capitalista. Sería, por tanto, falso ver en esta última lo que no es: una producción que tiene por fin inmediato el disfrute, o la producción de medios de disfrute, para el capitalista (y naturalmente, ¡todavía mucho menos para el obrero!). En este caso se olvidaría el carácter específico de esta producción.” (*Ibid.*, p. 373.)

capital obtener provecho, tanto más ve su tasa media de ganancia bajar. Esta tasa es una relación entre el capital invertido (compuesto por el capital que Marx llama “variable”, es decir, el salario pagado a los obreros a cambio de la compra de su fuerza de trabajo, y por el capital “constante”, es decir, las materias primas, las instalaciones y las máquinas necesarias para la producción) y la plusvalía que resulta de la explotación de la fuerza de trabajo obrera. Pero como la competencia obliga a las firmas capitalistas a modernizarse, dicho de otra manera, a recurrir a un maquinismo cada vez más acentuado a fin de bajar sus costes de producción y así hacerse competitivos en el mercado, de este movimiento resulta “una composición orgánica del capital” (c+v) cada vez más alta: el capital constante (c) aumenta al tiempo que disminuye relativamente el capital variable (v), lo que tiene por efecto hacer caer la tasa de ganancia, por tanto, disminuir la rentabilidad del capital. Por supuesto, esta baja puede ser contrarrestada por diversos procedimientos (aumento de la tasa de explotación de la clase obrera sobre la base de una mayor intensidad del trabajo – las famosas cadencias -, compras de materias primas a bajo precio, utilización de las máquinas a pleno rendimiento) que tienen como resultado restaurar parcialmente la tasa de ganancia. Pero la lucha por los mercados y la competencia cada vez más feroz obligan a las firmas a modernizarse cada vez más, es decir, a introducir nuevas máquinas con mejores resultados todavía, lo que tiene por efecto arrastrar una nueva desvalorización del capital. De este proceso resulta que el capitalismo, una vez más, corre hacia su perdición, pues entra en una contradicción cada vez más insoluble para él: para valorizarse necesita trabajo vivo (trabajo asalariado) que al mismo tiempo excluye poco a poco y reemplaza por trabajo muerto (máquinas e instalaciones), lo que precipita su desvalorización (al ser incapaces las máquinas de generar plusvalía) y, por tanto, le acerca a su meta final.

Concentración creciente de la propiedad capitalista, crisis cada vez más catastróficas de la economía burguesa, desvalorización creciente del capital, tales son los diversos

fenómenos que se pueden observar y que permiten decir que el capitalismo cava económicamente su propia tumba.

Ciertamente, se podrá objetar que hay contra-tendencias que vienen a perturbar este determinismo económico. Ya hemos evocado la restauración parcial de la tasa de ganancia. Se puede asimismo observar la voluntad de los gobiernos de evitar las crisis de superproducción más severas por un intervencionismo de Estado y por el desarrollo de un consumo artificial (se habla de “sociedad de consumo”). De igual modo, para evitar un paro estructural que correría el riesgo de convertirse en colosal con el maquinismo creciente, al ser el desarrollo industrial la base principal de la riqueza y del crecimiento capitalista, se tiende a multiplicar los empleos de tipo parasitario (especialmente en el Estado) no sólo improductivos (no generadores directos de plusvalía) sino inútiles a la circulación y a la realización de la plusvalía. Pero estas contra-tendencias, que no se pueden ignorar, y que alejan algo el capitalismo de su modelo puro, tienen, a su vez, sus límites. Pueden alterar hasta un cierto punto las leyes que rigen el modo de producción capitalista, pero no son capaces de abolirlas; pueden retrasar algo la caída final del sistema, pero no está en su poder evitarlo; pueden permitir durante un tiempo al capitalismo adaptarse, pero son incapaces de modificarlo radicalmente, al continuar sus contradicciones objetivas actuando y acabando por volver con más fuerza; en pocas palabras, el capitalismo no es un sistema económico programado para la eternidad y llegará necesariamente el momento de su final de ciclo histórico.

Una vez recordados estos datos teóricos, queda por identificar esta fase terminal del capitalismo. Como hemos visto, muchos marxistas se han estrellado en esta cuestión. A los diagnósticos de agonía, el capitalismo oponía posibilidades de desarrollo que le permitían sobrevivir. Se trata, en la medida de lo posible, de evitar caer en el mismo error.

Dicho esto, en la situación presente, después de casi veinte años (tras los “treinta gloriosos” de 1945 a 1975) el capitalismo está sumergido en un marasmo económico permanente que se traduce en un crecimiento débil y un paro creciente. ¿Se trata de una simple ralentización, preludio de un nuevo avance, o bien es el primer signo de una crisis final del sistema que se inicia? Y, primeramente, ¿cómo explicar la situación económica que se ha creado?

## **Fracaso del keynesianismo**

Lo hemos señalado anteriormente, la producción de tipo capitalista tiene como meta no las necesidades humanas, sino la ganancia, es decir, el dinero que, una vez invertido en la producción, sale de ella aumentado por una plusvalía. Una operación así es posible gracias, por un lado, a la explotación de la clase obrera que permite a los capitalistas apoderarse gratuitamente de una parte del trabajo de ésta y, por otro lado, porque las mercancías que contienen este trabajo no pagado a los trabajadores encuentran la ocasión de venderse en el mercado, lo que permite entonces a la ganancia realizarse en forma de dinero. Sin embargo, se plantea una cuestión: ¿quiénes son los compradores de las mercancías ofrecidas en el mercado? ¿Los trabajadores? Ciertamente, pero éstos compran solamente dentro del límite de sus salarios, es decir, del valor de su fuerza de trabajo. Lo que significa que el mercado está asegurado en lo esencial por los capitalistas mismos. ¿Cómo es posible esto? Éstos compran para sus necesidades personales un cierto número de bienes de consumo con los ingresos constituidos por las ganancias que obtienen de la explotación de sus obreros. Sin embargo, si gastasen así todas sus ganancias – admitiendo que esto fuese posible – no habría reproducción ampliada del capital: una vez gastado, el dinero no se acumularía sino que volvería a su valor inicial. Para que tenga lugar la acumulación del capital, es necesario que una parte de las ganancias sea reinvertida productivamente, es decir, bajo la forma de nuevos

medios de producción. Cada capitalista será llevado, por tanto, a ampliar su campo de actividades y, aguijoneado por la competencia, se convertirá en comprador de nuevas máquinas o instalaciones complementarias. Resulta que la producción capitalista está dirigida, ante todo, al sector de los bienes de producción.

De ello se sigue que este sector tiende, al compás de la acumulación del capital, a hipertrofiarse en relación con el sector de los bienes de consumo que, a su vez, queda limitado sólo a las necesidades de lujo de los capitalistas y a los salarios de subsistencia de los obreros. Las crisis de superproducción que asaltan periódicamente al capitalismo a causa de la anarquía del mercado recaen esencialmente sobre los medios de producción. Crisis que, por los enormes poderes productivos que son puestos en acción, tienden a hacerse cada vez más severas. Así, la de 1929 será colosal y confirmará este diagnóstico establecido por Marx: “La razón última de todas las verdaderas crisis sigue siendo siempre la pobreza y el límite impuesto al consumo de las masas, contrariamente a la tendencia que, por otro lado, empuja a la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si el límite de estas últimas residiese en el poder absoluto de consumo de la sociedad<sup>7</sup>.”

Ahora bien, desarrollando el consumo de las masas es precisamente como el sistema capitalista iba a poder remontar su crisis catastrófica de 1929. Al mismo tiempo le será posible relanzar el sector de los bienes de producción, al conllevar el aumento de los bienes de consumo nuevos pedidos de máquinas e instalaciones. En el origen de esta innovación estará el keynesianismo. La intervención del Estado estimulará, con ayuda del déficit presupuestario y del aumento de los impuestos sobre las ganancias patronales, “la demanda global” por medio de una política de “grandes trabajos” y un crecimiento de las

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 381.

capacidades de consumo de las masas (ayudas a los parados, aumento de los salarios, etc.). Sin embargo, a fin de que, en contrapartida, las ganancias no queden muy deprimidas, estas medidas tendrán como condición un aumento de las ganancias de productividad; dicho de otra manera, la parte de provecho deducida será compensada con una explotación más intensa de la clase obrera, cuyo rendimiento en el trabajo deberá crecer sin cesar: a partir de los años 30, generalización del taylorismo, del “trabajo fragmentado al máximo”, en cadena.

Después de 1945, este nuevo modo de acumulación del capital despegaba totalmente, y se conocen sus resultados: una expansión vigorosa, crisis cíclicas atenuadas, mientras que el consumo de las masas aumenta en proporciones desconocidas hasta entonces y el paro es reabsorbido con el casi pleno empleo.

Este “milagro económico” va a durar treinta años, hasta 1974-1975. En esta fecha estalla, por primera vez desde 1945, una crisis generalizada y seria de todas las economías capitalistas avanzadas. La producción cae un 14,4% en los Estados Unidos; 19,8 % en Japón, 11,8% en la R.F.A., 10,1% en Gran Bretaña, 13,6% en Francia, 15,5% en Italia; el número de parados, a su vez, se eleva a 17 millones para el conjunto de los países de la O.C.D.E. Después de esta crisis, si no ha ocurrido nada catastrófico, las economías se han enfangado en el marasmo, y el paro no deja de crecer: según un informe de julio de 1993, afectaría a 35 millones de personas en el conjunto de los países de la O.C.D.E., cifra a la que habría que añadir 13 millones de parados “disfrazados” (asalariados sometidos al trabajo temporal bajo la forma de interinos y de contratos de duración determinada) y “desanimados” (no anotados en las listas oficiales del paro).

La tendencia, pues, no se ha modificado. Lo que en un tiempo constituyó una fuente de expansión para el capitalismo, las recetas keynesianas del consumo de masas, del pleno

empleo y del intervencionismo estatal, se ha revuelto finalmente contra él.

El modelo keynesiano no era viable para el capitalismo más que si las ganancias de productividad compensaban el alza de los salarios destinada a acrecentar el consumo de masas. Ahora bien, a partir de la mitad de los años 60 se observa una baja sensible de las ganancias de productividad. La causa reside en el casi pleno empleo, que crea una relación de fuerzas relativamente favorable a los trabajadores. Éstos se aprovechan de esta situación no sólo para ejercer una presión salarial sostenida, cuyo efecto más espectacular será la huelga general de mayo-junio del 68 en Francia, sino que además la emprenden con la organización taylorista del trabajo que les somete a cadencias infernales, por medio de “huelgas tapón”, o del absentismo. Las huelgas reivindicativas y de resistencia hacen fracasar parcialmente la racionalidad capitalista, lo que acaba por provocar la baja de las ganancias<sup>8</sup>.

Otro factor ligado al modelo keynesiano y que actúa negativamente sobre las ganancias: el aumento de las deducciones obligatorias del Estado, una parte de las cuales proviene de los impuestos sobre las sociedades y sobre los patrimonios<sup>9</sup>. En efecto, el consumo de masas implica un conjunto de equipamientos colectivos (infraestructuras urbanas, de carreteras, etc.) que el Estado toma a su cargo y financia con

---

<sup>8</sup> Así, en su libro *el Futuro de cara* (Le Seuil, 1984, p. 15), Alain Minc observa que, “desde 1966, la parte de las ganancias no ha dejado de reducirse a favor de los salarios (...). Da testimonio de ello el peso de los salarios en el producto nacional bruto, que ha pasado, por ejemplo en Francia, de 61,5% a 65,3% en 1975”.

<sup>9</sup> De este modo, las tasas (en porcentaje del P.I.B.) de las deducciones obligatorias pasan, en Francia, de 34,5% en 1965 a 43,7% en 1975, en la R.A.F., de 31,6% a 35,7%, en Gran Bretaña, de 30,4% a 35,7%, en los Estados Unidos, de 25,9% a 29%. (Fuente, O.C.D.E., in P. Rosanvallon, *la Crisis del Estado-providencia*, Le Seuil, 1992.)

el impuesto, afectando a las ganancias de las empresas. Estos costes crecientes pesan sobre la acumulación del capital.

Finalmente, el aumento de los empleos improductivos, que se constata en el capitalismo avanzado, no participa poco en esta erosión de la ganancia. Por trabajo improductivo se entiende el que no genera ganancia pero que es necesario a la circulación del capital (gestión, comercialización, publicidad, bancos, seguros) así como a la estabilidad y al buen funcionamiento de la sociedad burguesa (policía, ejército, educación, información, justicia, etc.), estando generalmente asegurados los empleos de este sector por funcionarios del Estado. Se trata de gastos accesorios inevitables que limitan la valorización del capital. De este modo, las ganancias que, por ejemplo, pueden extraer las empresas comerciales provienen de hecho de la plusvalía producida por la clase obrera de la industria, una parte de la cual es transferida a fin de financiar la venta, la publicidad, etc. Los empleados que trabajan en estas empresas están sometidos a un tipo de trabajo asalariado particular. Éste no produce plusvalía, pero sirve para realizarla por la venta de las mercancías. Estos asalariados son retribuidos, por tanto, según el valor de su fuerza de trabajo, pero como esta retribución tiene su fuente en la ganancia industrial, de la que una parte es transferida al capital comercial, esto tiene necesariamente una influencia negativa sobre la tasa de ganancia general. A esto se añaden los numerosos funcionarios<sup>10</sup> que, a su vez, chupan una parte importante de ganancia. Además, en las empresas industriales, se asiste al aumento del personal de encuadramiento (encargados, cuadros administrativos, gestores diversos) y de los puestos de vigilancia destinados a impedir la caída de los rendimientos en el trabajo. Todos estos agentes, si bien no crean plusvalía, actúan para que los obreros produzcan más. Sin embargo, como

---

<sup>10</sup> “En los países avanzados, el Estado emplea desde los años 60 al menos del 12 al 15% de la población activa, contra un máximo de 4 a 5% a principios de siglo”, observa P. Souyri en *la Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, ediciones Payot, Paris, 1983, p. 138.

constata P. Souyri, “el coste creciente de su mantenimiento no deja de ser una pesada carga. Ésta no es soportable más que en la medida en que el crecimiento de los costes del trabajo de todas las categorías de la empresa y a escala de la sociedad global que no producen plusvalía, puede ser compensada con un crecimiento más rápido aún de la productividad del trabajo. Pero de todos modos, la proliferación de las capas improductivas, que es la expresión social de la hinchazón de los gastos accesorios de la extracción y de la realización de la plusvalía, tiende a deprimir la tasa de ganancia<sup>11</sup>.”

Todos estos factores que acabamos de resaltar, al acumularse y actuar en distintos grados contra las tasas de ganancia, hacen que éstas caigan de una manera caracterizada en los comienzos de los años 70<sup>12</sup>. El “conflicto petrolero” de finales de 1973, que conlleva la multiplicación por cuatro del precio del petróleo, no hará más que añadirse a esta degradación de las tasas de ganancia.

Las empresas, al ver su rentabilidad especialmente tocada, disminuyen sus actividades. En lugar de invertir, se contentan con liquidar sus existencias y, consecuentemente, proceden a despidos masivos. Es la crisis generalizada. Crisis de rentabilidad del capital y no de superproducción, hablando con propiedad, incluso si toma su forma. En efecto, en lugar de la deflación que sobreviene con el hundimiento de los precios de las mercancías y de los salarios (fenómeno típico de la crisis de superproducción), es la inflación la que se precipita, intentando las empresas compensar la caída de las tasas de ganancia con el aumento de los precios.

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 146.

<sup>12</sup> Así en los Estados Unidos esta tasa, que era del 8,6% en 1948-1950 (¡de 16,2% antes de impuestos, *nota bene!*) ya no es más que del 5,4% en 1973; en Gran Bretaña, de 6,7% en 1950-1954 (de 16,5% antes de impuestos) de 4,1% en 1970; en el Japón, de 14% antes de impuestos, de 10,9% en 1973. Ver Ernest Mandel, *la Crisis*, ed. Champ Flammarion, Paris, 1985, pp. 25-27.

Que finalmente esta crisis de 1974-1975 haya sido remontada con la ayuda de la buena vieja receta keynesiana del déficit presupuestario, eso no contradice esta constatación: el modelo keynesiano ha mostrado su límite al desembocar en una depresión caracterizada de la rentabilidad del capital. Al final, pues, se plantea su puesta en tela de juicio. “Las ganancias de hoy harán las inversiones de mañana y los empleos de pasado mañana.” Este eslogan de la época marca bien cuál es en lo sucesivo la preocupación mayor del capitalismo. Si en los años 30 su pesadilla era la superproducción, a partir de los años 70 lo que importa ante todo es la restauración de la tasa de ganancia, y ahí Keynes no sirve para gran cosa. De ahí el retorno a las teorías neoliberales, monetaristas, la exaltación del libre cambio, la deificación del mercado, el oprobio lanzado sobre “el Estado-providencia”, siendo considerada esta nueva orientación capaz de volver a dinamizar el capitalismo.

### **El efecto agravante de las “nuevas tecnologías”**

Una de las características del capitalismo es revolucionar por oleadas sucesivas los medios de producción. La “revolución informática” que tiene lugar a mitad de los años 70 se inscribe en esta serie de conmociones que ha visto al capitalismo pasar de la era de la máquina de vapor a la de la electrónica. Ésta, con sus diversas aplicaciones en la industria (máquinas con mandos numéricos, concepción asistida por ordenador, robots, talleres flexibles) no puede dejar de tener consecuencias económicas. Empujadas por la competencia, las empresas capitalistas se lanzan a una modernización de su aparato productivo que les permite bajar sus costes de producción aumentando la productividad del trabajo al tiempo que economizan en mano de obra. Al exigir las nuevas tecnologías menos personal, las empresas se hacen más competitivas, conquistando partes de mercado. De este modo tienen lugar espectaculares reestructuraciones en la siderurgia,

la metalurgia, el automóvil, yendo acompañadas cada vez por reducciones importantes de los efectivos.

A causa de esta evolución, los comentarios han ido a buen paso. Se ha hablado de “nueva sociedad” que está emergiendo. De hecho, estas innovaciones tecnológicas presentadas como una gran “mutación”, tienen como efecto principal agravar la tasa de ganancia del capital: al sustituir las máquinas más perfeccionadas al trabajo vivo, único creador de plusvalía, la rentabilidad del capital no puede hacer otra cosa sino que caer todavía más. Ciertamente, la baja de rentabilidad es contrarrestada parcialmente gracias al bloqueo de los salarios reales. La mano de obra rechazada de la producción por las nuevas máquinas, así como el paro de la crisis de 1974-1975, que está lejos de haber sido reabsorbido, permiten que se reconstituya un ejército de reserva importante, capaz de pesar sobre los salarios y acabar con el absentismo del personal y las numerosas huelgas que habían caracterizado el período precedente. Y de hecho, a partir de 1975, los movimientos de huelga se derriten como la nieve al sol. Una paz social ejemplar se instaaura. El miedo a perder su empleo paraliza a los trabajadores, que ya no sueñan en reivindicar sino en aumentar su productividad, a fin de no formar parte de los “excluidos”. Paralelamente, se asiste a la aparición cada vez más masiva de trabajo precario: colocación de una mano de obra interina o con contrato de duración determinada, forzada a aceptar las tareas más mal pagadas y que enseguida se puede rechazar al capricho de la coyuntura y de la cartera de pedidos de las empresas.

Sin embargo, se está lejos del final. Si este nuevo dato social que se está haciendo un lugar tiene por efecto atar más sólidamente los trabajadores al capital, a sus exigencias de rendimiento y de competitividad, no permite compensar la carrera a la modernización que, a su vez, eleva cada vez más la composición técnica y orgánica del capital y disminuye, por tanto, su rentabilidad. En una palabra, la baja de su tasa de ganancia no ha sido verdaderamente detenida. Y los capitales,

en lugar de invertirse en la producción, prefieren refugiarse en la especulación e inflarse artificialmente, con el riesgo de provocar cracks financieros como el de octubre de 1987. En estas condiciones, una verdadera reactivación económica no es posible. Las tasas de crecimiento, a pesar de algunas escampadas, siguen siendo débiles. Mientras que antes de 1975 eran del 5 al 6% de media por año, en adelante alcanzan penosamente del 1 al 2%. ¿Qué quiere decir este capitalismo anémico que, desde hace unos veinte años, se ha instalado y no ha dejado de agravar el paro, que golpea en los países de la O.C.D.E. al menos a 50 millones de individuos?

## **Final de ciclo histórico**

A partir de 1975, un hecho nuevo ha aparecido: la disminución *absoluta* de la clase obrera (es decir, la principal creadora de plusvalía, al estar el sector terciario compuesto en buena parte por improductivos), en la mayor parte de los países del capitalismo avanzado. Así, en Francia, la clase obrera (comprendido el sector B.T.P.: Construcción y Obras Públicas), que había pasado de 7 millones en 1959 a 8 millones en 1974, es decir, un aumento en quince años del 13% aproximadamente, ha recaído en 1985 a 6 millones y medio, es decir, una disminución del 19% en once años<sup>13</sup>. Se objetará que si el número de obreros profesionales y especializados ha disminuido, por el contrario, el de los ingenieros, los técnicos y otros nuevos profesionales ha aumentado en razón de las nuevas tecnologías, que piden un personal más calificado. Si es cierto que esta fuerza de trabajo calificada (también productora de plusvalía) toma más importancia, no llega a compensar la pérdida de obreros tradicionales. Así, los técnicos que eran 650.000 en 1982 no son más que 720.000 en 1990. Los contra maestres, 550.000, no han aumentado. Los cuadros de empresa (ingenieros, etc.) han pasado ciertamente de 900.000 a

---

<sup>13</sup> Ver *Partage*, nº 31, 1986.

1,3 millones, pero en adelante el paro les concierne igualmente (en julio de 1992 eran 162.000 parados) mientras que la A.N.P.E. registra un crecimiento del 40% del paro de los jóvenes diplomados. Esta disminución absoluta de los trabajadores productivos se verifica igualmente en Gran Bretaña, en Italia, donde el descenso de los efectivos es similar, en Alemania a pesar de que a causa de la posición dominante de este país en el mercado mundial, esta baja es menos sensible aunque, también allí, se inicia la misma tendencia en adelante: así en el automóvil, donde deberían desaparecer de 100.000 a 200.000 puestos de 780.000 en los cinco próximos años<sup>14</sup>. En los Estados Unidos, casi 3 millones de empleos en el sector manufacturero se han perdido entre 1979 y 1992.

Una vez más aún, se trata de un fenómeno inédito, pues hasta ahora, para que el capital se acrecentase aunque fuese débilmente, le hacía falta aumentar cada vez la fuerza de trabajo obrera, de modo que ésta fuese capaz de poner en movimiento el capital constante complementario invertido. Como escribía Marx, “acumulación del capital es, por tanto, al mismo tiempo crecimiento del proletariado<sup>15</sup>”. Incluso si, a medida que se acumula el capital, la composición orgánica de éste tiene por efecto un aumento mayor del capital constante que del capital variable, este último, aunque disminuya relativamente, no deja de aumentar de un modo absoluto. En lo sucesivo, esto ya no es cierto. El crecimiento no crea ya empleos, destruye más de los que hace surgir nuevamente. Según la opinión misma de los “expertos”, para que una tendencia así se invierta y pueda de este modo reabsorber parcialmente el paro estructural, se necesitaría un crecimiento del 5%, lo que en lo sucesivo es impensable.

“Los economistas están perdidos... En todo caso, no hay en la comunidad científica una teoría dominante, unitaria y

---

<sup>14</sup> Ver *le Monde*, Informes y documentos, septiembre de 1993.

<sup>15</sup> K. Marx, *el Capital*, libro I, tomo 3, Éditions sociales, Paris, 1959, p. 55.

global para explicar el paro masivo y duradero<sup>16</sup>.” De hecho, lo que los señores economistas burgueses no quieren ver es la zona límite en la que en adelante entra el capitalismo. En efecto, éste significa explotación del trabajo vivo; sólo este último es capaz de hacer que una cierta suma invertida en la producción salga de ella, una vez efectuada la venta, más importante que al principio; del dinero que aumenta y se acumula, no son sus artífices el comercio, la especulación o la máquina, sino la actividad productiva humana, la única capaz de producir más valor del que exige su mantenimiento. “Como cualquier otro elemento del capital constante, la máquina no produce valor sino que solamente transmite el suyo al artículo que fabrica<sup>17</sup>.” En consecuencia, se necesita toda la confusión que alimentan los economistas burgueses, que ponen la ganancia en relación con el capital constante, muerto (o bien con la venta, rara vez) y no con el capital variable, vivo, para no ver lo que en adelante hiere al modo de producción capitalista: su incapacidad creciente para extraer plusvalía del trabajo vivo y, por tanto, obtener ganancia, ganándole el capital constante completamente la partida al variable. Sin duda, es cierto que la ley del capitalismo es producir riqueza con un gasto de fuerza de trabajo humano cada vez menor, aun cuando continúa haciendo de este trabajo vivo la fuente y la medida del valor del capital. De ahí la *contradicción creciente*: el capital depende del trabajo vivo al mismo tiempo que lo suprime gradualmente y lo sustituye por máquinas. La fuente de acumulación del capital es condenada de este modo a agotarse, como su tasa de ganancia a declinar. Esta contradicción, no la puede resolver. Si llega a la automatización generalizada, se suprime pura y simplemente como capital. Pero como al mismo tiempo es empujado, por su propia lógica de desarrollo, a ir en esta dirección, la contradicción no puede más que exacerbarse a medida que se acerca a este punto límite.

---

<sup>16</sup> Ver *le Monde*, Informes y documentos, septiembre de 1993.

<sup>17</sup> K. Marx, *el Capital*, libro I, tomo II, Éditions sociales, Paris, 1960, p. 72.

Hoy, con la última revolución tecnológica, la exacerbación de esta contradicción se hace cada vez más espectacular con el desarrollo del paro masivo y permanente. Las “nuevas tecnologías”, las “mutaciones industriales” presentadas orgullosamente por los paladines del sistema capitalista como una prueba clamorosa de su vitalidad son en realidad su tumba; significan, conforme al análisis marxista, que las fuerzas productivas no podrán ser encerradas mucho tiempo en el marco de las relaciones de producción capitalistas. En pocas palabras, lo que hoy se llama comúnmente “la crisis” no es otra cosa sino el final de ciclo histórico del capitalismo.

Este final de ciclo aparece igualmente en el aumento sin precedentes del sector terciario, que ya es ampliamente mayoritario en el seno de la población activa<sup>18</sup>. Constituye un sector ampliamente improductivo, es decir, no creador de plusvalía (sin embargo, esto no vale para los transportes, las comunicaciones, clasificados en los servicios, pero que participan en realidad en la producción). Dicho de otro modo, al crear el trabajo asalariado para la producción de plusvalía con vistas a su valorización, el capital ha llegado a hacer de la mayoría de los asalariados individuos que viven de esta plusvalía (a cambio de su trabajo improductivo), lo que va completamente en contra de su objetivo inicial y marca su declive irreversible como modo de producción. Este declive se acentúa tanto más hoy cuanto que, incapaz de dar trabajo, incluso en el sector terciario que constituyó durante mucho tiempo una válvula de seguridad que permitía limitar el paro, este sistema se ve reducido a proponer “pequeños trabajos”,

---

<sup>18</sup> Así, mientras que en los Estados Unidos el porcentaje del sector terciario en relación con los activos era del 57% en 1969, alcanza el 70,2% en 1988; en Gran Bretaña se pasa de 48,5 a 68,3%; en Japón, de 45,6 a 58%; en la R.F.A., de 40,3 a 54,5%; en Francia, de 42,4 a 62,9%; en Italia, de 33,4 a 57,5%. (Cifras suministradas por A. Fontaine en *los Socialismos: la Historia sin fin*, ediciones Spartacus, Paris, 1992). A partir de los años 70, ha habido, por tanto, desplazamiento, convirtiéndose el terciario en netamente mayoritario.

“empleos de proximidad” y otros “cursillos para perder el tiempo” que no sirven más que para disimular las cifras reales del paro.

Se podrá objetar que si este final de ciclo del capitalismo vale para los países más avanzados, ¿qué pasa en el resto del mundo? ¿Habría en otros lugares posibilidades de desarrollo que le permitiesen, como sistema mundial, encontrar una segunda juventud?

## **El fracaso del capitalismo de Estado en el Este**

Paralelamente al capitalismo de Occidente, existía otro capitalismo en el Este, bautizado como “socialista”, cuya ambición claramente manifestada desde el principio de los años 30 era alcanzar, y después superar, al primero. En competencia con él, pretendía suplantarlo gracias a su economía estatificada y planificada. Este capitalismo de Estado se presentaba como una solución de futuro, más eficaz, más racional y que iba a derrotar por completo al antiguo capitalismo de tipo liberal y privado. El final de los años 80 ha registrado su fracaso. ¿Cómo se llegó hasta ahí?

Desde 1956 este sistema empieza a entrar en crisis. El kruchovismo, que sucede al estalinismo puro y duro, se hace intérprete, a su manera, de esta crisis con las tentativas de reformas que pretende introducir. Eficaz cuando se trataba de operar un despegue industrial, de emprender una acumulación primitiva a gran escala – ir rápido según un plan impuesto de una manera despótica -, el capitalismo de Estado estalinista comienza a revelar su pesadez a partir del momento en que el objetivo es alcanzado: el capitalismo ruso tiene necesidad en delante de libre empresa, de competencia, de mercado. Sus dirigentes se dan cuenta más o menos. Es en este sentido en el que van las propuestas de reformas del profesor Liberman a principios de los años 60, que preconizaba la autonomía de las

empresas. En la misma época, otro economista, A. Aganbegian, resalta el peso excesivo del sector de los bienes de producción en relación con el de los bienes de consumo, que ha sido sacrificado a la industria pesada; este desequilibrio es un factor de desaceleración de los ritmos anuales de crecimiento que, de 11,3% en los años 1951-1955, han descendido a 5,7% en los años 1961-1965. Sin embargo, para llegar a operar eficazmente tales reformas, habría que operar un desmantelamiento a lo grande del capitalismo de Estado. Después de 1956, se contentan con acabar con las formas de sumisión del trabajo al capital basadas en el terror y de las que el estalinismo había hecho abundante uso durante su gran período (1930-1950) con el fin de quemar etapas. Pero suprimir las formas de coacción más brutales (que se ejercían igualmente sobre los dirigentes) sin pasar radicalmente a un nuevo modo de gestión, corre el riesgo de revelarse como un remedio peor que la enfermedad que se quiere combatir: una vez acabado el terror, ¿no hay que temer que se relajen la disciplina y el rendimiento en el trabajo? ¿Que el abandono, el despilfarro y un vasto sistema de corrupción se instauren, ahora que el hacha estalinista ya no está suspendida sobre las cabezas? A guisa de cambio se limitan a un capitalismo de Estado flexibilizado. La reforma de 1965 concede una cierta autonomía a las empresas. Una parte de los beneficios que ganen estarán a su disposición para su autofinanciación, otra fracción será distribuida en forma de primas y ventajas sociales al personal, de manera que se interese en los beneficios. Se da prioridad a la industria pesada, aunque se haga un esfuerzo para acrecentar los bienes de consumo<sup>19</sup>. El gran punto negro es la agricultura, al ascender su parte en las inversiones hasta el 20% en 1968, pero para recaer después al 5%. Para el resto se mantiene la estatificación, así como la planificación, aun cuando ésta, en los hechos, no va más allá del horizonte anual.

---

<sup>19</sup> En 1970, para 100 familias, se cuentan 51 aparatos de televisión, 32 frigoríficos, 51 lavadoras; en 1984, se pasará respectivamente a 96, 91 y 70. Ver Jean-Marie Chauvier, *U.R.S.S., una sociedad en movimiento*, ediciones de l'Aube, Paris, 1990, p. 142.

Si el capitalismo de Estado ha sido ligeramente reformado, no ha sido verdaderamente puesto en tela de juicio. La burguesía de Estado saca provecho de él y los trabajadores comienzan igualmente a encontrar sus ventajas: les asegura la garantía del empleo, les permite una cierta resistencia a la explotación bajo la forma de absentismo o de débiles rendimientos en el trabajo, sin olvidar la seguridad de viviendas (aunque insuficientes), transportes, asistencia médica, casi gratuitos.

En una palabra, todo el mundo se instala en este capitalismo de Estado “que ha sentado la cabeza”. Sin embargo, si todavía ilusiona con su poder de disuasión militar, “el hegemonismo soviético”, sabiamente señalado con el dedo por los Occidentales, ¿es capaz económicamente de mantener la estabilidad? A principio de los años 80 estalla la crisis de verdad. La caída de las tasas de crecimiento, cercanas a cero, da testimonio de ello. La productividad del trabajo es muy baja. “Una fábrica se construye en once o doce años, contra uno y medio o dos años en el resto del mundo<sup>20</sup>.” No es así como el capitalismo ruso, llamado “socialista”, “alcanzará y superará” al de Occidente. El retraso respecto de este último no puede sino hacerse más grande y, finalmente, habrá que establecer un balance de quiebra de todo el sistema.

En este contexto, los dirigentes rusos llegan a la idea de una “perestroika”. Se trata de un cuestionamiento global del capitalismo de Estado, de su reconversión, operada más o menos rápidamente, en una “economía de mercado” a la occidental. En otras palabras, los responsables del sistema reconocen que ha fracasado y que hay que liquidarlo. La rentabilidad del capital había acabado por desplomarse. Por esta razón, entre las primeras reformas, está previsto crear una reserva importante de parados (16 millones) a fin de incitar a

---

<sup>20</sup> Citado por J.M. Chauvier, *op. cit.*, p. 322.

los trabajadores a “volver a poner manos a la obra”, actuando como aguijón el miedo a perder su empleo. Es lo que declara sin rodeos un reformador como N. Chmeliov: “El riesgo de perder su trabajo (...) es una excelente medicina contra la pereza, la embriaguez, la irresponsabilidad<sup>21</sup>”. Dejemos para él sus apreciaciones, del más puro estilo burgués y capitalista, sobre los trabajadores rusos que no son más que borrachos si no son explotables a merced, pero es un hecho que éstos habían acabado, poco o mucho, por acomodarse a un capitalismo de Estado post-estalinista que les pagaba mal, pero en el que igualmente no trabajaban con mucho ardor.

A propósito de un tal fracaso, lo que se puede decir, desde un punto de vista marxista, es que este sistema, no socialista pero tampoco capitalista clásico, arrastraba la desventaja de estar privado del libre mercado, de la competencia entre empresas, de la libre iniciativa de éstas; encorsetado por una planificación burocrática y un Estado que pretendía ser omnipotente (aun cuando, en los hechos, había relajado la vigilancia: la corrupción y el despilfarro lo atestiguan), el capitalismo ruso no era capaz de florecer, al no poder desarrollarse plenamente sus relaciones de producción (ley del valor, mercado, dinero); de hecho, este capitalismo de Estado, lejos de ser una forma superior del capitalismo, como lo teorizaron algunos (que veían en él el estadio más evolucionado del capitalismo, o bien un sistema llamado “burocrático de Estado” que iba más allá del capitalismo, sin llegar a ser socialista, no obstante), no era más que una forma inferior, grosera, de éste; era lógico que mostrase bastante rápidamente sus límites.

Queda por saber si su adhesión al liberalismo (presentado como la panacea) es capaz de traer sus frutos y que un desarrollo capitalista importante tenga lugar así en el Este.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 322.

Por el momento, lo que ha conllevado la introducción del liberalismo en cuestión es sobre todo una depresión económica y social acentuada. En la ex-U.R.S.S. la producción ha caído más del 30% en tres años; si las cifras oficiales del paro siguen siendo bajas, por el contrario, la miseria se instala con la multiplicación de las personas rechazadas, de los que no tienen domicilio fijo (podría haber 200.000 en Moscú, unos 7 millones en la Rusia europea). En los países ex-satélites de la antigua “Unión soviética”, sólo “los Estados Bálticos, Polonia y los dos Estados que en adelante componen la ex-Checoslovaquia consiguen limitar el daño”, en los demás sitios es el “crecimiento negativo”. “En todos los países los ingresos reales de las familias han descendido (...). El fenómeno más preocupante es el ascenso del paro: 8% de la población activa en la ex-Checoslovaquia y Hungría, 12% en Polonia y en Bulgaria, 20% en Rumanía<sup>22</sup>.”

Así pues, a guisa de “transición dolorosa”, como dicen los comentaristas occidentales, es sobre todo a una regresión económica y social de una gran amplitud a lo que asistimos. El antiguo capitalismo de Estado no ha sido verdaderamente reemplazado, pero, en adelante desajustado completamente por las “reformas”, sucumbe con un montón de escombros encima de él. “La economía de mercado” tan alabada como remedio milagroso no tiene una realidad muy seria: para que la consiga, sería necesario que las economías del Este renovasen su aparato de producción, que es demasiado obsoleto para ser competitivo en el mercado mundial; ahora bien, a los países capitalistas avanzados no les interesa “ayudarles” a modernizarse; por eso, los créditos en dirección al Este se hacen con cuentagotas y ninguna ayuda masiva del género del “plan Marshall” está seriamente en el orden del día. La Europa “comunitaria” extendida al Este forma parte de las intenciones piadosas...

---

<sup>22</sup> Ver *le Monde*, Informes y documentos, septiembre de 1993.

El impulso migratorio proveniente del Este y que se ejerce hacia el Occidente, principalmente en dirección a Alemania, lo atestigua: los países del Este están convirtiéndose en tercermundistas. Su única baza es una mano de obra barata que puede llevar algunos inversores occidentales a cambiarse de lugar y crear así algunos polos de desarrollo. Por lo demás, todo indica que se dirigen hacia una “economía del pobre”, mafiosa, chapuceada, en otras palabras, hacia un capitalismo de rebaja; para decirlo de una vez, el capitalismo en esta parte de Europa tiene todas las posibilidades de estar fuera de competición y hay motivos para pensar que es así como terminará su carrera.

## **El capitalismo en el resto del mundo**

Si ahora se echa una ojeada a lo que se ha convenido en llamar el “tercer mundo”, uno se da cuenta de que la situación no es mucho más brillante. La desigualdad de desarrollo en relación con los países occidentales es flagrante. Mientras que las exportaciones de los productos manufacturados de los países de la O.C.D.E. alcanzaban una cifra de negocios en 1985 de 949.000 millones de dólares, las del tercer mundo no representaban más que 157.000 millones de dólares<sup>23</sup>. La deuda exterior de este último se elevaba a 911.000 millones de dólares (de los cuales, 385.000 para América latina y el Caribe). Algunas de estas zonas vemos cómo se descuelgan de un modo acentuado; así el África subsahariana, donde hay crecimiento cero mientras que la demografía se hace galopante, ella misma producto del subdesarrollo.

De hecho, teniendo ya que soportar un pesado retraso estructural, los países del tercer mundo han sido las primeras víctimas del mercado, en lo sucesivo completamente mundializado y sin trabas, que se ha instalado: cada vez más incapaces de tener economías aut centradas, han debido

---

<sup>23</sup> Ver *Informe del Banco mundial*, 1987, cuadro 14.

“ajustarse” a este mercado sin riberas que beneficia a los fuertes y no a los débiles, que permite a los países desarrollados capitalistas invadir con sus mercancías los mercados del tercer mundo, estando totalmente a su favor la libre competencia, salvo en algunos dominios (la industria textil, por ejemplo).

Con este juego del mercado, el distanciamiento entre países capitalistas avanzados y países atrasados no hace más que agrandarse. Teniendo como consecuencia para estos últimos la ruina de millones de pequeños productores provocada por la competencia del mercado mundial, y que van a aglutinarse a barrios de chabolas gigantescos que forman las masas de subproletarios y de excluidos (que representan del 30 al 50% de la población potencialmente activa) atenazados por el hambre y que no subsisten más que gracias a recursos extremos. En una palabra, “el dulce comercio” – el mercado – no para de causar estragos, de hacer víctimas; según su lógica, el capitalismo concentra la riqueza en un polo y condena al resto del mundo, es decir, a la mayor parte del planeta, al subdesarrollo, a la miseria, como aparece evidente en nuestro fin de siglo de capitalismo “triumfante”.

El hecho de que millones de estos excluidos del tercer mundo vengan a llamar a la puerta de los países desarrollados no tiene, por tanto, nada de extraño y es la prueba de la incapacidad del capitalismo para desarrollarse verdaderamente en la mayor parte del mundo. A falta de poder emprender una tal expansión, se ve reducido a hacer un poco de caridad, en su interés, por supuesto, para que el desequilibrio entre países ricos y países pobres no llegue a ser socialmente explosivo. De esta manera, de vez en cuando distribuye ayudas alimenticias de urgencia. La inmigración forma parte igualmente de su “grandeza de alma”. Inmigración que, no obstante, tiene sus límites en la medida en que corre el riesgo de chocar demasiado con el paro ya existente en los países desarrollados. Lo que implica controlar los flujos migratorios, al no poder, evidentemente, el capitalismo de los países ricos “acoger toda la

miseria del mundo"... y dejarse "invadir", sin reaccionar, por millones de menesterosos, mal que les pese a los defensores idealistas del derecho de asilo que, colocándose en el terreno pequeño burgués del humanismo angelical, hacen abstracción del sistema económico en vigor y son incapaces de ver que la única solución es la supresión del capitalismo, comenzando por donde éste se ha superdesarrollado.

A la constatación de un capitalismo desfalleciente se podrán oponer algunas excepciones; especialmente el desarrollo impetuoso del capital en Asia del Sureste: no sólo con los famosos "cuatro dragones" (Corea del Sur, Hongkong, Singapur, Taiwán) sino también en China en sus "cinco zonas económicas especiales" (las Z.E.E., abiertas a los capitales extranjeros) donde, al parecer, se estaría experimentando "el socialismo de mercado"... Sin olvidar Malasia, Indonesia, Filipinas, Tailandia, incluso Vietnam, que también entrarían en la danza. Mientras esperamos, los hechos hablan por sí mismos: las empresas crecen como champiñones: en China, en 1992, el crecimiento de la producción se ha elevado un 20%; "en Tailandia, las tasas de crecimiento de 1987 a 1990 han sido del 11% anual (las más elevadas del mundo) y en 1991, del 8% (Francia: 1,2%)<sup>24</sup>".

He ahí lo que puede servir un poco de consuelo a los que empezaban a desesperar del capitalismo... ¿No está éste, en estos "nuevos países industriales de Asia", rehaciéndose una santidad? Mejor aún, ¿no se asiste allí a un nuevo nacimiento que hace que, lejos de haber entrado en su final de ciclo, se estaría preparando para inaugurar otro, en el otro cabo del mundo?

Lo que explica en gran medida este despegue económico son las tasas de ganancia ventajosas que ofrece esta región a los capitales extranjeros, hasta el punto que algunas

---

<sup>24</sup> Ver *le Monde*, Informes y documentos, septiembre de 1993.

empresas occidentales han llegado incluso a cambiar de lugar. La razón de esta rentabilidad no es difícil de encontrar: los salarios son netamente inferiores a los salarios occidentales, y si en China se registra actualmente un crecimiento especialmente fuerte es porque los salarios son todavía más bajos (de 5 a 7 veces) que los de Hongkong, a su vez ya 4 veces inferiores a los practicados por los Occidentales... Dicho esto, hay que subrayar que este capitalismo que se ha desarrollado en una parte de Asia del Sureste se limita, en lo esencial, a la producción de ropa y de la electrónica para el gran público (salvo en Corea del Sur y, en menor medida, en Singapur), es decir, en sectores en que la composición orgánica del capital sigue siendo débil a causa de la importancia del capital vivo aún necesario para estos tipos de producción.

Hay que ponderar, pues, en su justo valor el esplendor capitalista de estos países. Su industrialización es muy relativa. “En todas partes, salvo en Singapur, la población sigue siendo mayoritariamente rural y los empleos industriales representan el 10% de los activos en el mejor de los casos<sup>25</sup>.” En cuanto a China, aparte de sus zonas privilegiadas, no escapa a la tercermundialización de su economía: podría haber 140 millones de parados, de los cuales 35 millones en las ciudades. En pocas palabras, sería ilusorio pensar que el capitalismo estaría dando un nuevo salto adelante en esta región del mundo. Simplemente, atezado por su desvalorización, busca nuevos espacios que, en algunos dominios de la producción, podrían revelarse fructíferos; es lo que ocurre hoy en Asia del Sureste, pero mañana esta zona de prosperidad puede muy bien desaparecer tan rápidamente como había surgido, en provecho de otra que se revele más ventajosa, desplazándose el capital incesantemente, en algunos sectores, en su búsqueda cada vez más ardua de rentabilidad.

---

<sup>25</sup> *Ibidem.*

## **Hacia una regresión social generalizada**

De este vistazo general resulta que el capitalismo, esencialmente, se concentra en tres grandes polos (América del Norte, Europa Occidental y Japón, con una parte de Asia del Sureste de modo accesorio), no estando ninguna otra zona del mundo en condiciones de tomar el relevo e inaugurar un nuevo ciclo del capital. Todo se resume en saber en qué va a desembocar el ciclo que acaba del capital en sus polos avanzados.

Proseguir las modernizaciones como ha hecho hasta ahora se convierte cada vez menos en una solución para él. Éstas han desembocado en una disminución notable de la clase obrera, es decir, la fracción más importante del salariado que crea plusvalía. Pero el capital no puede suprimirla del todo, so pena de suicidarse (igual que para la burguesía, cuyos intereses de clase están ligados al mantenimiento del capitalismo). A fin de mantener, en la medida de lo posible, la producción basada en el valor de cambio y en la ley del valor (un capital ficticio no aguantaría mucho tiempo y se hundiría en un gigantesco crack monetario) no es cuestión, para él, de suprimir la clase obrera, por el contrario, es vital que la someta más duramente a esta ley. Dicho de otra manera, en virtud de su propia ley de conservación el capital no busca la automatización generalizada sino una explotación reforzada de la clase obrera y de los trabajadores en general: acabar con el reparto de ganancias de productividad que había permitido a los salarios elevarse (fordismo), poner en tela de juicio las “conquistas” sociales, atacar las condiciones de existencia del conjunto de los trabajadores (incluso las de aquellos que no producen plusvalía), no hay otros medios para volver a elevar la tasa de ganancia, revalorizar el capital.

De hecho, es esta tendencia la que ya ha comenzado a dibujarse. *¡Social, por aquí la salida!*<sup>26</sup> Poco a poco, el capital anuncia el sesgo. “La protección social” se hace cada vez más sospechosa, con su abismo financiero como imposible de llenar, las asignaciones a los parados son sometidas a sospecha con los “falsos parados” que se aprovecharían, al parecer, de su ganga, el régimen de las pensiones habría que revisarlo, mientras que a los más acomodados se les avisa que se preparen con sistemas de pensiones privados.

Pero todo esto no es más que nadería comparado con lo que queda por realizar en materia de regresión social. Hasta ahora, después del estado de marasmo que se ha instaurado a partir de 1975, aparte de la capa de los excluidos que ha sido sacrificada a las modernizaciones (los “nuevos pobres”), los trabajadores de los países avanzados, en la mayoría de los casos, no se han encontrado en una situación de pauperización acentuada, aunque cada vez estén más inquietos por su futuro. Las “ventajas adquiridas”, aunque amenazadas, no han sido cuestionadas globalmente. Los salarios reales, aunque bloqueados, no han caído, por término medio, de un modo significativo. En el sector público, millones de trabajadores continúan teniendo su empleo garantizado, con jubilación asegurada. En pocas palabras, la mayoría de los asalariados continúan constituyendo, por su nivel de vida, una vasta capa media.

Ahora bien, es todo esto precisamente lo que deberá modificarse. Ante todo, comprimir los costes salariales en razón de los problemas de rentabilidad y competitividad que plantean a las empresas. Para alcanzar este objetivo, no sólo es necesario bajar los salarios de los trabajadores productivos, sino también los de los improductivos, cuyos gastos accesorios gravan demasiado las ganancias del capital. El sector público hay que

---

<sup>26</sup> Alain Lebaube, *¡Social, por aquí la salida!*, Le Monde Éditions, Paris, 1993.

revisarlo también: se trata, en todas partes donde sea posible, de privatizar, o bien transformar algunas actividades en servicios mercantiles sometidos a la competencia, a fin de reducir la masa salarial.

Los medios para llegar a un rigor salarial así son diversos. Está la contratación de los jóvenes con el S.M.I.C. (salario medio inter-categorías, N.d.T.) (cada vez más falto de reglamentación), con el regalo a las empresas, por parte del Estado, de la disminución de las cargas patronales durante un período de tiempo, lo que les permite, una vez transcurrido éste, despedir y volver a contratar a nuevos jóvenes en las mismas condiciones. Está “el reparto del trabajo”: en lugar de despedir, las empresas imponen la disminución de los salarios, es decir, una masa salarial correspondiente a la que habrían debido llegar si hubiesen efectuado los despidos. Está el chantaje de los traslados: so pena de trasladarse a otra parte, donde la mano de obra es más barata, las empresas intiman a los trabajadores a aceptar nuevas condiciones salariales revisadas a la baja. Está el desentendimiento progresivo del “Estado-providencia”, incluso en la rica Alemania: “Para asegurar el futuro de la competitividad de Alemania, el gobierno propone una larga lista de medidas que afectan a las finanzas públicas, al trabajo, a los gastos sociales y a la educación. Globalmente, el objetivo es hacer retroceder el Estado-providencia llevando, al final del decenio, las deducciones obligatorias al nivel anterior a la unificación, el 45,8% de la riqueza nacional contra el 50,5% actualmente. El señor Rexrodt (ministro de economía) ha indicado, por lo demás, que estima necesaria una baja del poder de compra de los asalariados durante varios años.” (*Le Monde*, 4 de septiembre de 1993). El paro existente fuerza a los asalariados a aceptar las condiciones cada vez más draconianas que impone el capital a la compra de su fuerza de trabajo. La creación de vastas zonas de libre cambio (C.E.E., A.L.E.N.A. con los Estados Unidos, Canadá y Méjico), en el interior de las cuales hay “una libre circulación de capitales, mercancías y hombres”, es asimismo un excelente medio para el capital de

operar una nivelación de los salarios por abajo: esto permite poner directamente en competencia, por encima de las fronteras, las mercancías fuerza de trabajo y conseguir aquellas cuyo coste es más barato. Como dice un comentarista burgués: “Que es paradójico oír pedir auxilio a la Europa social, ¡como si su objetivo fuese unificar las normas salariales hacia arriba, a fin de proteger a los asalariados mejor pagados de la competencia de las zonas menos desarrolladas!<sup>27</sup>”. Los acuerdos de Maastricht entran totalmente en esta lógica de regresión social. Llevan a la constitución de un organismo supranacional que tenga plenos poderes, económico, monetario, financiero, que decidirá las grandes orientaciones, tanto presupuestarias como fiscales y sociales. De hecho, por el sesgo de esta Unión económica y monetaria, se trata de reducir a nada los diversos “Estados-providencia” nacionales que disponían hasta ahora de un cierto margen de maniobra, especialmente en el dominio social. A partir de entonces, tendremos un “liberalismo muy avanzado”; será un banco (el Banco central europeo) el que, cortocircuitando los Estados nacionales, se encargará de las grandes opciones; dicho de otra manera, es el capital mismo el que, sin intermediarios, distribuirá sus directrices, decidirá lo que es bueno para él, no teniendo este poder como únicos criterios más que sus exigencias de rentabilidad y competitividad, ¡en suma, el ideal del poder para el capitalismo! Es en esta “construcción europea” en la que se afana el capitalismo cada vez más transnacional que sale a la luz y uno de cuyos objetivos mayores es la liquidación del social-reformismo que le estorbaba.

En pocas palabras, lo que está inscrito en la lógica de final de ciclo del capital es el retorno de la inmensa mayoría de los trabajadores, sean productivos (productores de plusvalía) o improductivos (realizadores de plusvalía), a una situación de clase pobre, reducida a un salario de subsistencia, en la cual toda garantía y toda seguridad son abolidas y tal como

---

<sup>27</sup> *Le Monde*, Informes y documentos, *op. cit.*

finalmente lo había previsto el análisis marxista: “La condición del trabajador debe empeorar a medida que el capital se acumula<sup>28</sup>.” Esta tendencia catastrófica, tan frecuentemente contestada (y que, de hecho, aparece como contestable a primera vista, al menos en los países capitalistas desarrollados) es la tendencia pesada que irresistiblemente está en marcha. En otros términos, no es sólo en el paro masivo en lo que desemboca el capitalismo en su final de ciclo, también es en la pauperización absoluta de los trabajadores, que se hará evidente a partir del momento en que éstos vean su nivel de vida hundirse y sus “conquistas” fundirse como la nieve al sol. Entonces las agujas se pondrán completamente en hora. Los hechos mostrarán por sí mismos que la “sociedad de consumo”, el “capitalismo con rostro humano” y otros vanos fetiches reformistas no eran más que un paréntesis en la vida del capital, transformándose éste, en su evolución última, en mitos descoloridos.

## **Hacia crisis de superproducción cada vez más graves**

¿Saldrá del apuro, no obstante, el capital? Se acuerda uno de que su modo de acumulación estaba basado en el “fordismo” (una política de altos salarios que desembocaba en el consumo de masas, que tiene como condición una productividad creciente del trabajo, por tanto, una producción de plusvalía complementaria), lo que le había permitido después de 1929 y sobre todo después de 1945, proseguir su expansión y evitar las crisis de superproducción severas tipo 1929. Habiendo sido llevado el capital, a causa de la rentabilidad, a empobrecer cada vez más a los asalariados, por tanto, a cuestionar este consumo de masas, no es difícil ver sus consecuencias: no podrá hacer otra cosa más que volver al viejo problema de la superproducción, que había creído arreglado después de 1945;

---

<sup>28</sup> K. Marx, *el Capital*, *op. cit.*, tomo III, p. 88.

dicho de otro modo, caerá de Caribdis en Escila: volcán de la producción contra pantano del mercado; contradicción que Engels describía así hace más de un siglo: “La enorme fuerza de expansión de la gran industria, a cuyo lado la del gas es un verdadero juego de niños, se nos manifiesta ahora como una necesidad de expansión cualitativa y cuantitativa que se ríe de toda contra-presión. La contra-presión está constituida por el consumo, la salida, los mercados para los productos de la gran industria. Pero la posibilidad de expansión de los mercados, tanto extensiva como intensiva, está dominada en primer lugar por leyes muy diferentes cuya acción es mucho menos enérgica. La expansión de los mercados no puede ir a la par de la expansión de la producción. La colusión es ineluctable y como no puede engendrar solución hasta que no haga estallar el modo de producción capitalista mismo, se hace periódica<sup>29</sup>.”

La última recesión (comenzada en 1991 en los Estados Unidos y que se ha desatado enseguida en Europa y Japón) ha marcado el regreso a la crisis de superproducción clásica (la tendencia a la deflación aporta la prueba) que describe Engels. Fue consecutiva a la baja del consumo (debida al paro masivo y duradero, así como a la tendencia de los salarios a la baja) y a la saturación de los mercados en todo el mundo (los mercados solventes disminuyen por el agotamiento del crédito: todos los países, tanto sus Estados como sus empresas y particulares, están endeudados fuertemente – de ahí las elevadas tasas de interés – y deben, por consiguiente, restringir sus compras). Desde 1975, la curva de la economía capitalista no es más que ligeramente ascendente, entrecortada por crisis que no dan lugar más que a “reactivaciones suaves”, que pronto se extinguen. Además de la baja de la tasa de ganancia, esta tendencia traduce un atascamiento cada vez mayor de los mercados que no puede desembocar más que en crisis de superproducción violentas: “El ajuste de los salarios a la baja, el enganche de una espiral deflacionista, el regreso a los viejos reflejos proteccionistas: la

---

<sup>29</sup> F. Engels, *Anti-Dühring*, Editions sociales, Paris, 1959, p. 314.

mecánica fatal de 1929 no está lejos<sup>30</sup>.” Añadamos, no obstante, que esta vez no habrá “nuevo reparto”, al haber ido el capitalismo, en tanto que sistema económico, demasiado lejos en su desarrollo como para sobrevivir una vez más. Cualquiera que sea el tiempo necesario para que se verifique esta evolución catastrófica, el capitalismo ha entrado ciertamente en su final de ciclo histórico. ¿Utopía? Los utopistas no son los que prevén el hundimiento del capitalismo, sino aquellos que lo creen eterno.

---

<sup>30</sup> *Le Monde*, Informes y documentos, septiembre de 1993. En la Alemania unificada, el número oficial de parados estaba evaluado en 5,3 millones (*le Monde* del 20-21 de noviembre de 1994), es decir, una cifra comparable a la del final de la república de Weimar.

## La perspectiva de superación del capitalismo

### ¿Por dónde va el proletariado?

Como hemos visto ya, la entrada del capitalismo en su final de ciclo ha tenido como efecto, con la introducción de las “nuevas tecnologías”, disminuir en proporciones notables la clase obrera tradicional de fábrica, compuesta por obreros especialistas y obreros profesionales. De golpe, su representación, con la carga ideológica que estaba ligada a ella, se ha visto mermada. “Se puede hablar cada vez menos de una clase obrera. (...) La clase obrera está en peligro”, se podía leer en la presa burguesa<sup>1</sup>, siempre ávidos de “novedades”. De ahí a profetizar su “fin” no había más que un paso que fue rápidamente franqueado. Dicho esto, es un hecho que la noción de proletariado se articulaba esencialmente a partir de esta clase obrera de fábrica que el capitalismo, sobre todo a partir del final del siglo XIX, había desarrollado en una escala bastante vasta. Ésta, aunque minoritaria (comparada con el mundo campesino y con la pequeña burguesía tradicional de las ciudades), había substituido a los antiguos obreros de oficios y constituía un medio bastante homogéneo, fácilmente identificable. Con la creciente automatización, que suprime parcialmente el trabajo

---

<sup>1</sup> *Le Monde*, Informes y documentos, diciembre de 1984.

taylorizado (o cronometrado, N.d.T.) así como el de los obreros de profesión, es incontestable (a pesar de que unos y otros hayan sido reemplazados en parte por “nuevos profesionales” encargados de tareas de control, de mantenimiento y de vigilancia de las nuevas máquinas) que la noción de proletariado se ha hecho menos evidente, al no tener ya la clase obrera el mismo peso social en la sociedad. Una tal noción ha parecido borrarse por el hecho de que, entre tanto, los asalariados del sector terciario asimilados a “nuevas clases medias”, han llegado a ser mayoritarios en la población activa. De golpe, la bipolarización de la sociedad teorizada por Marx, es decir, su división en dos grandes clases, el proletariado y la burguesía, estando destinadas todas las clases intermedias si no a desaparecer, al menos a reducirse fuertemente<sup>2</sup>, se ha visto aparentemente desmentida por los hechos, con la aparición creciente de esta “nueva pequeña burguesía” con “cuello blanco”. ¿Habría que reducir la noción de proletariado a una clase obrera marginada en lo sucesivo?

Es necesaria una definición de lo que es el proletariado. Marx lo dijo muy explícitamente: lo que define a una clase es el tipo de relación que mantiene con la *propiedad*. En consecuencia, para él, “los propietarios de la simple fuerza de trabajo, los propietarios del capital y los propietarios terratenientes, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta de la tierra (...), constituyen las tres grandes clases de sociedad moderna basada en el sistema de producción capitalista<sup>3</sup>”. El hecho de tener como única propiedad su fuerza de trabajo basta, por tanto, para ser proletario; que ésta sea simple o compleja, productora de

---

<sup>2</sup> “La sociedad se divide cada vez más en dos vastos campos enemigos, en dos grandes clases diametralmente opuestas: la burguesía y el proletariado. (...) Las otras clases decaen y perecen con la gran industria.” K. Marx, *Manifiesto del partido comunista*, Éditions sociales, Paris, 1961, p. 15 y p. 24.

<sup>3</sup> K. Marx, *el Capital*, libro III, tomo 3, Éditions sociales, Paris, 1960. p. 259.

plusvalía o no, no es más que secundario, lo esencial es ser un vendedor de su fuerza de trabajo contra un salario.

Dicho esto, ¿qué es del proletariado hoy? En todas las sociedades capitalistas desarrolladas la inmensa mayoría de los trabajadores son asalariados, siendo su fuerza de trabajo su única propiedad. La única posibilidad que se les ofrece es vender esta última lo más cara posible. Así, si llegan a acceder a una formación bastante avanzada de ingeniero, técnico, docente – lo que no es válido más que para una minoría privilegiada – el valor de su fuerza de trabajo será evidentemente más elevado que si hubiesen recibido una formación simple. La ventaja no es despreciable, pero no por eso dejan de ser asalariados, es decir, a fin de cuentas, proletarios: si ya no se les necesita por razones diversas (edad, eficacia, etc.) o bien si estalla una crisis económica, pueden encontrarse también en el paro<sup>4</sup>, como todo obrero, pues aparte de su fuerza de trabajo no tienen ninguna propiedad que les garantice medios de subsistencia<sup>5</sup>. Por tanto, una vez más, lo que caracteriza fundamentalmente al proletario no es un tipo de trabajo en particular ( el trabajo en fábrica) o bien que este trabajo sea productor de plusvalía (de todos modos, todas las fuerzas de trabajo utilizadas por el capital le son necesarias, ya sirvan a la creación de plusvalía o a la venta de la mercancía), sino el hecho de que el trabajo asalariado sea la única fuente de ingresos.

Así pues, los que dirigen sus “adioses al proletariado” no saben de qué hablan. Simplemente, tienen en la cabeza al proletariado de fábrica, que ven disminuir numéricamente. Si Marx hubiese teorizado la extensión del proletariado limitado sólo a la clase obrera de fábrica y demostrado, por otra parte,

---

<sup>4</sup> En agosto de 1992 se contaban 162.000 cuadros en el paro en Francia (*Le Monde*, 21 de octubre de 1992).

<sup>5</sup> No confundir con la casa, por ejemplo, que hayan podido comprar a crédito pero que no es más que una propiedad individual y no un capital que les permita hacer fructificar su haber y, por tanto, atender por este medio sus necesidades.

que el maquinismo, en constante desarrollo, tenía por efecto una disminución relativa de la clase obrera, habría teorizado un gran absurdo. Por el contrario, lo que ha teorizado es, con el desarrollo capitalista, la eliminación de los pequeños productores independientes que, a su vez, escapaban al salariado. Que en el siglo XIX el salariado se confunda con los obreros de las fábricas, esto es incontestable<sup>6</sup>. Hoy, habiendo llegado a ser insignificantes los artesanos y campesinos parcelarios y al reforzarse el maquinismo continuamente, el salariado se identifica con la inmensa mayoría trabajadora que no vive más que de la venta de su fuerza de trabajo, en fábrica o en otra parte, ya ejerza un trabajo productivo o improductivo, y no ya con la clase obrera únicamente. Por eso, dejemos a los sociólogos que descubran cada dos por tres “clases nuevas”, a partir de criterios no ya económicos, sino profesionales, culturales, incluso psicológicos, y constatemos este hecho: a pesar de que haya una tendencia a la baja de los efectivos de la clase obrera industrial, el proletariado, es decir, la clase que para Marx no tiene como propiedad más que su fuerza de trabajo y como única fuente de ingresos su salario, lejos de desaparecer constituye sin duda la clase más numerosa, hasta el punto de alcanzar cerca del 80% de la población activa.

En este 80%, admitamos no obstante que hay una capa de asalariados que no son más que “semi-proletarios”. Así, los

---

<sup>6</sup> Aun cuando Marx observe ya que “el crecimiento extraordinario de la productividad en las esferas de la gran industria, acompañado, como lo está, por una explotación más intensa y extensiva de la fuerza de trabajo en todas las otras esferas de la producción, permite emplear progresivamente una parte más considerable de la clase obrera en servicios improductivos y reproducir notablemente, en proporciones cada vez mayores, bajo el nombre de clase doméstica, compuesta de lacayos, cocineras, criadas, etc., los antiguos esclavos domésticos” (*El Capital*, libro I, cap. XV). Después, a causa de los progresos técnicos, estos “esclavos domésticos” han desaparecido en gran parte, aunque, con el final de ciclo del capital, tienden a renacer con los “pequeños trabajos”.

cuadros que como auxiliares de los patronos gozan de remuneraciones que van mucho más allá del valor de su fuerza de trabajo; o bien los funcionarios que, gracias al empleo garantizado por el Estado, escapan a las vicisitudes del mercado y están, por consiguiente, al abrigo del paro; que esta capa más o menos privilegiada forme una nueva pequeña burguesía, la noción de proletariado no se aclara más por ello pues, por el momento, constatamos que esa enorme masa que constituye ya el salariado está también, en su conjunto, si se exceptúan los “nuevos pobres” que son más asistidos que asalariados, *aburguesada* en grados diversos: se beneficia de una protección social, de vacaciones pagadas, de jubilación, de salarios bastante elevados para acceder a productos de consumo otras veces inaccesibles, al tiempo que muchos son propietarios de su apartamento o de una casa individual. Para decirlo de una vez, en su conjunto vive como una clase media. Esta condición es suficiente para que ella no tenga la impresión de formar parte de los “parias de la tierra” y de la “famélica legión”, según las palabras de *la Internacional*, es decir, de una clase que no tiene nada que perder salvo sus cadenas y que describía así *el Manifiesto*: “El obrero moderno, (...) lejos de elevarse con los progresos de la industria, desciende cada vez más bajo, por debajo mismo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador se convierte en un pobre y el pauperismo crece más rápidamente aún que la población y la riqueza.”

Dejemos a los apologistas del capitalismo decir que esta condición proletaria es “muy del siglo XIX” y que no se reproducirá más. Con la entrada del capitalismo en su final de ciclo, este aburguesamiento de los asalariados es puesto en tela de juicio. Los imperativos de rentabilidad y competitividad atacan las posiciones que parecían mejor conquistadas. En la lucha de clases, la burguesía ha tomado la iniciativa, despidiendo con todas las fuerzas, sometiendo a los trabajadores al chantaje de los traslados, al “reparto del trabajo y de los salarios” y a otros procedimientos que apuntan a un mismo objetivo: llevar a la masa de los asalariados a una situación de

clase pobre, sujeta a impuestos y a prestación personal a voluntad.

Se está creando, pues, una situación nueva. Ésta tiene por efecto hacer aparecer los diversos privilegios y conquistas del período precedente como más amenazados cada vez. De ahí, entre los trabajadores, el desconcierto, las reacciones de miedo, las crispaciones corporativas, sus acciones – cuando tienen lugar – puramente conservadoras y de categorías: “defensa” de las empresas públicas amenazadas de privatización; “defensa” de la escala móvil de los salarios como en Italia; “defensa” del estatuto de los portuarios como en Francia, etc. De ello se sigue una extrema heterogeneidad del proletariado, incapaz, por el momento, de llevar una acción de clase.

“Los proletarios no tienen nada que salvaguardar que les pertenezca: tienen que destruir toda garantía privada, toda seguridad privada anterior.” (*Manifiesto del partido comunista*). Dicho de otro modo, cuando los trabajadores hayan perdido sus “ventajas” serán capaces de luchar como *clase*: se operará una nivelación por abajo que les colocará en una situación común y suficientemente homogénea para comportarse como tal. Con las diversas medidas de austeridad que la burguesía impone, esta dirección es la que se toma y acabará por desembocar en una lucha de clase revolucionaria.

## **El estado actual de la situación**

En los países del Este, el capitalismo de Estado había desembocado – a pesar de lo que haya podido decir la propaganda occidental burguesa – en un cierto progreso económico y social para las masas (salud, conquistas sociales, viviendas, mayor consumo) que éstas interpretaban más o menos como el “comunismo”. Seguía habiendo, por supuesto, insuficiencias notorias. Así la “democracia popular”, inexistente en comparación con la democracia burguesa occidental,

aparecía como la máscara de una dictadura, de una nomenclatura, que monopolizaba el poder y privaba de palabra a las masas que tenía bajo su control. En las “repúblicas federadas” de la ex-U.R.S.S., así como en la ex-Yugoslavia, la integración de las minorías nacionales no se había arreglado por falta de un desarrollo económico suficiente. Pero, efectivamente, el balance capitalista de estos países aparecía, tomando la expresión del estalinista francés Georges Marchais, “globalmente positivo”.

Como se sabe, este capitalismo ha mostrado todos sus límites. Al no haber sido reemplazado, tenemos el hundimiento económico. En algunas regiones, se asiste a la búsqueda desesperada de soluciones “nacionalistas” con el retorno vigoroso, sobre la marcha, de arcaísmos ideológicos que el falso comunismo del Este no había superado.

En algunos países del “tercer mundo”, víctimas notorias del mercado capitalista mundial y en cuyo interior no consiguen salir del apuro, es igualmente una situación caótica la que se instala. En África negra – donde las antiguas economías locales han sido destruidas sin ser reemplazadas – tenemos el desencadenamiento de las luchas étnicas sangrientas. En algunos países árabes, también víctimas de la competencia internacional, tenemos el ascenso del islamismo: al constatar la ausencia de desarrollo real del capitalismo, una parte de las masas intenta refugiarse en el pasado, pensando que es posible volver a encontrar las antiguas condiciones de vida materiales y espirituales entonces vigentes.

“Regreso de lo religioso”, “ascenso del integrismo”, “conflictos interétnicos”, “luchas tribales”... resulta que en toda una parte del mundo se asiste a fenómenos que tienen todas las características del oscurantismo y de la regresión, tanto mental como política y social. No hay de qué asombrarse: contrariamente a lo que pensaba una cierta ideología “tercermundista”, jamás la revolución socialista ha estado en el orden

del día en los países económicamente atrasados. Lo que sucede está, pues, conforme con el análisis marxista según el cual sólo los países capitalistas avanzados estarán en condiciones de efectuar una tal revolución. A partir de ahí, ¿cómo se presenta una tal perspectiva en esta parte del mundo?

Allí, incluso si las conciencias se dan más o menos cuenta de que el capitalismo está haciendo agua, les cuesta trabajo distinguir lo que podría reemplazarlo. Lo que domina sobre todo es la tristeza, el pesimismo: en un capitalismo en su final que segrega exclusión, droga, delincuencia, racismo, violencias, miedos, guetos, alcoholismo, se abre camino la idea de que de una gran crisis del sistema no puede salir ninguna otra cosa que no sea un final catastrófico para la humanidad.

Sin embargo, como escribía Marx, no se juzga una época por la conciencia que ésta tiene de sí misma. Lo que explica el desconcierto actual es la evolución económica del capitalismo. Habiendo conocido un largo período de expansión y de prosperidad que las conciencias se habían acostumbrado a considerar como normal, aquél las hunde, con su nueva fase – que nosotros calificamos de final – en la duda, la incertidumbre, la incredulidad. De hecho, hemos entrado en un período de liquidación de las antiguas creencias. Incluso si, por el momento, las conciencias no son capaces todavía de reemplazarlas por una perspectiva revolucionaria, este cuestionamiento tiene la ventaja de despejar el lugar, lo que podemos verificar a través de diversos fenómenos.

## **El declive de la democracia burguesa**

La democracia burguesa constituye un vasto sistema de creencias, de valores, llamados republicanos, que cimientan todas las clases para hacer de ellas, por encima de sus diferencias, una comunidad unificada. En su seno, todos son iguales en derecho, todos son ciudadanos de pleno derecho,

todos se reconocen en la sociedad presente, que ellos consideran como la única posible, que puede ser eventualmente mejorada, pero no modificada radicalmente. La sociedad burguesa le debe su estabilidad y su buena regulación. Por la regla del voto mayoritario, tal opción política - sea de derechas o de izquierdas - es tomada a escala gubernamental, pero sin consecuencias importantes para el sistema capitalista.

Es la forma *desarrollada* de la democracia burguesa. Engloba a todas las clases y las integra en la lógica del capital. Las clases encuentran suficientemente ventajas en el sistema capitalista para participar en el juego de tal democracia. Históricamente, no siempre fue así. En sus inicios, la democracia burguesa excluyó de su seno a las clases inferiores de la sociedad, especialmente al proletariado, considerado como una clase peligrosa que había que apartar de la vida política. Esta situación permanece hasta el último tercio del siglo XIX y corresponde a la fase de dominación formal del capital. Después, comienza la integración social e ideológica del proletariado y su acceso a la democracia burguesa a través de sus partidos socialistas reformistas. Sin embargo, continúa siendo mal aceptada por una fracción del proletariado (que se adhiere al anarquismo y al anarco-sindicalismo) y sobre todo por las clases medias tradicionales que, como hemos visto anteriormente, van a rechazar la democracia burguesa y caer en el fascismo. Habrá que esperar a 1945 para que ésta se imponga totalmente, correspondiendo esta victoria al triunfo completo de la dominación real del capital. A partir de este momento, la democracia burguesa aparecerá evidente para todos, realizando un verdadero consenso alrededor de ella.

Sin embargo, un hecho nuevo aparece: desde hace algún tiempo la democracia burguesa vende menos. Fenómeno que reviste diversos aspectos.

En las elecciones, la tasa de abstenciones tiende a aumentar. En Francia, mientras que era de un 20% de media

más o menos entre 1958 y 1978, se ha elevado al 30% entre 1981 y 1993. En las últimas elecciones legislativas, las de marzo de 1993, más de un elector de cada tres (34,7% de los inscritos) no ha votado (o sea, 12 millones) o bien ha votado nulo (1,4 millones), mientras que en algunos lugares, especialmente afectados por el paro y donde están concentrados los trabajadores más pobres, la cifra de las abstenciones alcanzaba el 40% o incluso el 50%.

A su vez, los partidos tienen tendencia a declinar. Se reducen cada vez más a partidos de elegidos y de notables sin tropas militantes reales. Esta tendencia aparece todavía más netamente entre los partidos de izquierda, que pretendían ser más movilizadores que los de derecha. Incluso si el número de sus adherentes es disimulado o falsificado, se puede verificar esta pérdida creciente de los efectivos por la disminución notoria de sus vendedores de periódicos y de sus pegadores de carteles, porque sus mítines son cada vez más raros, por la poca presencia en sus manifestaciones, por las tiradas cada vez más reducidas de su prensa.

En fin, desde un punto de vista más general, observemos un desinterés creciente hacia todo lo que se refiere a la “cosa pública”. La despolitización no ha sido nunca tan grande. El “ciudadano” se convierte cada vez más en un sujeto que no se puede encontrar, vanamente agitado por algunos periodistas que querrían todavía creer en la existencia de un tal fantasma. Ciertamente, la democracia burguesa no ha pedido jamás demasiado a sus “ciudadanos” – justo ir de vez en cuando a depositar una papeleta de voto en una urna -, pero su carácter formal tiende ya a hacerse verdaderamente irreal. De hecho, la política se reduce a un política-espectáculo que no para de ponerse en escena y alabar sus méritos, pero que se hace cada vez más huera.

Todos estos hechos no han sucedido sin ser observados por los responsables políticos. Estos reconocen que hay “una

crisis de lo político”. “Hoy, una consulta electoral se ha convertido en una confrontación de ansiedad: un cierto número de nuestros conciudadanos tiene un reflejo de huida, el 50% no votan”, constataba el político de izquierda Rocard (*Le Monde*, 14 de febrero de 1992). Por su parte, la Iglesia, que jamás se ha quedado atrás cuando se trata de ocuparse de las “conciencias” de sus feligreses, declaraba, en la persona de monseñor Decourtray: “¡Sí, votad, votad todos! Es una ardiente obligación, nadie tiene derecho a eximirse de ella. (...) Las tasas de abstención se han acrecentado desde hace algunos años en una proporción inquietante. Es hora de reaccionar. Los que no votan desprecian objetivamente la sociedad democrática a la que pertenecen. Perturban y adulteran su juego normal. Sin saberlo, preparan la dictadura.” (*Le Monde*, 15 de marzo de 1992).

“La dictadura”, ¡ya hemos llegado! Dicho de otro modo, el fascismo o algo que se le parezca... Para los ideólogos de la democracia burguesa, su crisis no puede significar más que una cosa: el ascenso de un populismo extremadamente peligroso y que tendría todos los aires de estar emparentado con un “neofascismo”. ¿Qué valor tiene una interpretación semejante? No tiene ningún contenido serio. Sólo sirve para confundir las pistas, enmascarar la naturaleza real de esta crisis que inquieta a los politicastos de todos los colores y que intentan maquillar con un pretendido fascismo que podría amenazar su democracia. Para apuntalar su tesis, se apoyan en la emergencia de la extrema derecha que, por ejemplo, en Francia, con el Frente Nacional, ha pasado de 80.000 votos en 1981 a casi 3,1 millones en 1989. A partir de ahí, con una corriente así ¿se asistiría a la aparición de un nuevo “fascismo”?

De hecho, refleja la angustia de diversas capas de la pequeña burguesía tradicional que subsisten (comerciantes, pequeños patronos, artesanos, incluso algunos campesinos). Mal armados para soportar la competencia de la Europa del libre cambio, se afierran a la nación para sobrevivir y reclaman

un “retorno al proteccionismo”. Además, a fin de ampliar su influencia, habla “de identidad nacional” amenazada por una inmigración en aumento (resultado del estado de caos que reina en algunas regiones del tercer mundo, como hemos visto anteriormente) esperando así atraerse a un electorado sobre el que pesa el fantasma del paro o que ya es su víctima. Es, por tanto, la evolución del capitalismo, en el marco de su final de ciclo, hacia formas supranacionales (como la C.E.E.) la que ha hecho surgir una tal corriente de tinte nacionalista y xenófobo. Que entre esta pequeña burguesía haya nostálgicos del fascismo, es posible, pero ya no tiene el mismo peso social que otras veces para que pueda volver a comenzar la aventura del fascismo. Entretanto, la dominación real del capital ha pasado por ahí y la ha laminado, habiendo suplantado las grandes superficies al pequeño comercio, la extensión del salariado reducido el artesanado a su porción precisa, la eliminación draconiana de los pequeños campesinos explotadores agrícolas hecho de éstos unos supervivientes. Las condiciones históricas ya no son las mismas. Hoy, esta corriente se acomoda ideológicamente con la democracia burguesa (no cuestiona de ninguna manera su principio, reprochándole únicamente su “laxismo”, mientras que el fascismo histórico la repudiaba abiertamente pretendiendo operar una “revolución”); de igual modo, se arregla políticamente con ella, intentando acordar alianzas con la derecha más moderada con el fin de pesar sobre ella en materia de inmigración, acuerdos comerciales, etc. De hecho, esta corriente no es otra cosa – y ya no puede ser más que esto – sino la extrema derecha de la *democracia burguesa*. Es uno de sus componentes, pues sirve sus intereses. Al conseguir captar una parte del electorado popular, haciéndole creer que sin inmigración no habría paro, presta un servicio a la democracia burguesa, reduciendo así el número de abstencionistas. Por sus posiciones nacionalistas y xenófobas permite a la democracia burguesa, en pérdida de rapidez ideológica, reanimar un poco la creencia en ella, al ser considerada la extrema derecha la encarnación de un peligro fascista; de donde un discurso cuyo contenido puede resumirse

así: la Democracia es el punto de llegada de la evolución de las sociedades; no es, ciertamente, perfecta, sin faltas, es incluso, si se quiere, el peor de los regímenes, pero a excepción de todos los demás... Sin embargo, la Democracia no está al abrigo de un peligro, siempre el mismo y al que hay que hacer frente: ¡el peligro totalitario! Así el comunismo y el fascismo, que han sido en el pasado las dos caras horribles de este totalitarismo; hoy, es el fascismo el que vuelve bajo los rasgos repelentes del racismo, de la intolerancia, del rechazo del otro; por tanto, ¡todo el mundo a su puesto! Hay que prepararse para un nuevo combate por la Democracia, que jamás es conquistada definitivamente, sino que debe ser incesantemente defendida, reconquistada, restaurada... He ahí para lo que sirve Le Pen. Él y su partido son explotados ideológicamente – siendo ellos mismos consentidores – por la democracia burguesa que espera de este modo recuperar su salud a buen precio.

El fascismo – el verdadero – correspondía a una fase crítica de desarrollo de la sociedad burguesa que fue superada con el triunfo completo del capitalismo de la dominación real. Históricamente, el fascismo está muerto. Si hoy la democracia burguesa se debilita y entra en crisis, esto no puede significar más que una cosa: que en lo sucesivo ha entrado en un proceso de declive irreversible a poner en relación con la crisis no menos irreversible del modo de producción capitalista.

Si una parte de los trabajadores deja de ir a votar, no es porque se “vuelvan fascistas”. Se dan cuenta de que votar ya no sirve para gran cosa, que la derecha y la izquierda son exactamente lo mismo, que la democracia no influye en la economía, que el que verdaderamente decide no es el elector sino el capital, sin fronteras, anónimo, que se aloja en cualquier parte, en la Banca mundial o en otra parte... De la misma manera, si los partidos políticos son menos taquilleros es porque, desde que se ha manifestado el final de ciclo capitalista, todos han sido impotentes para contrarrestarlo, incluso cuando se encontraban en el gobierno. Ciertamente, de momento, el

consenso en torno a la democracia burguesa existe todavía. En las consultas electorales, la mayoría de los trabajadores se desplaza todavía, pero cada vez más difícilmente, después de exhortaciones a no abstenerse y campañas a propósito del “peligro Le Pen”. No importa, el giro está tomado. La ruptura tendrá lugar cuando el capitalismo se vea obligado a cuestionar las “conquistas sociales”, a llevar a la mayoría de los trabajadores a una situación de pauperización acentuada. Entonces tomarán sus distancias hacia la democracia burguesa y su declive será tal que se encontrará en la casilla de salida, cuando estaba reservada sólo a las clases favorecidas. Esta exclusión no será institucionalizada como otras veces, pero esto es lo que ocurrirá de hecho: sólo los ricos, los abastecidos, los privilegiados, los protegidos, es decir, la minoría de los satisfechos con el sistema capitalista, irán a votar, los otros, los empobrecidos, los de situación precaria, los parados, considerándose como rechazados, excluyéndose ellos mismos de esta democracia.

Este declive de la democracia burguesa, en lugar de tener una salida reaccionaria como se afanan en hacer creer todos sus defensores, está cargada de significado revolucionario. Cada vez le va a resultar más difícil hacerse pasar por “la democracia en general”, situada por encima de las clases, que concierne tanto al multimillonario como al descamisado: una vez su declive haya llegado a su término, haciéndola aparecer claramente como la democracia de los burgueses, una tal mistificación se hundirá por sí misma. A partir de entonces estarán reunidas las condiciones para una toma de conciencia radical: la democracia burguesa habrá agotado su tiempo, y en adelante se planteará el problema de su sustitución por otra democracia, la de los trabajadores. Ésa es la verdadera enseñanza del declive actual de la democracia burguesa.

## La descomposición del reformismo

Desde hacía décadas, el reformismo caracterizaba al movimiento obrero. Se apoyaba en un capitalismo en neta expansión desde 1945. Su papel, pues, era lógico: presionar para que la clase obrera, y más generalmente, la masa de los asalariados recogiesen algunos frutos de este crecimiento. Fortalecido por las “grandes conquistas sociales” conseguidas por los trabajadores (a partir de los años 30 y después de la guerra) y cuyos méritos se los atribuía todos, el reformismo se jactaba de ir cada vez más lejos en este avance social: hasta que se instaure lo que él llamaba el “socialismo” (o el “comunismo” para los admiradores del que supuestamente existía en el Este), y esto, evidentemente, de la manera más pacífica posible, sin crisis del capitalismo, sin enfrentamientos, sin lucha revolucionaria de clases, sino gracias sólo a la virtud mágica de la papeleta de voto, no teniendo los patronos, “la derecha”, el gran capital”, más que inclinarse, una vez “la izquierda en el poder”... Pero esta perspectiva no era el aspecto más importante. Lo esencial para el reformismo era aparecer, a los ojos de la masa de los trabajadores que le apoyaba, como el instrumento eficaz de sus intereses inmediatos, lo demás, los discursos sobre el socialismo, estaban allí para el adorno y el “suplemento de alma”.

En estas condiciones, el reformismo se beneficiaba de un cierto prestigio. Actuando dentro de un capitalismo centrado parcialmente en el consumo de masas, se vanagloriaba de poder mejorar incesantemente las condiciones de existencia y, a veces, cuando había bebido un trago de más, prometía “cambiar la vida”. Pero, ¿qué iba a ocurrir con un capitalismo que despiere, que bloquea los salarios, que aplica “planes rigurosos”, que emprende vastas reestructuraciones y que genera una nueva pobreza que se creía era de otra época? Con este nuevo curso del capitalismo, el reformismo no podía más que comenzar a temblar desde sus cimientos; estaba destinado a perder

progresivamente su credibilidad, en primer lugar cerca de los trabajadores tocados de lleno por el paro, pero también a los ojos de los asalariados todavía no afectados y relativamente protegidos que, conscientes de la amenaza, caían en la tristeza. Por eso, incapaz de obstaculizar lo que comúnmente se llamaba la “crisis”, estaba condenado a descomponerse, fenómeno que se puede observar bajo diversos aspectos.

El reformismo tenía como objetivo político tomar la dirección del Estado a fin de pesar sobre la economía capitalista en beneficio, supuestamente, de los trabajadores. El capitalismo no podía ya conceder reformas, tal “política de izquierda” no podía más que malograrse. Esto se ha verificado en Francia entre 1981 y 1993. En esos años, “la izquierda” ha gestionado ciertamente los negocios, pero ha debido hacer una “política de derecha”, reestructurar el capitalismo para modernizarlo, imponer una política de rigor salarial, y renunciar al plan de “relanzamiento por el consumo” que la había inspirado de salida. Pero este tipo de “gestión realista”, que conlleva un aumento del paro, la extensión de la precariedad del trabajo, la aparición de “nuevos pobres”, se ha vuelto contra el reformismo. En el plano electoral se ha hundido, como atestigua el fracaso de marzo de 1993 en que ha recogido el tanteo más bajo desde 1946: 30,7% de los sufragios emitidos, contando los votos de extrema izquierda. Paralelamente, los partidos de izquierda se han debilitado considerablemente, cada vez más vaciados de adherentes, como en el P.C.F. Fuera de Francia, la situación de las izquierdas europeas apenas es mejor. En Italia, el P.C.I. ha estallado en dos trozos. En Gran Bretaña, los laboristas, tras cuatro derrotas consecutivas en las elecciones, continúan corriendo tras el poder. En España, si los “socialistas” han logrado hasta ahora, mal que bien, conservarlo, lo deben sobre todo al miedo que la derecha continúa ejerciendo a causa de sus tratos pasados con el franquismo. En Alemania, “los socialdemócratas atraviesan (...) la crisis de confianza más grave desde que cedieron el poder a Helmut Kohl en 1982.” (*Le Monde*, 3 de abril de 1993.) Incluso

en los países escandinavos, todos los partidos de izquierda son lanzados a la oposición y debilitados.

La descomposición es también sindical. Si es cierto que en un país como Alemania los sindicatos continúan agrupando a millones de trabajadores en potentes centrales capaces de jugar un papel reivindicativo relativamente eficaz, este no es ya el caso en otros países. Así, en Francia - como en los Estados Unidos - donde, en el espacio de quince años, los sindicatos han visto fundirse hasta la mitad sus efectivos. Misma causa, mismo efecto: como en el caso de los partidos, el debilitamiento de los sindicatos se explica por la incapacidad para hacer frente a la situación económica nueva. Mientras el capitalismo estaba en su período de los “treinta gloriosos”, había “grano para moler” y los sindicatos sacaban un cierto prestigio de ello. Podían “negociar” a gusto y de vez en cuando llamar a una huelga de 24 horas para ejercer presión. Los afiliados, a su vez, se inscribían en las organizaciones sindicales como se hace un seguro, pagaban sus cuotas y se remitían a los jefes para gestionar sus intereses. Pero eran los buenos tiempos de la prosperidad y de la expansión. Ahora que el capitalismo se ve obligado a apretar las tuercas, ya no es cuestión, para los patronos, de hacer concesiones, y para los sindicatos ya no es posible movilizar a los trabajadores para que ejerzan presión. La relación de fuerzas está a favor de los patronos. Por eso, ¿para qué pueden servir todavía los sindicatos? Los asalariados los abandonan al no ver ya la utilidad de inscribirse y pagar las cuotas cuando eso no aporta ya nada. Ese es el realismo que prende a los trabajadores educados en la escuela no menos realista del sindicalismo reformista.

Originalmente, el reformismo, corriente de derecha del movimiento obrero, se reclamaba en palabras del socialismo, el cual, según él, podía realizarse sin revolución. Hoy, lo abandona completamente. Así, Lionel Jospin, primer secretario del partido “socialista” desde 1981 a 1988: “Hay pocas razones para creer que el socialismo, en tanto que modo de producción

específico, tenga aún futuro.” (*Le Monde*, 11 de abril de 1992). Mismo género de declaraciones en un ideólogo de izquierda un poco más “marginal”, André Gorz: “En tanto que sistema, el socialismo está muerto<sup>7</sup>.” Por parte del reformismo ex-stalinista, la referencia formal al comunismo, cuando no es abandonada pura y simplemente, como en Italia, está siendo minada por toda una cohorte de “reconstructores”, de “refundadores” y otros “renovadores”. En el plano doctrinal, el reformismo se reclamaba de la teoría que fundamentaba el socialismo moderno: el marxismo. Se trataba de un marxismo cuya punta radical y subversiva había sido fuertemente embotada y transformada en una doctrina que confería un semblante de coherencia al oportunismo. Esta utilización cada vez tiene menos curso hoy, pues ya no sirve para nada: con la entrada del capitalismo en su final de ciclo histórico, el reformismo, ante la imposibilidad de introducir las reformas que, según él, lo habrían llevado al socialismo, no tiene ya necesidad de garantía teórica. Aun cuando este abandono del marxismo no ha acabado (subsisten algunos “núcleos duros” reformistas que mantienen formalmente la referencia, como el P.C.F.), ha avanzado, no obstante, fuertemente. Casi toda la intelligentsia de izquierda, que no juraba sino por el marxismo, que se había convertido en “el horizonte insuperable de nuestro tiempo”, se ha cambiado la chaqueta. Según ella, el marxismo está ya “superado”, “arcaico”, incapaz de dar cuenta de la complejidad de la historia – cuando no es denunciado como “utopía mortífera”.

Confrontado al nuevo período en el que el capitalismo ha entrado, el reformismo clásico, histórico, se ha descompuesto políticamente, socialmente, ideológicamente. Sin duda, habla de “recomponerse”, de adaptarse a la situación nueva. Pero, ¿qué valdrá una tal “recomposición”, si tiene lugar? La orientación ya tomada nos da una idea elocuente.

---

<sup>7</sup> A. Gorz, *Capitalismo, socialismo, ecología*, ediciones Galilée, Paris, p. 9.

En Italia, el partido que se llamaba “comunista” se ha reconvertido en partido de “centro izquierda” (con el Partido democratico della sinistra, de A. Occhetto). En Francia, no hay que ser muy sabio para adivinar que el P.C.F. acabará por realizar la misma operación. En cuanto al partido socialista, quiere ser un “partido moderno”. Hablando claro, todo a derecha... Perdiendo votos a la izquierda, abandonado por muchos de sus electores, el reformismo busca votos allá donde todavía existe una base electoral no tocada por la “crisis”, susceptible de adherirse a su nuevo credo: el “capitalismo con rostro humano”. Pero el margen es estrecho, pues el terreno está ocupado ya por los partidos de derecha, que también tocan la cuerda del capitalismo “atemperado” para asegurarse a sus electores.

Una misma orientación derechista se dibuja en el interior del sindicalismo. La C.F.D.T. ha mostrado ya el camino: al antiguo sindicalismo llamado “reivindicativo” (“la huelga”, está pasada), lo sustituye un sindicalismo de “participación”, que se limitará a enmendar las propuestas patronales.

Se ha decretado la muerte del marxismo. Pero, ¿por qué cosa reemplazarlo? Se entra ahí en un vaporoso toque artístico. A guisa de explicación del mundo habrá que contentarse con “ética”, “cultura”, “modernidad”, “humanismo”, que serán otros tantos conceptos clave que permitirán el análisis de los grandes fenómenos sociales e históricos... Por eso, ¡adiós al materialismo histórico, a la dialéctica, al proletariado, a la lucha de clases! Paso a la “moral”, al humanismo convencido, ¡derechos del hombre! ¡derechos del hombre! no se deja de balar. El reformismo histórico tenía ya una fuerte tendencia a desgranar grandes palabras huecas tales como Progreso, Justicia, Concordia universal; el neoreformismo se revuelca en la necedad y la nulidad teórica. La referencia al socialismo podrá ser conservada eventualmente, pero como “no hay otro sistema económico más que el capitalismo”, como escribe

Gorz<sup>8</sup>, ¿de qué clase de “socialismo” se podría tratar aún? “No se trata, precisa este último, de ‘suprimir’ la economía, de abolir la industria, la autonomía de las empresas, el capital. Se trata solamente de devolver la racionalidad económica, tal como se expresa perfectamente en las exigencias autonomizadas del capital, a su lugar, que es un lugar subalterno.” Hemos llegado al corazón del problema. “Capitalismo con rostro humano”, en que “la lógica del mercado y de la ganancia” sea limitada... Misma perspectiva grandiosa en un Max Gallo que, en un *Manifiesto para un final de siglo oscuro*, nos explica que hace falta una “revolución” pero, se apresura a añadir, “realista”: “Una revolución que reconoce al capitalismo – al mercado – sus virtudes cardinales (individualización, creatividad, dinamismo, competencia y rivalidad, productividad) para mejor explotarlas, desviarlas, constreñirlas a financiar (por el sesgo de la fiscalidad, de las orientaciones presupuestarias, etc.) actividades, a apoyar valores que, a largo plazo, cuestionarán la dominación absoluta del capitalismo en todas las producciones y pensamientos<sup>9</sup>.” Y Max Gallo nos entrega la quintaesencia de su pensamiento de altos vuelos: “Una revolución que se nutre del capitalismo, lo acepta como “economismo” para rechazarlo como civilización.” ¡Sublime! Esto vale esta otra perla de Gorz, que no teme afirmar que hay que “realizar la extinción del capitalismo sin suprimir la autonomía del capital”. Así pues, nada de “romper” con él, como se afirmaba no hace mucho; en tanto que modo de producción, al capitalismo no se le pueden poner límites, es, a fin de cuentas, “el fin de la historia”, y uno se inclina profundamente ante su “lógica” todopoderosa y la inmensidad de sus espacios infinitos... pero en el interior de los cuales el pequeño burgués intelectual espera crearse “espacios de liberad”, escapando al reino mercantil, en los que se podrá “autodeterminarse”, “autocrearse”, “autogestionarse”. ¡Los “auto” llueven! Esto es, en este final de siglo decididamente muy “oscuro”, el socialismo... Por parte del P.C.F., aun cuando

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>9</sup> Max Gallo, *Manifiesto para un final de siglo oscuro*, ediciones Odile Jacob, Paris, 1990, pp. 197-198.

se guardan un poco más las formas, apenas se quedan a la zaga. Después de haberse prosternado durante décadas ante el capitalismo de Estado estalinista, presentado como el modelo mismo del “socialismo”, se lo denuncia por haber sido un “socialismo de cuartel” (¡era, pues, una especie de socialismo, no obstante!) y se opta por un “socialismo moderno y democrático” (¡ah! ¡esa palabra de “democracia” puesta en todas las salsas!), dicho de otro modo, por “la economía de mercado”... “socialista” – según las últimas voluntades de Gorbachov antes de morir políticamente. Así, Jacques Barros en *Marxismo, horizonte infranqueable*: “El dinamismo, la expansión desordenada del mercado, que es una manifestación de la vida, deben ser disciplinados, dominados, subordinados al interés superior de la especie, sin ser paralizados (...). Es necesaria una vigilancia, un esfuerzo de voluntad constante para promover un socialismo de mercado, en que el mercado no venza<sup>10</sup>.” Así pues, como en A. Gorz y M. Gallo, se necesita “mercado” (es “la vida”), pero no demasiado, siendo necesario “un justo medio” para que el capitalismo sea domado y muestre un “rostro humano”.

A guisa de “recomposición”, la antigua derecha del movimiento obrero que era el reformismo no puede ya ser más que una piadosa e impotente izquierda del capitalismo. De los socialdemócratas a la Chevènement a los huérfanos del estalinismo, pasando por la Encíclica *Centesimus annus* del papa Juan Pablo II, sin olvidar al equipo de redacción del *Monde diplomatique*, el programa es el mismo: un vago social-liberalismo que se pintarrajea de ecologismo a la última moda, de humanismo de color rosa, de tercermundismo lacrimoso y de izquierdismo descompuesto. Hay ciertamente quienes intentan reanimar algo la llama haciendo llamamientos a la “verdadera izquierda”, a la que no era la “izquierda caviar”, la de Jaurès, de Blum, del Frente popular y de la Liberación... Pero trabajo

---

<sup>10</sup> Jacques Barros, *Marxismo, horizonte infranqueable*, ediciones L’Harmattan, Paris, 1992, pp. 197-198.

perdido: ¡no se puede ser y haber sido! Aquella izquierda pertenece a la edad de oro del reformismo, época pasada para siempre. Como bien ha mostrado la experiencia “socialista” en Francia entre 1981 y 1993, la única “izquierda” posible en adelante no podía ser ya más que la de los Tapie, Lang y otros “enchufados”...

El reformismo constituye un pilar de la sociedad capitalista desarrollada. Sin él, se bambolea. Para que una sociedad así pueda funcionar más o menos con normalidad, debe permitir a sus capas inferiores y trabajadoras beneficiarse de un mínimo de ventajas sociales. La cohesión y la estabilidad de la sociedad capitalista son a este precio. La función del movimiento reformista, asegurada por la izquierda política y sindical, es pesar sobre las estructuras estatales del capital a fin de acelerar el movimiento de reformas y consolidar las adquiridas. Hoy, este reformismo ha dejado de existir. En su lugar se ha instalado la asistencia social (R.M.I.), la caridad (las “buenas obras”, el abad Pedro, etc.) que socorren a los más desprovistos y sirven para lo más urgente: evitar una revuelta social. Esta política de asistencia significa que queda un cierto margen de maniobra al capitalismo, pero no suficiente para lanzarse a un vasto movimiento de reformas como fue el caso tras la crisis de 1929. Las organizaciones reformistas lo han comprendido, por lo cual se limitan a la “defensa” de las “conquistas”. Pero están muy lejos de la realidad. Al continuar inexorablemente su camino el final de ciclo capitalista, aquéllas se desacreditan a medida que éste avanza. Aún podrán durante un tiempo engañar con “propuestas” como “la Europa social”, la “nueva ciudadanía”, el “reparto del trabajo sin disminución de salario”, y otros chismes. No importa, tienen el tiempo contado: el tiempo que el capitalismo se dirige abiertamente hacia formas de explotación y de opresión que harán caer en el ridículo y lo odioso la broma del “capitalismo con rostro humano”. Entonces tendremos que vérnoslas con el capitalismo “salvaje”, *sin reformismo*, que no tendrá para mucho, ¡pues la lucha de clases se encargará de arreglarle las cuentas!

La lucha de clases, en efecto, que hasta ahora no ha entrado en acción, pero que los poderosos del sistema capitalista temen, a pesar de sus pomposas declaraciones sobre “la muerte del comunismo”. Para conjurar su miedo y borrar las pistas, crean la confusión haciendo creer que la prosecución de la “crisis” no puede desembocar más que en un “nuevo fascismo” o algo que se le parecería como dos gotas de agua; cuanta más pobreza y excluidos haya, más presente estará Le Pen, por tanto el fascismo, no dejan de machacarnos con ayuda de sociólogos, de periodistas y de medios muy aficionados a proporcionarnos las imágenes del “racismo ordinario” que reina en la periferia de Sarcelles o de Berlín... Le Pen, el fascismo “renaciente”... ya hemos dicho lo que pensábamos de ello; esto forma parte de la política-espectáculo puesta en escena cada noche en la televisión . “Los nuevos pobres”, los precursores del fascismo... De hecho, lo que semejante ambiente ha producido es la postración, la resignación. ¿Por qué? Porque de semejante ambiente de excluidos, de desocupados, de desclasados, de asistidos, no podía salir otra cosa. “Es el ser social de los hombres el que determina su conciencia”, escribía Marx. En consecuencia, esta minoría, por sus propias condiciones de existencia, está condenada a la inexistencia. Si se la empuja hasta el final, es susceptible de lanzarse a revueltas, pero sin futuro, recayendo muy pronto en la apatía. No es a partir de esta base social descompuesta de donde puede resurgir la lucha de clases. Como lo prueba toda la historia de esta última, no son los lumpenproletarios los que constituyen las verdaderas “clases peligrosas”. La amenaza real viene siempre de los *trabajadores*.

## **La perspectiva del comunismo**

“La humanidad no se plantea jamás sino problemas que puede resolver”, escribía Marx. Hasta ahora, el comunismo no ha sido enfocado más que por minorías. En cierta medida, era “el ideal” de algunas vanguardias obreras y de algunos

intelectuales disidentes de la burguesía, mientras que la masa de los trabajadores se contentaba con movilizarse por un objetivo que podía alcanzar más fácilmente: la mejora de sus condiciones de existencia en el marco del capitalismo. En adelante, entramos en un nuevo período. En razón de su final de ciclo histórico, el capitalismo no sólo no puede conceder ya nuevas ventajas, sino que se prepara para volver a quitar todas las que había concedido. En estas condiciones, dándose cuenta de que el reformismo ya no es posible y viéndose llevados al estado de una clase cada vez más empobrecida, ¿cómo no acabarán por reaccionar los trabajadores a esta situación, pero esta vez dando un gran golpe, atacando directamente al sistema? ¿Cómo podrán soportar mucho tiempo ser tratados como parias, como “malditos de la tierra”, ellos que evolucionan en países ricos donde existen capacidades técnicas y científicas elevadas y numerosas, que permiten la holgura para todos y una vida digna? ¿Cómo podrán no ver ese contraste, en lo sucesivo sorprendente, entre las fuerzas productivas modernas que encierra la sociedad y las relaciones de producción capitalistas, completamente caducadas, que engendran el paro masivo, la exclusión para categorías enteras y finalmente el empobrecimiento para la mayoría de ellos? Respecto de la nueva situación histórica, acabará necesariamente por meterse en las cabezas la conciencia de la necesidad de una organización radicalmente diferente de la producción, que elimine “la economía de mercado” y se oriente hacia una distribución y un consumo de los productos que no pase ya por el intercambio mercantil, el salariado y el dinero. Y, ¿de qué se tratará entonces? Del comunismo, del “abominable comunismo”...

Del comunismo, en efecto, pues no habrá otras soluciones a la crisis general y final del capitalismo. Hoy, el comunismo aparece todavía, a los ojos de los trabajadores, como una perspectiva devaluada o irrealizable. No intentando mirarla de demasiado cerca, o bien la entierran pensando que ha fracasado, o bien se desinteresan de ella completamente

considerándola como una utopía. Todo esto es lógico. Mientras el capitalismo sea capaz de ofrecer un mínimo de ventajas se lo encontrará soportable, y estará en el orden de las cosas que no se vea en el comunismo más que una quimera o una idea nefasta. Pero cuando el capitalismo, por sus propias contradicciones internas, fuerce a los hombres a vivir en condiciones cada vez más dolorosas y que ponen a prueba, los trabajadores modificarán su opinión sobre el comunismo y se orientarán en su dirección – al principio, necesariamente de una manera confusa y a tientas. En ese momento, dejarán de preguntarse si el comunismo es deseable o no, realizable o no, pues se darán cuenta de que el capitalismo ya no es viable ni tolerable. De pronto, el comunismo que les parecía hasta ahora una idea absurda, incluso repelente, tomará una dimensión razonable y deseable. En una palabra, es la *necesidad* la que les llevará a pensar así.

Se podría uno asombrar de que, a causa de la situación económica y social ya creada, la perspectiva del comunismo no comience a imponerse en las conciencias. En su lugar, está el vacío ideológico. La sociedad capitalista se ha convertido en una inmensa máquina de divertir – en el sentido pascaliano del término – y desviar las conciencias de sus verdaderas preocupaciones. Televisión, pub, juegos de todas clases, áreas de atracciones del género de Disneylandia, todo esto forma parte de un mismo dispositivo. Se gastan sumas colosales para poner en escena a escala planetaria grandes espectáculos (juegos Olímpicos, campeonatos del mundo de fútbol, viajes del papa, etc.), todo con gran acompañamiento de publicidad y de redes de cable. En todos los casos, se trata de atraer la atención, de aturdir. El deporte desencadena las pasiones; el espectáculo del sexo alimenta las ilusiones ópticas.

¿Qué indica esta diversión? Que no es posible una guerra – la más potente de las diversiones – llevada a gran escala, el medio más seguro para desviar las conciencias y las energías hacia objetivos contrarrevolucionarios. Se necesitarían

“causas sagradas” apropiadas para movilizar y galvanizar a los hombres. Pero ya no estamos en 1914. La civilización burguesa ha entrado en su final de ciclo histórico y ha agotado su capital mitológico: hoy, nadie levantaría el dedo meñique por la Patria, la República, la Libertad, si se tratase, en la ocurrencia, de arriesgar su pellejo por ellas; ciertamente se quiere todavía – cada vez más suavemente – desfilarse por la calle por los derechos del hombre, contra el racismo y otras causas de buen tono, pero a condición de que esto no comprometa su vida personal. En lo sucesivo, la guerra no engendra más que reacciones pacifistas. Frente a ella, se actúa “de modo humanitario”, como sucede actualmente en la ex-Yugoslavia. La guerra del Golfo fue aceptada en la medida en que se quedó en un asunto de “especialistas”, de soldados profesionales, no de ciudadanos en uniforme. A guisa de movilización, sólo tuvo espectadores de la televisión. Se dirá que queda la guerra que el capitalismo podría desencadenar para salvarse: una “buena guerra” causando destrucciones masivas, ¡y he ahí al capitalismo que se da otra vuelta! De este modo, ¡tendría a su disposición un medio cómodo de regenerarse hasta el infinito! Crisis-guerra-reconstrucción y así sucesivamente... ¡Es como decir que el capitalismo es eterno! Esta idea se encuentra tanto en sus aduladores como entre sus detractores. Interpretan las dos guerras mundiales como un medio que ha permitido al capitalismo, que estaba perdido, sobrevivir. Por tanto, ¡por qué no una tercera! Esta explicación es errónea. Es partícipe de un marxismo de bazar, o bien de una creencia en un capitalismo que no se puede sobrepasar. Las dos guerras mundiales no han tenido como causa un capitalismo agonizante que no podía sobrevivir más que a través de destrucciones masivas; eran, como hemos visto, manifestaciones violentas de su paso a la dominación real. Que estas guerras hayan servido igualmente para modernizar el aparato de producción capitalista, esto nadie lo duda. Pero ése no era su objetivo primero. Lo prueba el hecho de que el taylorismo haya nacido antes de la guerra de 1914, que el fordismo haya aparecido antes de la de 1939 y que la revolución informática haya surgido fuera de todo contexto

de guerra mundial después de casi 50 años. Pero admitamos que sea necesaria una nueva guerra para la supervivencia del capitalismo. ¿Alcanzaría su objetivo? Suponiendo que sea posible sin hacer saltar el planeta, sería incapaz de revalorizar el capital: con la reconstrucción que seguiría, la composición orgánica del capital se volvería a encontrar en un nivel aún más elevado, lo que haría completamente imposible la supervivencia del modo de producción capitalista.

El tipo de diversión al que asistimos es, por tanto, el único posible. Su función es retrasar el cuestionamiento de la validez del capitalismo y el problema de su sustitución. Lo consigue, como lo atestigua el vacío ideológico actual. Pero él mismo no está exento de debilidades, muchos especialistas de la “comunicación” reconocen que los modelos de consumo tradicionales venden cada vez menos entre los que aún pueden comprar. Se planteará, pues, la necesidad para él de renovarse. Es muy posible que aún lo consiga en alguna medida. No importa, a medida que el final de ciclo del capitalismo se profundice, la diversión acabará por mostrar su nulidad al mayor número de personas.



## **Mañana, la revolución**

### **Teoría general: la revolución socialista como acto político**

El objetivo del socialismo no es político, sino social. No apunta, a semejanza de la burguesía, a una reforma del Estado, al tener ésta necesidad de esta reforma para asentar y perpetuar su dominación de clase sobre la sociedad. El socialismo tiene como meta la supresión de las clases y, por tanto, como finalidad la desaparición del Estado que es, a su vez, un órgano de dominación de una clase sobre otra. En consecuencia, el socialismo no cultiva una ilusión de lo político. El Estado no es el lugar de la emancipación humana (como se lo imaginan algunos demócratas pequeño burgueses que sueñan con una forma ideal de Estado) sino de la opresión, abierta o enmascarada, poco importa. Pero, por otro lado, el socialismo sabe que para llegar a su fin, deberá enfrentarse a la clase dominante y a su aparato de Estado. Lo que significa que tendrá que llevar un combate político consistente en derrocar el Estado burgués y en someter a la clase burguesa a su poder el tiempo necesario para que se opere la transformación social y así desaparezcan todas las clases, lo que volverá completamente inútil el Estado. En este punto, el socialismo se separa del

anarquismo que, a su vez, hace abstracción de lo político o bien disminuye considerablemente su alcance, y cae en una *ilusión de lo social*: ya sea imaginándose que a los trabajadores les bastará con adueñarse de los lugares de producción para que el Estado se hunda y desaparezca – visión anarco-sindicalista típica; o bien considerando que la revolución social podría triunfar con la única condición de abatir el Estado vigente con una insurrección, limitándose entonces el acto político a una “gran noche”.

Para el socialismo, la clase que debe hacer la revolución es el proletariado. Y esto, no porque sea una clase elegida y providencial, sino porque, colocada en condiciones económicas determinadas, será llevada a hacerla. Al hacer esto, el proletariado se organiza en clase autónoma, es decir, en *partido político*<sup>1</sup>. En tanto que este partido no aparezca neta y distintamente, el proletariado en tanto que clase revolucionaria no existe. Pero, ¿qué hay que entender por “partido”? Generalmente, con esta palabra se pretende designar a un agrupamiento más o menos grande de individuos que, poniéndose de acuerdo en un programa político, intentan representar y defender un cierto número de intereses en la sociedad. Se trata entonces de partidos burgueses de tipo representativo que actúan en lugar de los grupos sociales sobre los que se apoyan.

El partido proletario, en su sentido profundamente marxista, no es una minoría llamada actuante, ni aun una fracción más o menos avanzada del proletariado, todavía menos una secta, es el *movimiento propio* del proletariado que, en su oposición a la burguesía, hace valer intereses que le son específicos y que se organiza en consecuencia. Este movimiento puede tomar diversas formas organizadas (sindicatos, uniones, asociaciones, consejos, cooperativas); lo esencial es que todas,

---

<sup>1</sup> K. Marx, F. Engels, *el Manifiesto del partido comunista*, Éditions sociales, Paris, 1961, p. 23.

por sus fines, por sus objetivos, estén en neta y franca oposición a la burguesía; entonces aparece el partido proletario. Es así como se entendía la I Internacional que, en su seno, reunía todo lo que el proletariado contaba de voluntades, de energías, de fuerzas organizadas, y de acuerdo con este fin supremo: la abolición de las clases, es decir, el socialismo.

El partido comprendido así acaba con todas las especulaciones: saber si hace falta o no un partido no tiene ningún sentido, pues éste es el producto espontáneo de la lucha de clase, una vez ésta ha alcanzado un cierto grado de ebullición. “Nace espontáneamente del suelo de la sociedad moderna”, escribía Marx a Freiligrath, pasando por todas las vicisitudes: “Esta organización del proletariado en clase, y por tanto, en partido político, es incesantemente destruida de nuevo por la competencia que se hacen los trabajadores entre sí. Pero continúa renaciendo una y otra vez más fuerte, más firme, más poderosa<sup>2</sup>.” Ciertamente, Marx, en su carta a Freiligrath, paralelamente al partido comprendido en “un sentido esencialmente efímero”, evoca “el partido en el gran sentido histórico de la palabra” que, a su vez, perdura, independientemente de las vicisitudes de la lucha de clase. Pero ese “partido” no significa una organización formal, sólo una fracción comunista que mantiene teóricamente firme los fines generales e históricos del socialismo, y que puede reducirse a algunos individuos: así Marx y Engels llamándose a sí mismos, después de 1848, el “partido” comprendido en este sentido. Una tal fracción comunista es evocada igualmente en *el Manifiesto*. Ésta no es definida como “un partido distinto y opuesto a los otros partidos obreros”, pues su fin es el mismo que el de éstos: “constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado”, sino como su “fracción más resuelta”, la que “arrastra a todas las otras” y que, “teóricamente”, tiene la ventaja sobre el resto del proletariado de tener “una inteligencia

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 23.

clara de las condiciones de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario”. Se trata, pues, de una vanguardia del partido proletario. Es así como se comprendía el Consejo central, animado por Marx, en el seno de la I Internacional. Su papel no era sustituirla sino comunicarle una dirección clara, recordarle sin cesar el fin a alcanzar, al tiempo que se oponía a las desviaciones que pudiesen sobrevenir.

La otra gran tarea del socialismo es la conquista del poder político. Ésta es la condición *sine qua non* del socialismo: para que éste pueda llegar a ser una realidad, se necesita que el proletariado “se erija en clase dominante<sup>3</sup>” y se sirva así de su “supremacía política” para llegar, a través de toda una serie de medidas, a “derrocar todo el modo de producción”, es decir, el modo de producción capitalista y para que así, en lugar de la propiedad burguesa, toda la producción sea concentrada “en las manos de los individuos asociados”. A partir de entonces el poder público perderá “su carácter político”: “El poder político, propiamente hablando, es el poder organizado de una clase para la opresión de otra. Si el proletariado, en su lucha contra la burguesía, se constituye forzosamente en clase, si se erige por una revolución en clase dominante y destruye por la violencia el antiguo modo de producción, destruye, al mismo tiempo que este modo de producción, las condiciones del antagonismo de las clases, destruye las clases en general y, por ahí mismo, su propia dominación como clase. En lugar de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clases, surge una asociación en que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos.”

En *la Guerra civil en Francia*, Marx aportará una importante precisión basada en la experiencia de la Comuna: “La clase obrera no puede contentarse con tomar tal cual la máquina del Estado y hacerla funcionar por su propia cuenta”; debe destruir el viejo aparato del Estado (“ejército permanente,

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 34.

policía, burocracia, clero y magistratura, órganos moldeados según un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo”) para poner en su lugar un Estado en vías de extinción. Marx quiere decir con eso que el Estado moderno (al que ya había calificado en *el Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* como “monstruosa excrescencia en el seno de la sociedad burguesa”), al tomar el poder el proletariado, se ve rebajado inmediatamente a un rango inferior, viéndose reducidas considerablemente sus fuentes de gastos principales (así, las funciones públicas que sigan existiendo serán retribuidas sobre la base de los “salarios medios de los obreros”). De hecho, este “gobierno barato” corresponde a un “semi-Estado”: éste comienza a disolverse en la medida en que sus principales funciones (policía, tribunales, gobierno) en lugar de ser ejercidas por cuerpos especializados y separados del pueblo, se convierten en asunto de las grandes masas que, a través de toda una red de asambleas, eligen delegados “responsables y revocables en todo momento”. Es lo que Marx llama dar al Estado “una forma revolucionaria y transitoria”. Durante esta fase transitoria, el Estado es todavía necesario pues hay que romper la resistencia de la burguesía, despojarla de sus poderes económicos, de sus diversos privilegios e impedirle, si le entran ganas, que vuelva a tomar el poder. Se trata del Estado de la dictadura del proletariado, que es la dictadura para los explotadores, los ricos, los poseedores, los privilegiados y que es, al mismo tiempo, democracia para los trabajadores, “conquistando la democracia<sup>4</sup>” éstos, hasta ahora apartados de los asuntos públicos (excepto el día de las elecciones que tienen lugar cada cuatro o cinco años), y tomando entonces directamente a su cargo los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

Habiendo sido recordadas brevemente estas tareas políticas, queda por verificar si conservan todas su validez; y en caso afirmativo, examinar de qué manera podrían ser aplicadas en el futuro. Semejante diligencia es tanto más necesaria cuanto

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 34.

que el marxismo político está hoy en crisis. Por este término no entendemos el marxismo traicionado y falsificado que era transmitido por los socialdemócratas, los estalinistas y sus diversos compañeros de viaje. Ese “marxismo” está muerto. Por marxismo en crisis designamos el marxismo revolucionario, ése que, hace muchísimo tiempo, no tiene voz ni voto, y que va a refugiarse en pequeños grupos sin influencia real y que tienen distintas etiquetas: trotskistas, luxemburguistas, bordiguistas, consejistas. Ese marxismo había salido del período de la Revolución rusa y de los inicios de la III Internacional. Había hecho de esta época su “edad de oro”. De ahí había sacado todo un conjunto de experiencias políticas y tácticas, imaginándose haber encontrado la piedra filosofal, mientras pretendía haber hecho un balance correcto – variando según las diversas capillas – de todo el período que va desde el ascenso del estalinismo hasta la Segunda posguerra mundial. Hoy está esclerótico, o bien tiende a descomponerse. La razón esencial de ello viene del hecho de que muchos de sus análisis se han revelado erróneos, y muchas de sus concepciones políticas no encajan ya con la realidad presente, es decir, la del capitalismo de final de ciclo en el que hemos entrado.

“La revolución social del siglo XIX no puede extraer su poesía del pasado, sino del futuro”, escribía Marx en 1850 en *el Dieciocho Brumario*. Lo mismo sucede con la que ha de venir. Ésta tampoco podrá “comenzar antes de haber liquidado toda superstición respecto del pasado”. La revolución social del siglo XIX tenía que liberarse de la Revolución francesa de 1789-94: de sus frases, consignas, costumbres, nombres, que, en 1848, los Caussidière, los Louis Blanc y consortes no habían hecho más que imitar como monos jugando a los Montagnards de una manera que ya no podía ser sino bufona, teniendo en cuenta el período histórico en el que evolucionaban.

La revolución social, que continúa estando por hacer, tendrá, a su vez, que liberarse de la Revolución rusa de 1917, de sus héroes, los Lenin, los Trotsky, así como de muchas de sus

concepciones. Algunos, todavía hoy, se obstinan en querer reproducirlas, prisioneros de un pasado que fetichizan y mitifican, listos a representar de nuevo el antiguo drama que, en adelante, no podría ya ser sino una comedia burlesca en la escena histórica. Comedia, de hecho, ya representada si se piensa en Mayo de 1968 en que los diversos grupúsculos “izquierdistas” se las ingeniaban, banderas rojas desplegadas, para tomarse por bolcheviques de 1917 mientras que, por su parte, los anarquistas, a su vez, con banderas negras al aire, se creían en París en 1871 o bien en Barcelona en 1936.

### ¿El fin del partido?

En *el Tercer Día del comunismo*<sup>5</sup>, E. Terray escribe que en adelante hay “el fin de la era del ‘Partido’”. No sólo, precisa, según la definición que había dado de él Lenin, sino también Rosa Luxemburgo. Aun cuando ésta se separa de Lenin rechazando la reducción del partido a una pequeña minoría organizada de tipo vanguardista, cuya función es la de dirigir al proletariado como se dirige una tropa, ambos comparten la idea según la cual el partido es “el instrumento permanente de reflexión y de coordinación de las luchas obreras”. “El único papel de los supuestos “dirigentes” de la socialdemocracia consiste en instruir a la masa sobre su misión histórica”, escribía R. Luxemburgo<sup>6</sup>. Esto, E. Terray lo rechaza igualmente. ¿Por qué?

“Porque no hay ciencia social y de la historia”, responde; por consiguiente, no puede haber vanguardia supuestamente ilustrada para guiar a las masas. A partir de ahí, al no tener ya el partido ninguna razón de ser, ¿cómo se podrá dirigir la revolución? “Cada uno puede, escribe E. Terray, allí

---

<sup>5</sup> E. Terray, *el Tercer Día del comunismo*, ediciones Actes Sud, Le Méjan, Arles, 1992.

<sup>6</sup> R. Luxemburgo, “Centralismo y democracia”, in *Marxismo contra dictadura*, ediciones Spartacus, Paris, 1946, p. 37.

donde vive y trabaja, preparar el nacimiento de otro futuro. La confrontación de las experiencias, la coordinación de las luchas puede ser asegurada por una red de asociaciones multiformes”, pero, se apresura a precisar, una tal organización deberá ser “bastante descentralizada y diversificada (...) para no estar jamás tentada de transformarse en partido”.

Dicho con otras palabras, todo se hará a la buena suerte... sin saber bien adónde se va, no obstante se irá, pero que sobre todo nadie venga a decirnos hacia lo que hay que tender, ¡nadie lo sabe! De hecho, no es difícil ver lo que hay bajo “el rechazo del partido” en E. Terray: el indeterminismo, es decir, la ausencia de certidumbres concernientes al futuro, siendo considerada como vana, irrisoria, pretenciosa, toda diligencia consistente en enunciarlo; no hay ninguna ciencia social ni de la historia, el marxismo no es una ciencia del futuro, debe limitarse a analizar lo que hay, pero sin sacar conclusiones para el futuro. Ahí tenemos una perfecta ilustración de lo que caracteriza a nuestra época y de lo que ya hemos hablado: su incapacidad para tener una perspectiva revolucionaria clara y segura. En consecuencia, ¡se necesitará que la crisis de final de ciclo del capital se haga más dura para que la dialéctica de la historia entre en las cabezas! Pero volvamos a la noción de partido que rechaza E. Terray.

Sin querer caer en la polémica con él, lo que éste ha comprendido del partido es manifiestamente poca cosa. Ha visto esencialmente a través del prisma deformado del “leninismo”, a su vez corregido y aumentado por su interpretación maoizante, tendencia de la que ha salido E. Terray. Ciertamente, éste descubre en el ocaso de la vida a Rosa Luxemburgo y sobre todo a Otto Rühle en el que ve, “a pesar de su lenguaje algo obrerista” - ¡y con razón! - al teórico perfecto del “rechazo del partido”. ¿Qué propone este último? No otra cosa sino otra versión del anarco-sindicalismo bautizado para la ocasión como “organización de fábrica”. Dicho de otra manera, es el anarquismo, al menos en una de sus variantes, el que

constituiría a fin de cuentas, para E. Terray, la solución. El anarquismo, en efecto, pues es considerado – decimos bien “considerado”, dada su visión libertaria – como que no impone ninguna dirección, ningún partido, actuando cada cual según su “libre iniciativa” o “federándose” con otros si le apetece. Por eso, puesto que E. Terray, vía Rühle, llega finalmente al anarquismo, al menos en este plano, veamos a qué resultado llegó este último.

Es perfectamente exacto que para la concepción marxista el partido proletario está dirigido teóricamente por una vanguardia que “tiene la ventaja de tener sobre el resto del proletariado una inteligencia clara de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario<sup>7</sup>”. La ventaja, en efecto, pues no sería suficiente sólo el entusiasmo revolucionario, también es necesaria la ciencia, la perspicacia, la buena táctica y una visión amplia de las cosas. Los anarquistas, los libertarios de todas las tendencias, dirán que todo esto lo poseen las masas y que para verificarlo basta con dejarlas tomar la iniciativa, sin dirección central alguna “que pretenda dirigir su movimiento”. Por tanto, con eso se pretende, bastante demagógicamente, o bien de una manera totalmente irreflexiva, que las masas no tienen nada que hacer con una dirección. Una tal afirmación es puramente gratuita. Toda la historia de las luchas de clases muestra que, cada vez que las masas se han lanzado a una revuelta, se han dado direcciones aunque sólo fuese en el fuego de la lucha. Y si han padecido de algo no es de haber tenido demasiado de ellas, sino escasez, como durante la Comuna, en que la dirección estuvo ausente con demasiada frecuencia. Los anarquistas, no confiando más que en la espontaneidad de las masas únicamente – que no niega ningún marxista (no leninista o trotskista) – se han labrado así a buen precio una reputación de revolucionarios puros y duros, con las manos siempre limpias, no habiendo dejado de repetir que “la emancipación de los trabajadores será

---

<sup>7</sup> K. Marx, F. Engels, *op. cit.*, p. 27.

obra de los trabajadores mismos” (divisa de la I Internacional que se encuentra en sus estatutos, escritos, dicho sea de paso, ¡por Marx mismo!). De hecho, ¿qué sucedió en la práctica, cuando tuvieron que demostrar aquello de lo que eran capaces?

Cuando, por una vez, en España, se les vio verdaderamente a la obra, inspirando un movimiento sindicalista de 1,5 millones de adherentes, no pudieron ellos tampoco hacer otra cosa que darle una dirección, más o menos oculta (la F.A.I. en el seno de la C.N.T.), un programa (el de Zaragoza, justo antes de la guerra civil) y jefes (algunos de los cuales se encontraron en el gobierno burgués republicano en 1936-1937, pero esto es otra historia...), mientras en el seno de la C.N.T. no dejaron de vigilar celosamente los principios del “comunismo libertario” y excluir de su organización a todos los elementos más o menos “marxistas” que se encontraban en ella. Dicho de otra manera, hicieron exactamente lo contrario de la teoría libertaria que pregonaban. La razón de ello es simple: su teoría era de hecho inaplicable; confrontada a la realidad, se reveló como una simple opinión del espíritu, una pura especulación, cocinada por algunos filósofos “anti-autoritarios” que fabricaban en sus cabezas un sistema ideal de funcionamiento, pero muy incapaces de verificar su validez. En pocas palabras, en los hechos, los anarquistas no pudieron hacer otra cosa que reproducir un “partido” – anarquista – es decir, precisamente ¡lo mismo que condenaban en los marxistas! En lo tocante a “libertarios” se encontraron ser anarquistas “autoritarios”.

Todo esto es lógico. A partir del momento en que se forma una colectividad y se pone en movimiento, necesariamente acaba por darse una dirección capaz de expresar sus aspiraciones lo más claramente posible. No se trata de una dirección autoproclamada de antemano, sino que se desprende en el curso de la lucha, da pruebas al mostrar a toda la colectividad la justeza de sus puntos vista, pudiendo ésta verificarlas en el fuego de la acción. Ciertamente, Marx, como se ha visto, habla del “partido histórico”, pero está bien claro

que éste, en tanto que fracción depositaria de los principios comunistas, debe ser reconocido como tal por las masas en movimiento, para ser capaz de ser su dirección. De hecho, no pudiendo ser el comunismo más que el fruto de una voluntad consciente, una tal dirección, lejos de ser un obstáculo al autogobierno final que llevará a cabo la sociedad comunista que tiene plena conciencia de sí misma, aparece como un medio transitorio que permite la realización de un tal objetivo. Se podrá objetar que con mucha frecuencia las direcciones de los partidos proletarios no estuvieron a la altura de una tarea así. Pero la falta no incumbe fundamentalmente a ellas mismas, como si no hubiesen estado allí más que para hacer fracasar todo (es ese análisis – un poco abreviado – el que hacen todos los “anti-autoritarios”, todos los “anti-partido”). Es porque, evolucionando en una situación histórica en la que el capitalismo mundial seguía siendo el amo del juego, estas direcciones fueron incapaces, objetivamente hablando, de conformarse a lo que le mandaban sus principios. En efecto, no hay que equivocarse de adversario: fue él, el capitalismo mundial, el verdadero responsable de sus fracasos, el que los empujó a la falta y los llevó finalmente a traicionar y a degenerar, como ocurrió en Rusia. La única cosa que se puede añadir es que en lo sucesivo este fracaso no se reproducirá más: si se sitúa uno en la perspectiva histórica de final del capitalismo, la dinámica revolucionaria será tal que la dirección podrá limitar su papel a indicar la vía general a seguir, mientras que los trabajadores tomarán directamente las cosas en sus manos.

E. Terray pretende que, en adelante, hay “el fin de la era del partido”. A fin de verificar lo que vale una tal aseveración veamos, aunque sea brevemente, lo que realmente fue una tal “era” en el pasado.

Históricamente, el babuvismo y el blanquismo fueron los primeros intentos de crear un partido. Concebían éste como una pequeña minoría esclarecida que debía organizarse fuera de

las masas, juzgadas inmaduras ideológicamente. Su tarea era preparar una “conspiración” y después desencadenar un “golpe de mano” en el momento estimado favorable por el partido, pensando que una vez emprendida la acción, las masas se unirían a una tal iniciativa, lo que permitiría así tomar el poder. A ello seguiría una “dictadura provisional” de dicho partido que duraría el tiempo necesario para que las masas se elevaran espiritualmente a la altura de esa pequeña minoría esclarecida. A pesar de varios intentos, todo esto fracasó pues las revoluciones no se deciden sobre pedido a la hora y día deseado. Estallan espontáneamente y si fracasan por la falta de lucidez y de organización de sus actores, esta falta de preparación no puede ser suplida artificialmente por el esfuerzo heroico de una pequeña minoría activa que sustituye a las masas. De hecho, una tal concepción del partido – conspiradora, golpista y dictatorial – correspondía a una situación histórica en que el proletariado no estaba todavía más que en vías de formación. En estas condiciones, la revolución no podía ser comprendida como la de una clase, sino de una élite: de hecho, una pequeña fracción de desclasados que hacía recaer sobre sus espaldas la suerte del socialismo. En pocas palabras, en el mejor de los casos no se trataba más que de una visión romántica revolucionaria de la vanguardia. Lo que equivale a decir que, a guisa de partido de clase, éste era inexistente.

Sin embargo, con el crecimiento de la clase obrera en la segunda mitad del siglo XIX, iba a comenzar a dibujarse una tendencia al agrupamiento. Ya en Inglaterra, antes de 1848, el Partido chartista había sido un primer intento de ir en esta dirección. La creación en 1864 de la I Internacional será el verdadero inicio del partido de clase. “La Internacional, escribía Marx a Bolte (el 29 de noviembre de 1871) ha sido fundada para reemplazar a las sectas socialistas o semi-socialistas por la organización efectiva de la clase obrera para la lucha”. El desarrollo de estas últimas, precisaba Marx, y el del partido de clase, están en relación inversa: “Mientras estas sectas están justificadas (históricamente), la clase obrera no está madura

para un movimiento histórico autónomo. Desde el momento en que alcanza esta madurez, todas las sectas son reaccionarias.” El hecho de que en los estatutos de la Internacional (escritos por Marx) se afirme que “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, indica claramente que el partido no puede reducirse a la organización de una pequeña minoría que pretende representar a la clase obrera y que acaba por suplantarla: la clase obrera tiene por tarea auto-organizarse y llegar así a constituir un vasto agrupamiento de clase, a partir del cual se desprenderá una dirección programática y táctica adecuada. Dicho esto, aunque la Internacional tuvo esta ambición, se quedó lejos de conseguir ese objetivo. A pesar de todos sus esfuerzos no consiguió agrupar más que a una fracción de la clase obrera. La crisis que sobrevino en 1872, y que se tradujo en una escisión en su seno, iba a confirmar que, en realidad, la situación estaba lejos de estar madura para el desarrollo de un verdadero partido de clase.

Con la creación de la II Internacional en 1889 habrá ciertamente, desde el punto de vista del número, una mejora. Pero un tal agrupamiento tiene sobre todo como proyecto reformas, siendo los revolucionarios una minoría en su interior. El reformismo vence pues el capitalismo en expansión, lejos de haber acabado su ciclo histórico, le crea un terreno favorable. Por eso, puesto que se trata simplemente de hacer reformas, basta para ello que el partido se deje dirigir por jefes parlamentarios y un aparato burocrático – cuyo florón más bello será el de la socialdemocracia alemana – que, a su vez, harán lo necesario, al no exigir el reformismo la iniciativa de las masas - ¡éstas solo tienen que votar! – ni siquiera la de la base del partido - ¡ésta sólo tiene que confiar en sus dirigentes! Como vemos, reformismo, burocratismo dirigismo están ligados estrechamente. En pocas palabras, ahí no hay un verdadero “movimiento histórico autónomo de la clase obrera” (Marx), todo lo más un “partido de masas”.

Al impulso de la Revolución rusa de 1917 se podía creer que la revolución mundial estaba al alcance de la mano y que iba a constituirse un partido de un tipo nuevo. De hecho, al revelarse rápidamente la situación mucho menos favorable de lo que se había creído al principio, hubo que desengañarse rápidamente y así es como se llegó al análisis siguiente: si la revolución europea había abortado era a causa de una grave “falta de partido”. Tal fue la idea falsa que presidió la fundación de la III Internacional en 1919. Falsa, en efecto, pues si había faltado un tal partido es porque habían faltado las condiciones para hacerlo surgir. A partir de ahí, el partido estaba destinado a convertirse en una fórmula mágica. Tomando la figura de un demiurgo de la historia, debía ser “construido” previamente según métodos probados: los de los bolcheviques, que habían conducido a la victoria en octubre de 1917. De hecho, se trataba de un neoblanquismo, desembarazado ciertamente de los rasgos más groseros que caracterizaban al del siglo XIX con sus conspiraciones y golpes de mano, pero de un blanquismo, sin embargo, en la medida en que el estallido de la revolución estaba supeditado a la creación, o más bien, a la “puesta a punto” de una organización llamada “partido de vanguardia”, separada del resto de la clase obrera y cuya tarea era dirigirla como un estado mayor dirige a sus tropas. Esta recaída en el blanquismo algo renovado sólo tuvo como consecuencia provocar una escisión en el seno del movimiento obrero, con una mayoría reformista, socialdemócrata, por un lado, y por el otro una minoría revolucionaria, comunista, siendo ferozmente hostiles estas dos tendencias la una hacia la otra. Esta división del movimiento obrero significaba, por tanto, que la historia, una vez más, no había dado paso al verdadero partido de clase.

A continuación, a guisa de “partido revolucionario” hubo la caricatura y la pesada recaída en las sectas revolucionarias o semi-revolucionarias. Los trotskistas, por su parte, no pararon de llevar hasta el extremo la broma del “partido que se construye” piedra a piedra. Están reunidas todas las condiciones, pero falta la “dirección revolucionaria”, tal fue

su divisa. Más de cincuenta años después de esta genial teorización (“la crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria”, Trotsky, 1938), ¿por qué sigue faltando una tal “dirección” y a guisa de realización de ésta se tiene una miríada de grupúsculos que se llaman “trotskistas” (que de hecho son pequeñas ruedas de recambio del reformismo) que compiten entre sí? ¡Misterio! Sin duda, se ha “hecho mal”, o bien la Voluntad no ha comparecido... En cuanto a los bordiguistas, apenas lo hicieron mejor, encontrando la manera de afirmar que el “Partido” en sus dos acepciones, “formal” e “histórica”, continuaba existiendo con ellos (es decir, cuatro pelagatos), independientemente de la situación histórica, a pesar de que ellos la consideraban “desfavorable”.

Esta rápida hojeada nos ha permitido, pues, constatar una cosa: decir que “la era del partido ha terminado” cuando la historia muestra que verdaderamente no ha comenzado, carece de contenido.

¿Qué conclusión sacar? Hacer cruz y raya sobre la noción de partido como hicieron desde los años 30 los “comunistas de consejos” sería un grave error. Es cierto que se enfrentaban un fenómeno nuevo. Mientras que en el siglo XIX, tan pronto como había retroceso de la lucha de clase (como después de 1848 o de 1871), los partidos proletarios eran destruidos y desaparecían, en el siglo XX éstos iban a sobrevivir, pero bajo una forma degenerada. Es lo que pasó con los partidos de la II y III Internacional, llenándose de espíritu burgués, convirtiéndose en presa de una multitud de arribistas y de burócratas que se llamaban “comunistas” o “socialistas”. Los “comunistas de consejos” no comprendieron la naturaleza de este fenómeno. Lo atribuyeron a la forma partido, como si ésta hubiese sufrido una especie de vicio redhibitorio: “Un partido no puede ser más que una organización tendente a dirigir y a dominar al proletariado”, escribía Anton Pannekoek en 1936. De hecho, era la dominación real del capital sobre la sociedad, que en lo sucesivo tenía por efecto integrar al proletariado y,

por tanto, a sus organizaciones, la que había conllevado una desfiguración semejante de la idea de partido. Al no haber percibido correctamente tal proceso, los “comunistas de consejos” llegaron entonces a rechazar la idea misma de partido, o bien ya no concibieron a éste más que bajo la forma de un simple grupo académico “de estudios y de discusiones”. Un “rechazo” semejante significaba no comprender al partido como *auto-organización de la clase*. Por el contrario, al representarse el partido como una creación artificial, impuesta por la fuerza al proletariado, la posición de los consejistas era tan voluntarista como la posición “leninista” que denunciaban. Al decidir arbitrariamente que no “debía ya” haber partido, se comportaban como si éste ¡pudiese ser prohibido por decreto! Digamos en su descargo que se encontraban frente a una clase obrera ya integrada totalmente en el capitalismo y que, por tanto, era bien incapaz de segregar su propio partido de clase. Su “rechazo” del partido podía, pues, en el contexto de la época, ser comprendido, aunque desde un punto de vista marxista no se justificaba.

Nuestra conclusión será que la perspectiva del partido, lejos de haber caducado, sigue siendo válida. A partir del momento en que el final de ciclo del capital llegue a un estadio suficientemente avanzado, la lucha de clase se reactivará necesariamente. Para que tal proceso tenga lugar, ya lo hemos subrayado, será necesario que los trabajadores no tengan que perder más que sus cadenas. Desde ese momento, al haber dejado estas últimas de ser doradas, los movimientos conservadores consistentes en defender las “conquistas”, y que no son portadores de ninguna dinámica revolucionaria, ya no tendrán curso. Por supuesto, la primera reacción de los trabajadores será querer luchar por reivindicaciones que han llegado a ser apremiantes, pero dado que la situación no permitirá ya apenas al capitalismo soltar lastre, estas reivindicaciones tomarán rápidamente un giro radical en la medida en que el único medio para hacerlas triunfar será atacar al sistema capitalista mismo. Dicho de otra manera, por la

fuerza de las cosas, la lucha de clase se hará lucha por la liquidación del capitalismo. Entonces los trabajadores se constituirán en clase, por tanto, en partido político.

¿Qué forma organizada tomará un tal partido? Engels, en 1885, escribía: “Hoy, el proletariado alemán no tiene ya necesidad de organización oficial, ni pública ni secreta; la simple y natural unión de compañeros que pertenecen a la misma clase social y que profesan las mismas ideas basta, sin estatutos, ni comité director, ni resoluciones u otras formas tangibles, para sacudir a todo el Imperio alemán (...) Mucho más. El movimiento internacional americano y europeo ha llegado a ser tan poderoso en este momento, que no sólo su forma primera y estrecha – la Liga, secreta – sino también su segunda forma, infinitamente más vasta – la Asociación internacional de los trabajadores, pública – se le ha convertido en un obstáculo y el simple sentimiento de solidaridad, basado en la comprensión de una misma situación de clase, basta para crear y mantener entre los trabajadores de todos los países y de todas las lenguas, un solo y mismo gran partido proletario<sup>8</sup>”.

Eso era, pues, lo que Engels entendía por partido en 1885. Para él, sus antiguas formas, tanto la secreta, como había sido la Liga de los comunistas de 1848, como la pública, como había sido la I Internacional, estaban ya superadas. Que Engels sobrestimaba en gran medida la situación de su época, siendo ésta realmente bien incapaz de engendrar un partido tal como él lo concebía, la prueba sería aportada un tiempo después con la creación de la II Internacional en 1889, la cual se revelará reformista, burocrática, formalista, es decir, lo contrario de lo que deseaba Engels. Que éste, a falta de algo mejor, se haya adherido finalmente a semejante organización dándole su aval, de ningún modo invalida esa forma nueva de partido que él concebía: de hecho, cuando los trabajadores se encuentren todos

---

<sup>8</sup> F. Engels, “Algunas palabras sobre la historia de la Liga de los comunistas”, in Marx-Engels, *Textos sobre la organización*, ediciones Spartacus, Paris, 1970, p. 33.

juntos frente a la necesidad de abatir el capitalismo, esta simple unión bastará para que se constituyan en partido; ese lazo será lo bastante poderoso como para que se pueda hablar de un partido proletario realmente existente; con un partido así, no será necesario “adquirir el carné” para formar parte de él, bastará – y esto será lo esencial – con participar en la lucha común que, a su vez, podrá tomar diversas formas organizadas; para funcionar, un partido así no necesitará estatutos, ni congresos, le bastará tener siempre el mismo objetivo: la voluntad de acabar con el capitalismo; por supuesto, necesitará de una dirección clara y centralizada, sin la cual no sería capaz más que de acciones desordenadas, sin coordinación y, al final, estériles; pero la acción llama a la reflexión, las necesidades de la lucha a una mejor comprensión de los hechos, lo que hará que acabe por dar origen a una vanguardia teórica y política, una vanguardia que dejará de verse como si fuese ella sola el partido proletario, para comprenderse solamente como una fracción de éste, es decir, su avanzadilla, la que tiene la comprensión más clara “de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario<sup>9</sup>”; una vanguardia, finalmente, que sabrá que no es más que provisional, teniendo plena conciencia de que cuanto más fuerza, más amplitud tome el movimiento y más se acerque al fin revolucionario, más se creará una situación que trabajará para su propia desaparición, haciendo que la conciencia comunista de las masas le quite toda utilidad.

Un partido-movimiento semejante será en lo sucesivo el único concebible. Será una superación de las antiguas formas del partido que prevalecieron en tiempos de la II y III Internacionales y que correspondían a situaciones históricas todavía inmaduras. Surgiendo espontáneamente de la lucha, confundirá tanto a los supuestos “constructores” de partido (que jamás han “construido” nada) como a los “detractores” de partido que quieren prohibirlo por decreto.

---

<sup>9</sup> K. Marx, F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*, op. cit., p. 27

## ¿No más toma del poder?

Sobre el impulso del “rechazo del partido”, E. Terray llega con toda naturalidad a la idea de que “es la noción misma de conquista del poder la que debe ser cuestionada”. Los anarquistas, mucho antes que él, habían hecho este descubrimiento genial. Por eso, más bien que discutir las soluciones que propone E. Terray y que apuntan a sustituir la toma del poder y participan todas de un vulgar reformismo (“Reducir el poder en espera de destruirlo”, “Compartir el poder entre los dos campos”) veamos, aunque sólo sea sucintamente, en qué acaba este “rechazo del poder” por los anarquistas cuando éstos tuvieron la ocasión de poner en práctica su bella teoría.

Hay al menos una cosa que los marxistas comparten con los anarquistas: es el reconocimiento de que el Estado, cualquiera que sea, es opresivo. Engels ha expresado perfectamente esto diciendo que “en tanto el proletariado tiene todavía necesidad del Estado, no es de ningún modo para la libertad, sino para reprimir a sus adversarios. Y el día en que es posible hablar de libertad, el Estado deja de existir<sup>10</sup>”. Ciertamente, en los Estados llamados “de derecho”, prósperos y basados en la democracia burguesa, este carácter opresivo del Estado puede no aparecer siempre claramente a los ojos de los gobernados, es decir, de las grandes masas asalariadas, más o menos aburguesadas, engañadas por el sistema representativo y el sufragio universal; pero que los asuntos económicos vayan mal, entonces los antagonismos de clase, apaciguados un momento, se despiertan y el Estado “de derecho” recupera entonces todos sus derechos para aparecer como lo que es verdaderamente: un aparato de opresión al servicio de la clase capitalista. Donde comienza la divergencia con los anarquistas es cuando, en razón de este carácter opresivo del Estado, ellos

---

<sup>10</sup> Carta de Engels a A. Bebel del 28 de marzo de 1875, in *Crítica de los programas de Gotha y Erfurt*, Éditions sociales, Paris. 1950, p. 48.

llegan a la idea de que hay que renunciar a la utilización del Estado en general, aunque sea el de la dictadura del proletariado. Ciertamente, los mejores de ellos admiten que el Estado existente, el Estado burgués, no se hundirá por sí mismo, sino que habrá que abatirlo. En consecuencia, están de acuerdo con los marxistas, incluso con los “leninistas”, para la insurrección armada (participaron en Octubre de 1917), pero no para tomar el poder, sino para destruir el Estado”. En una gran llamarada insurreccional, todo lo que constituye el edificio del Estado (ejército, policía, tribunales, instituciones representativas y administrativas, etc.) se consumirá, hasta el punto de que no quedará piedra sobre piedra. De este modo, Bakunin: “La revolución política, contemporánea y realmente inseparable de la revolución social (...) ya no será una transformación, sino una liquidación grandiosa del Estado<sup>11</sup>”. Los marxistas, en cierto sentido, podrían estar de acuerdo si, en este caso, se tratase de destruir el Estado existente, es decir, burgués, a fin de poner en su lugar un Estado transitorio que perecerá completamente con la sociedad sin clases. Pero para los anarquistas, nada de eso: la revolución en la que ellos sueñan se parece a un golpe de varita mágica que tendría por efecto ver desaparecer de un solo golpe el Estado. Dicho de otra manera, para ellos la insurrección no significa de ningún modo tomar el poder, sino acabar con él inmediatamente. A partir de entonces, una vez realizado este acto saludable y sublime, la revolución social podrá comenzar inmediatamente, estando liberada para siempre la sociedad del Estado. Ahí se tiene la revolución del tipo “gran noche” de los anarquistas.

Una tal concepción de la revolución se deriva, evidentemente, de su teoría falsa sobre el Estado según la cual éste sería la causa de todos los males que padece la sociedad. De hecho, si es exacto que el Estado es opresivo (más o menos, pues también puede ser “protector” en ciertos casos, o bien

---

<sup>11</sup> Miguel Bakunin, *Selección de textos*, ediciones Jean-Jacques Pauvert Paris, 1965, p. 223.

“providencia”, como en algunos períodos de expansión del capitalismo moderno), hay que comprender esta opresión como el reflejo político de los antagonismos que existen en la sociedad; al estar ésta compuesta por clases explotadoras y clases explotadas, hay necesidad para las primeras de mantener a las segundas en una situación de inferioridad por medio de un aparato llamado Estado, que sea el garante de este orden social: si alguna vez las clases explotadas se rebelan, inmediatamente encontrarán frente a ellas a este Estado que, con su fuerza armada, les cortará el paso. En estas condiciones está muy claro que mientras no reine la armonía social en la sociedad, el Estado, bajo alguna forma, subsistirá, incluso en la fase transitoria que lleva al comunismo, tomando entonces el Estado la forma de la dictadura del proletariado, es decir, la de los trabajadores mismos que se erigen en clase dominante y someten a las antiguas clases explotadoras al nuevo orden social que se está instalando. Los anarquistas dicen que el poder “corrompe”. Esto no quiere decir gran cosa. El poder significa el de una clase y su función no es “corromper”, sino defender los intereses generales de esta clase. De esta manera, si puede ocurrir que algunos miembros de la burguesía o de sus funcionarios de Estado se aprovechen del poder a título personal, esto es completamente secundario en relación con el papel que juega el Estado en tanto que instrumento político y económico al servicio de toda la burguesía; saber si Fulano o Mengano será presidente o jefe del gobierno quizá sea interesante para la crónica periodística, pero ese “combate de los jefes” por “los buenos puestos” no tiene más que un interés muy mediocre si se lo compara con el poder de clase que la burguesía realiza.

De hecho, con su fobia del poder, el anarquismo está completamente penetrado por la idea de una “naturaleza humana” (concepto vacío de sentido) que estaría “sedienta de poder” y de la que habría que desconfiar permanentemente por miedo a que, desde el momento en que disponga de una parcela de éste, sobrepase sus atribuciones como la predispone su

“tendencia natural”. Esto equivale a decir que, si las cosas se presentan así, no hay solución pues cualesquiera que sean las situaciones, siempre habrá algunos “burócratas malignos” que, saltándose la vigilancia de los trabajadores, o bien aprovechándose de su negligencia (al no estar éstos sin debilidades), conseguirán hacerlo zozobrar todo... Dicho de otra manera, considerada desde un punto de vista revolucionario, la percepción que tienen los anarquistas del poder lleva a un callejón sin salida: de hecho, ¡la revolución no es posible, siempre será “traicionada”! Tal es, efectivamente, la conclusión a la que hay que llegar a partir del momento en que, a falta de proceder a un análisis materialista y de clase del Estado, se recurre a una metafísica del hombre y del poder. Pero dejemos ahí esas consideraciones teóricas generales que requerirían más amplios desarrollos y atengámonos a observar a dónde llevó este “rechazo del poder” en la España de 1936-1937 (España, que pasa por ser la tierra elegida de los anarquistas, cuando más bien fue su tumba).

En Cataluña y en Aragón, tras la victoria de los anarquistas, apoyados por la clase obrera, sobre la rebelión militar del general Franco, es incontestable que el antiguo Estado republicano queda, por así decir, disuelto. La Generalidad de Cataluña es conservada pero, privada de todo poder efectivo, no existe más que formalmente. A partir de entonces, los anarquistas, habiendo “destruido el Estado”, pueden comenzar la revolución social tal como la entienden: colectivización de las tierras, creación de comunidades lugareñas “autónomas” algunas de las cuales decretan la abolición del dinero, expropiación de los capitalistas de las fábricas, etc. El “comunismo libertario” está, pues, en marcha y nada parece detenerlo. El “poder” está, en lo sucesivo, en las fábricas, en las manos de los milicianos armados, que actúan de una manera más o menos incontrolada y, sobre todo, fragmentado en una multitud de comités locales que lo ejercen según su buena voluntad, por medio de sus milicias, haciendo éstas de policía y metiendo en prisión a todos los recalitrantes

si es necesario... Pero qué importa esta mala interpretación del comunismo “libertario”, lo esencial es que el Estado, el maldito Estado, el Estado central que concentra todos los poderes, ¡haya desaparecido! En su lugar está la Anarquía, es decir, no “la Acracia” anunciada y prometida desde la “desaparición del Estado”, sino, de hecho, un poder que se ha fragmentado en una multitud de manos y que actúa sin coordinación alguna, siendo cada comité amo en su feudo. Dicho de otra manera, hemos aquí que hemos regresado a una especie de “nueva Edad Media”, cuando el Estado moderno no existía todavía, pero donde el poder del señor local era todopoderoso.

Por eso, saquemos esta primera enseñanza: querer destruir el Estado de un solo golpe no hace avanzar, sino más bien retroceder y lleva la sociedad hacia atrás, no haciendo ésta, en lugar de haberse desembarazado del poder, más que volver a encontrarlo a escala local, aminorado, sin duda, pero no menos discrecional y arbitrario, dependiendo enteramente de la buena voluntad de un “comité”. Los dirigentes anarquistas, al menos algunos, dándose cuenta más o menos de este anacronismo (pero que no es, a su vez, más que una consecuencia de su doctrina) llegan entonces a plantear la siguiente alternativa: o bien imponemos la dictadura, o bien colaboramos con el Estado burgués republicano que ha quedado dueño de la situación en Madrid). Es así como García Oliver y otros son partidarios de... la dictadura del proletariado, en todo caso, de una “toma del poder político, administrativo y económico a través de sus propios sindicatos. (...) Autoridad transitoria para asegurar el orden revolucionario, no implicaría una dictadura en el sentido banal del término; guiada por la ideología libertaria (y no por el marxismo, doctrina dogmática sin contenido humanista), exaltaría la libertad popular, la iniciativa de las masas, e invitaría a las otras organizaciones de izquierda a colaborar en su obra regeneradora<sup>12</sup>.” A pesar de todas las precauciones de

---

<sup>12</sup> Citado por Alexandre Skirda in *Autonomía individual y fuerza colectiva*, ediciones A. S., Paris, 1987, p. 191.

uso (se trataría de una dictadura “libertaria”, “humanista”, por tanto no marxista) y del carácter de cuarto trastero de una tal “dictadura del proletariado” ( asociando “a las otras organizaciones de izquierda”, por tanto, a los partidos “socialista” y “comunista”, que eran de hecho partidos contrarrevolucionarios), se está ya lejos de la verborrea “anti-autoritaria” habitual. Finalmente, a finales de septiembre de 1936, en un congreso regional de los sindicatos con la presencia de 505 delegados, la cuestión es zanjada: se opta por la colaboración con el Estado existente, el de Madrid, lo que tendrá como consecuencia la entrada en el gobierno de cuatro ministros anarquistas... Es el antifascismo el que ha hecho inclinar la balanza del lado de la colaboración, pero es bien evidente que en adelante ya no se trataba en absoluto de “destrucción del Estado”.

De ahí esta segunda enseñanza: ante la prueba de los hechos, la ideología anarquista no ha aguantado y ha saltado en pedazos, las “ideas acráticas” han sido barridas, sobrepasadas por los acontecimientos y finalmente fuerza es constatar que no se escapa a la prueba del poder. Los “puristas” del anarquismo se consolarán diciendo que se trataba de una “traición de algunos dirigentes” fascinados, ellos también, por el poder y corrompidos por él. Por eso, veamos qué giro van a tomar las cosas allí, en Cataluña y en Aragón, donde el poder central se ha hundido. A comienzos de mayo de 1937, los estalinistas, apoyados por el gobierno de Madrid, contraatacan y se hacen dueños de la situación rápidamente. En Barcelona tiene lugar, ciertamente, una respuesta espontánea. Los obreros levantan barricadas, pero al cabo de unos días, después de haber dejado cientos de muertos, son obligados a capitular. Los estalinistas del PSUC (el partido “comunista” en Cataluña) pueden restablecer entonces el orden en toda la región y comenzar su “depuración”. Objetivamente, la C.N.T.-F.A.I., al permanecer pasiva y llamar los obreros “a la calma”, fue cómplice de una tal intriga contrarrevolucionaria. Pero eso no es lo más importante. La verdadera cuestión es ésta: ¿cómo se explica

que, mientras en Cataluña y en Aragón había decenas de miles de milicianos en armas, la resistencia no fuese más eficaz, consiguiendo los estalinistas la victoria fácilmente? La razón de ello está en que, a falta de un poder central revolucionario constituido, resultó fácil acabar con los comités locales. Los obreros reaccionaron bien, pero sin coordinación, al no haber sido puesta en marcha previamente ninguna autoridad revolucionaria capaz de unificar y centralizar su movimiento. Además, condicionados desde hacía decenas de años por la ideología anarquista que les repetía la cantinela de que de ninguna manera hacía falta el Estado, el “Poder”, la “Autoridad”, el “Centro”, el “Partido” y que, por el contrario, todo debía tener lugar por la iniciativa de cada uno, según su temperamento y por “afinidades” con otros, “federándose libremente” todos, realmente fueron incapaces de constituir sobre la marcha su propio órgano central de combate, que les habría permitido ofrecer una resistencia seria.

Aquí llegamos a una tercera enseñanza: no tomar el poder es necesariamente, en un momento o en otro, dejárselo al adversario, en cualquier caso, ofrecerle la posibilidad de volver a tomarlo sin pegar un tiro. Es lo que ocurrió en Cataluña y en Aragón donde, a falta de haber instaurado la dictadura del proletariado, fue la dictadura contrarrevolucionaria la que acabó por imponerse, firmando ésta con letras de sangre el fracaso del anarquismo. En una palabra, todo lo que los anarquistas mostraron en España, es cómo no hay que hacer la revolución.

En pocas palabras, el poder hay que tomarlo, sin duda, y las únicas cuestiones serias son:

1. En nuestro contexto histórico a partir de ahora, ¿cómo podría ser tomado?
2. ¿Cómo podría ser ejercido?

## Sobre la toma del poder

Si nos referimos a Marx y Engels en lo concerniente a esta cuestión, nos damos cuenta de que éstos han variado sus apreciaciones. En *el Manifiesto* afirman que los comunistas “proclaman abiertamente que sus objetivos no pueden ser conseguidos más que por el derrocamiento violento de todo el orden social pasado”. Sin embargo, en 1853, Marx admite que “para la clase obrera inglesa, sufragio universal y poder político son sinónimos”, dado que ésta representa “la gran mayoría de la población”. En 1872, en el congreso de La Haya de la I Internacional, estima que en ciertos países avanzados (Inglaterra, los Estados Unidos), “los trabajadores pueden llegar a su meta por medios pacíficos”, mientras que en otras partes es “la fuerza la que debe ser la palanca de nuestras revoluciones”. Después Engels, en su prefacio de 1895 a las *Luchas de clases en Francia* de Marx, subraya la dificultad de las insurrecciones armadas del tipo de 1848 con combates en la calle, barricadas, visto el armamento de que dispone en adelante el adversario; para llegar a hacerle bajar la guardia se necesitará que al menos una parte del ejército (“llegada a ser socialista”, como ya había escrito en uno de sus artículos, “el Socialismo en Alemania”) pase al campo de los insurgentes.

Como se ve, los medios varían en función de las situaciones históricas. En consecuencia, es importante en primer lugar aprehender aquélla en que sería posible una toma del poder.

Evocando a grandes rasgos las perspectivas futuras, Rosa Luxemburgo recordaba en *la Acumulación del capital* (1913) que la lucha de clases, en tanto que elemento dinámico que permitiría el advenimiento del socialismo, era el producto “de la necesidad histórica objetiva del socialismo que resulta, a su vez, de la imposibilidad económica objetiva del capitalismo a un cierto grado de su desarrollo”. “Pero, precisaba, esto no significa... que el proceso histórico deba necesariamente – o

incluso pueda – ser llevado hasta el final, hasta el límite de la imposibilidad económica del capitalismo. La tendencia objetiva del desarrollo capitalista basta para provocar, antes incluso de que haya alcanzado este límite, la exasperación de los antagonismos sociales y políticos y una situación tan insostenible que el sistema deba hundirse.” En esto se equivocaba. Como es fácil de constatar hoy, el capitalismo ha logrado controlar suficientemente su desarrollo y así ha evitado la exasperación de los antagonismos sociales y políticos que habrían precipitado su perdición. Pero R. Luxemburgo no se equivocaba cuando indicaba que el capitalismo se dirige hacia un punto límite en el que entonces se convertirá en “una imposibilidad económica objetiva”: hoy se puede considerar que ha entrado históricamente en esta zona límite. Ya hemos evocado las consecuencias finales: empobrecimiento de la gran mayoría de los trabajadores, crisis económicas cada vez más duras, incapacidad del capitalismo para aportar – a diferencia de los años 30 – respuestas económicas y sociales; en una palabra, situación de bancarrota completa del sistema. Es, por tanto, en ese marco, en el que se situará la toma del poder.

En una situación semejante habrá desplazamiento de la inmensa mayoría trabajadora a una oposición neta y resuelta al poder burgués en vigor. Por este hecho, éste se verá considerablemente debilitado, no disponiendo ya de una base social amplia y sólida para continuar asentando su dominación. Esto será entonces el comienzo del fin para él. Por supuesto, continuará teniendo a su servicio fuerzas de represión dotadas de un armamento extremadamente sofisticado y muy efectivo, listo a ponerse en acción a la menor señal de alerta y a aplastar todo lo que se levante en rebelión armada contra él. Estamos prevenidos. Pero todo este arsenal de muerte, ¿será capaz de salvar el poder instalado y, por consiguiente, el sistema capitalista que está en las últimas? No se para así la rueda de la historia. A este respecto, escuchemos lo que decía Engels a final del último siglo: “Nadie lo duda, ellos dispararán los primeros. Un buen día, los burgueses alemanes y su gobierno,

asqueados de asistir con los brazos cruzados a las crecidas cada vez más grandes del socialismo, recurrirán a la ilegalidad y a la violencia. ¿Para qué? La fuerza puede aplastar a una pequeña secta, al menos en un terreno limitado; pero no hay fuerza que pueda extirpar de su seno a un partido de dos millones de hombres esparcidos por toda la superficie de un gran imperio. La violencia contrarrevolucionaria podrá retrasar algunos años el triunfo del socialismo, pero será para hacerlo tanto más completo<sup>13</sup>.” Que Engels se hace entonces ilusiones, al no estar de hecho su época madura para el socialismo, esto es incontestable. Pero reemplacemos el partido de dos millones de hombres al que se alude, por el partido de millones y millones de trabajadores de la Unión europea, por ejemplo (pues evidentemente, la revolución habrá dejado de plantearse a escala de una sola nación) y tendremos una idea bastante precisa de lo que pasará: de hecho, dividido en su seno, hasta el punto de descomponerse, el poder vigente estará listo a capitular, lo que hace que no sea difícil abatirlo. ¿Qué forma precisa tomará este derrocamiento? Nadie puede evidentemente saberlo de antemano. Pero lo que ya es posible entrever es que la toma del poder se hará relativamente sin violencia. Sin duda, el poder será tentado de instaurar una dictadura, pero, ¿tendrá todavía fuerza para ello, minado como estará desde su interior? Admitiendo que lo consiga, ésta, como dice Engels, podrá hacer retroceder momentáneamente el movimiento revolucionario, pero no aniquilarlo; se puede aplastar así a una minoría, no se puede contener por mucho tiempo a una inmensa mayoría decidida a acabar con esto; a la larga, el poder se verá obligado a ceder.

Se tratará, ciertamente, de hacer la revolución, pero de otra manera. En el pasado, una tal posibilidad estaba excluida pues, en el mejor de los casos, la revolución no podía atraerse más que a una minoría (el proletariado de las manufacturas),

---

<sup>13</sup> F. Engels, *el socialismo en Alemania*, in Marx-Engels, *el Partido de clase*, ediciones Maspero, Pequeña Colección, Paris, 1973, tomo IV, p. 85.

mientras que el resto de la población (la masa de los pequeños propietarios de la ciudad y del campo) se alineaba al lado de la burguesía. A partir de ahí, si al proletariado, o a algunas de sus fracciones, se le ocurría lanzarse a una insurrección armada, entonces ésta se veía inmediatamente aplastada por una contrarrevolución poderosa y compacta, como en junio de 1848 y en mayo de 1871 en París, en enero de 1919 en Berlín.

Algunos marxistas continúan inspirándose en estas revoluciones del pasado y, por tanto, preconizando la violencia extrema contra el poder, la guerra civil revolucionaria, como las únicas vías posibles, al tiempo que condenan por adelantado como “oportunistas”, “reformistas”, medios más pacíficos de toma del poder que Marx mismo, en el congreso de La Haya en 1872, apuntaba para algunos países avanzados de la época. A partir de ahí, ¿habría igualmente un Marx “oportunista”? ¿Un Marx que habría acabado por caer en las “ilusiones democráticas burguesas”? De hecho, lo que estos “super-revolucionarios” no han comprendido en absoluto es que estas revoluciones del pasado, presentadas por ellos como grandes ejemplos, eran en realidad revoluciones perdidas de antemano. ¿Qué dice efectivamente Engels de la insurrección de junio de 1848? Fue la “revolución de la desesperación”, constata él. ¿Qué dice Marx de la Comuna de 1871 antes de que sea proclamada? Sería una locura desesperada, previene. ¿Qué dice en el congreso de fundación del Partido comunista alemán R. Luxemburgo a la mayoría de los congresistas decididos a realizar una acción decisiva y directa contra el poder? No tenéis con vosotros a la gran masa de los proletarios y seremos masacrados todos, explica.

Hay, evidentemente, el “famoso” Octubre del 17 en el curso del cual los bolcheviques, sin demasiados destrozos, toman el poder, lo que tendrá valor de acto ejemplar, por no decir de mito. Solamente, hay también el reverso de la medalla. A continuación, durante tres años, la guerra civil hará estragos en todo el país y le dejará exangüe, embrutecido, arruinado,

destruido. Evidentemente los Americanos, los Ingleses, los Franceses e incluso los Japoneses, es decir, todo lo que cuenta como grandes fieras capitalistas e imperialistas mundiales, no han dejado hacer; han intervenido, sea directamente, sea indirectamente armando y apoyando la contrarrevolución blanca del interior; y esto fue el incendio en toda Rusia, las ejecuciones sumarias en ambos lados, los fusilamientos de rehenes; y durante este tiempo, el proletariado europeo que no respondía presente a las citas con la historia que los estrategas de Moscú le habían asignado. Se conoce el resultado de esta guerra civil “ganada” por los bolcheviques: una gran carnicería que desembocó en un asilvajamiento de las costumbres políticas en el país y que no fue en vano en los métodos estalinistas que hicieron estragos a continuación.

En cuanto a los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar en España en 1936-37, también ellos pregonan un triste balance; allí igualmente corrió la sangre por las paredes, pero para nada, pues el proletariado del otro lado de los Pirineos, el proletariado francés, prefirió en julio de 1936 partir para sus primeras vacaciones pagadas antes que venir en su socorro...

Todas estas experiencias acabaron trágicamente, pues no tenían la historia con ellas. Por eso, como la relación de fuerzas presentes, a escala nacional o internacional, les eran desfavorables, debieron recurrir a métodos voluntaristas, a veces a la violencia y al terror en todas direcciones, a fin de intentar hacer frente a un adversario que les era superior en todos los dominios. A partir de ahí, saquemos la lección: si la revolución tuviese que pasar otra vez por una guerra civil encarnizada (aparte de que sería el equivalente a una tercera guerra mundial) no haría más que probar su inmadurez. La revolución futura se hará con un mínimo de violencia pues habrá modificado radicalmente la relación de fuerzas, convirtiéndose en el movimiento de la inmensa mayoría en detrimento de la ínfima minoría explotadora, que intenta

mantener a toda costa un sistema económico agotado y caducado.

## **La dictadura del proletariado en el pasado y en el futuro**

Para la teoría marxista, ejercer el poder no es otra cosa que instaurar la famosa “dictadura del proletariado”. Noción hoy desfigurada por culpa de los países supuestamente socialistas que pretendían haberla realizado, llevando así agua al molino de la ideología burguesa liberal dominante para la que una tal noción se emparentaría con un monstruoso “proyecto totalitario”. Noción que, para Marx y Engels mismos, no estuvo clara inmediatamente. Ciertamente, durante su período del cuarenta y ocho, comprendieron una cosa: las clases laboriosas pueden muy bien llegar a desalojar del poder instalado a las antiguas clases dominantes, pero se verán despojadas de su victoria si no instauran inmediatamente una dictadura revolucionaria. Pero, ¿bajo qué forma? El único ejemplo de que disponen es el de la Revolución francesa que, en 1793-1794, había instaurado el Terror a fin de aniquilar todos los intentos contrarrevolucionarios. Es este ejemplo francés (que estuvo salpicado, como se sabe, de muchas violencias inútiles, de excesos y de absurdos, cosas todas ellas de las que se nutrió después abundantemente la ideología antirrevolucionaria) el que Marx y Engels tienen tendencia a transponer; modelo jacobino de dictadura que había sido recogido antes de ellos por Blanqui y Buonarroti, el cual, en su *Historia de la Conspiración para la igualdad llamada de Babeuf* (1828), había defendido la necesidad de un “directorio revolucionario”, compuesto por una pequeña minoría esclarecida, única capaz de ejercer la dictadura. Se ve, pues, la filiación que se había establecido a partir de la Revolución francesa y que Marx y Engels perpetuaban más o menos.

Fue después cuando se modificó su concepción, bajo los efectos de un acontecimiento notable: la Comuna de París. Marx, como se sabe, no deseaba tal insurrección, por miedo a que fuese la ocasión para la Reacción de abatir al proletariado revolucionario organizando una gran masacre. La continuación de los acontecimientos le dio la razón, pero no hay mal que por bien no venga. La Comuna hará decir a Marx: “He ahí la forma política finalmente hallada que permitirá realizar la emancipación económica del trabajo”; y a Engels, un poco más tarde: “Mirad la Comuna de París, era la dictadura del proletariado.”

¿La Comuna, la dictadura del proletariado? Los anarquistas, al menos algunos, tendrán más bien tendencia a ver en ella los comienzos grandiosos de la sociedad libertaria, descentralizada, desestatificada y enemiga de toda autoridad. Pero para Marx y Engels no hay duda, se trata a buen seguro de un primer ejemplo vivo de “gobierno de la clase obrera”: “En lugar de decidir una vez cada tres o seis años qué miembro de la clase dominante irá a representar y oprimir al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal debía servir al pueblo constituido en ‘Comuna’ para reclutar para su empresa obreros, vigilantes, contables. (...) Eran responsables y revocables en todo momento<sup>14</sup>.” Dicho de otra manera, lo que la Comuna demostró durante su breve existencia es que la dictadura del proletariado es una democracia proletaria y no la dictadura de una pequeña minoría.

Por esta razón, Engels toma enseguida sus distancias con el blanquismo: “Dado que Blanqui concibe toda revolución como un golpe de mano, de ello se sigue necesariamente la instauración de una dictadura después de su triunfo, yo entiendo bien no una dictadura de la clase revolucionaria – la dictadura del proletariado – sino la dictadura del puñado de aquellos que

---

<sup>14</sup> K. Marx, *la Guerra civil en Francia*, Éditions sociales, Paris, 1952, p. 50.

han dado el golpe de mano y que ellos mismos estaban ya, antes, organizados bajo la dictadura de un solo hombre o de varios<sup>15</sup>.” Engels condena, pues, de antemano, todas las tentativas que querrían hacer de un partido – comprendido como una pequeña minoría – la encarnación de la dictadura del proletariado. Ésta es obra de la clase, no de una vanguardia, por muy esclarecida que sea. Por supuesto, contra los anarquistas que vilipendian “la autoridad” en general y por tanto rechazan toda dictadura, les recuerda que “el partido que ha triunfado debe mantener su autoridad por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Es que la Comuna de París habría podido mantenerse más de un día si no se hubiese servido de la autoridad de un pueblo en armas contra la burguesía? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle que se haya servido demasiado poco de su autoridad<sup>16</sup>?” Pero por “partido” Engels no entiende una organización minoritaria, es la Comuna misma la que es el “partido”, es decir, el “pueblo en armas”.

Dicho esto, si la Comuna hubiese podido durar más de dos meses y medio, ¿habría escapado a la dictadura de un partido minoritario? Se podría apostar fuerte que no habría podido evitar una tal tutela, tomando entonces el Partido blanquista los asuntos en sus manos. Es lo que reveló claramente un poco más tarde la Revolución rusa de 1917 que, partiendo de los principios iniciales de la Comuna (Lenin no dejaba de referirse a ella), desembocó rápidamente en la

---

<sup>15</sup> F. Engels, “el Programa de los refugiados blanquistas de la Comuna”, in Marx-Engels, *la Comuna de 1871*, ediciones 10-18, París, 1971, p. 224. En la misma época, Engels escribe: “Lo que la democracia burguesa de 1848 no pudo realizar precisamente porque era burguesa y no proletaria – el acto de dar a las masas laboriosas una voluntad cuyo contenido correspondiese a su situación de clase – el socialismo lo conseguirá infaliblemente”, *Anti-Dürhing*, Éditions sociales, París, 1950, p. 203.

<sup>16</sup> F. Engels, “De la autoridad”, in Marx-Engels, *Textos sobre la organización*, ediciones Spartacus, París, 1970, p. 119.

dictadura del Partido bolchevique. A partir de ahí, ¿es que ése es el destino fatal que espera a toda dictadura del proletariado?

No se puede dar cuenta de un tal fenómeno recurriendo a las habituales explicaciones sobre “el abuso de poder” de algunos con la indefectible “burocracia” que sería “la parte maldita” de la revolución, argumentos que no explican gran cosa, sino que conducen a un pesimismo creciente concerniente a la credibilidad de toda tentativa revolucionaria. Para esto hay que referirse a la concepción materialista de la historia. Así, este pasaje muy esclarecedor de Engels: “La división de la sociedad en una clase explotadora y una clase explotada, en una clase dominante y una clase oprimida era una consecuencia necesaria del débil desarrollo de la producción en el pasado. Mientras el trabajo total de la sociedad no proporciona más que un rendimiento que apenas excede lo que es necesario para asegurar estrictamente la existencia de todos, mientras el trabajo reclama, por tanto, todo o casi todo el tiempo de la gran mayoría de los miembros de la sociedad, ésta se divide necesariamente en clases. Al lado de esta gran mayoría, exclusivamente dedicada a la carga del trabajo, se forma una clase liberada del trabajo directamente productivo que se encarga de los asuntos comunes de la sociedad: dirección del trabajo, asuntos políticos, justicia, ciencia, bellas artes, etc.<sup>17</sup>”

Ahora bien, es precisamente esta división entre una gran mayoría dedicada exclusivamente a la producción material y una pequeña minoría que se consagra a los asuntos políticos, la que se propone abolir la dictadura del proletariado. Pero para que esta abolición se haga efectiva se necesita aún, como muestra bien el pasaje de Engels, que el desarrollo económico de la sociedad lo permita. Si éste es insuficiente, está claro que el proyecto de hacer de los asuntos públicos un asunto del mayor número de personas se quedará en el papel. Después de un brevísimo momento de ilusión lírica, habrá que rendirse a la

---

<sup>17</sup> F. Engels, *op. cit.*, p. 320.

evidencia: al continuar acaparando el trabajo productivo la vida de las masas, el poder no podrá sino caer en manos de una minoría que acabará por monopolizar todos los puestos de mando, mientras que se reharán pronto las viejas costumbres de indiferencia hacia la política, en las que las masas habían sido educadas (a causa de esta división subrayada más arriba por Engels).

Tal es la razón *objetiva* de la reducción de la dictadura del proletariado a dictadura de un partido minoritario que acapara el poder, haciéndose éste muy pronto incontrolable. Es lo que pasó en la Rusia atrasada económicamente después de Octubre del 17 y es lo que habría ocurrido igualmente, visto el estado de Francia todavía ampliamente precapitalista en 1871, si la Comuna no hubiese sido ahogada en sangre por los Versalleses. En efecto, ni en la Rusia agraria de 1917, ni en la Francia rural de 1871, existían condiciones económicas favorables que hubiesen permitido a las masas ejercer ellas mismas el poder. Aun cuando en París se esbozó algo que iba en ese sentido, de hecho, tras un período de exaltación muy breve habría tenido lugar una recaída, y la dictadura del proletariado habría significado la de una minoría “especializada”, de un partido minoritario, y pronto la de algunos jefes. Es lo que denunciará, a partir de 1918, R. Luxemburgo en la dictadura bolchevique, pero sin ver sus raíces objetivas, atribuyéndola demasiado a la voluntad subjetiva de los dirigentes bolcheviques. Lenin, por su parte, se dio cuenta al exclamar: “¡No somos utopistas!”, queriendo significar con ello que el régimen de los soviets era de hecho inaplicable en la Rusia atrasada - ¡lo podía haber visto antes! – pero resignándose él mismo a la dictadura de algunos jefes, mientras abrigaba la esperanza de que pronto, en los países occidentales avanzados, la revolución triunfante vendría a desbloquear una tal situación. Se conoce la continuación...

Hay que subrayar igualmente otro aspecto. Hemos citado más arriba a Engels hablando de la necesidad, para el

poder proletario, de mantenerse por “el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios”. ¡Vasto programa! En efecto, no siendo el proletariado, en las condiciones económicas poco desarrolladas de entonces, más que una minoría frente a una mayoría hostil, compuesta de burgueses y aristócratas y, sobre todo, de la inmensa masa de los pequeños burgueses de las ciudades y del campo que temen por sus propiedades, esto significa que la dictadura proletaria habría sido llevada, aun cuando ésta no fuese su intención de salida, a tomar el carácter de un “terror rojo” sobre el conjunto de estas clases, so pena de ser rápidamente derrocada y aplastada en sangre. Ciertamente, con el fin de consolidar su base social, el poder proletario podía intentar aliarse con la fracción más pobre de esta burguesía, esforzándose en darle confianza y hacerle comprender que no tenía nada que temer, dispuesta para ello a hacerle concesiones. Es lo que hicieron los bolcheviques después de 1917 con el campesinado. Por esta razón convinieron en emplear para su dictadura el nombre de “dictadura democrática de los obreros y de los campesinos”. Pero esta alianza no podía ser más que insegura, renqueante, frágil y, de hecho, contra natura. Al estar las ciudades hambrientas, las necesidades de la lucha les obligaron rápidamente a enviar destacamentos de obreros a los campos a fin de llevar a cabo requisas y fusilar a todos los que se resistían a este “comunismo de guerra”. Es lo que habría ocurrido sin ninguna duda en la Francia rural de 1871 si los comuneros hubiesen salido vencedores de los Versalleses. La masa de los campesinos aferrada a su trozo de tierra habría tenido que ser metida en cintura y, en caso necesario, sometida al terror rojo. El odio a los “partidarios del reparto” hizo que, en los hechos, fueran los campesinos los que sirvieron de reserva a la contrarrevolución y que, enrolados en el ejército de Thiers, aplastaron la Comuna. En pocas palabras, en aquella época, con esta oposición entre ciudades (minoritarias y “rojas”) y campo (mayoritario y “blanco”), todo poder revolucionario se encontraba frente a la alternativa siguiente: gobernar por el terror o ser masacrado, ser el verdugo o la víctima. Históricamente se han dado los dos casos, uno en 1918 con la

instauración en Rusia de un poder revolucionario terrorista (con la Checa bolchevique), el otro en 1871 con la Semana sangrienta, en que fueron masacrados entre 30.000 y 50.000 obreros por la soldadesca reaccionaria. Los anarquistas, como hemos visto, no escaparon a esta alternativa. Con su rechazo a la dictadura del proletariado en Cataluña y en Aragón, todo lo que consiguieron hacer fue favorecer la represión contrarrevolucionaria estalinista que se desencadenó a partir de mayo de 1937.

Por tanto, hablando objetivamente, la “dictadura del proletariado” no podía ser más que la de un partido minoritario representando al proletariado y bien pronto llevado a ejercer el terror si quería mantenerse algo en el poder. Fue esta forma, la única posible en las condiciones de entonces – la historia no ha mostrado otra – la que los bolcheviques realizaron en Rusia entre 1917 y 1921, forma evidentemente truncada, totalmente insatisfactoria y que no es cuestión de reproducir en las condiciones avanzadas que en lo sucesivo son las nuestras.

En efecto, si nos trasladamos a la situación actual, ¿qué constatamos? Al haber llevado a un nivel muy elevado de desarrollo las fuerzas productivas así como el grado de productividad del trabajo, el capitalismo ha sido conducido a disminuir el tiempo de trabajo de las grandes masas<sup>18</sup>. Por eso está obligado a llenar el tiempo libre así liberado con toda una serie de tiempos de recreo, diversiones, espectáculos, juegos, casi tan vacíos los unos como los otros, pero que permiten continuar apartando a las masas de la cosa pública, quedando ésta acaparada siempre por una “clase política”. ¿Qué indica un tal estado de cosas? Conlleva una despolitización todavía más grande de las masas, pero también, paradójicamente, muestra que la división entre una pequeña minoría encargada de los asuntos públicos y una gran mayoría apartada de éstos no es

---

<sup>18</sup> En 1900, se trabajaba 3.000 horas por año; en 1960, 2.100; en 1985, sólo 1.600 horas.

más que artificial y no se justifica ya. De ahí la especie de descrédito que azota cada vez más a “la clase política”, convertida en objeto de irrisión en algunas emisiones de televisión. En otros términos, esto significa que las condiciones materiales requeridas para un gobierno ejercido directamente por los trabajadores mismos están reunidas: cuando la burguesía y su “clase política” sean echadas del poder, el tiempo “libre”, hoy llenado con “pan y juegos”, será verdaderamente liberado (con riesgo de aumentarlo, pues el tiempo de transporte acapara demasiado la vida cotidiana de los trabajadores) lo que permitirá así que un verdadero poder proletario vea la luz.

¿Utopía? Si hay revolución, ésta pone necesariamente en movimiento a las masas. Ciertamente, al haber sido condicionadas éstas por costumbres más que seculares (cuya causa objetiva hemos recordado) a “no ocuparse de política” (incluso en las democracias burguesas que pretenden haberlas elevado al rango de “ciudadanos” porque les invitan a depositar de vez en cuando una papeleta de voto en una urna) podrán considerarse al principio inexperimentadas para tomar directamente las cosas en sus manos. Pero qué importa, la revolución será para ellas la escuela que les permitirá liberarse de un cierto número de prejuicios que llevan pegados a la piel y adquirir prácticamente la habilidad necesaria: “Tanto para la creación de esta conciencia comunista de masas, como para la realización de la cosa misma, es necesaria una transformación de los hombres, que no puede producirse más que en un movimiento práctico, en una revolución; por consiguiente, la revolución no es necesaria solamente porque es el único medio de derrocar a la clase dominante, sino también porque la clase revolucionaria no puede llegar más que por la revolución a desembarazarse de todo el viejo fango para ser capaz de fundar de nuevo la sociedad<sup>19</sup>.”

---

<sup>19</sup> K. Marx, F. Engels, *la Ideología alemana*, in Marx, *Obras escogidas*, tomo 1, ediciones Gallimard, col. Ideas, París, pp. 157-158.

Queda el aspecto propiamente dictatorial de un tal poder. La disolución del parlamento burgués y de los partidos, tanto de derecha como de izquierda, será evidentemente necesaria, al no tener ya éstos, en tanto que órganos de conservación del capitalismo, razón de ser en la óptica revolucionaria del paso al socialismo. R. Luxemburgo reprochaba a los bolcheviques el haber disuelto la Asamblea constituyente rusa, en favor de los soviets. Se equivocaba, tanto más cuanto que ella misma planteaba en estos términos la cuestión del poder en Alemania en 1918: “Asamblea nacional o todo el poder a los consejos de los obreros y soldados, abandono del socialismo o la lucha de clase más resuelta del proletariado armado contra la burguesía, ése es el dilema<sup>20</sup>.” En cuanto al aspecto represivo de la dictadura del proletariado, está claro que éste quedará en adelante atenuado considerablemente. En efecto, ¿qué fuerza social de envergadura será capaz todavía de oponerse a ella? ¿La burguesía? Al igual que su sistema económico, no podrá más. En otros tiempos, la burguesía tenía los medios para organizar una contrarrevolución eficaz pues podía apoyarse en las masas pequeñoburguesas y poner así al proletariado en posición de neta inferioridad. Hoy, el capitalismo ha socavado económicamente a estas masas pequeñoburguesas tradicionales y ha hecho asalariados de su gran mayoría. Por supuesto, en el seno del salariado moderno se puede considerar que existen, como ya hemos señalado, capas intermedias – los cuadros, por ejemplo – que reemplazan a la antigua pequeña burguesía. Sin embargo, hay que considerar un hecho: esta nueva pequeña burguesía es más dependiente aún del capital que la antigua, hasta el punto de encontrarse en la estacada tan pronto como éste está en dificultades, como esos cuadros despedidos definitivamente del mercado del empleo, con la agravación del proceso de final de ciclo del capitalismo. Como se puede ya comenzar a comprobar, además de la cantidad de titulados que no encontrarán empleo, hay capas

---

<sup>20</sup> R. Luxemburgo, *Asamblea nacional o gobierno de los consejos*, citado por Michael Lowy, *in Marxismo y romanticismo revolucionario*, ediciones Le Sycomore, París, 1979, p. 179.

enteras de estos asalariados con las cadenas especialmente doradas hasta ahora, que se verán en situación de precarios, empobrecidos y, finalmente, proletarizados. En consecuencia, la dictadura del proletariado será ciertamente la de la inmensa mayoría en detrimento de la ínfima minoría burguesa, que no encontrará ya fuerzas sociales considerables en las que apoyarse. En estas condiciones, una tal dictadura podrá permitirse el lujo de ser “generosa”, “tolerante” hacia los oponentes burgueses, al haber dejado éstos de representar un riesgo mayor. Será tan poderosa y segura de sí misma que ya no tendrá necesidad – salvo excepción – de privarlos de palabra y de escritura. Observemos de paso que es este tipo de dictadura el que la democracia burguesa ha realizado en los países desarrollados: atrayéndose a la gran mayoría de los asalariados ha conseguido un tal consenso que puede dejar que se expresen los pocos oponentes revolucionarios que subsisten, al ser éstos inofensivos, mientras que ella se pavonea reservándose el bonito papel de hablar de Estado “de derecho”, de “derechos del hombre”, etc. A su manera, la dictadura del proletariado procederá igual. Sin subestimar más de lo debido a los oponentes, que a veces quizá se resistan, podrá dejarlos que continúen despotricando contra el socialismo, haciendo profesión de fe anticomunista al agitar el espectro del “gulag”: ¡no harán más que cubrirse de ridículo y no se atraerán sino una enorme carcajada!

Como se habrá comprendido, la dictadura del proletariado habrá perdido, por así decir, todo carácter propiamente terrorista, porque apenas se hará sentir su necesidad. En otros tiempos, la burguesía reinaba con ayuda del sufragio censatario, amordazaba la prensa de oposición y enviaba al presidio a los revolucionarios. Después, una vez segura de su fuerza, ha gobernado con el acuerdo de la gran mayoría, por medio del sufragio universal, asegurando así pacíficamente su dominación y realizando plenamente su democracia. La dictadura del proletariado, después de unos comienzos restrictivos, también realizará plenamente la

democracia conquistando a la gran mayoría, pero con un objetivo muy diferente: en lugar de apuntar a la conservación del capitalismo como la democracia burguesa (por eso es burguesa), tenderá a la supresión de éste con miras a la eclosión de una nueva forma social, el comunismo.

En consecuencia, R. Luxemburgo tenía toda la razón al exclamar: “¡Perfectamente, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su abolición, en intervenciones enérgicas y resueltas en los derechos adquiridos y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales no se puede realizar la transformación socialista<sup>21</sup>.” Operar una transformación social en los plazos más cortos posibles interviniendo despóticamente en las relaciones de producción capitalistas, tal es sin duda la tarea esencial de la dictadura del proletariado y no la eliminación física de los adversarios, los fusilamientos, las “guillotinas”, los campos de reeducación y otros procedimientos que forman parte de la panoplia del museo de los horrores al que se quisiera que se pareciese a toda costa. Por supuesto, para ser llevada a cabo, una tal tarea implica una voluntad política cuya autoridad es incontestable: ¡no se tratará de volver atrás! Únicamente el avance hacia el comunismo será su objeto. Lo que nos lleva a hablar de las tareas sociales que deberán ser emprendidas.

---

<sup>21</sup> R. Luxemburgo, *la Revolución rusa*, ediciones Spartacus, París, 1977, p. 30.



## Mañana, el socialismo

### Teoría general: del socialismo inferior al socialismo superior (o comunismo)

Como hemos visto en el capítulo I, el comunismo es un movimiento que recorre la historia de la humanidad, surgiendo bajo diversas formas ideológicas (religiosas, filosóficas) y acabando, con el marxismo, por darse una base racional y científica: con el desarrollo del modo de producción capitalista, el marxismo ve la posibilidad real del comunismo; más aún, afirma que es una necesidad.

Para Marx, el comunismo no es un “ideal” comprendido como la aspiración a una especie de sociedad perfecta, es “una sociedad nueva y superior<sup>1</sup>”, “una forma de vida más elevada a la cual tiende irresistiblemente la sociedad actual<sup>2</sup>”. Engels, en este punto, es aún más explícito: “No más que el conocimiento, escribe, la historia no puede encontrar un acabamiento definitivo en un estado ideal perfecto de la humanidad; una

---

<sup>1</sup> K. Marx, *el Capital*, libro I, tomo III, Ediciones sociales, París, 1959, p. 32.

<sup>2</sup> K. Marx, *la Guerra civil en Francia*, Ediciones sociales, París, 1952, p. 53.

sociedad perfecta, un “Estado” perfecto, son cosas que no pueden existir más que en la imaginación; muy al contrario, todas las situaciones que se han sucedido en la historia no son más que etapas transitorias en el desarrollo sin fin de la sociedad humana yendo de lo inferior a lo superior<sup>3</sup>.” No hay en el marxismo, aunque con frecuencia se le haya atribuido esta idea, ninguna escatología que haría aparecer el comunismo como “el juicio final” de la historia.

Sin embargo, si el comunismo no es efectivamente el término del desarrollo humano sino solamente un estadio superior de su evolución, es indudable que constituye un cambio decisivo. En efecto, hasta ahora se ha asistido en la historia a transformaciones que modificaban la forma de la sociedad humana, pero sin cambiarla verdaderamente. Así, si se considera el Estado, la propiedad y las clases, se da uno cuenta de que éstos han sufrido toda una serie de metamorfosis: el Estado monárquico se ha convertido en burgués democrático, la clase de los señores feudales ha sido reemplazada por la burguesía, y la propiedad de la tierra, basada en la servidumbre, ha sido sustituida por la propiedad industrial capitalista, fundada sobre el salariado. Todo esto ha modificado las condiciones de explotación y de dominación, pero no las ha suprimido. Por el contrario, el comunismo, al tender hacia la supresión del Estado, de la propiedad privada y de las clases en beneficio de una comunidad “libre e igualitaria de los productores” (Engels), se presenta como un cambio radical que zanja con lo que la humanidad ha conocido hasta ahora; de ahí la acusación de querer “el paraíso en la tierra”, de ser una “doctrina de salvación” con un “mesías operacional” (el proletariado), no habiendo existido jamás aquello hacia lo que tiende, si se exceptúa una fase muy remota de la historia llamada “comunista primitiva” pero de la que es muy difícil hablar con exactitud, aun cuando Engels, en su *el Origen de la*

---

<sup>3</sup> F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, in Marx-Engels, *Estudios filosóficos*, Ediciones sociales, París, 1961, p. 17.

*familia, de la propiedad privada y del Estado* ha creído decir algo suficientemente preciso, basándose en los trabajos de Lewis H. Morgan. Por eso, porque el comunismo intenta introducir algo verdaderamente nuevo, se ve denunciado por el orden establecido como una herejía que, como todas las herejías, es acusada de todos los males, calumniada, enviada a la hoguera con el epíteto infamante de “utopía mortífera”. Esta situación de proscrito y de reprobado durará mientras el comunismo no llegue a convertirse en “el movimiento real que suprime el estado de cosas existente”, como decía Marx, pues por el momento es todavía un enigma no resuelto de la historia. “La realización práctica del socialismo, escribía R. Luxemburgo, en tanto que sistema económico, jurídico y social es una cosa que sigue estando completamente envuelta en las brumas del futuro. Lo que nosotros tenemos en nuestro programa no son más que algunos grandes postes indicadores que muestran la dirección general en la que hay que comprometerse que, por lo demás, es de un carácter sobre todo negativo<sup>4</sup>.” Hoy, después de la enorme confusión introducida por los falsos comunismos del Este, una tal bruma se ha hecho todavía más espesa. Incluso los grandes postes indicadores que evoca R. Luxemburgo parecen haber desaparecido, o bien no indicar más que direcciones extremadamente contradictorias y dudosas, si se atiende uno a las declaraciones de algunos que pretenden hablar – bien o mal – del socialismo y del comunismo. Sin que se trate de “formular recetas para las marmitas del futuro”, recordar sus principios fundamentales es, pues, primordial.

“*Reunión de hombres libres* que trabajan con medios de producción comunes y que emplean, según un plan concertado, sus numerosas fuerzas individuales como una sola y misma fuerza de trabajo social (...); obra de hombres libremente asociados que actúan conscientemente y dueños de su propio

---

<sup>4</sup> R. Luxemburgo, *la Revolución rusa*, ediciones Spartacus, París, 1977, p. 27.

movimiento social<sup>5</sup>”; “*asociación libre e igualitaria de los productores*”<sup>6</sup>”, tal era para Marx y Engels la *forma* del socialismo. Asociación, he ahí la palabra clave del socialismo: los individuos, en lugar de actuar, como en el capitalismo, cada uno por su propia cuenta, se asocian con vistas a una obra común. Esta definición simple del socialismo permite ya desmarcarse de ciertos falsos socialismos.

Así, del socialismo de empresa o “autogestionario”. Éste, por “socialismo” entiende hacer de los trabajadores los patronos de la empresa. No hay en eso, de hecho, ningún “orden social comunitario” (Marx). En el fondo, no ha cambiado nada: la empresa continúa siendo autónoma, por tanto, entra en competencia con las otras empresas del mismo sector; por esta razón, es el mercado y no “un plan concertado” el que regula la producción, estando entonces ésta sometida a todas las fluctuaciones de este último; finalmente, como en el capitalismo, habrá empresas “ganadoras” (los trabajadores de las empresas competitivas) y “perdedoras” (los trabajadores de las empresas menos rentables y que serán despedidos). En pocas palabras, ahí no hay ningún socialismo, ninguna verdadera asociación de productores que superan los límites de la empresa; hay solamente un mal avatar del sistema capitalista que, de hecho, ya ha fracasado: así, en la ex-Yugoslavia y en Argelia, países que pretendían, más o menos, reclamarse de un tal “socialismo autogestionario”.

El otro gran tipo de falso socialismo es el que, a su vez, también expropia a los patronos de las empresas, pero esta vez en provecho de un Estado incontrolable por los trabajadores. Éste está en manos de una burguesía de Estado que, al disponer de hecho de los medios de producción, decide lo que debe ser producido y en qué cantidad, al tiempo que impone la lógica de

---

<sup>5</sup> K, Marx, *el Capital*, libro I, tomo I, Ediciones sociales, París, 1977, p. 27.

<sup>6</sup> F. Engels, *el Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Ediciones sociales, París, 1954, p. 159.

la ganancia. Una tal burguesía planifica sin duda la producción, pero no para satisfacer las necesidades de los trabajadores, sino con vistas a la acumulación del capital, por medio de una explotación sistemática de la fuerza de trabajo obrera. Un tal sistema, que hace de la estatización de la economía un sinónimo de “socialismo”, había sido denunciado ya en su tiempo por Engels como un falso socialismo<sup>7</sup>, pues “la transformación en propiedad del Estado no suprime la cualidad de capital de las fuerzas productivas”, escribía. Pero está muy claro que Engels no había visto todavía nada a guisa de capitalismo de Estado. Así, el que en el siglo XX iba a instaurarse a gran escala en la Rusia estalinista. Sin embargo, este falso socialismo no era, a su vez, sino un mal avatar del capitalismo, como testimonian su reciente disgregación y su bancarrota económica en el Este.

Por tanto, si el socialismo corresponde a una gestión de la producción por los trabajadores mismos, esta “autogestión”, si se quiere utilizar a toda costa esta expresión, no se parece en nada a una visión reducida consistente en gestionar “su” empresa, lo cual sería poca cosa y no haría sino reproducir un sistema de apropiación privada; de igual manera, si el socialismo es sin duda una planificación de la economía, ésta no puede confundirse con una gestión estatal de la producción que escapa a la voluntad de los trabajadores: “*El conjunto de las asociaciones cooperativas debe regular la producción nacional según un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la anarquía constante y a las convulsiones periódicas que son el destino ineluctable de la producción capitalista*”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> F. Engels: “Se ha visto recientemente, después que Bismarck se ha lanzado a las estatizaciones, aparecer cierto falso socialismo (...) que proclama socialista, sin otra forma de proceso, toda estatización, incluso la de Bismarck. Evidentemente, si la estatización del tabaco fuese socialista, Napoleón y Metternich contarían entre los fundadores del socialismo.” in *Anti-Dühring*, Ediciones sociales, París, 1950. p. 317.

<sup>8</sup> K Marx, *la Guerra civil en Francia*, op. cit., pp. 52-53.

Si por su forma el socialismo es una “asociación de productores”, por su *contenido* es una producción no mercantil. En efecto, al no ser la finalidad de la producción la ganancia, es decir, el dinero, el capital, sino la satisfacción de las necesidades humanas, está claro que el mercado no tiene ya razón de ser: éste no es, como se presenta a primera vista, ese escaparate de valores de uso que se ofrece a la clientela, sino esa red de ventas que permite que la plusvalía arrancada a los trabajadores en la producción se realice bajo su forma dinero por medio de la venta de las mercancías; dicho de otro modo, el mercado es el lugar en el que el capital realiza su ganancia, no siendo los valores de uso para él más que valores de cambio. Por eso, “en el interior de un orden social comunitario, los productores no cambian sus productos, de la misma manera que el trabajo incorporado a los productos no aparece ya como valor de estos productos<sup>9</sup>.” Por su parte, Engels es igual de explícito: “Con la toma de posesión de los medios de producción por la sociedad, la producción mercantil es eliminada y, como consecuencia, la dominación del producto sobre el productor. La anarquía en el interior de la producción social es reemplazada por la organización planificada consciente<sup>10</sup>.” A partir de entonces, si los productores no cambian sus productos y no tienen que medir el valor de cambio de éstos, está claro que el socialismo suprime el dinero. En su lugar, el trabajador recibe “un bono constatando que ha suministrado tal cantidad trabajo (deducción hecha del trabajo efectuado para los fondos colectivos) y, con este bono, retira de los almacenes sociales objetos de consumo equivalentes a una cantidad igual de su trabajo. La misma cantidad de trabajo que ha suministrado a la sociedad bajo una forma, la recibe, en retorno, bajo otra forma<sup>11</sup>.”

---

<sup>9</sup> K. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, in Marx-Engels, *Crítica de los programas de Gotha y de Erfurt*, Ediciones sociales, París, 1950. p. 23.

<sup>10</sup> F. Engels, *Anti-Dühring*, Editions sociales, París, 1950, p. 322.

<sup>11</sup> K. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, *op. cit.*, p. 23.

El socialismo, si no suprime todo control (se necesita “un bono de trabajo<sup>12</sup>” que atestigüe que el individuo ha suministrado una cierta cantidad de trabajo a la sociedad), suprime ya el salariado: lo que el individuo recibe a cambio de su trabajo corresponde (hecha la deducción para los fondos sociales, como la renovación de las máquinas, de las instalaciones desgastadas, los nuevos acondicionamientos encarados, etc.) al número de horas de trabajo que efectivamente ha suministrado, y no sólo a las horas necesarias para reproducir su fuerza de trabajo como bajo el capitalismo, constituyendo el resto un plustrabajo que se le escapa y que es acaparado por la empresa privada. Ciertamente, la retribución es todavía en cierta medida desigual pues es proporcional al trabajo de cada uno: uno puede trabajar más que otro, uno efectúa un trabajo complejo, el otro un trabajo simple. Es, por tanto, “a cada uno según su trabajo” o “según sus capacidades”.

Estas desigualdades que subsisten corresponden a “defectos”, escribe Marx, pero éstos “son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista tal como acaba de salir de la sociedad capitalista, tras un largo y doloroso parto”. Sólo cuando “las fuentes de la riqueza colectiva manen con abundancia” se pasará a un modo de retribución que será “a cada uno según sus necesidades”: en este estadio, ya no habrá ninguna contabilidad del trabajo de cada uno, cada cual podrá coger en la riqueza común, sin ningún control. ¿Y si se le ocurre a los individuos la idea de servirse desvalijando los almacenes sociales? He ahí la clase de pregunta que demuestra que no se consigue alejarse de la sociedad burguesa, en la que todo se vende y se compra. De hecho, en un tal estadio de evolución social, al haber sido superado el reino de la necesidad, no se le ocurrirá a nadie la idea de almacenar bienes de consumo como si en cualquier momento pudiese sobrevenir una crisis. No obstante, concedamos que tal caso pudiese ser

---

<sup>12</sup> De este modo, el “bono de trabajo”, con los medios electrónicos modernos, podría tomar la forma de una tarjeta magnética que se utilizaría como medio de distribución de los productos de consumo.

real: si por ventura alguien procediese así, todo lo que se le podrá aconsejar entonces es ¡que vaya a un centro psiquiátrico u otro, a fin de que le dispensen cuidados!

Este estadio superior de la sociedad comunista corresponde al del reino de la libertad. Para los burgueses de la Francia de 1789, la libertad era la del comercio, del tráfico mercantil y de la explotación sin límites de la nueva clase de esclavos, la de los obreros asalariados, que el modo de producción capitalista estaba engendrando. De un modo accesorio, la libertad era la de las “conciencias”, del “espíritu”, tal como los filósofos del siglo de las Luces la habían imaginado, de un modo totalmente idealista: al estar cada cual dotado de razón, podía forjarse una convicción íntima, una libre opinión personal, independientemente de las influencias del medio ambiente, de los determinismos económicos y sociales y de las ideologías dominantes en la sociedad... Para el marxismo, “el reino de la libertad no comienza en realidad más que allí donde cesa el trabajo impuesto por la escasez y la necesidad exterior; por tanto, se encuentra, por la naturaleza de las cosas, fuera de la esfera de la producción material propiamente dicha<sup>13</sup>.” A partir de ahí, restablezcamos la verdad. El marxismo, al que no se ha parado de acusar de ser “reductor” a causa de la primacía que da a la economía (que, de hecho, en las sociedades de clases determina en lo esencial el resto de las actividades humanas y explica la historia), tiene como perspectiva un estadio de la evolución humana en el que la economía ya no es el destino: con el paso del reino de la necesidad al de la libertad, “cesa la lucha por la existencia individual. Por ahí mismo, por primera vez, el hombre se separa, en cierto sentido, definitivamente del reino animal, pasa de condiciones animales de existencia a condiciones realmente humanas<sup>14</sup>”. Por tanto, el marxismo no es un “economismo”, sino un humanismo; un humanismo no abstracto, como el

---

<sup>13</sup> K. Marx, *el Capital*, libro III, in K. Papaioannou, *los Marxistas*, ed. J'ai lu, París, 1965, p. 245.

<sup>14</sup> F. Engels, *Anti-Dühring*, *op. cit.*, p. 322.

humanismo burgués, sino concreto, basado en el alto desarrollo de las fuerzas productivas materiales que ofrecen al hombre la posibilidad de liberarse del trabajo impuesto por la escasez y la necesidad exterior: “La reducción del trabajo necesario permitirá el libre desarrollo del individuo. En efecto, gracias a los tiempos libres y a los medios puestos al alcance de todos, la reducción al mínimo del trabajo social favorecerá el desarrollo artístico, científico de cada uno, etc.<sup>15</sup>”

“Libre desarrollo del individuo”, escribe Marx. Ahí también se está en las antípodas de la visión del “comunismo” que todos los profesionales del anticomunismo, sean de izquierda o de derecha, quieren acreditar: la de una sociedad en la que el individuo es reducido a la nada y se funde en un vil rebaño gobernado por algunos amos todopoderosos. La perspectiva es completamente la inversa; es la de un hombre capaz de desarrollarse y de florecer en todos los planos de la cultura, pues “cuanto más aumenta el nivel de cultura del hombre, más capaz es de disfrutar”, escribe Marx<sup>16</sup>.

Éste, en otro pasaje de los *Grundrisse*, escribe aún: “¿Qué será la riqueza una vez despojada de su forma burguesa todavía limitada? Será la universalidad de las necesidades, de las capacidades, de los goces, de las fuerzas productivas, etc., de los individuos, universalidad producida en el intercambio universal. Será la dominación plenamente desarrollada del hombre sobre las fuerzas naturales, sobre la naturaleza propiamente dicha<sup>17</sup>, así como sobre su propia naturaleza. Será

---

<sup>15</sup> K. Marx, *Grundrisse*, in K. Marx, *Obras*, Economía II, Ediciones Gallimard, Biblioteca de la Pléiade, París, p. 306.

<sup>16</sup> K. Marx, *Grundrisse*, in K. Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política I*, ed. Anthropos, París, 1967, p. 366.

<sup>17</sup> Contrariamente al joven Marx de 1844 (de los “Manuscritos”) todavía medio feuerbachiano, por tanto, parcialmente humanista naturalista – que hablaba, con el comunismo, de “reconciliación” del hombre con la naturaleza – el Marx de 1858 (de los *Grundrisse*) se emancipa de toda idolatría de la naturaleza, hablando de su

el florecimiento completo de sus capacidades creadoras, sin otro presupuesto que el curso histórico anterior, que hace de esta totalidad del desarrollo un fin en sí; en otros términos, se asistirá al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, sin que éstas se puedan medir por un patrón preestablecido. El hombre no se reproducirá como unilateralidad, sino como totalidad. No intentará quedarse en algo que ya ha sido, sino que se insertará en el movimiento absoluto del devenir<sup>18</sup>.” En lo sucesivo, el desarrollo de la sociedad no significa otra cosa más que el *desarrollo humano*; éste corresponde a un dominio del hombre sobre lo que hasta ahora le dominaba, le alienaba: la naturaleza, la economía, el tener, la propiedad, situándose la verdadera liberación, como decía Marx, “fuera de la esfera de la producción material propiamente dicha”.

---

“dominación”. A causa de esto, Marx es frecuentemente asimilado al capitalismo mismo, que también sería portador de un tal proyecto. De hecho, a guisa de dominación de la naturaleza, en lo que desemboca este último es en una destrucción de ésta, como aparece claramente hoy con la degradación del medio natural. Se trata, pues, de una falsa dominación de la naturaleza. El comunismo lo conseguirá, pues al estar la economía liberada del mercado, del dinero y de la ganancia, ya no tendrá que correr riesgos por razones de rentabilidad y de crecimiento que, a su vez, son las verdaderas causas de esta destrucción de la naturaleza a la que se asiste, aunque el capitalismo, poniéndose a la moda ecologista, intenta atenuar sus efectos, sin poder, evidentemente, atacar sus causas profundas, lo que implicaría su cuestionamiento. En cuanto a aquellos que, con el pretexto de esta explotación desastrosa de la naturaleza por el capitalismo, llegan a la conclusión de que hay que renunciar a toda dominación sobre ella, soñando con una reconciliación angelical con ella, no hacen más que volver la espalda a la perspectiva comunista de una humanidad superior liberada del reino de la necesidad, para invitarla, en su lugar, de un modo totalmente reaccionario, a una situación en que era esclava de la naturaleza, como durante toda la época precapitalista.

<sup>18</sup> K. Marx, *op. cit.*, p. 450.

R. Luxemburgo consideraba que, fuera de “algunos grandes postes indicadores que muestran la dirección general en la que hay que comprometerse” – que acabamos de recordar brevemente – “ningún manual de socialismo” podía suministrar informaciones exactas concernientes a “las mil grandes y pequeñas medidas concretas con miras a introducir los principios socialistas en la economía, en el derecho, en todas las relaciones sociales”. Todo esto no podía ser, decía, más que fruto de la experiencia, la única capaz “de aportar los correctivos necesarios y abrir vías nuevas”. Ella no veía en esto una inferioridad “sino precisamente una superioridad del socialismo científico sobre el socialismo utópico”, siempre dispuesto a fabricar en la imaginación sistemas completos que van hasta el menor detalle<sup>19</sup>. Esta apreciación de R. Luxemburgo es justa: el comunismo no puede ser elaborado por entero teóricamente de antemano, sólo la experiencia práctica es capaz de aportar las precisiones necesarias. Sin embargo, sin caer por ello en la utopía, no está prohibido saber lo que en materia de socialismo, en las condiciones actuales, podría ser alcanzado relativamente pronto. Es lo que ahora vamos a esforzarnos en deducir.

## ¿El comunismo enseguida?

“Actualidad del proyecto comunista (...) No es ya el socialismo (comprendido como fase de transición del capitalismo al comunismo) sino directamente el comunismo mismo el que el movimiento obrero debe hacer figurar en su orden del día”, escribe Alain Bihl<sup>20</sup>.

He ahí un “proyecto” a primera vista seductor, audaz, pero cuya validez queda por examinar algo.

---

<sup>19</sup> R. Luxemburgo, *op. cit.*, p. 27.

<sup>20</sup> A. Bihl, *De la “Gran Noche” a “La Alternativa”*, Ediciones obreras, París, 1991, p. 291.

A fin de justificar un tal paso directo al comunismo, A. Bihr pretende que el socialismo habría sido realizado ya por... el capitalismo mismo. Bajo la presión del movimiento obrero y de la “estrategia de integración” que ha adoptado durante el período fordista, el capitalismo ha realizado, según sus propias vías y bajo sus propias formas, por tanto, de manera a la vez parcial y caricaturesca, al menos algunos de los objetivos del socialismo<sup>21</sup>.” En otros términos, E. Bernstein tenía razón: el socialismo puede ser introducido gradualmente en el interior mismo del capitalismo por medio de toda una serie de reformas, de presiones sucesivas, que acabarán por “contaminarlo”. Y es lo que efectivamente ha pasado, nos dice A. Bihr, en fin, casi... Y éste nos enumera los “objetivos socialistas” que habrían sido alcanzados: “el crecimiento y la socialización de las fuerzas productivas, la elevación del “nivel de vida” del proletariado que ha resultado de ello, la satisfacción de un cierto número de sus necesidades fundamentales (vivienda, salud, formación general y profesional, cultura y ocio), la instauración de la protección social (de hecho, socialización de los riesgos corridos por los individuos), reconocimiento de los derechos individuales y colectivos de los trabajadores, ya sea en la empresa como en la sociedad o el Estado, pero también la socialización de la sociedad, la elevación del nivel cultural de la población, el dominio del desarrollo económico y social por el Estado, etc. Y al realizar estos objetivos socialistas, son las condiciones, tanto objetivas como subjetivas, del paso al comunismo, las que el capitalismo habrá hecho madurar al mismo tiempo<sup>22</sup>.” Evidentemente, todo esto a guisa de socialismo sería, concede A. Bihr, un poco “caricaturesco y parcial”, pero a pesar de todo se trataría de una especie de “socialismo real” que, lejos de haberse “hundido” como en el Este, gozaría de plena salud, listo a comprometerse por la vía del comunismo pleno y acabado...

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 291-292.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 292.

Presentar como “socialismo” la menor reforma social, la más pequeña intervención del Estado, es lo que siempre han hecho los partidos burgueses de derecha intentando asustar a sus electores conservadores. Manifiestamente, A. Bihr comparte con ellos su concepción del “socialismo”, aun cuando experimenta cierto desdén hacia él, al preferir lo que llama “la utopía comunista”. De hecho, A. Bihr intenta hacernos confundir la gimnasia con la magnesita al asimilar el socialismo a un capitalismo algo reformado, “juicioso”, “de rostro humano”, tipo de capitalismo que en los países desarrollados, a partir de 1945, tuvo una cierta realidad, pero que no era sino un paréntesis en el curso del capitalismo, paréntesis que, a su vez, se está cerrando, de lo que A. Bihr parece no haberse apercibido. El socialismo, recogiendo la formulación de Marx, es “la fase inferior de la sociedad comunista”. Es ya, por tanto, una ruptura con el capitalismo, pues suprime el salariado, el mercado, el dinero, reemplazándolos, como se ha visto anteriormente, por “a cada cual según su trabajo”, “un plan concertado” de la producción y el “bono de trabajo”.

De hecho, el único elemento serio que observa A. Bihr en el seno del capitalismo y que podría llevar a pensar que el comunismo (o socialismo superior) estaría de actualidad, es cuando evoca “el crecimiento y la socialización de las fuerzas productivas” alcanzadas por las sociedades capitalistas occidentales. En efecto, cuando se ve los enormes poderes productivos industriales que ya hay puestos en movimiento, hasta el punto de llegar a un maquinismo próximo a la automatización, se puede uno preguntar si la sociedad comunista, la sociedad casi liberada del trabajo necesario que había vislumbrado Marx, no estuviese a la orden del día. A primera vista podría parecer, en efecto, que estuviesen reunidas las condiciones materiales para efectuar un tal salto al futuro, por encima de la fase socialista. En realidad no hay nada de ello y vamos a ver por qué.

En primer lugar, constatemos que si el capitalismo ha desarrollado sin duda las fuerzas productivas materiales en gran medida, un tal desarrollo queda limitado geográficamente: si exceptuamos una zona, esencialmente occidental, lo que en el resto del mundo continúa predominando es sobre todo el atraso económico, el subdesarrollo, la penuria, que tienen como consecuencias la miseria, la subalimentación, a veces el hambre, la superpoblación, la hambruna y, con mucha frecuencia, el caos. En estas condiciones, ¿puede hablarse seriamente “de actualidad del comunismo”? En caso afirmativo, aparece claro que un tal comunismo no sería para todo el mundo, sino solamente para una minoría de privilegiados occidentales que se liberarían del trabajo necesario gracias al maquinismo superdesarrollado, que no trabajarían más que diez o quince horas semanales, mientras que la inmensa mayoría de la humanidad continuaría estando confrontada cruelmente a todos los problemas correspondientes al subdesarrollo.

Se ve inmediatamente a qué contradicción se llega cuando se hace caso omiso de la desigualdad de desarrollo que el capitalismo ha conllevado y que el movimiento revolucionario heredará necesariamente cuando llegue al poder. En consecuencia, para éste, no se tratará de hablar de una manera completamente irreflexiva de “actualidad del proyecto comunista”, sino de actualidad del proyecto socialista que, a su vez, significará, entre otras cosas, elevar las fuerzas productivas en todas las partes del mundo donde faltan de modo cruel. En otros términos, para los países desarrollados se tratará, no de acabar con todo esfuerzo productivo e instalarse en un “comunismo” que no podría estar reservado más que a una pequeña minoría de países abastecidos, lo que sería una nueva impostura, sino de ayudar enérgicamente a los países atrasados económicamente entregándoles gratuitamente (por tanto, sin pasar por un intercambio de equivalentes) medios de producción vitales (máquinas, instalaciones, etc.). Una tal ayuda de los países avanzados, elevando el nivel productivo de los países atrasados, permitirá a estos últimos producir lo que es

necesario para sus necesidades más apremiantes y, por tanto, evitar que el socialismo sea para ellos sinónimo de socialización de la miseria. Así pues, en lugar de lágrimas de cocodrilo derramadas a cuenta de ellos, acompañadas de algunas operaciones de caridad bien orquestadas a fin de dar el pego, como pasa actualmente, una verdadera solidaridad socialista proveniente de los países avanzados. Socialista, en efecto, pues se tratará de una ruptura con la lógica del mercado que beneficia sobre todo a los países ricos, y por tanto acrecienta las desigualdades con los países pobres, al no poder éstos, dado su retraso estructural, hacer frente a los desafíos de la competencia, salvo en algunos dominios. En lugar de ese mercado sin fronteras que los “ajusta” y los aplasta, habrá la ejecución de un *plan socialista mundial*, único capaz de sacar la economía mundial del estado de desequilibrio, de anarquía y de incoherencia en el que la ha hundido el capitalismo. En cuanto al socialismo superior, se lo podrá encarar únicamente una vez el planeta entero esté listo económicamente para efectuar un tal salto, lo que requerirá no poco tiempo, es decir, toda una época histórica.

Esta fase socialista previa es indispensable, pues hay que considerar otro factor. Hoy hay unos 5.500 millones de individuos en la superficie del planeta y algunas estimaciones hablan de 8.000 millones para el año 2020. A partir de ahí, al ser el comunismo la plasmación de “a cada cual según sus necesidades”, es decir, un modo de distribución sin restricción y sin contabilidad, se ve desde la primera ojeada, dada la importancia de la población mundial, que sería imposible llevarlo a cabo. En consecuencia, la tarea del socialismo inferior será llevar a la población mundial a un nivel razonable, al menos, acabar con la demografía galopante, elevando el nivel de vida de las zonas desfavorecidas, donde se tienen muchos niños porque se es pobre, fenómeno fácil de verificar pues allí donde el capitalismo ha sido capaz de un desarrollo real, la población ha dejado más o menos de aumentar, e incluso en algunos casos ha disminuido, como se puede comprobar en

todos los países occidentales. Únicamente con esta condición, se podrá encarar el comunismo.

Vayamos más lejos. En los países avanzados, el comunismo no sería posible inmediatamente. Pues lo que el capitalismo ha realizado en estos países son solamente las condiciones para el socialismo (la elevación de las fuerzas productivas y la socialización de la producción), mientras que las condiciones para el comunismo implicaría que se suprima la división del trabajo entre manuales e intelectuales y se cree un marco de vida adecuado, lo que está lejos de ser el caso.

En efecto, tal como existe, la organización capitalista de la sociedad y del trabajo es impropia del comunismo. Hay que trastocarla previamente de arriba abajo. El capitalismo, en su desarrollo, ha desertizado los campos y ha amontonado los individuos en gigantescas megalópolis que, con su urbanismo de concentración, atravesado por vías de comunicación tentaculares, ha creado un universo deshumanizado, anónimo y desmesurado que el socialismo deberá revisar totalmente. Su tarea será hacer surgir una nueva organización de la sociedad en cuyo seno los hombres puedan modificar radicalmente sus condiciones de existencia, formando entonces cada lugar donde se vive una comunidad de trabajo, de habitación, de relaciones, de creación, rompiendo con el antiguo entorno creado por el capitalismo. Será, pues, necesario que el socialismo se aplique a un nuevo ordenamiento del territorio, lo que implicará todo un trabajo de transformación y requerirá toda una fase transitoria. Se podrá decir otro tanto del “desarrollo múltiple de los individuos” que evoca Marx con el comunismo. Sería totalmente irreal pensar que, desde la ruptura con el capitalismo, la división entre manuales e intelectuales desaparecerá por encantamiento. Será tarea del socialismo hacerla desaparecer progresivamente por medio de la educación permanente para todos en diversas disciplinas, formando ésta parte de la producción socialista de pleno derecho. El capitalismo desarrollado ha disminuido ciertamente el tiempo

de trabajo, pero para llenar el tiempo así liberado de “distracciones” que, en su mayoría, están destinadas a desviar a los hombres de toda preocupación superior. El socialismo tenderá a permitir la eclosión de hombres lo más completos posible, que se elevan al conocimiento en diversos dominios y, por consiguiente, mucho menos proclives a dejarse acaparar por divertimientos fútiles o pasivos, como el que consiste en matar el aburrimiento pasando el tiempo mirando la televisión. Por tanto, ahí también, la tarea del socialismo será hacer madurar, esta vez en el plano de la cultura, el comunismo.

Sin esta cultura nueva, nada de socialismo superior. En efecto, estando éste definido económicamente por la fórmula “a cada cual según sus necesidades”, si un tal socialismo se instaurase de golpe en algunos países avanzados, no duraría mucho tiempo: como no se exigiría ya ningún “bono de trabajo” atestiguando que los individuos han participado en la producción, se correría el riesgo de que muchos cogiesen de la riqueza social como buenamente les pareciese, a falta de educación socialista suficiente. Al estar abolido todo control, aquélla se vería agotada rápidamente y la producción, a falta de toda coerción en el trabajo, acabaría por hundirse. Dicho de otro modo, la utopía del “comunismo enseguida” tendría todas las probabilidades de caer en el caos. Sólo después de una fase transitoria que permita surgir un “hombre nuevo” será posible una tal “toma del montón” comunista.

En pocas palabras, lo que está planteado ahora por la historia es el socialismo (o comunismo inferior). Éste, vista la desigualdad de desarrollo existente a escala mundial, no podrá ser alcanzado sino en grados variables. En algunos países atrasados no será todavía más que embrionario, por el contrario, en los países avanzados tendrá una configuración mucho más elaborada que ya es posible perfilar de una manera clara.

Los objetivos socialistas pueden ser alcanzados rápidamente en los países avanzados:

### • **Un plan concertado**

El socialismo substituye el mercado por un plan. Pero, como ya observaba Engels en 1891, la existencia de un plan no es en sí un criterio suficiente para decir que nos encontramos en el seno de una economía socialista<sup>23</sup>. Si el plan tiene como objetivo someter ramas enteras de la industria, se trata de un capitalismo monopolista, y si abraza a toda la economía de una nación, con vistas a la acumulación del capital, como ocurría en la ex-URSS, es capitalista de Estado.

Por plan socialista Marx y Engels entendían, como hemos visto, “un plan común”, “un plan concertado”, el “de los productores asociados”. Eso era decir claramente que el plan no podía ser atributo de unos “especialistas” o “burócratas”, sino fruto de los trabajadores mismos, al menos en sus grandes líneas: al no estar ya la producción orientada hacia la ganancia, la acumulación del capital, los trabajadores tendrán por tarea definir lo que debe ser producido en función de las necesidades reales. La actual Unión europea capitalista organiza también planes. Así, limita la producción de trigo, de ovinos, de leche, de acero determinando cuotas a fin de evitar la caída de los precios a causa de la superproducción. Todas estas medidas son tomadas en función del mercado y decididas “desde arriba” por los grandes organismos financieros. Un plan socialista europeo, liberado de los imperativos del mercado, de los intereses privados de los grandes grupos capitalistas, no tendría que preocuparse más que de las necesidades de la colectividad que, a su vez, tendrán que ser redefinidos. En efecto, en el marco del capitalismo la noción de necesidades abarca toda una masa de mercancías ofrecida en el mercado cuyo valor de uso es extremadamente discutible. Esto va desde el sacrosanto coche

---

<sup>23</sup> F. Engels, *op. cit.* pp. 81-82.

individual (con lo que éste implica de cruces y puentes de carretera, de autopistas que desfiguran el paisaje), al televisor con treinta cadenas cableadas (verdadero dechado de la majadería difundida a lo largo de los años) pasando por un tropel de productos que forman parte de lo inútil puro y simple. En consecuencia, el plan socialista tendrá como tarea efectuar una selección seria entre todos los productos que el capitalismo ha desarrollado y de los cuales una buena parte es nociva, peligrosa (como la circulación en automóvil, que causa 500.000 muertos cada año en el mundo), alienante, antisocial. Por otro lado, a diferencia de la producción capitalista, condenada a ir siempre hacia delante bajo pena de hundirse, la producción socialista no tendrá como objetivo “el siempre más”, sino el “siempre mejor”: en oposición a la llamada “sociedad de consumo”, que inunda el mercado con productos hechos para no durar, lo que tiene como efecto arrastrar un despilfarro enorme y una dilapidación de los recursos naturales, se tratará de producir bienes de una calidad cada vez mejor. Finalmente, mientras que el capitalismo está orientado hacia una producción de bienes que favorecen una psicología individualista (como el coche o la casa individual), el socialismo tenderá a hacer sociales y colectivos los bienes a fin de favorecer el espíritu comunitario y de ayuda mutua.

La elaboración de un tal plan no tendrá valor más que si parte de abajo para remontar después hacia arriba. Lo que significa que requerirá la participación de todos los trabajadores, los cuales tendrán que tomar un cierto número de decisiones concernientes a éste. ¿Cómo? Por la libre discusión, tomando las decisiones por mayoría. Por supuesto, se podrán tomar opciones erróneas. ¿Cómo ponerles remedio? ¿Por el método fuerte, autoritario, que impone sus puntos de vista desde arriba? Esta vía, fácil, es ilusoria. Ciertamente, se puede y se debe denunciar y criticar los errores, indicar otras vías a seguir (esto será tarea de la vanguardia política), pero no se puede imponer por la fuerza su adopción. Sólo la práctica viviente y la experimentación serán capaces de llevar a rectificar el tiro.

Dicho esto, por muy democrática que sea la elaboración del plan, éste deberá desembocar en una centralización de los objetivos a alcanzar, sin la cual ni siquiera valdría la pena hablar de “plan”. Una cierta coerción del plan será, por tanto, necesaria. En efecto, seguirá existiendo la necesidad del trabajo como medio para vivir. Tal como acabará de salir de la sociedad capitalista, la sociedad socialista no podrá permitirse que haya refractarios al trabajo, holgazanes, aprovechados. Se impondrá, por tanto, una autoridad social y los “productores asociados” tendrán que hacerla respetar, suprimiendo la libertad de vivir a expensas de la colectividad. Por lo demás, libertad total. No hay por qué prohibir las costumbres, los hábitos, las opiniones, las convicciones religiosas u otras heredadas del pasado. Éstas no pueden desaparecer porque se las ponga fuera de la ley, o por el terror ideológico. Sólo la instauración cada vez más elaborada de nuevas relaciones sociales en la producción y la vida social en general será capaz de hacer surgir un “hombre nuevo”, que no hay que imponer según un modelo preestablecido y al que habría que conformarse obligatoriamente bajo pena de sanciones.

### • Una reducción del tiempo de trabajo

Hoy, el capitalismo excluye una masa de trabajadores condenados a vivir de la asistencia, cuando no son abandonados pura y simplemente a la mendicidad. Habla de “compartir el trabajo”, pero esto no puede significar más que una cosa: disminuir otro tanto los salarios a fin de que esto no tenga ninguna incidencia sobre la rentabilidad del capital, todo lo demás que se dice no es sino vana charlatanería y demagogia. El socialismo, al eliminar en plazos rápidos secciones enteras de la producción mercantil, no tendrá ya que preocuparse, por consiguiente, de los problemas de “rentabilidad”, de “ganancia de productividad”, de “mercados a conquistar”; produciendo en función de las necesidades, no tendrá más que poner en marcha una contabilidad simple: para producir esto, vistos los medios de producción de que se dispone, se necesitan tantas horas de

trabajo, por tanto, no hay más que dividir este volumen global de horas por el número de “productores asociados” a fin de determinar la duración del trabajo de cada uno.

A partir de entonces trabajarán todos, pero menos. En efecto, la jornada de trabajo se verá disminuida necesariamente, no sólo gracias al maquinismo altamente desarrollado que permite una economía de trabajo, sino también gracias a la eliminación de la producción mercantil: una muchedumbre de trabajadores utilizados hasta ahora para la venta, la publicidad, los bancos, los seguros, los impuestos, etc., serán dirigidos hacia actividades que sirven para la producción de bienes o de servicios sociales útiles, lo que permitirá al mismo tiempo que cada uno trabaje menos.

### • Trabajar de otra manera

La producción capitalista está sometida al rendimiento: el ritmo de trabajo debe continuar aumentando a fin de acrecentar la extorsión de plusvalía relativa y bajar los costes de producción. De ello resulta para el trabajador la fatiga nerviosa, el agotamiento, la monotonía, la despreocupación profesional, en una palabra, la repugnancia por el trabajo; éste es soportado como una coacción y pierde todo sentido. “Cuando el trabajo no sea solo un medio de vida, sino que se convierta en la primera necesidad vital”, escribía Marx<sup>24</sup>. Es este objetivo el que tendrá la producción socialista. A partir del momento en que la producción ya no tenga como objetivo la ganancia sino las necesidades, necesariamente el trabajo se enriquecerá cualitativamente: es el trabajo bien hecho el que volverá por sus derechos. Sin que sea cuestión de volver a una producción de tipo artesanal, que requería una alta calidad profesional pero que era demasiado poco productiva para satisfacer las necesidades, será posible una utilización nueva de las máquinas (al estar en lo sucesivo puestas éstas al servicio del hombre y no

---

<sup>24</sup> K. Marx, *op. cit.*, p. 25.

del capital), eliminando muchas tareas repetitivas e ingratas, mientras que el trabajador, con una formación politécnica adecuada (la reducción del tiempo de trabajo permitirá adquirirla) podrá consagrarse libremente al trabajo pedido, tanto manual como intelectual, estando entonces su espíritu dirigido hacia una producción de calidad. Es evidente que una tal transformación del trabajo requerirá un cierto tiempo para realizarse, pero es hacia lo que tenderá la producción socialista, eliminando ésta el trabajo cronometrado, desmenuzado, para llegar a un enriquecimiento cada vez mayor de las tareas.

### • Una retribución igualitaria

Como ya hemos recordado, el socialismo elimina el dinero por el “bono de trabajo” (no siendo éste acumulable) y el salariado por el “a cada cual según su trabajo”. Pero el trabajo de uno no vale como el de otro. Así, por poner un ejemplo extremo, el de un ingeniero es mucho más complejo que el de un peón. A partir de ahí, ¿significa esto que el primero tendrá una retribución mayor que el segundo? Si nos basamos en el derecho del productor proporcional al trabajo que ha suministrado, incontestablemente. Este derecho es, por tanto, desigual. Marx lo reconocía y decía que seguía estando “gravado por un límite burgués”. Pero, añadía, “el derecho no puede nunca estar más elevado que el estado económico de la sociedad”, queriendo significar con ello que mientras éste permanezca limitado, habrá que resignarse a que uno reciba más que otro. Hoy, dado el alto desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado, es ya posible una distribución igualitaria de los productos, cualquiera que sea el tipo de actividad suministrado. Los ingenieros y otros trabajadores titulados que efectúan actividades complejas quizá se consideren perjudicados. ¡Buenas tenemos! Ellos mismos ya no pueden jactarse de ser escasos y valiosos, al ser producidos a espaldas por las universidades burguesas, al tiempo que algunos, bajo pena de encontrarse en el paro, se ven obligados a aceptar empleos sin relación con su calificación y, por tanto, mal pagados. Por eso,

de grado o por fuerza, en el marco del socialismo su retribución será igual a la de todos, aun cuando, no obstante, tienen una ventaja: la de efectuar un trabajo más atractivo y menos fatigoso físicamente, en espera de que sea abolida completamente la innoble división del trabajo entre manuales e intelectuales. En estas condiciones, la retribución de cada uno será simple. Tomando como unidad de medida la hora de trabajo (sea simple o complejo), dando ésta derecho a tantos objetos de consumo, todos se encontrarán en el mismo pie de igualdad. Esto no será todavía comunismo igualitario (no una distribución comunista de “coger del montón”) pero podrá ser completado con un principio de gratuidad que anticipa el comunismo, en dominios como los transportes, la salud, la vivienda.



## Breves indicaciones bibliográficas

Con la etiqueta de “marxismo” se disimulan o llegan a superponerse diversos “ismos” (como el “leninismo”, el “trotskismo”, etc.) que no tienen sino una relación muy lejana con la obra de Marx y Engels que, al final, no son leídos. Remitirse directamente a sus escritos fundamentales es, por tanto, indispensable para cualquiera que quiera saber de qué se habla a propósito de “marxismo”.

En lo concerniente a Carlos Marx, citemos sobre todo: *Miseria de la filosofía* (1847), *el Manifiesto del partido comunista* (en colaboración con Federico Engels, 1848), *las Luchas de clases en Francia* (1850), *el Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), *el Capital* (libro I – 1867, libros II y III publicados en 1885 y 1894 por Engels según los materiales dejados por Marx), *la Guerra civil en Francia* (1871), *Glosas marginales al programa del Partido obrero alemán* (1876), Ediciones sociales, París, 1948, 1950, 1952, 1959, 1961;

En cuanto a Federico Engels: *la Situación de la clase trabajadora en Inglaterra* (1845), *la Guerra de los campesinos* (1850), *Anti-Dühring* (1877), *el Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1882), Ediciones sociales, París, 1950, 1962.

Sobre el movimiento obrero y revolucionario hasta 1871:

-D. Guérin, *la Lucha de clases durante la Primera República – 1793-1797*, Ediciones Gallimard, París, 1946, 1968.

-L. Louessard, *la Revolución de julio de 1839*, ediciones Spartacus, París, 1990.

-S. Bernstein, *Blanqui*, ediciones Maspero, París, 1970.

-C. Talès, *la Comuna de 1871*, ediciones Spartacus, París, 1983.

Sobre el movimiento obrero y socialista hasta 1914:

-Domela Nieuwenhuis, *el Socialismo en peligro*, ediciones Payot, París, 1975.

-R. Luxemburgo, *¿Reforma o Revolución?* Ediciones Spartacus, París, 1947, 1972.

-R. Luxemburgo, *Huelga general, partido y sindicatos*, ediciones Spartacus, París, 1947, 1974.

-R. Luxemburgo, *Obras*, tomo I, ed. Maspero, París, 1969.

-R. Luxemburgo, *la Crisis de la socialdemocracia*, ediciones Spartacus, París, 1994.

Sobre el bolchevismo:

-V- Lenin, *¿Qué hacer?, el Estado y la revolución, la Revolución proletaria y el renegado Kautsky, la Enfermedad infantil del comunismo, el "izquierdismo", el Impuesto en especie, Obras escogidas* (4 volúmenes), Ediciones de Moscú, París, 1972.

-L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, ediciones Prométhée, París, 1972.

-P. Broué, *el Partido bolchevique*, Las Ediciones de Minuit, París, 1977.

-R. Luxemburgo, *la Revolución rusa*, ediciones Spartacus, París 1977.

-N. Berdiaev, *Las fuentes y el sentido del comunismo ruso*, Ediciones Gallimard, colección Idées, París, 1964.

-N. Valentinov, *Mis encuentros con Lenin*, Ediciones Gérard Lebovici, París, 1987.

Sobre el espartaquismo y el comunismo en Alemania, 1918-1923:

-G. Badia, *el Espartaquismo, los últimos años de R. Luxemburgo y de K. Liebknecht, 1913-1919*, ediciones L'Arche, París, 1967;

-P. Broué, *Revolución en Alemania*, Las Ediciones de Minuit, París, 1971.

-D. Authier y J. Barrot, *la Izquierda comunista en Alemania, 1918-1921*, ediciones Payot, París, 1976.

Sobre el comunismo de consejos:

-A. Pannekoek, *los Consejos obreros*, tomos I y II, ediciones Spartacus, París, 1982.

-S. Bricianer, *Pannekoek y los consejos obreros*, ediciones E.D.I., París, 1969, 1977.

Sobre la izquierda comunista italiana:

-J. Camatte, *Bordiga y la pasión del comunismo – Textos esenciales y referencias biográficas*, ediciones Spartacus, París, 1972.

Sobre el movimiento anarquista:

-A. Skirda, *Autonomía individual y fuerza colectiva – Los anarquistas y la organización de Proudhon en nuestros días*, ediciones A. S., París, 1987.

-C. M. Lorenzo, *los Anarquistas españoles y el Poder, 1868-1969*, Ediciones du Seuil, París, 1969.

Sobre el curso del capitalismo:

-P. Souyri, *la Dinámica del capitalismo en el siglo XX*, ediciones Payot, París, 1983.

-A. Mayer, *el Capitalismo de Estado en la URSS de Stalin a Gorbachov*, ed. E.D.I., París, 1990.

-P. Mattick, *Integración capitalista y ruptura obrera*, ed. E.D.I., París, 1972.



## SPARTACUS

Las ediciones Spartacus efectúan, desde hace más de sesenta años, un trabajo de roturación y de actualizaciones teóricas a través de la difusión de escritos de todas las tendencias no oficiales del movimiento obrero. Aquéllas les han permitido, de esta manera, hacer oír sus voces, con frecuencia anticipadoras. Mantener viva una cierta tradición revolucionaria ha sido y sigue siendo la preocupación permanente de estas ediciones, que rechazan todo sectarismo así como toda enfeudación a una tendencia, grupo, organización, cualquiera que sea. En su origen, con este “proyecto de educación popular”, René Lefevre quería “asegurar la restitución de los valores revolucionarios” a la más amplia masa posible, y nuestra deuda hacia él y sus compañeros se mide por su “lucha contra el rechazo de la historia y del análisis crítico” que llevaron.

Aun siendo, por principio, autónomos e independientes de toda presión militante, las ediciones Spartacus no están menos resueltamente comprometidas políticamente, como atestigua el catálogo del fondo de edición, verdadera “lección de cosas” en el que se dibuja a grandes rasgos el proyecto de transformación social que define nuestro compromiso, sobre la base de la experiencia de las luchas obreras y con la voluntad de preservar y de enriquecer la experiencia de las principales corrientes revolucionarias. Con este mismo espíritu de compromiso político, las ediciones Spartacus han querido siempre incitar a militantes, compañeros y lectores, a una reflexión con profundidad destinada a alimentar la corriente de crítica social, suministrando a aquellos que son sus principales víctimas los elementos que les permitan comprender y transformar la sociedad en la que vivimos. La fidelidad al espíritu de la autoemancipación proletaria y del comunismo libertario, lejos de empobrecer la actividad editorial, ha asegurado más bien su fecundidad y su calidad pero, en

contrapartida, con el riesgo de no tocar más que a un público restringido, y esto a pesar de todos los esfuerzos de apertura.

Resueltamente fuera de las “modas”, aunque sean izquierdistas, las ediciones Spartacus no han abandonado nunca la crítica del orden establecido y de los procedimientos “democráticos” que se cuidan de beneficiar al capital. Es esta invariación la que les permite especialmente dar un carácter de actualidad a textos históricos desconocidos, haciéndolos vivir en el presente y llevándolos hacia el futuro.

Habiendo trabajado al lado de René Lefevre durante muchos años la mayoría de ellos, los Amigos de Spartacus, reunidos formalmente en asociación desde 1979, están determinados a continuar en esta misma vía, publicando y difundiendo nuevas contribuciones al debate necesario entre los que no se resignan a aceptar el mundo tal cual es y no han perdido la esperanza de un cambio social radical, asegurando, por otro lado, la difusión del conjunto del fondo de edición (más de 100 títulos) y la reedición de los textos agotados, teniendo en cuenta las urgencias.

La asociación está compuesta por individuos que están de acuerdo con el proyecto y la “sensibilidad Spartacus”, mezcla, a la vez, de no-dogmatismo, incluso de un cierto eclecticismo, y de firmeza en sus opciones radicales y sus lazos con el movimiento obrero y, más ampliamente, con los movimientos de contestación del sistema vigente. En ningún caso sus miembros son delegados de cualquier grupo y se comprometen a no intentar transformar el colectivo de edición en un grupo político o en la expresión de una tendencia teórica particular.

La regla común ha sido siempre no rechazar la edición de un texto histórico o actual por el único motivo de un desacuerdo teórico, si este texto puede aportar una contribución al debate y si responde a los problemas del período presente de

luchas. Por el hecho del espacio político natural de Spartacus, análisis sociológicos y textos salidos de corrientes reformistas no pueden encontrar su lugar aquí más que si los materiales que aportan hacen avanzar el debate y la crítica revolucionarias.

Sin estar enfeudados de ninguna manera al “ambiente” de los revolucionarios (en el sentido de “partisanos de la revolución”), las ediciones Spartacus viven gracias a un ir y venir constante con el “ambiente”, a través de los autores, de los manuscritos propuestos, los miembros de la asociación, los lectores; las ediciones lo nutren y se nutren de él. Pero como las ediciones Spartacus no están al servicio de ninguna organización política o sindical, los textos programáticos no tienen cabida en ellas.

Esta independencia es también financiera; implica, pues, el trabajo voluntario de los miembros de la asociación, las cotizaciones, los abonos, la venta de las publicaciones. El fondo de edición queda como un punto común entre todos los miembros. En cuanto al perfil del proyecto editorial de los años futuros, no puede diseñarse más que en referencia al catálogo de las publicaciones pasadas y presentes y los principios expuestos en esta declaración de intenciones.

## **Los Amigos de Spartacus**

---

### **LOS AMIGOS DE SPARTACUS**

La asociación “Los Amigos de Spartacus” se constituyó en 1979 para asegurar la continuidad de las ediciones “Cuadernos Spartacus” fundados en 1934 por René Lefeuve, su principal animador hasta su muerte, sobrevenida en 1988. Reúne a individuos, voluntarios, unidos por el proyecto de ofrecer al lector un cierto número de textos olvidados,

desconocidos o que aportan una claridad nueva, para contribuir, sobre bases no sectarias, al debate necesario entre todos aquellos que no se resignan a aceptar el mundo tal cual es y que no han perdido la esperanza de un cambio social radical.

En el seno de la asociación funciona un “colectivo de trabajo” que toma a su cargo las tareas materiales, la gestión del fondo de edición, el cual comprende más de 100 títulos. Este “colectivo” funciona también como “comité de lectura” responsable de la elección de los textos a editar.

Spartacus publica unas 2 obras por año y asegura una difusión múltiple: abonados, librerías (Dif’ Pop’), ventas directas.

La asociación está abierta a todos los individuos de buena voluntad que estén de acuerdo con su proyecto, y unirse a ella es también el mejor medio de asegurar el futuro de las Ediciones Spartacus, ediciones no como las otras.

## **LOS ARCHIVOS SPARTACUS**

Un centro de documentación sobre la historia del movimiento obrero “Los Archivos Spartacus” funciona en la BDIC. La casi totalidad de los documentos que se encuentran en él (más de seis mil) son los recogidos por René Lefeuve durante más de sesenta años de vida militante. En él están representadas todas las corrientes políticas, y muy particularmente aquellas que se reclaman de la clase obrera:

- Las oposiciones de izquierda en la III Internacional (bordiguistas, consejistas, etc.).
- Los anarquistas, pacifistas, etc.
- Los “socialistas revolucionarios” y el PSOP.
- Los trotskistas.
- La SFIO y el Partido socialista.

- El PCF y la URSS.
- Las diversas corrientes de la guerra y de la revolución en España.

Estos documentos abarcan esencialmente un período que va desde 1920 a nuestros días. Conciernen sobre todo al movimiento obrero francés, pero en ellos están igualmente representados muchos movimientos extranjeros (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Europa oriental, ex-colonias...).

El proletariado debe asumir, entre otras tareas, la reapropiación de su teoría y de su historia, falsificadas por más de 70 años de contrarrevolución estalinista y burguesa. “Los Archivos Spartacus” están a disposición de todos aquellos que quieran participar en este inmenso trabajo de investigación, de desmitificación y de clarificación.

Hacemos un llamamiento a todas las personas que poseyesen documentos sobre la historia del movimiento obrero, para que nos ayuden, con su esfuerzo y su donación, a enriquecer esta herramienta de trabajo.

Los documentos se pueden consultar en la sede de:  
**Bibliothèque de documentation internationale  
contemporaine**  
2, rue de Rouen, 92000 Nanterre (Hauts-de-Seine).

Después de la caída de lo que se hacía llamar la URSS, para la ideología dominante “el comunismo ha muerto”. Sin embargo, se plantea una cuestión: ¿Había demostrado la ex-URSS que era comunista, es decir - si tal palabra tiene algún sentido - sin clases, sin Estado, sin salariado, que realizaba sobre el lugar una comunidad humana en que “el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos”? (Manifiesto comunista). El hecho de que en su seno reinasen la explotación, la opresión, la corrupción, los privilegios y una multitud de otras alienaciones muestra que no había nada de ello. Esa muerte anunciada del comunismo no se apoya, por tanto, en nada: lo que no existe no puede perecer.

Este libro, al hacer un balance histórico, muestra que el comunismo jamás estuvo en condiciones de ganarle la partida al capitalismo y que allí donde pretendía haber triunfado – en los países llamados “socialistas” – no se trataba más que de otra forma del capitalismo: el capitalismo de Estado.

Esta constatación no significa hacer del capitalismo el horizonte de las sociedades, que en adelante sería insuperable y sin límites. En una segunda parte de este libro se subraya que el capitalismo, que se proclama “triumfante”, ha entrado, de hecho, en su fase de final de ciclo histórico y que al final se planteará, en toda su extensión y esta vez sin apelación, el problema de instaurar realmente el comunismo, al que se había creído muerto y enterrado.